

33
SIDAD A
CCCIÓN C

R. DE
ARELLANO

ULTIMAS
HORAS

F1233

.R3

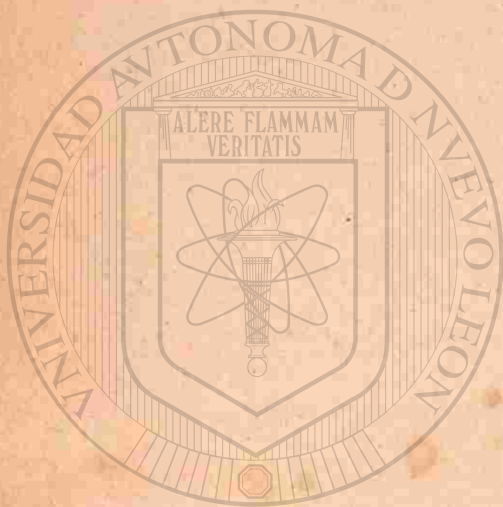
c.1



1080121891

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CC-0 UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



ULTIMAS HORAS DEL IMPERIO

[LOS TRAIADORES DE LOS TRAIADORES]

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EN PRENSA

EL IMPERIO Y LOS IMPERIALES

POR EL GENERAL

LEONARDO MARQUEZ

MANIFIESTO QUE DIRIGE Á LA NACIÓN MEXICANA: Las ejecuciones de Tacubaya el 11 de Abril de 1859.—La ocupación de fondos mexicanos por el gobierno reinante en 1860.—La Intervención y el partido imperialista.—Por qué no regresé á Querétaro en auxilio del Emperador.—Los defensores del general Miramón.—REFUTACIÓN AL LIBELO DEL GENERAL DE BRIGADA DON MANUEL RAMÍREZ DE ARELLANO, PUBLICADO EN PARÍS EL 30 DE DICIEMBRE DE 1868, BAJO EL EPÍGRAFE DE ÚLTIMAS HORAS DEL IMPERIO.—El autor.—Mi misión en Turquía.—Miramón y mi carrera militar.—Mis consejos al Emperador.—Lo de San Lorenzo.—Sitio y ocupación de México.—Cómo me escapé de caer en manos de los republicanos, etc., etc.—Prólogo y notas de Angel Pola.

PRECIO DEL EJEMPLAR, RÚSTICA..... \$ 1.50

PARA PEDIDOS:

ANGEL POLA, MÉXICO, CALLE DE TACUBA, N. 25.

Ningún pedido podrá servirse sin el pago anticipado de su importe.

ÚLTIMAS HORAS DEL IMPERIO

[LOS TRAIADORES DE LOS TRAIADORES]

POR

MANUEL RAMÍREZ DE ARELLANO

Jefe de la artillería Imperial en el sitio
de Querétaro

REVISION Y NOTAS

DE

ANGEL POLA



MÉXICO

F. VÁZQUEZ, EDITOR, CALLE DE TACUBA, NÚM. 25

1903

F1233
P3
C.I



Asegurada la propiedad de esta obra conforme á la ley

BMU Raúl Rangel Flores
UANL
FONDO
Armando Arteaga Santoyo

ENTRE LOS RÉPROBOS

EL AUTOR

Traidor á su patria y traidor á su partido

El 10 de agosto de 1860, á los últimos disparos de la batalla de Silao, el comandante Pilar Marroquín, á la cabeza de sus Chinacos, á quienes denominaba Cosacos el general Uraga, perseguía á un derrotado jinete en un hermoso caballo dorado. En un potrero del rancho de Aguas Buenas, á la izquierda y retaguardia de la línea de batalla, encontrándose sin salida, se tiró del caballo, ganó una cerca y se puso fuera del alcance de sus perseguidores, dejando el sombrero, que era de cartera. Si los Chinacos no le dispararon un solo tiro, fué por no matar el caballo, objeto de su codicia. Cuando el animal y el sombrero fueron exhibidos entre la fuerza liberal, se oyó á una esta exclamación:

—¡Ese caballo y ese sombrero son de Miramón!

Y en efecto, tales prendas eran del valiente militar reaccionario, en quien Marroquín no pensó siquiera al perseguirle.

La noticia de la derrota de Miramón se supo luego en México, y tres personas de su familia salieron hasta Cuautitlán á encontrarle. Venían con Miramón, su comandante general de artillería Manuel Ramírez de Arellano y su ayudante el comandante Antonio Castelan. Una de entre aquellas tres personas, la más interesada en la vida y suerte de Miramón, no se explicaba cómo había sido el desastre, sino cuando objetó:

—¿Y tu famosa artillería?

—¡De nada nos sirvió!—prorrumpió Castelan tomando la voz de su jefe.

¿Prueba esto que Arellano no era militar? Conocía el arte y la ciencia de la guerra. Había hecho una brillante carrera en el Colegio Militar, donde se distinguió entre sus discípulos y se hizo querer de sus maestros. A una clarísima inteligencia unía prodigiosa memoria, facilidad de palabra y dominio de la recitación. No era aplicado, pero una ojeada al texto bastábale para asimilarse bien la materia. Era siempre uno de los primeros puntos en la cátedra. Franco y gran conversador, se ganaba las voluntades.

—Le hacíamos leer hasta coplas callejeras, y lo hacía tan bien, que nos hacía reír, cuan-

do no llorar—refiérenos el general coronel Ignacio Salas.

Nació en la ciudad de México el 20 de septiembre de 1831. Su padre, el general de brigada Domingo Ramírez de Arellano, formó parte del Ejército Trigarante, consumidor de la independencia, y defendió á Churubusco en 1847. Ascendió á general efectivo por su comportamiento en Guaymas, cuando el conde Raousset, á la cabeza de sus aventureros franceses, intentó apoderarse de aquel puerto el 13 de junio de 1854. Fué gobernador y comandante militar del estado de Sonora.

Manuel Ramírez de Arellano salió del Colegio Militar con el carácter de oficial de la Plana Mayor Facultativa de Artillería. Estudió en compañía de Miguel Miramón, Julio Cervantes, Sóstenes Rocha y Leandro Valle. Siempre estuvo ligado con ellos por una franca amistad, no obstante sus contrarias opiniones, que les colocó en opuestos campos. Su amistad con Miramón rayó en fraternidad y solamente la rompió la muerte. ®

Estuvo en la defensa del Castillo de Chapultepec, como alumno del Colegio Militar, y cayó prisionero.

Su saber se revelaba por su dominio de las matemáticas, la ordenanza del ejército, la reglamentación de maniobras de infantería, ca-

ballería y artillería, la documentación militar, el dibujo, la física, la mecánica, la fortificación pasajera y permanente y la construcción de materiales de guerra.

El general Antonio Corona, gobernador y comandante militar de Veracruz, le nombró su secretario particular, y tuvo tal confianza en sus aptitudes, que firmaba, sin enterarse, cuanto escrito le ponía á la vista.

Ocupó el puesto de secretario de la dirección general de artillería.

Muchas veces trató de inducir á Miramón á que proclamase las Leyes de Reforma, en sentido moderado, haciéndole ver que con este paso asentaría su poder y ganaría prestigio entre los liberales.

—Te digo esto—le hablaba Arellano—porque esta situación no sólo se ha de sostener á cañonazos. Tu estrella militar tiene que eclipsarse.

Mandaba el batallón de artillería de montaña, en 1859, cuando el señor Ramón Guzmán se le presentó con la propuesta de que si las fuerzas de Miramón se pronunciaban por la Constitución de 1857, le daría 40,000 pesos y la banda de general el gobierno de Juárez. En el acto de hecho el compromiso formal, recibiría 20,000 pesos y el resto luego de cumplida su palabra. La entrevista para tratar de este delicado asunto se verifi-

có en la casa número 8 de la 4ª calle del Relox. Aceptada la propuesta por Arellano, puso al tanto de ella á Miramón y con su entero acuerdo obró.

—De esta manera—dijo Arellano á Miramón, que era presidente de la República—descubriremos el foco de la conspiración y lo destruiremos de raíz, haciéndonos de más armas y municiones.

Efectuarían el movimiento los capitanes Pioquinto Clavería y Patricio Rodríguez, desarmando á la guardia de la Ciudadela y proclamando á Juárez.

Don Ramón Guzmán puso en manos de Arellano los 20,000 pesos ajustados y éste hizo su papel de protagonista en la comedia á las mil maravillas, cuyo acto final fué la aprehensión de los tres farsantes militares, quienes entraron por una puerta de la prisión y salieron por otra. Caído el telón, Arellano preguntó á Miramón:

—Y ahora, ¿qué hago con el dinero?

Miramón le contestó:

—Eso se te queda á tí.

Y Arellano, sin el menor escrúpulo, se embolsó los 20,000 pesos.

Cuando vino la Intervención, la defendió con las armas en la mano en Michoacán y estuvo á punto de ser fusilado en la batalla que abrió las puertas al Imperio en aquel

Estado. Bajo su tienda de campaña tradujo del francés al castellano las obras del arte de la guerra indispensables para la educación de la juventud militar y de los oficiales de las diversas armas. «Nuestros trabajos—dice—obtuvieron grandes elogios del E. Sr. Mariscal Bazaine, cuando gozamos el honor de presentárselos, y aun se dignó ofrecernos S. E., que les prestaría todo su apoyo cerca de S. M. El vivo deseo de mostrarlos al Emperador, nos hizo pedir al E. Sr. Mariscal Bazaine un mes de licencia, para venir á esta capital con el objeto.»

Tras de la Intervención llegó el Imperio, y Arellano lo defendió con su espada, su pluma y su palabra, en la creencia de que su sostén era patriótico. La mejor loa del Imperio él la pronunció en Morelia.

Con esto y todo, en 1865 se le acusó de presentación de documentos falsos para ser clasificado militarmente y de irrespetuoso por haber publicado el folleto *La ley de 12 de Octubre último sobre responsabilidad ministerial y una acusación oficial contra el E. Sr. Ministro de la Guerra D. Juan de Dios Peza*. En este folleto decía cosas como éstas:

«La firmeza que S. E. ha demostrado para hacer dormir este negocio, hace honor á su energía.

«Se procuró arrebatarnos el mando que

ejercíamos, para dárselo al Teniente Coronel D. Ignacio de la Peza, sobrino de S. E. Para llegar á este fin; se apeló á los medios reprobados de cargarnos cantidades que no habíamos recibido, y de declarar nulas las órdenes por escrito del General en Jefe.

«Las consideraciones que nos prodigaba el ilustre General D. Antonio Corona, siendo ministro de la Guerra, el participio que contra nuestra voluntad nos daba dicho señor en el despacho de algunos negocios, lo cual hería el amor propio del E. Sr. Peza, y tal vez las instancias que aquel General nos hizo para que, á pesar de nuestra juventud, nos encargáramos de la Oficialía Mayor, que entonces servía el actual E. Sr. Ministro, y cuyo puesto no quisimos aceptar, son las únicas fuentes de los resentimientos de S. E.»

El consejo de guerra que le juzgó, se componía de los ex-generales Miñón, Iglesias, Obando, Galindo y Zavala. Fué absuelto unánimemente del cargo de falsedad y sentenciado á tres años de prisión por el de irrespetuoso. El mismo se defendió y con maestría tal, que su alegato llamó la atención de los jurisconsultos. Su pena fué conmutada en deportación á Yucatán, de la cual el Emperador le indultó espontáneamente á los cuatro meses.

Cumplida su condena, atacó al Imperio

desde los escaños de la defensa en los consejos de guerra, donde su palabra erudita y convincente solicitábanla los procesados.

Desocupada la República por el ejército francés, Arellano, como al principio de la Intervención y el Imperio, entró de lleno á figurar en la política y marchó con Miramón á hacer la campaña contra la República, hasta el sitio de Querétaro, donde los traidores expiaron sus culpas.

Arellano hace mucho mérito de su adhesión y servicios al Imperio y de su escapada á la caída de la plaza, afirmando que, debido á su arrojo y desafiando peligros sin cuento, evitó caer en manos de los republicanos y salir de aquella ciudad, atravesar un camino difícil, llegar á Tacubaya y penetrar en el sitio de México.

Pues bien: Ramírez de Arellano, no solamente traicionó á su patria, defendiendo la Intervención y el Imperio; sino que también traicionó al Imperio y á su Emperador. No es cierto que haya escapado de Querétaro gracias á su sagacidad y audacia: se salvó gracias al general José Montesinos (1), que le escondió, y al general Mariano Escobedo, que le dió una carta para el general Porfirio Díaz, á quien se le presentó en Tacubaya, poniendo en sus propias manos la carta de

(1) Entrevista con el general Julio M. Cervantes.

Escobedo (1). Arellano, á su llegada á Tacubaya, buscaba al general Francisco Vélez; mas no habiéndole hallado, se le condujo ante el general Díaz, quien dió orden á su ayudante Bucheli para que le pasara de la línea republicana, resguardado de todo peligro. Debía entrar en México á condición de informar con verdad sobre la caída de Querétaro y la prisión de Maximiliano, Miramón y Mejía. Entró por San Cosme, punto del general Manuel Díaz de la Vega; pero una vez adentro, en lugar de cumplir el solemne compromiso, cuya paga fué su salvación, traicionó á sus protectores Montesinos y Escobedo, dando en plena junta de ministros, presidida por el general Leonardo Márquez, la noticia de que Maximiliano había roto el sitio, derrotado á las fuerzas republicanas y venía en camino para auxiliar á México.

Ocupada esta ciudad por el general Díaz, Arellano se escondió en una cervecería de San Antonio Abad y después en una casa de la calle de la Alhóndiga, que habitaban oficiales republicanos de Sinaloa. Allí le visitaban su madre y los licenciados Ramírez Borbollón y Joaquín Alcalde, con quienes solía cenar y jugar al tresillo (2).

(1) Entrevista con el general Porfirio Díaz.

(2) Entrevista con el doctor Juan Ramírez de Arellano, su hermano.

En noviembre de 1867, partió á Europa. Salió de la ciudad á plena luz en traje de cochero, en cuyo oficio estuvo ensayándose para salir con bien. En la hacienda de Quintanilla se le rompió el carruaje y fué á dar con el señor Atenógenes Moreno, hijo del general José de la Luz Moreno. La fortuna le amparó y siguió su camino á Veracruz, donde le esperaba el capitán Patricio Rodríguez, su ayudante en Querétaro, con su equipaje. A punto de embarcarse, dirigió este telegrama al periodista Francisco Zarco, su implacable enemigo político:

"En este vapor . . . se va fugado el general Manuel Ramírez de Arellano, que fungió de director de artillería durante el Imperio."

Arribó á Francia y sufrió penalidades y estrecheces en París, no obstante la ayuda pecuniaria que le situaban religiosamente sus hermanos. Cuando éstas parecían no tener alivio, aquel don Ramón Guzmán, á quien engañó con vileza, le abrió sus bolsillos (1). Aquí publicó en francés su libro *Últimas horas del Imperio*, con ayuda, nada más en la corrección del idioma, de G. Hugelmann, siendo hasta las Consideraciones del traduc-

[1] Confesión del mismo Arellano en cartas á su familia.

tor, que están en el comienzo, del mismo Arellano [1].

De París pasó á Roma, donde vivió del socorro de algunas personas, una de ellas doña Manuela Forbes, de la familia Barron, dama que fué modelo de caridad cristiana, toda su vida.

Mitigaba su nostalgia escribiendo dos libros, que se titularían *La ciencia de la guerra* é *Historia del Imperio de Maximiliano*.

Agobiado por una fiebre romana, un sastre, amigo suyo, Valentino Vacchi, le condujo á San Marino; en seguida pasó á Rimini, donde, exacerbada su enfermedad, entró en el Hospital Civil; pero dejemos la palabra, para saber cómo fué su agonía, á la Hermana Bonelli, superiora de las hijas de la Caridad, que le cerró los ojos:

"El día 3 de octubre de 1877, entró en este Hospital el señor don Manuel Ramírez de Arellano, como abandonado y debilitado por la enfermedad que lo agobiaba, pero con su espíritu bastante tranquilo [2]. En su larga

[1] Así lo afirma en carta escrita á uno de sus hermanos.

[2] Ratifica la autenticidad de este relato la carta que sigue, cuya traducción al castellano, así como la de aquél, debemos á don Antonio del Sordo, profesor de italiano en el Conservatorio Nacional de Música y Declamación:

"Rimini, abril 11 de 1878.—Respetable señor:—La carta que se encuentra á espaldas es subscrita por la Hermana

y dolorosa enfermedad, que lo atormentaba, no se le vió jamás molesto ó impaciente; más bien siempre resignado á la Voluntad Divina.—De vez en cuando expresaba la grande pena que tenía por su lejana familia, y decía: ¡Ay, pobres hijos míos! después volvía á tomar su calma acostumbrada. Le gustaba que le hablasen de la Sma. Virgen, hacia la cual tenía mucha devoción. Tenía siempre bajo de su almohada un estuche que contenía la imagen de la Dolorosa, más una medalla de la Purísima, que llevaba la fecha del 8 de diciembre de 1875, en cuyo día, decía, había recibido la Comunión de las manos del Sto.

na Bonelli, superiora de las hijas de la Caridad que se encuentran en este Hospital, en el cual fué recibido el muy querido señor general Ramírez de Arellano. La carta manifiesta la pura verdad, particularmente en lo que se trata del dinero dejado por el difunto.—Para honra del general y consuelo de su entera familia, puedo asegurar que en toda su enfermedad, y muy particularmente en las últimas horas de su vida, dicho señor conservó sentimientos muy vivos y edificantes de piedad y fé. Dispuse que en su misma recámara se levantara un altar para celebrar la misa, como ardientemente deseaba el enfermo, pero no alcanzó el tiempo para esto.—Que se consuelen sus parientes, que se acuerden de él sus buenos amigos; el general ha muerto como ferviente católico, ha muerto como vivió; su nombre es una lección, su muerte un ejemplo, su fin una gloria.—Todos debemos aprovechar de esto con la ayuda de Jesús, como yo prometo hacerlo para siempre.—Su Dvmo. servidor en Jesús.—*Luis Rafael Zampetti*, Obispo de Rimini."

Padre Pio Noveno; después un curso de Ejercicios Espirituales. Se mostraba muy agradecido por los cuidados que se le hacían, y á cada pequeño servicio correspondía con sinceras gracias. En su enfermedad, tuvo algún intervalo de mejora, y entonces se consolaba con la esperanza de volver á ver á su amada familia. Mirando, después, que la enfermedad progresaba siempre más, pidió una junta de médicos, y por tanto se llamaron tres facultativos, quienes examinando la enfermedad, la encontraron muy adelantada para poder poner algún remedio; todavía recetaron algunas medicinas, que fueron luego suministradas, pero que para nada sirvieron.

"Después de esto, él comprendió que no podía esperar una mejoría, y se dispuso á recibir los últimos auxilios de nuestra Santa Religión, lo que se verificó el día 7 de diciembre. Hizo su confesión á muy respetable sacerdote, con verdaderas muestras de arrepentimiento; después quiso que el Capellán le hiciera alguna lectura espiritual, que le sirviera de preparación á la Santa Comunión. A la mañana siguiente, se hizo leer los actos preparatorios, y después pidió que se le leyesen los actos de gracias; en una palabra, comulgó con tanta devoción, que llamó la atención de todos aquellos que lo cir-

cundaban. Pasó todo el resto del día, como de costumbre.

"Al obscurecer tuvo profundo sueño, despertándose á cada rato, y hablando de cosas religiosas, sobre todo parecía gozaba hablando de la Santísima Virgen, tanto que quiso contar minuciosamente la historia de la aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe y la tierna devoción que para Ella tienen los mexicanos. Esta historia la contó con mucho trabajo, por el cansancio de la enfermedad; le aconsejamos de dejarla, porque se cansaba mucho, y á pesar de esto seguía hablando con tanto éxtasis que nos arrebató. ¡Ha sido su último discurso!

"A las seis y media de la mañana del día 10 perdió el habla, mas no los sentidos; después le fué suministrada la Extremaunción, que recibió con perfecto conocimiento y verdadera devoción. Tenía en sus manos un Crucifijo, y de rato en rato lo acercaba á la boca, besándolo con ternura; estuvo después, cerca de tres horas, sin conocimiento, y á las doce y cuarenta y cinco minutos expiró, entregando su bella alma á Dios Bendito (1).

(1) En el nombre de Dios y así sea.—El que suscribe declara y atestigüa á quien toca, que el señor don Manuel Ramírez de Arellano ha muerto en este Hospital Civil el día 10 de diciembre de 1877, á las 12 y tres cuartos p. m., con todos los Sacramentos que nuestra Santísima Religión

"Mucho se hizo para que le fuesen tributados los honores militares, pero nada se pudo obtener, pues no se encontraron documentos bastante auténticos. Le fueron prestados los últimos servicios por la servidumbre de la casa, que llevaron el cadáver á la iglesia, á donde se le cantó una misa, y después fué transportado al cementerio, en cuyo lugar se le hizo levantar una pequeña tumba por el señor Valentino Vacchi, expresamente ó á propósito; y este señor retiró el dinero y los efectos pertenecientes al difunto. Es preciso tener presente que en el curso de la enfermedad el señor Arellano hizo muchos gastos en vestidos y otras cosas."

Ramírez de Arellano estaba á punto de regresar á México, perdonado de sus graves faltas por el presidente de la República, general Díaz. Iba á recibir el dinero para su

Católica confiere á los enfermos, habiéndose confesado y comulgado el día ocho de diciembre, consagrado á la Inmaculada Concepción, y en la mañana del día 10 recibió el Sacramento de los Sagrados Oleos con Bendición Papal, todo con mucha fé y devoción.—En el día siguiente se ha celebrado por su alma un decente Oficio, y después se ha llevado el cadáver al cementerio público, depositándolo en el sitio para él comprado por un amigo suyo de San Marino.—Tanto puedo certificar y en confirmación suscribo el presente en el Hospital de Rimini, hoy, abril 10 de 1878.—*Dr. Pedro Giulianelli*, Capellán del Hospital.—Un sello que dice: Parroquia de Santa María de la Nieve.

retorno, que sus hermanos le enviaban; mas cuando llegó, había expirado el proscrito infortunado.

En su abandonada tumba, llamada á desaparecer próximamente, por las obras de ensanche, que se hacen en el cementerio, se lee este epitafio:

AQUÍ
DUERME EL SUEÑO ETERNO
MANUEL RAMIREZ ARELLANO
DESTERRADO MEXICANO
GENERAL DEL PRIMER IMPERIO
QUE
CON EXTRAÑO VALOR
PRIVADO DEL BESO DE SUS DEUDOS
Á LA EDAD DE 45 AÑOS
CONSUMIDO POR UNA LENTA ENFERMEDAD
RINDIÓ SU ALMA AL HACEDOR
EL 10 DE DICIEMBRE DE 1877. (1)

(1) Debemos estos datos al Consal don Enrique Angelini y la traducción de ellos al inteligente literato don Enrique Fernández Granados.

EL LIBRO

Los traidores de los traidores

El general Manuel Ramírez de Arellano murió en el Señor; pero creemos que la absolución que le dió su confesor, al cerrar los ojos, no es válida como católica, ni menos como cristiana, porque teniendo en la punta de la lengua su pecado mortal más nefando, no lo confesó.

—Padre—debía haber dicho para entrar en el descanso eterno—acúsome de que he escrito un libro titulado *Ultimas horas del Imperio*, en el que yo soy también pecador de lo mismo que abomino.

Mas no ha sido así: en este libro hermoso, en que hay sinceridad y vehemencia, el autor vela sus faltas graves con la maestría que le dan su talento y su pasión.

Este libro vive todavía la vida intensa que le trajo al mundo. Su lectura entristece ó alegra, hace despreciar ú odiar, hace cruel ó humaniza; pero no infunde en el ánimo la conmiseración para esos desgraciados réprobos, culpables de traición á la patria, que el autor retrata á rasgos.

retorno, que sus hermanos le enviaban; mas cuando llegó, había expirado el proscrito infortunado.

En su abandonada tumba, llamada á desaparecer próximamente, por las obras de ensanche, que se hacen en el cementerio, se lee este epitafio:

AQUÍ
DUERME EL SUEÑO ETERNO
MANUEL RAMIREZ ARELLANO
DESTERRADO MEXICANO
GENERAL DEL PRIMER IMPERIO
QUE
CON EXTRAÑO VALOR
PRIVADO DEL BESO DE SUS DEUDOS
Á LA EDAD DE 45 AÑOS
CONSUMIDO POR UNA LENTA ENFERMEDAD
RINDIÓ SU ALMA AL HACEDOR
EL 10 DE DICIEMBRE DE 1877. (1)

(1) Debemos estos datos al Consal don Enrique Angelini y la traducción de ellos al inteligente literato don Enrique Fernández Granados.

EL LIBRO

Los traidores de los traidores

El general Manuel Ramírez de Arellano murió en el Señor; pero creemos que la absolución que le dió su confesor, al cerrar los ojos, no es válida como católica, ni menos como cristiana, porque teniendo en la punta de la lengua su pecado mortal más nefando, no lo confesó.

—Padre—debía haber dicho para entrar en el descanso eterno—acúsome de que he escrito un libro titulado *Ultimas horas del Imperio*, en el que yo soy también pecador de lo mismo que abomino.

Mas no ha sido así: en este libro hermoso, en que hay sinceridad y vehemencia, el autor vela sus faltas graves con la maestría que le dan su talento y su pasión.

Este libro vive todavía la vida intensa que le trajo al mundo. Su lectura entristece ó alegra, hace despreciar ú odiar, hace cruel ó humaniza; pero no infunde en el ánimo la conmiseración para esos desgraciados réprobos, culpables de traición á la patria, que el autor retrata á rasgos.

Leonardo Márquez, Tomás Mejía, Severo del Castillo, Santiago Vidaurri, Quiroga, Ramón Méndez, Silverio Ramírez, Tomás O'Horán, son figuras antipáticas, en quienes ni por asomo hay gratitud á la patria.

El Emperador, con sus veleidades é hipocresías, y Bazaine, con sus malas entrañas, asomaron también en esta escena para ser más odiados.

Treinta y seis años no han bastado para apagar siquiera el rescoldo de las cenizas del Imperio.

A tres mexicanos se les debe el Imperio de Maximiliano: á don José María Gutiérrez de Estrada, presidente de la diputación mexicana que fué á Miramar á ofrecerle el trono; al general Juan N. Almonte, alma de las revoluciones del partido clerical y consejero y guía del invasor ejército francés; y á don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Arzobispo de México, que tentó con una acción impura en las Tullerías á Napoleón III y llamó "enviados del cielo para reparar todas las ruinas y estragos de México, á Maximiliano y Carlota."

El primero de estos perversos mexicanos fué centralista en 1831, federalista en 1834, y trajo, después de cuatro años de correrías por Europa, la idea de implantar una monarquía constitucional ejercida por un príncipe ex-

tranjero; sin embargo de proclamar, como Chateaubriand, que la república representativa será el estado futuro del mundo y que casi le parecía todavía tiránico aún el más libre de los gobiernos conocidos. (1)

El segundo, siendo ministro de guerra en la época de Bustamante, combatió á los liberales; mas luego que vislumbró el triunfo de éstos, pasóse á sus filas.

Nombrado ministro en Francia, por Paredes, permaneció en Veracruz so pretexto de no poder embarcarse por no haber buque; pero la verdad era que estaba entendiéndose con el gobernador del Estado para derrocar á Paredes.

Fué amigo y protegido de Santa Anna, y luego uno de sus mayores enemigos.

Hecha la paz con los Estados Unidos, se propuso como candidato á la presidencia.

Cuando estuvo en Madrid, así que vió que Miramón era bien recibido por el alto clero y tenía conferencias secretas con el gabinete O'Donnell-Posada, el cual pretendía ponerle á la cabeza del régimen dictatorial que proyectaba imponer á México, entráronle celos y partió á París, donde, unido al Arzobispo

(1) Carta dirigida al Exmo. Sr. Presidente de la República sobre la necesidad de buscar en una Convención el posible remedio de los males que aquejan á la República y opiniones del autor acerca del mismo asunto, pág. 39.

Labastida, dió ser á la candidatura de Maximiliano.

Fué amigo de Juárez, durante su gobierno en Oaxaca, y escribió y dedicó al Estado en 1852 su libro *Manual de guerrillas para la guardia nacional del Estado libre y soberano de Oaxaca, ó sean Breves instrucciones para el servicio de los puestos avanzados de campaña, compiladas de los mejores autores*. Juárez mandó imprimir competente número de ejemplares y los distribuyó entre las tropas y los pueblos amagados de la invasión extranjera.

Entre los elementos de su carácter, sobresalía la venganza (1).

[1] El Sr. Gabriel Benítez, ilustre diplomático paraguayo, con cuya amistad nos honramos, hace esta descripción, que no carece de interés por haber sido testigo de los sucesos referentes á México en Francia:

“¿Qué puedo decirle, señor Pola, de sus compatriotas los generales Miramón y Almonte, y los Señores Hidalgo y Gutiérrez, que usted no conozca históricamente mejor que yo?”

“Sin embargo le diré que yo conocí al general Almonte como Ministro del gobierno republicano de México en Francia, y al señor Hidalgo como representante diplomático en París, del invasor extranjero. Creo que posteriormente el general Almonte se hizo monarquista, y formó parte de la Comisión de mexicanos que fué á ofrecer la corona imperial al príncipe Maximiliano de Austria. Ambos, Almonte é Hidalgo, tuvieron fácil acceso en las Tullerías, sobre todo el último. La bella Emperatriz Eugenia [que decía, *c'est ma guerre*] le trataba con mucho favor; pero

El tercero empleó toda su vida en fomentar las disensiones, derrochando el dinero de la Iglesia, sin importarle la paz y el progreso de México, ni á la misma patria. Cuando no pudo dirigir á Maximiliano en su política, suministró dinero y obligó á muchos sacerdotes á que engrosasen las filas de los descontentos.

Estos tres: Gutiérrez de Estrada, Almonte y Labastida debían formar un triunvirato que serviría de transición entre el gobierno republicano y la monarquía austriaca. Los tres se acordaron de Maximiliano para elevarlo al trono y pusieron su candidatura bajo el amparo de Luis Bonaparte.

Y los tres ellos, á poco de llegar la Inter-entre los representantes diplomáticos y los nacionales de las Repúblicas Americanas no gozaban de ninguna consideración.

“No podía ser de otro modo, por el aborrecible rol que jugaban. Los franceses no les apreciaban tampoco por el mismo motivo. Llegaron á ser más desconceptuados todavía, á medida que la campaña militar y la influencia de la Francia en México le debilitaban, con motivo de la actitud de Estados Unidos.”

“Vd. sabrá que la campaña militar contra México fué antipática en Francia. En la prensa y en el Parlamento de aquella gran Nación, fué muy combatida la política de Napoleón III. Los notables oradores Thiers, Julio Favre, Emilio Ollivier, Picard y otros, la atacaban con energía. De manera que la decadencia del prestigio del Soberano francés empezó con la guerra de México, y acabó en la catástrofe de Sedan.”

vención, su primera obra, la volvieron las espaldas y la minaron con su conducta de discordias, porque Forey deslizó en su manifiesto á la nación mexicana, el 12 de junio de 1863, "que el Emperador vería con placer, fuera posible al gobierno proclamar la libertad de cultos, este gran principio de las sociedades modernas."

Según confesión de los imperiales, de la flor de la monarquía, todo fué una serie de traiciones durante la Intervención y el Imperio.

El general Agustín Pradillo, "que tuvo la fortuna de que sin ser príncipe, estuviese al lado de Maximiliano desde los primeros días de su llegada á México, obteniendo progresivamente su afecto y confianza," dice que Napoleón traicionó á lo pactado y á la obra en que tanta parte tenía, abandonando la empresa, retirando su ejército y entregando sin defensa las principales ciudades de México á las tropas republicanas (1).

El licenciado Ignacio Alvarez, llamado cronista de Su Majestad por los mismos imperiales, dice, juzgando á Napoleón y á Maximiliano con motivo de la convención firmada en el Palacio de Miramar, y concertada anteriormente por ambos en las Tullerías:

(1) *Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio en Querétaro y México*, por Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo, págs. 135 y 137.

"Los dos Emperadores jugaron con la suerte de un pueblo y faltaron á sus más grandes y solemnes compromisos, contrayéndose una responsabilidad inmensa."

El mariscal Bazaine, á quien Maximiliano colmó de honores y le regaló el palacio de Buenavista, el día de su matrimonio con la señorita Josefa Peña y Azcárate, fué el segundo gran traidor: propuso armas, equipo y vestuario, á precios ínfimos, al general Porfirio Díaz, que no quiso comprarlos, porque, no obstante lo bajo de su precio, estaba seguro de poderlos obtener á otro aún más bajo, como sucedió: pues los declaró contrabando de guerra y los persiguió, ofreciendo un tanto por ciento á los denunciantes, con la más plena garantía de sigilo (1).

Pero hay más, según Arnold de Thiers, el Mariscal Bazaine trató con los señores Malo, Montes y Rincón, para que el 12 de septiembre de 1866, á las dos de la mañana, hicieran una manifestación popular contra el Imperio, á fin de destronar á Maximiliano y proclamar dictador á aquél; y en 22 de octubre del mismo año, á las cinco de la tarde, entregó al Cónsul de México en Viena dos órdenes contra el tesoro francés, pagaderas en París, de los fondos secretos puestos

(1) Entrevista con el general Porfirio Díaz.

á su disposición, el 21 de diciembre, y de las cuales una de 20,000 francos, marcada A,² era para Hergsfeld, y la otra marcada A,⁵ para el coronel austriaco Kodolich, haciendo el valor de ambas letras 250,000 francos: paga de estos dos personajes para que por su influencia, sus consejos y todos los medios posibles, lograsen la abdicación y marcha de Maximiliano á Europa. Pero habiendo fracasado el complot, Bazaine puso un cablegrama para que las libranzas no fuesen pagadas.

Según el licenciado Ignacio Alvarez, el llamado cronista de Su Majestad, don Joaquín Velázquez de León, ministro sin cartera del Imperio, traicionó, firmando el tratado secreto de Miramar; y el general Almonte, también, porque se declaró en favor de las leyes de Reforma, durante la Regencia. Además, éste y el general José Mariano de Salas traicionaron al Arzobispo Labastida, expidiendo, como miembros de la Regencia, el decreto en que se prevenía la circulación de los pagarés otorgados por los bienes de la Iglesia.

Almonte traicionaba también sus convicciones: desde hacía mucho tiempo había expresado esta opinión acerca del establecimiento de una monarquía en México, trayendo un príncipe extranjero, en una nota que,

con el carácter de ministro de la guerra, dirigió, el 22 de octubre de 1840, al general Gabriel Valencia, jefe entonces de plana mayor del ejército: "de cuyo precioso bien (hablaban entonces de la independencia) quedaríamos privados sí, *lo que es imposible*, llegase á tener efecto el anti-nacional proyecto de establecer en nuestro país una monarquía regida por un príncipe extranjero que, para sostenerse, necesitaría traer consigo un ejército, contra el cual combatirían de nuevo los mexicanos, para volver al goce de su independencia y de la libertad que han adquirido al precio de tantos sacrificios: cuyo hecho no sería dudoso, porque si el héroe de Iguala con todos sus títulos á la gratitud nacional corrió una suerte desgraciada en el memorable Padilla, *con cuánta más razón debe creerse que sería peor la de cualquier otro*. Puede, pues, asegurarse que México jamás será pacificado, regido por ningún monarca, y especialmente si fuere extranjero."

El general Miguel Miramón, que se le tiene por el servidor más leal del Imperio, traicionó á Maximiliano, no sólo entrando en inteligencia con los liberales (1), sino tratando de aprovechar todas las circunstancias para

(1) *Maximiliano, Emperador de México, su vida y su muerte*, pág. 101.

proclamarse presidente (1) y hasta intentar, la noche del 21 de abril de 1867, aprehender al Emperador (2), porque le importaba poco á éste y el Imperio.

El general Tomás Mejía, otro de los jefes *fieles* al Imperio, trató de escapar del sitio de Querétaro, disfrazándose de indio (3). Cuando la contienda en la Cruz, el 14 de marzo, estando el Emperador en un punto de peligro, prorrumpió, suplicándole se hiciese á un lado: "Considere Vuestra Majestad que si le matan, todos nos pelearemos entre nosotros por la presidencia" (4).

El general Ramón Méndez, otro jefe *fiel* al Imperio, en la imposibilidad, por sus crímenes, de entenderse con el partido republicano, se unió al general Mejía y otros jefes, para ver de qué manera se capitulaba. Y tanto éste como aquél, al pesar las consecuencias de la discordia que reinaba, se fingieron enfermos.

El general Silverio Ramírez, sobretexto

(1) Afirmación del general imperial Ramón Méndez.

(2) Félix de Salm Salm, *Mis Memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, pág. 134.

(3) Proceso abierto al general Escobedo por su Informe al Supremo Gobierno, en el que fueron secretario el Lic. José Olmedo y Lama, y escribiente el capitán 1º Enrique Sandoval.

(4) *Mis Memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, por Félix de Salm Salm, pág. 63.

de un ataque contra los sitiadores, trató de entregar un punto de la plaza de Querétaro al general Ramón Corona (1).

A los generales de brigada Francisco Casanova y Manuel Escobar se les separó de sus líneas, por desconfianza de su lealtad (2).

El comandante Carlos Adame estuvo preso é incomunicado por estar en relación con los republicanos.

La Gendarmería en masa, con sus oficiales y jefe, estuvo también presa, por igual causa.

Los fracasos continuos para salir con bien de Querétaro, los atribuye el príncipe de Salm á malignidad de Miramón. "Antiguamente, dice, Márquez era el espíritu maligno del Emperador; esta vez lo era Miramón; el primero de éstos es un traidor vil; el segundo pagó con su sangre, al mismo tiempo que la del Emperador; y mientras no haya pruebas de lo contrario, creeremos que Miramón, aunque completamente poseído de ambición personal, estaba más bien ciego por sus propias ilusiones y llevado por su ligereza, de intento engañaba al Emperador y le aconsejaba mal, con el fin de elevarse con la caída de éste" (3).

(1) *Maximiliano, Emperador de México, su vida y su muerte*, pág. 101.

(2) *La Toma de Querétaro*, por Miguel López, pág. 11.

(3) Salm, obra citada, pág. 145.

Y en estas recriminaciones á Miramón, no contamos su salida al campo republicano, donde conferenció con el general Rocha.

Dentro el mismo sitio había imperiales que informaban espontáneamente de cuanto acontecía á los sitiadores. Uno de ellos era el doctor Vicente Licea.

Mas no sólo se traicionaban los traidores entre sí en Querétaro, también se traicionaban en México: el general Tomás O'Horán ofrecía al general Porfirio Díaz la entrega de la plaza y del general Leonardo Márquez.

Este entendíase muy bien con don Juan José Baz, el célebre liberal rojo, que le tuvo escondido en su casa y despistaba á la policía para que no diera con aquél. Más aún, la señora su esposa, de grandes virtudes, fué la autora de la carta de recomendación que Márquez presentó en Veracruz á don Jorge de la Serna, para ser protegido y para que escapara con buen éxito en 1867.

Don Nicolás de la Portilla, Ministro de la Guerra de Maximiliano, tenía un salvo-conducto para salir de la ciudad y entenderse con los republicanos (1).

(1) Como plena ratificación de lo que afirmamos acerca de la perversidad de los traidores, publicamos esta hermosísima carta del general Porfirio Díaz, cuyo tono hay que explicarse por su estado de ánimo en aquella época de revueltas sin tregua y en que la integridad de la patria y el

Las mismas tropas austriacas, según el general Agustín Pradillo, traicionaban al Imperio, celebrando tratados ó convenios por mediación del baron de Lago.

Durante el sitio de México, fueron juzgados por delito de traición el teniente Bourlon y los subtenientes Certain y Caret.

sostenimiento de la República eran la bandera del partido liberal:

"Guadalupe Hidalgo, Mayo 3 de 1867.—Mi querido amigo.—Mientras que sitiaba á Puebla, supe que Márquez abandonaba México para marchar contra mí con cinco mil hombres. Os confieso que me vi afligido para tomar algún partido. ¿Qué debía yo hacer? ¿Levantar el sitio y marchar al encuentro de Márquez, esperar su venida, ó bien dar inmediatamente el asalto? Esto último fué mi resolución.

"El suceso favoreció la impetuosidad de nuestras tropas, que, aunque poco aguerridas, asaltaron con gran valor las posiciones de los imperialistas, sin hacer caso del fuego nutrido de fusilería y de las granadas de mano que se les lanzaban de lo alto de las casas y de los balcones. Cuando los atrincheramientos fueron tomados, los soldados de la guarnición que se habían refugiado en el interior de las casas, temieron ser atacados por retaguardia, abandonaron sus escondites y fueron hechos prisioneros. Las alturas de los alrededores estaban aun ocupadas por el enemigo; pero su guarnición capituló poco después.

"Desde luego pude marchar al encuentro de Márquez. Con la ayuda de una división de caballería mandada por el general Guadarrama, y destacada del ejército de Escobedo, lo derroté completamente.

"La derrota de Márquez tuvo lugar el 10 de abril, aniversario del día en que el austriaco había aceptado la corona de México, en 1863. Había resuelto atacar inmedia-

Manuel Domenech, capellán del ejército francés en México y director de la prensa en el gabinete de Maximiliano, afirma que el clero traicionaba al Emperador, y que á su vez el Emperador traicionaba al clero, reconociendo las leyes de Reforma y buscando la amistad de Juárez.

talmente á México, y aun me puse en marcha con intención de fijar mi cuartel general en Tacubaya, pero el general Escobedo llamó la división de Guadarrama, y me vi obligado á cambiar mis planes y establecerme aquí. Poco tiempo después de mi llegada, el padre Fischer, confesor de Maximiliano, vino á hacerme proposiciones inaceptables, que rechacé inmediatamente. En seguida la princesa prusiana Salm Salm, mujer de un ayudante de campo de Maximiliano, vino á verme para pedirme un salvo-conducto, á fin, según decía, de volver á Querétaro á exponer á Maximiliano la situación de México y persuadirlo de que se rindiese Querétaro. Igualmente rechacé esta proposición, pues, para hablarlos francamente, yo no tenía confianza en sus resultados.

«Antes de mi llegada frente á México, Portilla, que se hacía llamar ministro de guerra, ofreció poner la ciudad en mis manos, con tal de que le diese garantías de seguridad personal. Por otra parte, O'Horán me hacía la misma oferta, añadiendo que si le garantizaba la vida y le daba un pasaporte para el extranjero, me entregaría á Márquez. (Los malvados siempre se traicionan, aun estando á la vista los unos de los otros).

«Actualmente nuestras baterías están establecidas á 200 metros de las fortificaciones enemigas, y continuamos nuestros trabajos de zapa, de manera que caiga prontamente en nuestro poder la capital de la República, ya sea por un asalto, ya por una capitulación.

«En el interior de la ciudad no hay violencias ni extor-

Hay que reconocer que, dadas tanta infidencia y malignidad, Maximiliano, agobiado por una enfermedad secreta, contraída en su juventud tempestuosa, que le había hecho perder su virilidad; Maximiliano, para salvarse de los efectos de las discordias entre sus mismos partidarios, de quienes desconfiaba más que de los mismos republicanos, sus enemigos, se encontró en la necesidad de entregar la plaza de Querétaro.

siones á que no haya recurrido Márquez para hacerse de dinero y para aumentar su ejército. Los comerciantes extranjeros han cerrado sus establecimientos, y están actualmente bajo la protección de sus ministros respectivos, que han protestado contra los actos de Márquez. Los diarios de ayer anuncian que éste último debe expedir una nueva orden muy rigurosa contra los comerciantes. El cuerpo diplomático parece estar deseoso de dejar la ciudad y retirarse á Tacubaya. Naturalmente, yo no reconoceré á sus miembros como funcionarios oficiales, sino como simples particulares.

«El general Bazaine me ha mandado ofrecer, antes de su salida, por medio de un tercero, entregarme las ciudades ocupadas por los franceses, y también á Maximiliano, á Márquez, á Miramón, etc., con tal que accediera á una proposición que me hacía y que rechacé porque no la creía muy honrosa. Otra proposición también se me ha hecho por el intermediario de Bazaine, para la compra de 6,000 fusiles y 4 millones de capsulas. Si lo hubiera deseado, también me habría vendido cañones y pólvora, pero yo refusé aceptar estas proposiciones. La intervención y sus resultados nos han abierto los ojos, y en lo de adelante seremos más prudentes al tratar con las potencias de Europa, y especialmente con la Francia.—*Porfirio Díaz.*»

¿Y de quién debía valerse sino de su amigo y compadre, el coronel Miguel López, á quien "el Emperador, dice el príncipe de Salm, confiaba cosas que no debía" [1].

Uno de estos grandes traidores, tal vez el más renombrado, José María Gutiérrez de Estrada, falleció en Europa dos meses antes del fusilamiento de Maximiliano, habiendo dado este sabio consejo, desde 1840, á los políticos mexicanos de la época: "Si esta nación, por su corta edad, se entrega sin parar á continuos desórdenes; si se halla condenada á vivir todavía por mucho tiempo en tan peligrosa *infancia*, es preciso convenir en que se necesita de un tutor ó pedagogo, que armado de competente autoridad y poder, ponga término á semejante estado de cosas, y le haga entrar en el camino de la discreción, del honor y de la virtud (2)."

(1) En la obra *El General Miguel Miramón*, que son sus memorias, se lee en el 2º tomo, pág. 141, edición de *El Tiempo*, diario conservador y admirador incondicional del valiente militar imperial:

«Miramón deploraba tener como jefe á un príncipe débil que en la intimidad prestaba oídos á los consejos de un coronel tan ignorante como López, y tener que combatir en un ejército cuyo jefe de estado mayor era Márquez, su enemigo mortal, y verse obligado á luchar una vez más con Méndez, hombre extraordinariamente envidioso, no obstante sus brillantes cualidades militares.»

(2) Carta citada, pág. 72.

MAXIMILIANO

Como entregó la plaza de Querétaro

La Historia es concisa y seca en su enseñanza de la ocupación de Querétaro, no obstante ser ésta un punto capital, cuyos detalles dejarían menos duda en el ánimo sobre la traición de Maximiliano que la duda que deja la lectura del suceso narrado en globo. Dicen los autores de Historia, los que más dicen: que el coronel Miguel López salió del sitio la noche del 14 de mayo y que en la madrugada del 15 entregó la plaza por el punto de la Cruz.

Es, pues, de importancia para la Historia saber en detalle el hecho, referido por las mismas personas que jugaron papel principal en la escena; saber por qué, á qué hora, cómo y por dónde salió López; en qué punto preciso y línea de los republicanos fué á dar; con quién habló primero, qué dijo, cómo se le internó entre la tropa enemiga, cómo habló con el general Mariano Escobedo, qué tiempo duró la entrevista y dónde fué, cómo regresó á la ciudad, qué hizo Escobedo inmediatamente después, á qué hora y cómo

¿Y de quién debía valerse sino de su amigo y compadre, el coronel Miguel López, á quien "el Emperador, dice el príncipe de Salm, confiaba cosas que no debía" [1].

Uno de estos grandes traidores, tal vez el más renombrado, José María Gutiérrez de Estrada, falleció en Europa dos meses antes del fusilamiento de Maximiliano, habiendo dado este sabio consejo, desde 1840, á los políticos mexicanos de la época: "Si esta nación, por su corta edad, se entrega sin parar á continuos desórdenes; si se halla condenada á vivir todavía por mucho tiempo en tan peligrosa *infancia*, es preciso convenir en que se necesita de un tutor ó pedagogo, que armado de competente autoridad y poder, ponga término á semejante estado de cosas, y le haga entrar en el camino de la discreción, del honor y de la virtud (2)."

(1) En la obra *El General Miguel Miramón*, que son sus memorias, se lee en el 2º tomo, pág. 141, edición de *El Tiempo*, diario conservador y admirador incondicional del valiente militar imperial:

«Miramón deploraba tener como jefe á un príncipe débil que en la intimidad prestaba oídos á los consejos de un coronel tan ignorante como López, y tener que combatir en un ejército cuyo jefe de estado mayor era Márquez, su enemigo mortal, y verse obligado á luchar una vez más con Méndez, hombre extraordinariamente envidioso, no obstante sus brillantes cualidades militares.»

(2) Carta citada, pág. 72.

MAXIMILIANO

Como entregó la plaza de Querétaro

La Historia es concisa y seca en su enseñanza de la ocupación de Querétaro, no obstante ser ésta un punto capital, cuyos detalles dejarían menos duda en el ánimo sobre la traición de Maximiliano que la duda que deja la lectura del suceso narrado en globo. Dicen los autores de Historia, los que más dicen: que el coronel Miguel López salió del sitio la noche del 14 de mayo y que en la madrugada del 15 entregó la plaza por el punto de la Cruz.

Es, pues, de importancia para la Historia saber en detalle el hecho, referido por las mismas personas que jugaron papel principal en la escena; saber por qué, á qué hora, cómo y por dónde salió López; en qué punto preciso y línea de los republicanos fué á dar; con quién habló primero, qué dijo, cómo se le internó entre la tropa enemiga, cómo habló con el general Mariano Escobedo, qué tiempo duró la entrevista y dónde fué, cómo regresó á la ciudad, qué hizo Escobedo inmediatamente después, á qué hora y cómo

López volvió á salir para entregar la plaza, su encuentro con el general Vélez, el avance de éste, su entrada en la Cruz y sus movimientos y órdenes en el campo imperial.

Nuestra labor es de repórter, pero creemos que es una contribución á la Historia: en ésta los detalles explican los hechos y no el talento, ni la erudición, ni el arte literario del autor.

A los generales Julio M. Cervantes y Francisco A. Vélez se debe este glorioso hecho de armas. Su discreción y valor, á veces rayano en temeridad, que pone empeño en deslucir el partido retrógado, constituyen el punto brillante en su hoja de servicios. Por él son acreedores á la gratitud nacional. El porvenir les hará justicia en el desarrollo de este suceso y no se olvidará que por la República y la patria ofrecieron su vida, la cual llegó á pender á ratos hasta de cualquiera cosa.

Entrevista con el general Julio M. Cervantes

—En el mes de marzo de 1867, no recuerdo si á fines, las primeras posiciones que ocupé, fueron en el Cimatario. Mandaba entonces el general Régules; miento, el general Corona; pero, antes del famoso 27, nos reti-

raron. Algunos días después, me mandaron poner á las órdenes del general Rocha, que mandaba la 1ª División del Ejército del Norte. Ocupaba yo, con la Brigada de San Luis, que se componía de los batallones 3º, 4º y 5º del Estado, la margen izquierda del río que divide la ciudad de Querétaro, en lo que se llama La Otra Banda. Mi posición era la Casa de Matanza y el Panteón clausurado de San Miguel, estando siempre dentro este perímetro y parte de lo que se llama Molino de San Antonio. Allí estuvo mi cuartel general. Pocos días después de estar en esta posición, el general Paz, Comandante General de Artillería, fué á revisar los trabajos, tanto en el Panteón como en los demás puntos. Se hizo preciso atrincherar la Casa de Matanza y levantar, entre una pequeña llanura, la Casa de Matanza y San Miguel, una trinchera que pudiera ponernos al abrigo de golpes de mano, construyendo, además, un reducto bajo mi dirección. Una vez que el general Paz me indicó que el general Escobedo había pensado nombrarme Comandante Militar del Estado y que quería saber si estaba yo conforme, contesté que sí: primero, por la distinción honrosa que se me hacía, y segundo porque, como era yo soldado, tenía que obedecer. Y allí recibí el nombramiento de las manos del general Escobedo. Este nom-

bramamiento se quemó también entre los papeles de que hablé á usted. Reconocía por origen los antecedentes de conocimiento que ya tenía de la posición de Querétaro, por mi estancia allí; puesto que, tanto en San Juan del Río como en la capital del Estado, había servido y conocía algo de la localidad. Ya con el nombramiento que se me diera, me ocupé en procurar los medios para inquirir lo que pasaba en el interior, á fin de que no nos faltaran noticias, y entonces con mayor amplitud poder desarrollar mis investigaciones y saber cómo se manejaban esos señores y evitar golpes de mano. A ese efecto, pude hacerme de un señor que se llamaba Juan Sánchez, alias *Camote*, y éste, aunque hombre burdo, pero de conciencia, hacía toda clase de sacrificios y daba informes, á veces inexactos, otras verídicos, porque su inteligencia no le ayudaba; además servía para ponernos de acuerdo Licea y yo; pues Licea estaba más interiorizado, porque vivía en el corazón del Imperio y tenía infinidad de amigos (1).

(1) Félix de Salm Salm, encargado por Maximiliano de escribir la historia del sitio de Querétaro, dice en *Mis Memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, página 152, traducción de Eduardo Gibbon y Cárdenas:

«Notamos que se hacían contraseñas de las diversas azoteas de la ciudad, y más tarde oímos decir que había or-

—General, ¿qué, este Licea era el médico, que, en compañía de otros, hizo la autopsia de Maximiliano?

—Sí, y era muy bien conocido en Querétaro: no era tonto, había prestado servicios al Imperio y esto le daba ocasión de estar al tanto de todo lo que pasaba, y él me proporcionaba algunas noticias.

—Y, ¿dónde se veían ustedes?

—Celebrábamos nuestras entrevistas en una casa que se conocía con el nombre del Torreón. Juan Sánchez salía y nos encontrábamos en este punto, mediando unos alfalares. Algunas veces penetraba yo hasta donde él estaba. Otras, intentaba que Licea saliera ó Hilarión Frias y Soto; pero no siempre podía conseguirse, porque el *mieditis* que tenían no les dejaba mucho tiempo para ello. Así adquirimos las noticias más precisas y veníamos resistiendo los golpes que nos preparaban. Cuando se nos indicaba que saldría una columna por lugar determinado, se aglomera por allí nuestra tropa y aquella encontrábase con una masa inexpugnable, y con esto fracasaba su intento. Por fin, el día 13 de mayo en la noche hablé con Juan Sánchez y me

ganizado el enemigo en la ciudad un sistema perfecto de espionaje. Había un escondite de estos espías cerca de la Cruz en las casas ocupadas ya por el enemigo. Aún oficiales liberales en traje de paisanos habían estado en la Cruz.»

informó del movimiento que se notaba en la plaza y de que tres columnas saldrían el 15 en la madrugada, que fué cuando ocupamos la plaza referida. Me afirmaba que saldrían tales ó cuales columnas, sin saber naturalmente si su idea era la de la ruptura del sitio, concretándose á estas palabras:—Van á salir, una por el camino de Celaya; la otra por la Cañada, que es la más grande, la más numerosa; y la tercera, por el camino de México. Al tener yo conocimiento de todo esto, daba cuenta inmediatamente al cuartel general, que tomaba sus disposiciones, que yo conocía, y nos organizábamos para recibir el ataque. El día 14, poco antes de las seis de la tarde, más ó menos, se presentó Miguel López, dando la señal de parlamento, con un pañuelo blanco enarbolado en la punta de su espada.

—¿Recuerda usted el punto preciso por donde López salió?

—Debe haber sido esto entre la calle de La Espada y los alfáres, probablemente cerca de la casita del Torreón; vino atravesando parte de la siembra, por el alfálar, á venir á tropezar con el puesto avanzado mío.

—¿Y quién era el jefe de la avanzada?

—El subteniente Concepción Soberanes á las órdenes del teniente Olguín.

—López, como usted se ha servido decirme, salió como á las seis de la tarde; ¿de

manera que había bastante luz? ¿Era todavía de día?

—Indudablemente.

—¿Qué le dijo López á Soberanes?

—Que quería hablar con el jefe de la línea; y, faltando éste, con el jefe inmediato. Y fué cuando lo metió hasta mi presencia. Yo estaba en el cuartito, de la esquina del Molino, que me servía de cuartel general. En esos momentos estaba comiendo con los coroneles Carlos Fuero, Juan López, el jefe de mi Estado Mayor Evaristo Dávalos y otros jefes, cuando llegó Soberanes con el hombre este. Le reprendí por tal imprudencia.

—¿Y qué le dijo á usted?

—¿Quién es usted?—le pregunté.—El coronel Miguel López, me contestó, del Regimiento de la Emperatriz. Traigo una misión. —Dígame cuál es.—No puedo decir nada, hasta que no me pongan en presencia del general Escobedo.

Entonces le ordené á Dávalos que fuera á avisarle al general Escobedo, que un jefe de las fuerzas imperiales acababa de salir de la plaza y traía una misión cerca de él; que si se lo mandaba ó lo retenía.

—En ese intervalo, ¿López platicó con usted?

—No recuerdo si atravesamos algunas palabras.

—¿Vestía uniforme?

—Sí; su traje de militar.

—¿Se le notaba inquietud? ¿Tenía miedo?

—No, nada: estaba tan tranquilo que ni le conmovió siquiera el recibimiento duro y cruel que le hice: no le ofrecí una silla, ni qué comer. Obraba yo con la grosería propia, con el encono que había entre un partido y otro. No se inmutó por nada de eso.

Llegó por fin mi comisionado y me dijo que la orden del general era, que retuviera yo á ese hombre hasta que viniera. A poco llegó á caballo con un ordenanza, se apeó y me dijo:—¿Quién es ese jefe?—Dice que es el coronel Miguel López, jefe del Regimiento de la Emperatriz.

Entonces salió López y saludó con mucho respeto al general Escobedo; se quitó el kepi. Esto sería como á las seis de la tarde.—¿Qué desea usted?, preguntó el general Escobedo á López.—Deseo hablar reservadamente con usted, contestó López. Y se metieron en el cuartito y nosotros nos retiramos á cierta distancia.

—¿Qué tiempo hablarían?

—Como un cuarto de hora.

Una vez que hablaron y salieron del cuartito, López le daba la mano al general Esco-

bedo, pero se la rehusó, diciendo:—Acompañen á este hombre; que lo saquen de la línea con las formalidades necesarias, sin causarle algún mal (1).

Se le vendaron los ojos á López, para volver á la ciudad; mas la parte visible, donde estaba el reducto, ya había tenido oportunidad de observarla á su entrada; de manera

(1) Sabemos por un altísimo personaje que López salió de las filas republicanas acompañado del general Julio M. Cervantes, quien recibió esta orden del general Escobedo:

—Vaya usted con ese hombre á ver si es cierta la misión que trae.

El general Cervantes, en compañía de López, entró en el sitio por una puerta de la Cruz y penetró en el Convento, donde subió al piso alto, en que habitaba Maximiliano. Cuando llegaron á las habitaciones de éste, López dijo al general Cervantes que esperara un momento.

—¿Y si me reconocen?—preguntó el general Cervantes.

—No tenga usted cuidado—dijo López.

El general Cervantes iba vestido de militar y su traje fácilmente podía confundirse con el de muchos jefes imperiales.

Transcurrido un instante, apareció López con el Emperador, quien, después de escuchar á López que le decía algo al oído, habló así, con voz natural, dirigiéndose al general Cervantes:

—Perfectamente autorizado, perfectamente autorizado.

Había ya oscurecido cuando el general Cervantes volvió á su punto.

Al general Cervantes, invocándole su honor, le hemos preguntado acerca de este suceso, de verdadera importancia para la Historia, y ha guardado silencio, pero sin negarlo.

que hasta salió sobrando esta precaución. En seguida me dijo el general Escobedo:—Esté usted prevenido y listo para cualquiera circunstancia que pueda sobrevenir. Ya le mandaré órdenes.

—General, cuando usted sacó á López fuera de su línea, ¿hablaron algo?

—Hablamos unas cuantas palabras.

—¿No le dijo á usted si la situación del ejército imperial era muy seria? ¿Si se habían acabado sus elementos de defensa? ¿Si había perdido la moral?

—No.

—¿Le habló algo del Emperador?

—No.

—¿Guardó secreto acerca de lo que habló con el general Escobedo?

—Indudablemente, porque hubiera sido tanto como confesar á lo que iba y él se negó á decírmelo desde un principio.

Siguiendo nuestro relato, manifestaré á usted, que después de este suceso, me puse á reconcentrar mis tropas, para ponerlas en disposición de marchar. Inmediatamente, entre otras disposiciones, se dió la de que si se oían unos tiros, se dispararan cañonazos sobre el Cerro de las Campanas y las Cruces, para proteger, por lo que pudiera suceder. Sin haber oído muy bien, al día siguiente, temprano, dispuse que se tiraran algunos ca-

ñonazos y recibí luego la orden de marchar hacia el Cerro de las Campanas. Y así se verificó. Cuando llegué, Maximiliano había entregado su espada á Escobedo; Vélez, entrando en la Cruz; y las tropas, penetrado en el centro de la plaza. Después se procedió al cateo.

—Hay un hecho muy importante que debe usted conocer: la salida de Miramón para conferenciar con el general Sóstenes Rocha.

—No conozco los preliminares que hubo para ponerse de acuerdo Miramón y Rocha; pero sí sé que en el puente cercano á La Otra Banda fué donde se verificó la conferencia, á la que estuvimos presentes Montesinos y yo.

—¿Fué de noche?

—Fué por la tarde, en pleno caserío. Mutuamente se hicieron proposiciones:—Vente con nosotros, decía Rocha á Miramón.—Venga usted á nuestro partido y, entre nosotros, todos ustedes y los del Colegio encontrarán amigos y compañeros, decía Miramón á Rocha, á quien trataba con respeto y consideración.

—General, ¿usted había sido también discípulo de Miramón?

—Sí, señor.

—¿De quién partió la iniciativa para la entrevista?

—Creo que fué motivada por Rocha y autorizada por el general Escobedo. Sucedia frecuentemente esto: que siempre que Miramón ó Rocha estaban en algún punto, donde había tropas del ejército del Norte, no era atacado éste: era respetado. Pero volviendo á la conferencia, diré á usted, que no tuvo resultado de ninguna especie: en nada quedaron.

—Véngase usted con nosotros, con el Imperio, repetía Miramón á Rocha. —Pásate á nuestro partido; no es posible que pueda triunfar en nuestro país el Imperio: lo rechaza el mayor número de gentes, no hay simpatías para él, contestaba á su vez Rocha. Y la despedida fué un abrazo; sin pronosticar qué era lo que iba á suceder.

—¿Algún otro jefe de los imperiales llegó á salir de la plaza y hablar con alguno de ustedes?

—Excepto Miramón y López, al menos que yo sepa, ningún otro.

—Y usted, ¿volvió á ver á Miramón?

—Tomada la plaza y dada la orden de que nadie penetrara en ella, yo, con el carácter de Comandante Militar, me encargué de la dirección de todo: mandé capturar á los jefes y oficiales que faltaban y hacer el cateo de algunas casas; en fin, lo que en estos casos se necesita hacer. No había del Colegio sino algunos. El general Escobedo se había que-

dado fuera y mandado que llevaran á Maximiliano á la Cruz, y á algunos otros jefes. Yo mandé hacer la requisición de todos estos caballeros. Antes me dieron aviso de que en la casa del doctor Licea había algunos prófugos, con unas mulas de que los imperiales se servían. Monté á caballo y encontré allí á un centinela y el cabo de un batallón, apostados; les pregunté qué hacían y me contestaron: —Señor, estamos al cuidado de estos imperialistas que mataron unas mulas para comer. El doctor Licea, á quien no había visto, salió á saludarme y después de su saludo cariñoso me dijo:—Aquí tiene usted una reunión de amigos.—Veré qué reunión es esa, le contesté. Había algunos jefes y oficiales. Entré en la sala, y salió la hermana de Licea á saludarme, diciéndome:—Pase usted. Me encontré á Escobar y otros, todos en el mayor desórden, algunos con los bigotes recortados: como unos cincuenta ó sesenta imperiales. Se me acercó el ayudante Segura, hablándome de esta manera:—Dicen que por aquí anda Miramón.—Si ustedes lo tienen, hice observar á la señorita, ocúltenlo bajo tres sitios de tierra.—No está aquí, ni ha venido, ni lo conocemos, dijo ella.—Bueno: si lo quieren salvar, ocúltenlo de una manera que no podamos dar con él. Esto lo estaba yo diciendo precisamente en la misma pieza donde se

encontraba Miramón. Luego dije al coronel Refugio González:—¿Ya había usted dado cuenta de este encierro que tiene aquí? Se quedaron Miramón y algunos otros, monté á caballo y me fuí. Estando en la casa de un señor Marroquín, adicto al Imperio, tomando chocolate, recibí una carta de Miramón en que me decía: "He sido descubierto; estoy herido. Te empeño mi palabra de no fugarme." Esa carta la mandé al general Escobedo, que me la devolvió en seguida, con esta nota de su puño y letra al margen: "Queda prisionero bajo la responsabilidad del coronel Cervantes."

Entonces regresé á la casa de Licea y hablé á Miramón:—Pero hombre, ¿qué pasó? Siempre se te había dicho el resultado.—Nada, contestó, con . . . y muchachos ni á bañarse. . . . y con traidores, menos. Y dejándole un centinela, le manifesté:—Hago esto, no porque te vayas á fugar, no; sino porque pudiera venir gente de poca consideración; hago esto, para que te evites disgustos. No seguí hablándole, porque era una imprudencia; ese hombre estaba tan tremendamente excitado, que hubiera sido una crueldad. En la casa de Marroquín, al hacérsele algunas preguntas sobre Miramón, había yo dicho:—Si ustedes quieren ayudar de algún modo á Miramón, si tienen este deseo, está

en la casa de Licea. Así dije por si pretendían mandarle auxilios de algún género.

Al día siguiente recibí orden de Escobedo para pasar á otra parte á Miramón.—Hay orden de que se te pase á Capuchinas, orden á la que no puedo oponerme en manera alguna, le dije; así es que mandaré que te lleven con toda clase de consideraciones.

En la celda que ocupó Miramón en Capuchinas, se le puso la misma cama que usaba en casa del doctor Licea, y siguieron curándole los mismos médicos, hasta que se restableció. Ya no volví á verle, sino el día del consejo de guerra, que se verificó en el Teatro Iturbide.

El Emperador no concurrió; lo mismo Mejía, que se encontraba enfermo. Miramón fue el único. Estaba en el pórtico en un asiento, echado para atrás, entre una valla de soldados. Entré á saludarle.—Hombre, dile al orejón, me dijo, que qué placer tiene en estarnos atormentando; ¿para qué consejos de guerra y todas estas tonterías? Más valía que de una vez nos mataran y que se acabara así este mitote. —No creo que te fusilen, le advertí.—Si no nos fusilaran, serían muy. . . . ¡Ay de ustedes si no nos fusilan!

—General, ¿de manera que á Miramón no se le notaba sobresalto, ni menos miedo?

—Tenía su sangre entera; puede que yo

esté en estos momentos más excitado, al relatar esto, que él en aquellos instantes.—Hombre, le dije, no creo esto, porque me parece que ustedes no volverán á las andadas, ni tampoco nosotros.—No volveremos, habló, porque nos han de matar.—¿No se te ofrece nada? ¿no quieres alguna cosa?—No.

Nos despedimos y no le volví á ver más, ni el día del fusilamiento.

—¿A Maximiliano lo vió usted antes del consejo de guerra?

—Uno de tantos días, no me acuerdo cuál (yo no participaba del deseo de conocerle, porque me repugnaba el hombre, su pasado de sangre y de iniquidades con nosotros), un día de tantos, al preguntarle al médico Rivadeneira cómo seguía Miramón, me dijo:—Y al tudesco, ¿no quiere vd. verlo?—No tengo curiosidad. Sin embargo, arrastrado por Rivadeneira, pasé á donde se encontraba. Estaba recostado en un catre de metal. Después de que habló con el doctor Basch, se dirigió á mí con mucha urbanidad. El médico de nosotros le dijo:—Voy á presentar á usted, Sire, al General de la plaza. Y yo, con esa vulgaridad, le di la mano; y él me la dió á su vez, quiso que no. Me encontré con una mirada muy dulce; era hombre muy educado. Se incorporó un poco y me habló así:—Me llama mucho la atención en México, y muy

particularmente en las tropas liberales, la juventud de la mayor parte de sus principales jefes. ¿Cuántos años tiene usted?—Tengo veintisiete años, le respondí.—Pues me parece poca edad para un puesto tan importante, como el que está á su cargo; un puesto tan difícil no concuerda con su juventud.—Señor, hay que tener en cuenta las continuas reyertas de la Nación, que ha estado en continua lucha para conquistar su autonomía; y ha tenido, por lo mismo, que hacerse de hombres que le hacían falta.—Eso no se ve en Europa. ¿Qué grado tiene usted?—Soy coronel.—En mi país apenas sería usted capitán.—Sire, dijo uno de los que allí estaban, no habíamos dado á usted de intento una noticia cruel; pero hay necesidad de que Su Majestad la sepa.

Y con esa misma dulzura atendió lo que se le manifestaba. Era en efecto un hombre insinuante y peligroso por su fineza y su buena educación, y con modales exquisitos y manera amable.—¿Qué teneis que decirme? preguntó.—Pues, Sire, . . . dijo el otro, haciendo muy bien un papel cómico, rodándose las lágrimas.—Bien, bien, ¿qué pasa?—Su Majestad.....la Emperatriz, ha muerto.

Se comprendió el esfuerzo tremendo que el Emperador hizo. Luego prorrumpió: ¡Dios

me ha protegido! Era lo único que me ligaba á la tierra ¡ya puedo morir!

Y dirigiéndose á mí, como si nada se le hubiese dicho, continuó: —Decía yo á usted que en Europa es imposible ver militares ocupando la clase de puestos que usted desempeña á la edad que cuenta.

—General, ¿así le habló después de recibir tan tremenda noticia?

—Sí, señor, así: con toda esa energía, con esa serenidad estoica: Era lo único que me ataba á la tierra. ¡Puedo morir á la hora que gusten!

Yo me conmoví. Se lo dijeron para tranquilizarle; fué la idea de ellos, que no se fuera al otro lado con el pensamiento de que dejaba á Carlota. Después me despedí de él y se levantó con mucha atención. No lo volví á ver, ni concurrí á su ejecución.

—¿Podría usted decirme algo acerca de la conducta observada por el doctor Licea, después de la ejecución?

—Antes deseo referir á usted un incidente, del que me acuerdo en estos momentos. Terminado el consejo, lo sentenciaron á muerte, y entonces intervino la princesa Salm Salm á fin de conseguir que Maximiliano se fugara. Hubo un pasaje entre ella y el coronel Miguel Palacios, que probablemente no habrá llegado á conocimiento de usted. Uno

de tantos días que la princesa de Salm estuvo á demandar gracia á Escobedo, se hizo acompañar de Palacios. —Coronel, hágame usted favor de acompañarme; no hay más que una cuadra, dijo la princesa. Llegaron á la puerta del Hotel de Diligencias. Ya había pasado lo del giro. —Acompañeme usted á mi cuarto, habló la princesa en las puertas del Hotel. Al llegar al cuarto, prorrumpió Palacios: —Hasta aquí, señora. —Voy á pasar, habló ella. Y sacando una llave, hizo que entrara el Coronel, y apenas lo había hecho, cerró violentamente y echó llave. —¿Para qué cierra usted, señora? preguntó Palacios. —Quiero, dijo la princesa, que hablemos por última vez: ¿no es bastante el dinero que se le ofrece á usted para que salve á Maximiliano?

Era una suma fabulosa, al menos en aquellos tiempos.

—¿Cómo qué cantidad sería?

—Unos cien mil pesos. El coronel Palacios respondió á la princesa: —Yo, señora, soy soldado y necesito cumplir con mis deberes. —Con cien mil pesos en Europa, ¿qué necesita usted? arguyó la princesa. —Tal vez nada; pero no puedo, ni debo obsequiar sus indicaciones. —¿No le basta usted el dinero?

Hubo una pausa y luego prorrumpió la princesa: —¡Pues, coronel . . . aquí estoy yo!

Esto decía la princesa muy nerviosa, qui-

tándose violentamente el traje. Era notable como hermosura, y hábil también. Palacios le manifestó:—Señora, me pone usted en una posición difícilísima; sin embargo, no puedo acceder, y aun cuando quede en ridículo, como hombre, si no abre usted la puerta, salgo al balcón y doy voces.—Es usted un mal caballero, exclamó indignada ella; es usted un hombre indigno

Y dijo otras frases de enojo, de despecho; en fin lo que sucede en estos difíciles casos. Los primeros que supimos este incidente, fuimos Escobedo y yo. Palacios salió del Hotel de Diligencias y ella se quedó enojadísima (1). Ricardo Villanueva, que era ayudante de Escobedo, sabía muy bien toda esta escena; pues conocía el francés y el inglés.

—Y volviendo, general, á lo del doctor Licea, ¿recuerda usted algo?

—Ejecutado Maximiliano, se recogió el cadáver, colocándole en un ataúd y se le llevó á la iglesia de las Capuchinas, para ser embalsamado. Para esto se comisionaron á Rivadeneira, jefe del cuerpo médico del Ejército, á Licea y otros médicos. Los embalsamamientos en aquella época no eran tan perfectos como ahora. Había necesidad de la ex-

(1) Lo anterior fué transmitido de viva voz por Palacios al general Escobedo y al general Cervantes, que en ese momento se encontraba en el cuartel general.

tracción de las entrañas, de lo que se encargó Licea, teniendo muy buen cuidado de guardarlas, así como todo lo demás que importaba algún mérito en lo de adelante. Comenzó por vender parte de la barba de Maximiliano. Hacía también degradantes especulaciones, humedeciendo pañuelos de las personas que iban á tributar sus últimas demostraciones de respeto y admiración al Emperador, mediante una ó dos onzas de oro. Empapaba los pañuelos con sangre y á nadie le regalaba nada. ¡Conducta verdaderamente reproachable! El comercio á que me refiero, duró no sé cuántos días; pero Licea siguió esta clase de tráfico ya no con la sangre, sino con las barbas del Emperador. Y cuando éstas se habían acabado, entonces especuló en mayor escala, aunque más groseramente: quitaba las cerdas á un caballo alazán que tenía, vendiéndolas á peso, á peseta, á como caía el postor. La ropa con que fué ejecutado, el anillo nupcial: todo lo recogió. El coronel Doria, me parece, se quedó con algo, que entregó después al Ministerio de Relaciones. No sé por qué conducto, pero el caso es que el señor Lerdo supo todo esto y entonces me puso una comunicación, ordenándome que indagara este asunto, que procurase quitar esas cosas y que recogiera todo y lo mandara á Relaciones, porque en verdad este era

un acto asqueroso. Remité hasta la mascarilla de Maximiliano, la que procuré fuera bien empacada, con objeto de que no pudiera destrozarse. Con excepción del anillo nupcial, mandé camiseta, calzoncillos, botas; todo á Relaciones.

—¿Recogió usted algunos documentos?

—Licea tuvo muy buen cuidado de guardarlos.

—¿De Miramón recogió usted alguna cosa?

—De Miramón también se recogió algo y se mandó todo. Después me entregaron el cadáver del Emperador, encajonado, para que estuviera á disposición del gobierno. Lo tenía yo en un entresuelo del palacio del Estado; y fué tan mal embalsamado que al poco tiempo comenzó á descomponerse, á tal grado que la cara se llenó poco á poco de substancias verdosas é iba desfigurándose el hombre. Allí lo iba á ver todo el que quería, hasta que ordenó el Gobierno que se mandara; y fué traído en un carro por una persona que tenía una partida con mulas. El dueño se oponía; pero, después de vencer algunas dificultades, se consiguió que accediera. Y esto se hizo, porque había su excitación en Querétaro, población demasiado fanática.

—Y con Licea, ¿qué pasó?

—Se le procesó, y creo que fué castigado.

—Y al coronel Miguel López, ¿le volvió usted á ver?

—No recuerdo bien que día; pero del dieciseis al veinte de mayo le dí su pasaporte.

—¿Y á Yablonsky?

—A los dos se les dió su pasaporte.

—General, ¿recuerda usted algún otro incidente curioso, como el de Palacios, que me ha referido?

—Tengo recuerdos de otro incidente demasiado curioso. Uno de tantos días del mes de abril, en esa trinchera de que le he hablado á usted, que atravesaba desde la Casa de Matanza al panteón, había varios centinelas, y una tarde tocaba la música del batallón los Cangrejos, en son de burla al enemigo. Se enojaron los de la Cruz y empezaron á disparar algunas granadas sobre nosotros. Una de tantas cayó de tal manera, como á dos ó tres pasos del centinela Damián Carmona, que, al reventar, uno de los cascos le hizo pedazos el fusil. Carmona, sin moverse de su punto, impasible, gritó, permaneciendo de pie como si nada hubiera acontecido:—Cabo cuarto, estoy desarmado. ®

Yo me encontraba en el Panteoncito y el comandante fué á darme parte: Ha caído una granada, ha reventado y hecho pedazos el fusil de un centinela, quien, sin abandonar su puesto, gritó: "Cabo cuarto, estoy desarma-

do." Y se le ha dado otro fusil, y continúa en su guardia.

Se dió cuenta del suceso al Cuartel General, que ordenó el ascenso de Carmona á cabo, luego á sargento segundo y en seguida á sargento primero. Don Juan (1), gobernador de San Luis Potosí, hizo con este motivo gran alharaca: abrió una gran subscripción de dinero entre los vecinos prominentes, compró una corona y se le compusieron versos al soldado. Más tarde se dió orden de que formaran todas las tropas y que se entregara á Carmona todo aquello, haciéndole demostraciones de afecto y reconocimiento por su valor, y se le coronó por añadidura. El señor Presidente mandó que se le diera absoluta libertad y se le regalara una regular cantidad de dinero, pero con la condición de que comprara una casa en San Miguel Mixquitic, que era su pueblo, para que se retirara del servicio. En presencia de cuatro mil ó cinco mil hombres, se le ovacionó materialmente.

En la plaza se levantó un templete, formaron todas las tropas y desfilaron ante Carmona, llevándose á efecto la entrega de los objetos y lo demás de que he hablado á usted. Carmona era un indio de un valor enteramente estoico.

[1] Don Juan Bustamante.

—Señor general, ¿volvió usted á ver después á Carmona?

—Ultimamente, estando en San Luis, tuve oportunidad de verle: vivía en San Miguel, rodeado de muchos hijos, en la casa que le mandó comprar el señor Juárez.

Deseo recordar un hecho muy meritorio, que no sé por qué ha olvidado la Historia, señor Pola,—habló el general Cervantes para terminar;—un hecho muy digno de recordación, y es que, cuando carecíamos más de parque, cuando cualquiera salida del enemigo hubiese bastado para destrozarnos, el coronel Agustín Lozano, entonces ayudante del general Escobedo, vino de Querétaro á México, al cuartel del general Díaz, por parque. Salió con un puñado de soldados, atravesó una línea extensa peligrosísima del enemigo, haciendo jornadas sobrehumanas y jugando el todo por el todo. Cumplió muy bien su comisión; pero cuando regresó, arrojaba sangre.

Y nosotros agregamos también para terminar, que el sitio y la ocupación de Querétaro resaltan más en mérito, si se tiene en cuenta que el ejército republicano que podía hacer frente al imperial, era en número casi la mitad de éste; la demás tropa sitiadora era gente indisciplinada, mal armada y sin municiones, la cual gente á la menor embestida

del enemigo daba luego las espaldas, y en grado tal, que cierta vez un grueso de ella no paró sino hasta Celaya. Pero tenía una virtud: hacía bulto ante el peligro, muchas veces sin pan y sin pegar los ojos, por solo amor á la patria y el deber de defender á la República, cuya alma era Juárez.

Entrevista con el general Francisco Vélez

El 14 de Mayo, á las ocho de la noche, el general Mariano Escobedo se presentó en los baños de Paté al general Francisco Vélez.

—¿Conoce usted á Miguel López?—preguntó Escobedo á Vélez.

—Sí, señor; le conozco—contestó Vélez.

—¿Qué se puede usted tener de este hombre?

—Ninguna, señor.

—Y de los de adentro, ¿á cuál le merece usted confianza?

—Ninguno, señor.

—¿Por qué?

—Sencillamente por ser enemigo y estar al frente de nosotros.

—Pues López me ha venido á ver, de parte de Maximiliano, para la ocupación de la Cruz, y usted es el designado por mí para el mando de esta operación, para lo cual le

doy dos batallones, que son Supremos Poderes y Nuevo León. A las cuatro de la mañana ha de venir López, para conducir á usted con estas tropas. Sitúese en la línea de Arce, que está frente á la Cruz, y allí espere á López; y en lo demás usted sabrá cómo se arregla este negocio.

—Todo se hará como usted me indica y espero que quedará complacido, siempre que esto no envuelva alguna traición por parte de los imperialistas; pero, permítame usted que le haga alguna observación.

—Diga usted.

—¿Por qué, señor, se ha fijado usted en mí, cuando tiene usted sesenta generales de más confianza por ser liberales probados, mientras que yo soy nuevo en este partido?

—¿Tiene usted miedo?

—Sí, señor, lo tengo; pero un miedo distinto del que usted cree.

—¿Cuál es?

—Que si esta operación fracasa, por cualquier motivo, ó por ser una celada, que hábilmente nos pone el enemigo, todos dirán que yo fui á entregar la situación, por ser los imperialistas amigos míos de ayer, y usted reportará el epíteto de tonto por haberme escogido á mí, sabiendo esto. La idea de perecer en la demanda, nada me hace; si el que mis hijos reporten el anatema de traidores.

—Pues usted va.

—Pues irá.

Un jefe liberal, que tuvo noticia de la comisión tan delicadísima que iba á desempeñar el general Vélez, hizo ver á éste que corría inmenso peligro su vida, porque quizás era una celada del enemigo, para apoderarse de él, á su presentación en el punto.

—Tengo que cumplir la orden que se me ha dado—manifestó el general Vélez—aunque me maten; de lo contrario, aquí me matarían también por insubordinado.

A las cuatro de la mañana, prevenida la tropa que debía marchar á las órdenes de Vélez, aparecieron en la dirección de la Cruz, entre la semiobscuridad, dos bultos que avanzaban hacia Paté. Eran el coronel López y el teniente coronel Antonio Yablonsky. Vélez tomó del brazo á López, que iba muy borracho, y comenzó el avance casi de puntillas, sin hacer el menor ruido y procurando no hablar, sino muy á media voz, cuando era en absoluto necesario. Descendieron la pendiente que da al lecho del río y luego ascendieron para alcanzar el punto que debía ser entregado. Vélez iba á la cabeza con López, recomendando á cada paso guardar el mayor silencio para que no se perdiera todo. La misión que iba á cumplir era cuestión de vida ó de muerte para el Imperio. Vélez se posesionó

por completo de su importante papel: daba un paso y se volvía á los suyos para reiterarles silencio y que se avanzara con el cuerpo inclinado, y el arma casi en tierra, para que no se percibieran los bultos por el enemigo. A punto de llegar á la brecha, donde debía entrar Vélez, había un montón de tierra derrumbada del fuerte, difícil de salvar. Vélez lo hizo casi á gatas, asiéndose de aquí y de allá, al tanteo, hasta que llegó á la brecha, en la que tropezó con el centinela, que vestía sarape rojo y sombrero de petate. Dormía de pié con el arma al brazo, reclinado contra el muro. A sus piés había otros soldados, vestidos lo mismo, que dormían también. Vélez asió fuerte del cuello al centinela y despertándole, díjole que si hablaba una palabra, le mataría en el acto. En este supremo momento estaba adentro sólo con López. En seguida empezó á darles la mano, uno por uno, á los jefes y oficiales republicanos, y aún á los soldados para que subieran y entraran en el boquete, tornando á repetirles que guardaran silencio, que obrasen con prudencia, porque si no todo se perdería, siendo ellos las primeras víctimas. Cuando todos estuvieron adentro, Vélez mandó la primera noticia á Escobedo, y Yablonsky, luego de escuchar en secreto algo de López, desapareció como por escotillón.

—Vamos adelante—dijo López á Vélez.

—No, no vamos adelante—contestó Vélez.

—Antes de ir adelante me releva usted todos los puntos imperiales, que están á retaguardia, con tropas mías.

—No hay necesidad.

—No le pregunto á usted si hay necesidad ó no. Que me releve usted los puntos.

—Le repito á usted que no hay necesidad.

—Basta de observaciones—exclamó ya incómodo Vélez;—haga usted lo que se le manda.

—Es que yo mando aquí—contestó con énfasis López.

Todos los que estaban con el general Vélez se le acercaron, y abrazándole, decíanle suplicantes á media voz:

—Pancho, Panchito: ¡estamos perdidos!

Se desprendió de ellos y habló en voz más alta:

—El que no esté á gusto puede largarse inmediatamente. El camino está expedito.

Y sin acabar de decir esto, metió su pistola por la cara á López, y asiéndole del traje, por el pecho, dióle un fuerte golpe en la frente con el cañón, y prorrumpió:

—Mandaría usted ayer . . . Lo que es ahora yo mando.

—No, mi general—dijo López—usted manda. Fué una equivocación.

Relevados los puestos, desde ese momento el general Vélez avanzó con más desconfianza.

Al entrar en la huerta, Vélez despachó á otro ayudante para participar al general Escobedo el lugar en que se encontraban.

—Dígale usted—habló Vélez—que Querétaro es ya nuestro.

—¿Por qué?—exclamó el ayudante.

—Porque tenemos ocupado el punto principal.

Los soldados imperiales iban siendo desarmados, apartados de sus puntos y conducidos á un lugar bajo la custodia de centinelas de vista.

Los ayudantes de Escobedo partían de prisa á cada avance principal, para ponerle al tanto.

Al llegar al convento, el general Vélez y López subieron. Recorriendo los corredores altos, vieron una habitación, por cuyas puertas, apenas abiertas, salía una ráfaga de luz débil. López tentó á Vélez:

—Asómese usted.

Apenas Vélez hubo asomádose, López satisfecho le preguntó:

—¿Qué ve usted?

Vélez contestó:

—Veo á Maximiliano.

El Emperador peinábase la barba frente á un espejo de tocador y vestía un sobretodo

de color de haba. El y las tres ó cuatro personas que le hacían compañía, entre ellas el general Agustín Pradillo, daban las espaldas.

Volvieron á la huerta, ya en disposición de ocupar las alturas.

—¿Qué ya sabe todo esto el Emperador? preguntó Vélez á López.

—Desde hace rato está enterado de todo y hasta sabe que estamos aquí—contestó López.

—Pero, ¿cómo?—tornó á preguntar Vélez, no explicándose como podía saberlo el Emperador, cuando López no se le había desprendido un momento para nada.

—Se lo mandé decir con Yablonsky, desde que entramos en la brecha.

Vélez continuó expidiendo con diligencia disposiciones para asegurar bien la Cruz. Una de ellas fué que Margain marchase violentamente á San Francisco y que, al poseionarse de las alturas, echase á vuelo las campanas. Al rato sonaron éstas y empezó á oírse un rumor que iba en creciente, y voces, y carreras, y gritos, y disparos: era que uno y otro ejército habían dádose cuenta de la situación.

Entonces se destacó en la huerta, enteramente sola, la imponente y noble figura del general Escobedo. Avanzó hacia Vélez, y dióle un fuerte abrazo hasta levantarle.

A la vez, por el lado opuesto, aparecía el general Paz, que caminaba con paso indeciso, como dudando de si Vélez sería de los suyos ó del enemigo. Respiró, luego que Vélez le gritó:

—Corra usted y voltee esa batería para la plaza.

El primer jefe imperial que se presentó en la Cruz á ver qué acontecía, fué el general de brigada Manuel M. de Escobar, que tropezó con Vélez á la entrada del Convento.

—¡Panchito! ¿qué, tú eres? ¿qué haces? ¿qué, eres nuestro prisionero?

—No, general, contestóle Vélez. Usted lo es mío. Pase usted.

Escobar, sin explicarse aquello, pasó al lugar en que los imperiales iban siendo recogidos y asegurados.

Cuando había amanecido, apareció el Emperador con su séquito, entre el cual figuraba López. Bajaban de sus habitaciones del convento y se encaminaban al cerro de las Campanas. El Emperador divisó á Vélez y le saludó quitándose el sombrero con esa elegancia y majestad que le eran muy peculiares.

Y Vélez dijo en voz alta:

—Señor López, en seguida se me presenta usted.

López hizo un ademán de asentimiento y

prosiguió largo trecho en compañía del Emperador, hasta el hotel del Aguila Roja.

Cuando todo había terminado, Vélez recibió un recado del general Miguel Miramón para que pasase á verle á la casa del doctor Vicente Licea.

—Hermano, ¿cómo te va?—fué el saludo de Vélez al entrar en el cuarto donde estaba en cama Miramón.

—¡Me has . . . ! ¿No? Ya ves: aquí me tienes herido, dijo Miramón.

—No; tu destino. ¿En qué puedo servirte? Ordena.

—Como es seguro que me fusilen, te recomiendo á mis hijos. ¡Siento mucho morir en estas circunstancias!

—¡Ya ves como todavía sirvo para algo!

Y dijo esto Vélez, porque cuando se apartó del partido conservador para engrosar las filas del liberal, Miramón, Arellano y otros jefes dijeron que hacían de cuenta que con Vélez no perdían á nadie, porque ya no servía para nada.

Vélez habló á Escobedo:

—En cambio de lo que he hecho, suplico á usted conceda la vida á Miramón. Se lo pido en recompensa de mis servicios, si algunos he hecho.

Escobedo contestó:

—No pende de mí el perdón, sino del Su-

premo Gobierno. Dirijase usted al señor Juárez.

Bien se sabe que Juárez fué inflexible para el castigo de Maximiliano, Miramón y Mejía.

La frase "ahora ó nunca" es una solemne mentira. Tras la energía del Benemérito no se vió entonces sombra de sugestión. Debióse el ajusticiamiento de estos tres hombres á que personificaban el Imperio, y Juárez quería el anonadamiento del Imperio.

Ese mismo día de la victoria, de paso Vélez por el departamento donde estaban presos el Emperador, Castillo, Salm Salm y otros jefes, aquél preguntóle:

—General, ¿sabe usted qué ha pasado con Miramón?

—Está herido en un carrillo,—contestó Vélez.

—¿Qué, pudiera usted decirnos si también él nos traicionaría?

—Usted es quien mejor debe saberlo.

El Emperador se puso rojo de vergüenza y guardó silencio oprobioso, viniendo á tierra toda su majestad.

México, Octubre 30 de 1903.

ANGEL POLA,

CONSIDERACIONES DEL TRADUCTOR (1)

Deseoso de iniciarme en las peripecias de un drama, cuyo desenlace había previsto antes de la partida á México de los jóvenes archiduques de Austria, acabo de traducir la primera serie de las *ULTIMAS HORAS DEL IMPERIO*. Esta obra es debida á la pluma del general Arellano, uno de los últimos defensores del augusto mártir de Querétaro. El triste recuerdo del Imperio efímero de Maximiliano I, no será extinguido en el lago de sangre que la tierra mexicana no consume aún.

El pensamiento de la expedición francesa en México y del establecimiento de un Imperio en el país que domina el golfo, donde debe dirimirse, antes de poco, entre latinos y anglosajones, la gran cuestión de la supremacía universal, perdurará como uno de los más grandes que hayan sido concebidos en el siglo; y cuanto mejor se conozcan las causas que lo han hecho fracasar, tanto más

(1) Estas consideraciones salen á luz por primera vez en castellano.

sentirás acrecer el desprecio ó la piedad para la mayor parte de los hombres encargados de realizarlo.

De cualquier modo, los actos de esos hombres no son un argumento contra el pensamiento, vencido en apariencia. La prueba es que hoy, para toda la gente sería, es preciso ó que la raza latina trabaje de nuevo en realizarlo ó que renuncie para siempre á su influencia sobre los pueblos de que fué en otro tiempo el iniciador.

De todas las regiones americanas, México es la más rica y fértil. Hace seis años, como hoy, los recuerdos del pasado, las lecciones del presente y los peligros del porvenir, ó imponían á este país la restauración del gobierno monárquico ó al menos el ejercicio de una dictadura dilatada y capaz de someter de una vez á instituciones regulares á las poblaciones devastadas por la anarquía.

Por lo demás, el sentimiento monárquico absoluto está de tal modo arraigado entre las diferentes razas, cuyos descendientes pueblan todavía el vasto territorio de Nueva España, que cincuenta años de luchas revolucionarias no han sido suficientes para quebrantarlo.

En México, las instituciones monárquicas se pierden en la noche de los tiempos. Haciendo á un lado sus orígenes misteriosos, conviene seguir el progreso de su influencia

sobre las poblaciones que han ocupado sucesivamente este país, desde la primera de las grandes emigraciones, de la región norte del Anáhuac hacia la planicie central de la cordillera de los Andes, y comprobar que el gobierno de uno solo ha prevalecido siempre entre ellas.

Los toltecas se detuvieron primero en la planicie de que acabamos de hablar. Allí construyeron numerosas ciudades, de las cuales los siglos han respetado algunas, y cuyas ruinas, en su mayor parte, causan todavía admiración y asombro. Reyes hereditarios gobernaron siempre esta nación, destruida más tarde por la guerra, la peste y el hambre.

Los chichimecas, venidos también del norte y causa principal de la destrucción de los toltecas, corrieron igual suerte, pero siempre obedeciendo á la ley de uno solo, fortalecida por la herencia. En fin, llegaron los aztecas, cuyas excepcionales condiciones físicas y morales y cuya índole guerrera y aventurera debían colocarles en posición de anotar ó absorber pronto á las poblaciones á cuyo seno habían llegado, igualmente del norte, en busca de refugio contra la miseria.

Fué en el pintoresco valle de México, en las célebres riberas del lago de Texcoco, donde los aztecas se establecieron. Allí fueron sometidos desde luego á las leyes duras que

les impusieron las naciones cuya hospitalidad habían implorado. Pero bien pronto, obedeciendo á su naturaleza emprendedora, y sintiéndose llamados para grandes destinos, entraron en lucha con ellas y no tardaron en triunfar. Como los romanos, fundaron un mismo imperio, aliándose sucesivamente con los vencidos, que absorbían en seguida; y, cuando los españoles llegaron á México, de que hicieron pronto la más rica de sus colonias, encontraron en Moctézuma al descendiente hereditario de los soberanos absolutos, bajo cuyo cetro los aztecas no habían dejado de existir y prosperar.

Nunca, pues, las razas nativas han conocido y querido conocer otra forma política que la de la monarquía absoluta ó de la dictadura, que es exactamente la misma cosa.

Después del reinado de Carlos V, que pudo añadir á sus numerosas coronas la del Nuevo Mundo, desafiando así al sol que desaparecía una hora de sus Estados, hasta el reinado de Fernando VII, en que la ruindad y traición de sus generales le despojaron de esta corona por instigación de Inglaterra, México ha sido gobernado por sesenta y dos virreyes, que el gobierno español envió allí. La sangre europea, al mezclarse con la que corría en las venas de las razas indias del Anáhuac, modificó profundamente el carác-

ter, las ideas religiosas, los usos y las costumbres de los habitantes de México; pero el sistema colonial de los españoles, lejos de debilitar su respeto y obediencia pasiva al poder soberano, no hizo más que aumentarlos y acabó por ahogar en su espíritu hasta la idea misma de la libertad, tal cual la comprenden los pueblos anglosajones.

Iturbide, soldado de fortuna, cuya carrera fué tan brillante como sus antecedentes, conquistó la independencia de México; mas apenas el nuevo Estado entró, el año 1821, en la gran familia de las naciones ábitras de sí mismas, afirmó sus tendencias monárquicas y ofreció la corona á la casa de los Borbones, entonces reinante en España. No se comprende cómo esta casa rehusó aceptarla, cuando se sabía los medios á que recurrió Inglaterra para debilitar en el mundo la influencia de las naciones latinas. La sublevación de Riego fué un desquite del pavor infundido á la corte de Isabel por la invencible Armada.

Ante esta repulsa, la Regencia, que había gobernado el país desde la proclamación de la Independencia, cedió el lugar al Imperio del libertador mismo, que fué aclamado con el nombre de Agustín I. ¿Qué otro testimonio más palpable podriase invocar para establecer las verdaderas tendencias de los mexicanos, al día siguiente todavía de su ma-

numisión del dominio español? Las divisiones de partidos, los odios fomentados por una lucha de once años, las ambiciones personales no satisfechas, las aspiraciones impacientes de los segundos del nuevo Emperador, que malquistaban su trono y rompían en sus manos el cetro que acababa de empuñar, prueban que nada es tan difícil como imponer por soberano á una nación á aquel que ha crecido de ciudadano sencillo entre sus hijos, que no pueden manifestar tendencias republicanas en un pueblo, el cual desde el día en que Iturbide debió abdicar en Tacubaya, no ha dejado, al contrario, de tender al restablecimiento de un poder enérgico y fuerte. Santa Anna no sostuvo la República, después de la muerte de Iturbide, sino por temor á la suerte que le cupo al Libertador, cuya sangre vertida debía ser de mal agüero á la institución manchada en ella. El nuevo amo, que debía un día preciarse del título de Alteza Serenísima, no se dió cuenta entonces de la obra que consumaba, puesto que la combatió más tarde él mismo en sus resultados; pero á partir desde el día de su triunfo, México fué lanzado hacia la pendiente fatal del abismo, tanto por la mano de los Estados Unidos, como por la de la anarquía interior, que alimentaron constantemente con sus subsidios y protecciones ocultas.

Gracias á los esfuerzos de los Estados Unidos en el Nuevo Mundo y á los de Inglaterra en el antiguo México, fué convertido, á la muerte de Iturbide, en una liza, en la cual las ambiciones personales, los intereses más despreciables y los más opuestos á los de la vieja Europa, los instintos políticos menos honrosos, no dejaron de tomar por juguete á la mayoría de los habitantes honrados y pacíficos, explotada audazmente desde entonces en beneficio de minorías rivales y turbulentas. La acción de estas minorías ha desmoralizado á una sociedad, entregada al desorden y al pillaje, al extinguir en ella, una por una, todas las esperanzas concebidas en la felicidad pública y al paralizar los ensayos intentados muchas veces con el fin de liberarla.

De 1821 á 1861, las rebeliones sucesivas de sus generales y sus presidentes, los nuos contra los otros, han impuesto á la nación mexicana, teniendo en cuenta el imperio de Iturbide, la república federal, la república unitaria y la dictadura, bajo la administración de dos regentes, de un gobierno provisional, de un emperador y de cincuenta y dos presidentes ó dictadores investidos por orden sucesivo, directamente, en el interin ó á intervalos, de poder supremo.

Pero en el seno de este caos perpetuo, re-

sultado de un ensayo imposible de instituciones para las que el país no estaba preparado, la mayoría de los mexicanos ha protestado siempre y ha intentado repetidas veces una restauración monárquica, en relación con sus costumbres. La población pacífica y sensata sabía bien que esta restauración podía sólomente hacerla gozar de la libertad, tal cual la comprenden los pueblos latinos, y preservar la independencia nacional de los ataques de que ha estado amenazada siempre, desde su origen, por un vecino tan envidioso como potente.

El genio de Chateaubriand no podía desconocer las tendencias de las antiguas colonias españolas y sobre todo de qué importancia era para la Europa latina la restauración deseada ardientemente por Nueva España y las provincias argentinas. La diplomacia francesa, inspirada por él en 1823, hizo esfuerzos reales para inducir á la corte de España á compartir á este respecto la opinión de Francia. Si ella hubiese podido salir feliz en su empresa, no sólomente los intereses de la Europa latina en el Nuevo Mundo y los de las poblaciones latinas de América se hubieran salvado, sino España no habría tenido que atravesar desde entonces las crisis de que perecerá quizá á su vez. Fernando VII se opuso con persistencia á los proyectos del gran-

de escritor. Inglaterra no tenía agentes á centenares en Madrid, Barcelona y el Escorial para impedir que una reciprocidad de la Europa continental no pusiera obstáculo, en América, á esta libertad de comercio, en cuyo nombre tantas naciones han estado por ella y están aún hoy condenadas á sucumbir en la anarquía.

Se puede tener idea de la fuerza de las tendencias monárquicas de los mexicanos, leyendo atentamente la obra que don José Hidalgo publicó con el título de *Notas para servir á la historia de los proyectos de restauración monárquica en México*. El autor, antiguo ministro plenipotenciario de México en la corte de Francia, desempeña un gran papel en los acontecimientos que precedieron al advenimiento de Maximiliano. Su autoridad en la materia es, pues, indiscutible. He aquí, además, hechos y fechas.

En 1827, el padre Arenas, que fué pasado por las armas con sus cómplices clericales, intenta la restauración del poder de los españoles. En la misma época, de Villele, sucesor de Chateaubriand, insiste, bajo una forma nueva, con Fernando VII, y apoya cerca de este soberano la candidatura del infante don Francisco de Paula al trono de Moctezuma, haciendo presente que bastaba para que tuviera buen éxito, que respondiese á las as-

piraciones de México, expresadas claramente en el tratado de Córdoba y el plan de Iguala. El ministro inglés Canning despierta en el espíritu de Fernando VII un sentimiento de envidia, cuya explosión impide que termine la obra de Villele, y obliga á Carlos X á renunciar del todo á los proyectos de Francia, por deferencia al monarca español.

En 1840, Gutiérrez Estrada, mexicano ilustre, patriota desinteresado, que ha consagrado toda su vida y toda su inteligencia al triunfo de una idea justa, propone al presidente Bustamante estudiar oficialmente la cuestión de saber si era inoportuno convocar una asamblea que decidiera entre la conservación de las instituciones republicanas ó el restablecimiento de las instituciones monárquicas, y para que, en este último caso, se llamase al trono á un príncipe extranjero. Se comprende de que modo esta proposición debió ser acogida por los hombres investidos del poder. Gutiérrez Estrada hallóse obligado á expatriarse, pero llevaba consigo el alma de su país.

Siempre en aumento la anarquía, el general Paredes, la primera inteligencia militar de México, se subleva en 1845 contra el sistema de gobierno entonces en vigor. Elevado á la presidencia, se ocupa, con apoyo del pueblo conservador, en preparar en el exterior y el interior la deseada restauración. Ala-

mán, cuyo genio como político é historiador es incontestable, combate en esta época, en el periódico *El Tiempo*, por el triunfo de la idea monárquica; pero la Europa latina se olvida todavía de sí misma: Paredes cae y la invasión de los Estados Unidos hace imposible la elevación al trono del hermano político de la reina de España, el infante don Enrique, candidato entonces de los mexicanos.

El partido que acababa de vender á los Estados Unidos, por un plato de lentejas, más de la mitad del territorio nacional, cedió luego el poder al general Santa Anna. Este general, investido de autoridad dictatorial y autorizado ampliamente para dar al gobierno la forma política que juzgase más conveniente, hace cuanto puede por restaurar la monarquía y confía esta vez oficialmente á Gutiérrez Estrada el arreglo de las negociaciones, que se frustran á consecuencia de la revolución española, de la guerra de Crimea y en fin de la nueva caída de Santa Anna.

Al gobierno emanado de la revolución de Ayutla sucede, en 1858, la administración de Zuloaga, que solicita inmediatamente el apoyo de Europa, y en particular el de Francia, para consolidar el orden en México. El gobierno francés exige la intervención de Inglaterra y los Estados Unidos, á la vez que la suya; España se obstina en su indiferencia,

sin pensar que por ella será castigada temprano ó tarde con la pérdida de la isla de Cuba; y Zuloaga sucumbe ante la anarquía.

El Gobierno provisional de Almonte declaró el año 1862, en Orizaba, que el presidente Miramón había solicitado igualmente la intervención de Europa. Miramón desmintió categóricamente esta afirmación, desde los Estados Unidos, donde se encontraba entonces, y desafió á la Regencia á publicar los documentos oficiales sobre los que se apoyaba para emitir semejante especie, que debían estar en México. Los documentos no se publicaron. Es verdad, sin embargo, que bajo la presidencia de Miramón, el general Almonte, su representante en París, encomendó á varios escritores, cuyas opiniones eran conformes á las suyas, publicar artículos y folletos acerca de la necesidad de una intervención europea en México.

La idea de una restauración monárquica había recorrido las diversas fases que acabamos de referir, cuando los excesos y las violencias del gobierno de Juárez pusieron en fin á Francia, Inglaterra y España en la imposibilidad de retroceder por más tiempo ante el propósito de una expedición. La Convención de Londres fué firmada; mas, antes de tratar de este asunto, es necesario decir algunas palabras sobre el carácter distintivo

de los partidos que han dominado sucesivamente en México, desde la proclamación de su independencia.

Ignórase por completo en Europa las condiciones de existencia y la naturaleza de estos partidos. Su designación no tendría para nosotros el significado que tiene para ellos. La oposición ha empleado con provecho nuestra ignorancia á este respecto para satisfacer sus pasiones egoistas en perjuicio de nuestros intereses; pero la verdad es que la poca atención prestada al estudio de la historia de los sucesos acaecidos entre los pueblos hispano americanos, es causa de que nuestros oradores y publicistas más ilustres desbarren cuando se ocupan, en la tribuna ó la prensa, en las cuestiones que tienen relación con aquéllos. Por esto la opinión pública ha sido extraviada en estos últimos tiempos; y los gobiernos, cuya tendencia fatal es hoy obedecer al impulso de las masas, en vez de imponerles la suya, obran en contrario á los derechos y los intereses de Occidente, cuantas veces se levanta entre nosotros el espantajo de la pretendida democracia americana.

Si los hombres que personifican en México el partido conservador, vivieran en Europa, es evidente que nuestros partidos más avanzados tendrían por muy honroso verlos figurar en sus filas. Amigos sinceros de la

independencia individual, que es la libertad propiamente dicha, están acostumbrados á ejercer todas las prácticas, sin haberse entregado nunca, con todo eso, al culto de la utopía. En cuanto á la audaz minoría, denominada liberal, no sabría tener nada de común aun con aquellos de nuestros conciudadanos que se han dejado llevar de los más grandes excesos demagógicos. Julio Favre no admitiría un instante que se estableciera la menor comparación entre él y ciertos jefes de esta minoría, si hubiera estado en posición de conocerles y apreciarles. Agentes en su mayor parte de los Estados Unidos, no aspiran á la libertad, sino á la absorción de su país; y como saben bien que ésta sólo será posible cuando él ya no exista moralmente, no perdonan medio para bastardearlo, entregándolo para ello á todos los horrores de la guerra civil.

Los dos partidos, admitiendo que el segundo merece ser así llamado, surgieron tales desde que estalló en México la insurrección contra el dominio español. El pretendido partido liberal ensayó conquistar la independencia, cuya proclamación fué el fin constante de las intrigas anglo-sajonas, pero retardó diez años su conquista. El partido conservador fué el que, bajo la dirección de Iturbide, la selló con su sangre, tras algunos meses de

luchas heroicas y leales; habiéndose intentado desde entonces, por todos los medios, arrebatarle el precio.

La independencia de México, conquistada y regularizada por los conservadores, no podía ser un peligro para los intereses latinos. La nueva nación, entrada en posesión de sí misma, ocupaba una situación geográfica maravillosa. Dominaba los dos mares. Las estaciones son en México una eterna primavera. La riqueza fabulosa de sus entrañas la ha colocado en posición de proveer de oro al resto del mundo. Su vasta extensión permitía á las poblaciones occidentales de Europa el enviarle su demasía; y he aquí justamente lo que Inglaterra luego y los Estados Unidos después quisieron impedir á toda costa, y de lo que Francia se habría preocupado incesantemente si su gobierno fuera digno de la misión que se ha hecho cargo de cumplir en el mundo.

Los Estados Unidos tuvieron sólo un pensamiento, desde que México se hizo independiente: hacerle teatro de una incesante anarquía, fomentar con este objeto discusiones sin término, armar á los partidos y subvencionarlos, apoderarse de todas las partes de su territorio y llegar así, por el dominio de todo el continente americano, á imponer más tarde su voluntad á los demás continentes.

El primer embajador que enviaron los Estados Unidos cerca del gobierno mexicano, tuvo por verdadera misión, no representar á su país, sino sembrar en México el germen de la discordia civil á fuerza de dinero, la creación de sociedades secretas, cuyo vasto y disolvente sistema no tardó en envolver á la joven nación. Las esperanzas concebidas fueron pronto colmadas. Los pueblos entusiastas llegan á ser rápidamente los mejores instrumentos de su pérdida, cuando sólidas instituciones no los protegen contra sí mismos. La agricultura, la industria, el comercio, las ciencias, las artes, la política, las costumbres y hasta las pasiones, fueron prontamente atacados de consunción, fomentada por la perfidia. Fuerza interior, prestigio exterior: todo fué anonadado; y, cuando los males del cuerpo social mexicano hubieron llegado á su colmo, la Unión Americana extendió su mano colosal, que retiró llena de la mayor parte del territorio de la nación, traicionada por la fortuna y abandonada por idiotismo de la Europa constitucional. ®

Esto no bastaba á la ambición de los Estados Unidos. Apenas terminada la guerra, que había costado á México tan inmenso sacrificio, el partido liberal, á instigación de la Casa Blanca, reanudó su obra con singular audacia; pero fué hasta 1855, después de la

revolución de Ayutla, cuando pudo, luego de haber derribado á Santa Anna, llevar de nuevo al colmo la anarquía y las desgracias de su patria. Los liberales tomaron empeño en extralimitar los excesos de la Revolución francesa, cuya causa sublime eran incapaces de comprender. Dejaron que agentes á sueldo de los Estados Unidos invadiesen la administración y el ejército, contrariaron de frente todas las tradiciones, hirieron todas las creencias, mancillaron las costumbres, pervertieron los usos, imaginaron y decretaron una Constitución, que no podía aplicarse un solo día, pero cuya forma y principios disolventes han servido de pretexto, durante once años consecutivos, á actos odiosos que han hecho correr torrentes de sangre y de lágrimas.

Mientras que los agentes de los Estados Unidos empeñábanse, por aversión á Europa, en acabar su obra demoledora, el partido conservador llega un instante á separar del poder á sus adversarios. Pero á éstos les bastaba dar aviso á la Unión Americana para recibir recursos en numerario, armas y hombres. Así no tardaron en ganar terreno, y los conservadores permanecieron combatiendo.

Entonces la demagogia mexicana realizó lo que los Estados Unidos habíale ordena-

do emprender con el nombre de *Reforma*. Se trataba de la ejecución de un vasto proyecto de regeneración, que debía rematar en realidad en la venta y la disipación inmediata de los inmensos bienes de manos muertas, cuyo producto, administrado regularmente, habría podido servir de base para la creación del crédito público mexicano y la consolidación de un estado de cosas floreciente.

Como un reto nuevo y más insultante aún que todos los lanzados precedentemente á la Europa latina, seis meses después de esta venta, cuyo producto ponía á la disposición de Juárez la totalidad de las riquezas, de que sus predecesores no habían podido nunca disponer, el gobierno liberal mexicano hizo bancarota y decidió suspender durante dos años el pago de los intereses de la deuda extranjera. Por otra parte, el bandidaje tomaba en México, con respecto á los europeos, proporciones extraordinarias: eran públicamente asesinados sin que se pudiera obtener ninguna clase de satisfacción; los ministros plenipotenciarios no tenían más que abandonar un país, donde eran objeto de desprecio mal disimulado.

La hora había llegado, pues, para Europa, de intervenir y persistir en su intervención, hasta que un gobierno sólido le hubiere garantido, después de la partida de sus ejérci-

tos y sus flotas, que la Unión Americana no proseguiría resueltamente en su obra. El interés y el honor imponían una ley imperiosa de obrar en este sentido á Francia, Inglaterra y España, aisladas ó unidas, como les imponían una ley, en la misma época, proteger abiertamente á Jefferson Davis, para ocasionar el desmembramiento de los Estados Unidos. He dicho más arriba que la Convención de Londres fué firmada. Nadie ignora cómo Inglaterra demandó su ejecución. Lo que hoy acontece en España, es el resultado lógico de las revistas pasadas en Nueva York, en honor del general cumplimentado por su gobierno católico, que, al desertar de la causa de Europa, puso en manos de los yankees las llaves de la Habana. Y sin embargo, cuán grande era el pensamiento de la intervención, sobre todo si se la subordinaba á las consideraciones que no podían escapar á la previsión de una política profunda.

Decidida una vez la intervención, era indudable que la mayoría sana y conservadora de los mexicanos aprovecharía la ocasión para libertarse de la anarquía y constituir en fin sobre bases duraderas el gobierno del país. Era igualmente lógico y natural que esta mayoría contase al menos con el apoyo moral de la intervención europea para alcanzar un resultado, que protegería por siempre á Mé-

xico contra la absorción de que estaba amenazado por los Estados Unidos.

Ahora bien, impedida esta absorción, el poder del coloso tenía en adelante límites, en cuya conquista Europa debía ayudar á toda costa á los mexicanos, puesto que las consecuencias de este triunfo del derecho no podían dejar de ser la salvaguardia de nuestros intereses en el Nuevo Mundo, la preponderancia del comercio marítimo entre ambos continentes para la raza latina y finalmente la regeneración de un pueblo amigo, al que colocarían pronto en primer rango los elementos de que puede disponer sobre su suelo, el día en que estuviera en posición de utilizarlos.

Era especialmente la idea de imponer límites al desarrollo de la Unión Americana, lo que debía decidir á Europa á obrar en este sentido. La guerra civil, de que era teatro los Estados Unidos, hablaba con elocuencia á la raza latina y le advertía sobre lo que debía esperar de esos Estados cuando fuesen los dueños absolutos del Nuevo Mundo. Dos millones de soldados levantados é improvisados en algunos meses; un gasto cotidiano de diez á quince millones de francos, sostenido sin penuria aparente durante muchos años, ¿no eran hechos bastante elocuentes para inquietarnos y hacer-

nos comprender cuán ciegos hemos sido al dejar á la Unión Americana cuadruplicar en medio siglo el número de sus habitantes, duplicar su territorio por la adquisición de la Luisiana, aumentarlo todavía por la cesión de las dos Floridas y la absorción de la mitad del territorio mexicano, amenazar en fin á las Antillas, sin exigirle garantías contra este desenvolvimiento extraordinario?

Cuando el coloso anglo-sajón domine á los istmos que separan ambos océanos, las Antillas y el golfo de México; cuando haya llegado á bastarse á si mismo explotando las producciones de estas ricas comarcas con la ayuda de la industria, para la cual una emigración continua le lleva incesantemente secretos, monopolizará el oro y la plata, absorberá el comercio del Asia, arrojará en el mar los últimos restos de los hispano-americanos y, en llegando á aliarse con Rusia, dictará leyes al universo. Ahora bien, con un pueblo que se desarrolla intelectual y físicamente de manera tan inusitada, esta perspectiva de influencia y poder absolutos no sabrá ser alejada. Dentro de algunos años, cuando se haya realizado, la historia dirá si el pensamiento de conjurar estos males, unido al deseo de vengar á nuestros compatriotas despojados y asesinados, á la vez que de ayudar á un pueblo digno de interés

para que recupere su puesto en la sociedad, no era grande, útil y bueno.

Apenas las fuerzas aliadas hubieron llegado á territorio mexicano, fueron paralizadas por causas, que enumeraremos más tarde en otro lugar, como si una maldición eterna pesara sobre este desgraciado país. El hábil Doblado, ministro de Juárez, sacando de las circunstancias y de los hombres todo el partido posible, ocasionó la ruptura de la Convención de Londres por las mismas manos de aquellos que estaban encargados de su ejecución. Reembarcadas las tropas de Inglaterra y España, Francia permaneció sola frente á una situación, que, aunque no superior á su carácter, ni á su valor, decuplicaba sus dificultades la distancia inmensa que separa ambos océanos.

Se sabe como nuestro ejército prosiguió en la empresa regeneradora que tenía la misión de llevar á cabo. Detenido un instante por los azares de la guerra en su marcha hacia México, la continuó bien pronto victoriosamente; y desde que las guerrillas de Juárez fueron derrotadas en Puebla, nuestras tropas recibieron coronas y manifestaciones de reconocimiento de las poblaciones que creyéronse entonces libertadas de los horrores de la guerra civil.

Se ha visto como en el momento mismo

en que las principales potencias europeas decidiéronse á intervenir en México, el partido conservador pensaba, como siempre, en obtener provecho de una intervención, si se verificaba para restaurar la monarquía. Desde que fué decidida, los agentes de este partido, que se encontraban en Europa, formaron el proyecto de ofrecer la corona al duque de Módena; proposiciones semejantes hicieron á la hermana del rey de España, la infanta doña Josefa, en interés de su primogénito, que acababa de entrar en la escuela militar de Segovia, dando las más brillantes esperanzas; mas no habiendo podido tener buen éxito por ninguno de estos dos lados, pensaron en el archiduque Maximiliano de Austria, cuyos antecedentes y reputación parecían á la altura de la misión que se trataba de hacerle aceptar. El gobierno francés, con afirmar y todo que no quería imponer instituciones, ni un soberano á México, tenía, sin embargo, simpatías por la idea de ver elevar un trono en favor de este candidato. Haré en otra parte, según los documentos más auténticos, el relato de las relaciones personales que se establecieron entonces entre el emperador y la emperatriz de los franceses y los jóvenes archiduques. He leído en Miramar cartas preciosas y he sido autorizado para tomar copia de ellas, que no

dejan duda alguna sobre la parte de responsabilidad que resulta á todos en la dirección dada más tarde á la política interior de México por el nuevo soberano.

Una vez ocupada la capital por las tropas francesas y las regulares mexicanas, aliadas á la Intervención, fué proclamado el Imperio por la mayoría inmensa de los habitantes y sobre todo por lo más escogido de los habitantes de todos los rangos y todas las clases; pero se sabe que el Archiduque puso por condición expresa de su aceptación, que fuera electo por la mayoría de la nación y no solamente por la de los habitantes de México ó de las provincias situadas entre esta ciudad y Veracruz. Los ejércitos franco-mexicanos penetraron de seguida en el interior del país, de que ocuparon las nueve décimas partes. La acogida que recibieron está presente en la memoria de nuestros oficiales, cuyas palabras atestiguan el reconocimiento de que eran objeto. Maximiliano I obtuvo tantos sufragios como ninguno de los poderes anteriores al suyo reunió desde que México conquistó su independencia.

Entonces, y solamente entonces, el archiduque aceptó la corona de manera definitiva. Salvó los mares con su joven compañera, después de haber testificado en las Tullerías que se alejaba de acuerdo con Napo-

león III y, en Roma, que partía contando con las bendiciones del jefe de la Iglesia. Desembarcó en las playas de su nueva patria, que recorrió de Veracruz á México, bajo arcos triunfales, á las aclamaciones entusiastas de los habitantes, cuya alegría rayaba en delirio. En los viajes que poco tiempo después emprendió á otras provincias, se convenció de que igual entusiasmo reinaba, inspirado por las mismas esperanzas.

Nunca la regeneración de un pueblo había sido emprendida en condiciones tan felices y bajo auspicios tan favorables. Nunca tantos elementos de éxito habían sido puestos á disposición de un príncipe. Nunca nación alguna consumida por la anarquía habíase prestado con mejor voluntad á la obra de su salvación. Nunca, en fin, una empresa, de las proporciones colosales de la Intervención francesa y habiendo debido frustrarse por tantos obstáculos, fué conducida á la mitad de su tarea con mayor fortuna y facilidad. Un poco de tacto, una marcha política conforme á la lógica del pasado, cierta dosis de abnegación, algún agradecimiento á los hombres, buena fé, energía y constancia bastaban para coronar la obra. Mas ¡ay! hemos llegado al momento en que la estrella de los destinos de Maximiliano y del nuevo Imperio, habiendo alcanzado el

zenit, va á descender al horizonte, oscurecido de pronto por las nubes que la traición acumula, y á desaparecer por fin bajo el velo sangriento del Cerro de las Campanas.

¿Por qué ha acontecido esto? ¿Quién ha extinguido el gran pensamiento concebido? ¿Qué mano más fuerte que la voluntad de todo un pueblo ha derribado el trono edificado por él? ¿Cómo es que el ídolo de una nación ha podido sucumbir en su mismo suelo, á los golpes de sus enemigos? ¿Quién ha hecho surgir todos los males para México, de un acontecimiento que le prometía todos los bienes? ¿Qué serie de faltas ha podido comprometer, no por muy largos años, sino para siempre, la causa de la raza latina en América? Sería preciso, para contestar todas estas preguntas, arrancar á muchos hombres, que viven entre nosotros, el secreto de su conducta pasada; pero se puede, al menos, contestarlas en parte, revelando ciertos acontecimientos ignorados aún de la historia y que son la llave de otros que han permanecido hasta hoy tan enigmáticos como ilógicos para todos los hombres serios.

Cada cosa en su lugar: cumplamos desde luego con la menos penosa para nuestros sentimientos.

A menudo en la vida privada de los mo-

narcas es preciso buscar el móvil de su vida pública. Los derechos de primogenitura y la predilección eterna engendraron profunda y secreta antipatía entre los archiduques de Austria, Francisco José y Maximiliano. Esta antipatía debía ejercer grande y funesta influencia, no solamente sobre su porvenir, sino sobre el del mundo. La princesa Sofía, madre de los dos archiduques, amaba en exceso á Maximiliano, cuya naturaleza simpática, inteligente y henchida siempre de arranques superiores á su edad, hablaba al corazón de la mujer. Hubiérase dicho por eso que leía ella en la frente del niño la sangrienta profecía del destino.

Una doble abdicación hizo pasar la corona austriaca á la cabeza del príncipe, que para defenderla no debía combatir en Sadowa; sino, al contrario, confiar á de Beust, después de esta batalla, el cuidado de apresurar en Europa la ruina de las ideas alcanzadas en Querétaro por las balas que han destrozado el pecho de su hermano. Francisco José, elevado á la dignidad de Emperador, Maximiliano adquiría derechos eventuales á la corona. Desde entonces la antipatía que dividía á los dos hermanos, revistió formas visibles en las diversas condiciones en que iban á ser colocados por los acontecimientos. El Emperador de Austria parecía afecto á la carre-

ra militar; Maximiliano la desdeñó por la marina. El Emperador de Austria obedecía todavía á las tradiciones de su familia; Maximiliano, y esto debía ser causa de su pérdida, afectó un liberalismo exagerado, capaz de inspirar inquietudes al soberano, cuyo prestigio disminuía, tanto como hería los sentimientos de su hermano. Todos los actos de Maximiliano parecían dictados por una verdadera oposición sistemática á Francisco José. Reconocí, desde mi arribo á Miramar, los estragos operados en el alma generosa del archiduque por la convicción en que estaba de su superioridad sobre su hermano y por el deseo que tenía de hacerla conocer, empleando justamente para esto el único medio propio para causarle su pérdida. Y lo que hacía irreparables esos estragos, es que altas influencias exteriores desenvolvían en el archiduque la convicción, la cual corroboró el tiempo, de que los príncipes buscan fuera de su conciencia y su fe los elementos de su voluntad, es decir, que reconocen de muy buena fe que no tienen ninguna razón de ser. Esta convicción está destinada quizás á facilitar el tránsito de un orden de cosas reprobado á otro, cuyas bases están por hallarse aún; mas, de seguro, ella precipitará del trono á todos los soberanos que la dividan. Además, es notorio que si la superioridad inte-

lectual ó el mayor ó menor liberalismo podrían ser erigidos en derecho de advenimiento al poder, aquel que hubiera derribado la vispera á un soberano, á título de más inteligente y más liberal, debería ceder mañana el lugar á otro, porque la inteligencia y el liberalismo no tienen límites conocidos. Estas son insensateces, cuyo monopolio pagará muy caro la sociedad moderna y que debían costar la vida á Maximiliano.

Se afirma que el Emperador de Austria, por su parte, buscaba la ocasión de alejar de sí á su hermano, de suerte que la elevación de éste último al trono de México tenía la doble ventaja de colmar las aspiraciones del uno, al ofrecer al otro la oportunidad de desembarazarse de un rival peligroso. Así, el permiso de aceptar la corona de Moctezuma fué pronto concedido á Maximiliano, pero á condición de que renunciaría á sus derechos eventuales al gobierno de Austria. Esta renuncia fué consagrada por el pacto de familia firmado en Miramar, pacto que llegó á ser el motivo de la ruptura completa entre ambos hermanos. En efecto, desde su llegada á México, el primer cuidado de Maximiliano fué protestar contra ese pacto, basándose sobre lo que Francisco José había comunicado al Reischsrath. He aquí de qué comentarios acompañó su protesta: "Sin duda alguna hu-

biese sido más prudente, escribió, que el Emperador de Austria cubriese con velo más espeso todo lo que ha tratado en el último convenio, arrancado á su hermano en un momento supremo; porque es preciso no perder de vista que por su iniciativa le fué ofrecido el trono de México al archiduque Maximiliano."

Animado de semejantes sentimientos, el nuevo Emperador no podía estar preocupado más que por el deseo de aumentar en Europa su popularidad, siguiendo en México una política diametralmente opuesta á la de su hermano en el gobierno de su país. El trono de Moctezuma era sólo un escalón que le aproximaba al trono de los Hapsburgo. Así, puso tal persistencia en la marcha que se había impuesto, que aquellos que no estaban al corriente de los móviles secretos de su conducta, pusieron en duda la pureza de sus intenciones.

El programa del partido á cuya cabeza se encontraba Juárez, había ensangrentado á México durante diez años consecutivos. La nación, deseosa de protestar contra ese programa y de restablecer la autoridad sobre bases inquebrantables, no podía haber electo á Maximiliano con el único y peregrino fin de substituir á Juárez por un archiduque extranjero, para proseguir una política idénti-

ca á la del presidente liberal, porque el sentimiento nacional habría dado la preferencia al jefe mexicano, en su aplicación. Maximiliano, desde su arribo á México, determinóse enérgicamente en favor de la política juarista. El nombramiento de su ministerio no pudo dejar duda alguna á los conservadores acerca de los actos de que iban á ser las víctimas, así como sus ideas. Por lo tanto, ya se podía prever el término fatal del naciente imperio.

La presidencia del ministerio imperial fué dada á Ramirez, hombre erudito, abogado ilustre, arqueólogo distinguido; pero que había perdido todo su prestigio y estaba en realidad muerto políticamente desde la presidencia de Arista, cuyo gabinete dirigió. Además, Ramirez pertenecía ostensiblemente al partido liberal y acababa de rehusar el sentarse entre los miembros de la junta de notables, que había proclamado el imperio en favor de Maximiliano. Sus colegas de ministerio eran transfugas del mismo partido, y algunos hombres nulos desde todos conceptos.

El nuevo Emperador, así rodeado de sus enemigos, traicionado sin cesar por aquellos cuyas disposiciones le impellían cada día al abismo, obedeciendo á la lógica fatal de sus designios, procedió á la anulación del partido conservador, el solo, sin embargo, que le

había coronado, el solo que podía salvarle, el solo, cuyos jefes principales debían morir por él. Este partido recibió, por única recompensa de su adhesión, el desprecio del Soberano, quien, á veces también, aprovechó todas las ocasiones para cubrirle de ridículo. El Emperador y la Emperatriz, en sus conversaciones particulares y su correspondencia oficial, no se reprimían para tratar de *cangrejos* á los hombres (1) entre quienes ninguno retrocedió después, cuando se trató de verter su sangre. Ahora bien, este epíteto injurioso era el mismo de que se servían los juaristas para calificar á los conservadores. No solamente todo lo que había sido hecho por los ultraliberales fué ratificado, sino se fué más allá que ellos; y, mientras que se declaraba legales todos los actos de la administración anárquica, rehusábase este honor á la administración de Miramón, reconocido como presidente por México y todos los gobiernos europeos.

El ejército conservador había prestado servicios inmensos á la Intervención. Una persecución, tan encarnizada como injusta, lle-

[1] No debe olvidarse, para estimar estas preciosas afirmaciones, que el mismo Arellano es el autor, como ya lo hemos dicho, de estas *Consideraciones*, en cuya corrección francesa puso únicamente la mano Hugelmann. [Nota de A. P.]

vóse á cabo contra los generales de este ejército y sus más distinguidos oficiales en todos grados. Miramón, Márquez, Arellano, entre otros, fueron condenados á un destierro mal disimulado, ó á prisión. El clero no tuvo concesión alguna; el crédito público fué abandonado á sí mismo y los liberales tránsfugas pudieron dejar á la ventura los millones del empréstito francés, que los traidores de otro género y de otro país no habían podido dividirse entre sí. Así fué como el Emperador Maximiliano, descarriado por las doctrinas de las escuelas alemanas más exageradas que hayan surgido del sistema de Kant, creía llenar la misión monárquica que había aceptado y hacía de buena fe todo lo que era preciso para sucumbir como Luis XVI, entregando para siempre á su país adoptivo á los horrores, de que había contraído el deber de libertarle. En vez de dominar por encima de las exigencias exclusivas de los partidos, no era ya en realidad sino el instrumento de la minoría demagógica que debía herirle, y de la cual apresuraba el triunfo abriendo de par en par las puertas de los palacios imperiales á los desertores aparentes de la causa de Juárez. Entre tanto, las tropas de éste último, armadas, protegidas por los Estados Unidos, favorecidas por las disposiciones del gobierno de Maximiliano, concentraban y aumen-

taban sus fuerzas, sentían crecer sus esperanzas y preparábanse á tomar de nuevo la ofensiva, el día en que sus aliados de la Unión Americana ocasionaran extraño pánico por su intervención, de la cual alguna vez escribiré la historia.

Los abogados Ortega y Vázquez, defensores de Maximiliano ante el consejo de guerra que le condenó, expresábanse así á propósito de la política del soberano: "Este no sólo toleró, sino que mostró una decidida inclinación, amparó y protegió á sus adversarios políticos, partidarios de las instituciones republicanas." Pero entonces, infortunado, ¿con qué derecho osaste, por tu presencia en el trono, contrariar de frente estas instituciones y estos hombres? ¡Ay! Esta es una pregunta que sería preciso por desgracia dirigir á la mayor parte de los soberanos de Europa, cuya conducta es una protesta continua contra la existencia de su corona, quienes, encargados por la Providencia ó la aclamación de los pueblos de regir los destinos de las naciones, hacen todo lo que es necesario para apresurar la llegada del cataclismo, que debe anonadar todo.

Los propósitos de los Estados Unidos respecto á la evacuación de México por las tropas francesas, eran admirablemente secundados por los ministros de Maximiliano,

encargados de procurar pretextos para la renuncia de Francia. No se reprimían para dar á entender que no teníamos otro derecho que el de enviar millones á México y sacrificar á nuestros hijos en la defensa de un trono combatido más eficazmente por los que lo rodeaban que por las guerrillas republicanas. Por eso los abogados de Maximiliano dijeron más tarde en su defensa: "Llegado á México, todos sus esfuerzos se dirigieron á disminuir la influencia francesa hasta donde era posible, supuestas las exigencias especiales de su posición." Por eso se pudo inducir al desgraciado príncipe á declarar en sus discursos oficiales y sus conversaciones, cuando nuestro ejército abandonó su Imperio, que se felicitaba de estar libre al fin de la influencia extranjera.

Cuando fué decidida la intervención francesa, el gobierno de Napoleón III, reconociendo que la barrera más segura que había que oponer á la invasión de los Estados Unidos, era la colonización de Sonora y la explotación de las riquezas fabulosas de esta provincia, había estipulado su cesión á Francia con el general Almonte y más tarde con la Regencia de este general, ó al menos el privilegio de explotarla en condiciones que permitieran al nuevo Imperio cubrir sus gastos é indemnizarnos de los nuestros. Un

tratado había sido también aprobado; pero Maximiliano, siempre preocupado por conservar intacto su prestigio á vista de sus enemigos, rehusó ratificarlo. He aquí, por lo demás, cómo sus defensores se expresaron acerca de este asunto ante el consejo de guerra, desnaturalizando la importancia y el fin del tratado, así como el origen de la resolución tomada por el Emperador de permanecer en México, después de la retirada de nuestras tropas: "No es menos falso el de haber sido instrumento de los franceses. Luis Napoleón exigía que en el tratado de Miramar se incluyera un artículo, en el que se ratificaran todos los actos de la llamada Regencia. El objeto de esa estipulación era que quedara ratificado un tratado concluido entre el ministro diplomático francés y la llamada Regencia, que importaba la pérdida de Sonora para la nación y su adquisición por el gobierno francés. El Archiduque, después de haber aceptado la corona, declaró que dejaría más bien de venir á México que firmar tal estipulación; y de hecho, el tratado de Miramar se redactó sin contenerla. Llegado á México, uno de sus primeros actos fué destituir á don José Miguel Arroyo, que se había prestado á firmar con el ministro francés el tratado relativo á Sonora, habiendo tenido nuestro defendido

sobre esa materia diversas contestaciones sumamente desagradables con Mr. Montholon, que le enagenaron completamente la buena voluntad de los franceses.

"Una de las principales causas que en Orizaba lo obligaron á tomar la resolución de permanecer en el país, fué que se le presentaron datos que le hicieron creer que habia una combinación entre el gobierno de los Estados Unidos y el gobierno francés, para imponer á la nación mexicana un gobierno contrario á su voluntad. Tan lejos así estuvo nuestro defendido de ser instrumento ciego de la intervención francesa." Don Miguel Arroyo protestó contra la aserción relativa á Sonora y declaró que se trataba únicamente de explotar sus minas. En cuanto al pretendido acuerdo, entre el gobierno francés y el de los Estados Unidos, el tiempo se ha encargado de probar que los Estados Unidos no han ofrecido á este respecto más satisfacción á Francia, que Prusia para todo lo que se le ha dejado ejecutar de contrario á la causa latina en Europa.

Ahora no quiero examinar si la falta de ejecución de las estipulaciones de la Convención de Miramar, á causa de la política interior seguida por Maximiliano, imponía á Francia el deber de ceder á las amenazas

de la Unión Americana y dejar el drama comenzado á que tuviera su desenlace en Querétaro. Por mi parte creo todo lo contrario, y continúo en la narración de los acontecimientos.

La inesperada marcha política del Imperio naciente aseguró brevemente la pacificación de las provincias. Un movimiento general de reacción respondió á las faltas increíbles del gobierno imperial; y desde que comenzó la desocupación del territorio por el ejército francés, las tropas republicanas, recuperando su entusiasmo, se posesionaron sucesivamente de las poblaciones, que impedía defender la desorganización del ejército nacional. Entonces Maximiliano pensó en abandonar á México, sin renunciar, sin embargo, á la corona. Con este objeto se dirigió á Orizaba, ciudad situada al oriente del país, á cuarenta leguas de Veracruz, comunicó su resolución á la casa de Austria y esperó respuesta. La archiduquesa Sofía, su madre, fué encargada, por Francisco José, de contestar á su hermano: que si volvía á Europa en estas condiciones, le sería prohibida la entrada en territorio austriaco. ¡Y se dice que faltan asuntos para una tragedia, en nuestra época!

Antes de su partida á Orizaba y quizás aleccionado al fin por los acontecimientos

sobre la insensatez de sus tendencias liberales y la mayor ó menor eficacia de los consejos que recibiera, Maximiliano tentó tardamente una evolución política, nombrando un gabinete conservador. Desde que conoció la resolución de la casa de Austria, llamó cerca de sí á los miembros de este gabinete y al consejo de estado, para saber si debía, á su parecer, ceder el puesto ó conservarlo. La opinión unánime fué que debía conservarlo, Maximiliano sometióse á ella y, tornando á ser el digno heredero de sus abuelos, entró en México, de donde no volvería á salir, sino para ir á Querétaro á recoger la palma del heroísmo y el martirio.

Mexicanos de autoridad por su abnegación y carácter, sostienen que el Imperio podía salvarse todavía en este momento. El reducido ejército conservador habíase reconstituido con premura. Por desgracia, como expiación de sus errores que le impuso la Providencia, Maximiliano no pudo pedir su salvación más que á los hombres que su gobierno había perseguido con tanta pasión como injusticia. Miramón, Márquez y Arrellano recibieron y aceptaron la misión difícil de sostener al Emperador en el instante supremo. Dos de entre ellos, abnegados y leales á Maximiliano y colocados por él á la cabeza de las tropas sitiadas en Querétaro,

dirigieron con valor una defensa, que de pronto pareció imposible, y retardaron por dos meses la caída del desgraciado Soberano. El tercero, el general Márquez, se ocupó, según parece, en la ingratitud, cuando había sido colmado de favores en los días felices del Imperio, y preparó de antemano, para vengarse, la enorme traición, que entregó Maximiliano á sus verdugos.

Este libro ha sido escrito para hacer conocer al mundo la naturaleza, los detalles y las pruebas de esta traición. No pertenece á la multitud de esas publicaciones de actualidad, escritas sin criterio, sin autoridad, sin conciencia de los hechos, que, inmediatamente después de la caída de Maximiliano, han invadido la prensa con perjuicio de la justicia y la verdad. Las mentiras, las anécdotas apócrifas, los errores han así usurpado la misión de la historia y extraviado la opinión sobre uno de los más graves acontecimientos del siglo diez y nueve. Es tiempo de substituir esas publicaciones con escritos serios capaces de destruir el efecto de juicios equivocados ó apasionados, de restituir á los acontecimientos su cronología, de colocar en su época verdadera á los actores del drama mexicano y hacer conocer, en fin, toda la verdad, por cruel que pueda ser para muchas gentes.

Desaparecidos Maximiliano y Miramón, el general Arellano es el único que está en posición de revelar, con el carácter de historiador, las causas secretas que produjeron la caída de su Soberano, y de dar á los sucesos su fisonomía verdadera. La posición militar de este joven general; la importancia del papel que representó en el ejército, del que fué director supremo; la importancia de los trabajos que emprendió para que la resistencia de la plaza sitiada pudiese llegar á ser posible; su categoría de miembro y secretario del consejo de guerra que aseguró las grandes resoluciones tomadas por el Emperador, durante el sitio; la estima del Soberano, de quien fué entonces el confidente más íntimo; la estrecha amistad que no ha dejado de unirle á Miramón, después de su salida del Colegio Militar; y la parte que tomó en los asuntos de este general y los del Emperador, son otras tantas circunstancias á las cuales debe el general Arellano ser el alma de la defensa de Querétaro y haber adquirido el conocimiento de los hechos más secretos y la propiedad de los documentos preciosos, que publicará sucesivamente con los estudios que seguirán al presente. Su capacidad extraordinaria, la reputación científica de que goza, completan sus

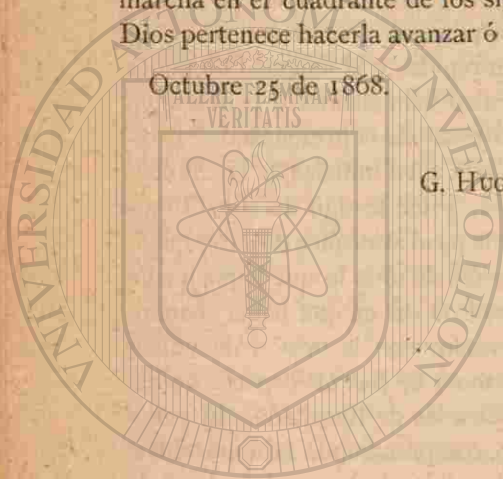
títulos para que merezca la atención seria del lector.

A fuerza de audacia y gracias á una suerte extraordinaria, este general escapó milagrosamente del suplicio, después de la ocupación de la plaza de Querétaro. Tuvo en seguida la intrepidez y la felicidad de poder llegar á México bajo disfraz y penetrar en sus muros, á pesar de la presencia de los republicanos. Allí tuvo noticias de la conducta de Márquez y fué testigo de sus últimos actos, lo que le puso al alcance de darse cuenta perfectamente de todo lo que había hecho el traidor desde el día en que había abandonado á Querétaro con la misión de volver aprisa á la cabeza de fuerzas capaces de hacer retroceder á las de Escobedo. El general Arellano, comprendiendo la importancia de sus revelaciones, no ha perdonado nada para precisar su alcance, acompañándolas de pruebas irrecusables é indispensables, sobre todo para familiarizar al público con la idea de una traición apenas sospechada. De las páginas que van á seguir se escaparán torrentes de luz, con cuya ayuda será fácil impedir el crimen de substraerse al anatema universal. Se puede de hoy en adelante conocer y señalar á todos los que fueron traidores y abandonaron al Soberano. ¿Sucede lo mismo con aquellos que fueron traidores

á la humanidad en este gran desastre de la raza latina? No me atrevo á decirlo todavía; pero, en todo caso, ó mucho me engaño ó nos aproximamos á una hora terrible, cuya marcha en el cuadrante de los siglos sólo á Dios pertenece hacerla avanzar ó retroceder.

Octubre 25 de 1868.

G. HUGELMANN.



INTRODUCCION

Si algún día la casa de Austria ó la augusta Emperatriz Carlota pueden ocuparse en rendir á la memoria del Emperador Maximiliano los homenajes que merece, creemos que les será indispensable recoger el informe de los generales (1) y las actas de los consejos

(1) Habiendo rehusado el cónsul de Austria en la Habana y el ministro de esa potencia en los Estados Unidos, al comandante Rodríguez [a], poseedor de esos documentos, los medios necesario para ir á Europa, con el objeto de poner á disposición de la familia del Emperador Maximiliano esos preciosos manuscritos, el señor Rodríguez tuvo que demorarse en Cuba, adonde murió el 16 de Diciembre de 1867.

Sería deplorable que á esos documentos cupiere la misma suerte que la de los archivos secretos de que se dió

(a) Patricio Rodríguez, ayudante de entera confianza de Arellano. Dias antes de que partiera éste á Veracruz, en camino para Europa, Rodríguez le precedió, llevándose consigo el equipaje y un legajo de papeles importantes acerca del Imperio.

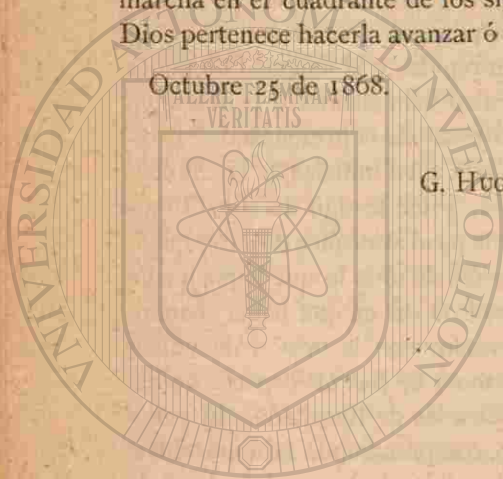
Arellano vió morir de fiebre amarilla en la Habana á Rodríguez.

Este Rodríguez, con el comandante Pioquinto Claveria, adiestrados por Arellano, como se ha leído, desempeñaron buen papel en la comedia del pronunciamiento de la Ciudadela, en pro de la República, cuando el gobierno de Miramón, y la cual comedia produjo veinte mil pesos á Arellano.—(Nota de A. P.)

á la humanidad en este gran desastre de la raza latina? No me atrevo á decirlo todavía; pero, en todo caso, ó mucho me engaño ó nos aproximamos á una hora terrible, cuya marcha en el cuadrante de los siglos sólo á Dios pertenece hacerla avanzar ó retroceder.

Octubre 25 de 1868.

G. HUGELMANN.



INTRODUCCION

Si algún día la casa de Austria ó la augusta Emperatriz Carlota pueden ocuparse en rendir á la memoria del Emperador Maximiliano los homenajes que merece, creemos que les será indispensable recoger el informe de los generales (1) y las actas de los consejos

(1) Habiendo rehusado el cónsul de Austria en la Habana y el ministro de esa potencia en los Estados Unidos, al comandante Rodríguez [a], poseedor de esos documentos, los medios necesario para ir á Europa, con el objeto de poner á disposición de la familia del Emperador Maximiliano esos preciosos manuscritos, el señor Rodríguez tuvo que demorarse en Cuba, adonde murió el 16 de Diciembre de 1867.

Sería deplorable que á esos documentos cupiere la misma suerte que la de los archivos secretos de que se dió

(a) Patricio Rodríguez, ayudante de entera confianza de Arellano. Dias antes de que partiera éste á Veracruz, en camino para Europa, Rodríguez le precedió, llevándose consigo el equipaje y un legajo de papeles importantes acerca del Imperio.

Arellano vió morir de fiebre amarilla en la Habana á Rodríguez.

Este Rodríguez, con el comandante Pioquinto Claveria, adiestrados por Arellano, como se ha leído, desempeñaron buen papel en la comedia del pronunciamiento de la Ciudadela, en pro de la República, cuando el gobierno de Miramón, y la cual comedia produjo veinte mil pesos á Arellano.—(Nota de A. P.)

de guerra, sobre los cuales está basada la acusación terrible y fundada que dirijimos hoy contra el hombre que tuvo la triste satisfacción de consumir la ruina de su patria, y de entregar un Soberano á la venganza de sus enemigos.

Esos documentos justificativos, que son al

cuenta en la *Opinión Nacional* del 28 de Febrero de 1868, en estos términos: "El padre Fischer, amigo y confesor de Maximiliano, ha salido de México. Un diario americano asegura que, pocos días antes de su salida, vendió por tres mil pesos, al gobierno del presidente Juárez, varios papeles secretos que le había confiado Maximiliano."

Casi al mismo tiempo que los diarios de los Estados Unidos daban esta noticia, *El Siglo XIX* de México publicaba unos apuntes ó notas biográficas sobre un gran número de mexicanos, notas calumniosas que suponía haber sido encontradas en la secretaría del Emperador. Es muy extraño que los republicanos no hubiesen dado con ese libro, sino ocho meses después de su entrada en Palacio, y que no tuviesen antes noticias de su existencia (b).

[b] Lo que el autor llama notas calumniosas es el libro titulado *Los traidores pintados por sí mismos*, cuya autenticidad está comprobada por el documento siguiente:

"Secretaría de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores.—El infrascrito, Oficial Mayor de los Ministerios de Relaciones Exteriores y Gobernación, certifica que lo que sigue está tomado de un libro que dejó D. Fernando Maximiliano de Hapsburgo, en las piezas del Palacio Nacional en que estaba su Secretaría particular: que la parte en español de dicho libro está fielmente copiada y la parte en francés correctamente traducida.

"México, Diciembre 24 de 1867.—Manuel Azpiroz."

Este documento oficial precede al texto del libro, en que se juzga dura, pero imparcialmente, al general Miguel Miramón, amigo íntimo de Arellano, y á éste: por lo cual le llama notas calumniosas. [Nota de A. P.]

mismo tiempo un testimonio de la conducta heroica de Maximiliano y un nuevo título de gloria para su casa, fueron perdidos por el Emperador la noche misma de la traición, que le hizo caer en manos de los soldados de Juárez. Por fortuna, el comandante Rodríguez, que los había escrito con su propia mano, logró salvar un ejemplar de cada documento. La familia imperial de Austria les tendría ya, si la muerte no hubiera sorprendido en su camino á ese valiente oficial.

Para que la opinión pública dé á nuestra narración su valor positivo, debemos declarar que hemos sido amigos del general Márquez hasta el día en que ya no nos fué posible dudar de su traición; que nos ha prodigado, que nos prodiga aún elogios no merecidos, por los cuales le estábamos antes profundamente reconocidos. Hemos sentido el mayor dolor, cuando sus actos nos redujeron á la dura extremidad de rasgar el velo con que creía poderla cubrir; pero era preciso hacer conocer toda la verdad.

Envueltos por casualidad en su venganza, víctimas del ostracismo, sufrimos hoy, en país extranjero, las funestas consecuencias de su triunfo. Sin embargo, al escribir este libro, hemos apartado lejos de nosotros toda pasión y todo odio. Teniendo que dar cuenta con colores débiles, de hechos infames y senti-

mientos bastardos, nuestro estilo ha tenido que revestirse de los reflejos pálidos y tristes de los acontecimientos. El lector tendrá que deplorar con nosotros la profunda verdad que encierran estas páginas dolorosas y que reconocen la traición de nuestro antiguo compañero de armas, que quedará demasiado clara y manifiesta.

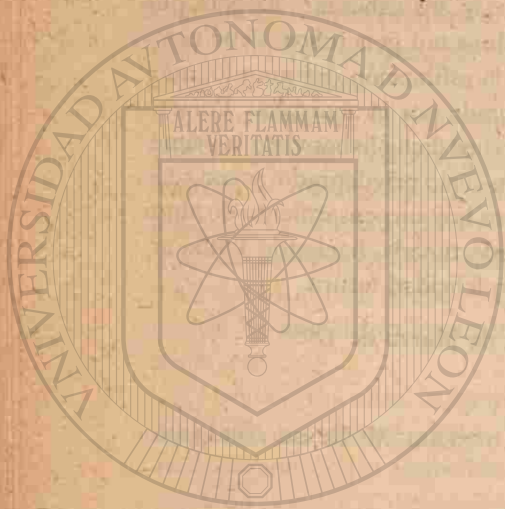
Como mexicanos, no tenemos vergüenza, porque nuestra hermosa patria ofrezca al mundo, en una época tan solemne para su historia, los nombres de Márquez y de López. La traición es cosmopolita. No pertenece á tal ó á cual pueblo. Es de todos los países; ha manchado los anales de todas las naciones.

Por dos seres viles, condenados al remordimiento, ¡cuántos hombres leales, fieles á su Soberano en las angustias del infortunio, supieron olvidar el desprecio y las humillaciones con que se les había hecho sufrir cuando estaba en medio de la prosperidad! Por causa de dos pícaros, el mundo admira á un ejército, perseguido, destruido y que, sin embargo, ha combatido heroicamente para salvar al Emperador. Desgraciado hasta el heroísmo, no por eso dejaba de prodigar su sangre, su valor y su inteligencia. En fin, como contraste á la perversidad de dos monstruos de ingratitud, ¿no se vieron generales

llenos de corazón, sumidos en el destierro por el rencor de los hombres ó de los partidos, correr á la hora suprema para poner al servicio del augusto Maximiliano sus espaldas, sus brazos y sus cabezas? El país, que produce hombres tan generosos, debe colocarse alto en la estimación del mundo, aunque esté devorado por la anarquía. Por eso tenemos como una dicha haber visto la primera luz sobre su suelo privilegiado, y con gusto consagramos hoy un pensamiento de amor á esa patria infortunada, haciendo votos ardientes por su felicidad futura.

París, á 22 de Marzo de 1868.

EL GENERAL M. R. DE ARELLANO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ULTIMAS HORAS DEL IMPERIO

I

La verdadera causa de la caída del Imperio Mexicano es desconocida.— La traición de López fué una de las consecuencias de la del general Márquez.— Origen de este libro.

La causa principal del desenlace, que de una manera sangrienta terminó el drama trágico del Imperio de Maximiliano, es generalmente desconocida y casi ignorada de la opinión pública, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Mundo.

Favorecidas por las espesas tinieblas en que está envuelta la verdad, la traición y la venganza se descubren ellas mismas y se ponen en exhibición sin sonrojarse. Se lisonjean en vano con que los hechos acabarán por perder para siempre su verdadera fisonomía. De la escena final de la heroica defensa de Querétaro, adonde el Emperador Maximiliano adquirió una gloria militar que nada puede empañar, no se conoce sino la traición de López, de ese desgraciado, cuyo nombre, tristemente célebre, no podrá pronunciarse entre todos los pueblos civilizados sino con una

expresión de horror (a). Pero esa traición tan terrible como inesperada, no es sino uno de los resultados de la del general Márquez, verdadera causa de la caída del Imperio, y más que nadie

[a] El coronel Miguel López se ha reivindicado del todo del dictado de traidor á Maximiliano, su amigo y compadre, y aparece ahora en la conciencia de la Nación como un mártir de su cariño, gratitud y lealtad á éste. Tenía honda fe en la justicia que le haría el porvenir y por esto escribía en su defensa titulada *La Toma de Querétaro*, que vio la luz el 13 de Noviembre de 1867:

"Entre tanto, levanto mi frente muy alta para decir á mis acusadores y al mundo todo, QUE TENGO EN MI PODER UNA PRUEBA SOLEMNE, IRRECUSABLE, SAGRADA, DE MI INOCENCIA, que no debo exponer á las habillitas vulgares; pero que presentaré donde y cuando sea conveniente, y ante ella tendrán que descubrirse con respeto y confesar mi inocencia cuantos hasta ahora la han atacado, llevando su insolencia hasta suponer que el Emperador mismo me acusaba. Mientras ese momento llega, no volveré á escribir ni una línea más."

Ese ansiado momento llegó ya, pero después de trece años de dormir el sueño eterno el coronel Miguel López: falleció de neumonía el 26 de Abril de 1891 en la casa número 1 de la 1.^a calle de Hidalgo.

La prueba solemne es un documento de puño y letra de Maximiliano, que dice:

"Mi querido coronel López.—Os recomendamos guardar profundo sigilo sobre la comisión que para el general Escobedo os encargamos, pues si se divulga quedará mancillado nuestro honor.—Vuestro afectísimo—Maximiliano."

Está escrito este documento en una tira de papel. El coronel López lo guardaba cuidadosamente en una gaveta secreta de la estantería de su despacho y fue yo una de las primeras personas que lo conoció.

responsable ante la historia de la muerte de Maximiliano. La sangre del infortunado príncipe gritará siempre contra él y caerá sobre su memoria, como cae sobre el verdugo ó sobre el asesino la sangre de las víctimas que inmolan.

A fines de Junio de 1887, el coronel López puso en manos del general Escobedo, á solicitud de éste, el documento, previo recibo que firmamos, por haberlo querido así el interesado, el Lic. Ignacio M. Altamirano, el general José Montesinos y yo. El recibo está en poder de la familia del coronel López, que reside en la ciudad de Puebla.

Un hecho singular ha acontecido, después de 36 años transcurridos de la entrega de la plaza de Querétaro por Maximiliano: la Junta de auténticas del Ministerio de Guerra acaba de declarar por unanimidad que el documento es falsificado; pero uno de los vocales de la Junta, el más ilustrado y competente, el general Jesús Lalanne, afirma con acopio formidable de pruebas que el falsificador fué el mismo Maximiliano, quien ahora aparece, no sólo como traidor á su partido, sino que también como traidor á su amigo más cariñoso y grato y á su partidario más leal: al coronel Miguel López.

Componen la Junta de auténticas los generales, de división, Ignacio Escudero; de brigada, Jesús Lalanne, Dorotheo López y Alberto Escobar; brigadier Ignacio Salas; coroneles, Gustavo Mafís y Rafael Dávila, y mayor Andrés Mateos. La Junta, al hacer esa declaración, estuvo presidida por el general Bernardo Reyes, cuando era Ministro de Guerra.

No se comprende el interés y la festinación con que el general Reyes obró en este caso para amenguar la grandeza de la Patria, del partido liberal y de Juárez, y la memoria de uno de los jefes más prestigiosos del Ejército, del general Mariano Escobedo, á quien respetó y agasajó en vida. [Nota de A. P.]

Cuando nos resolvimos á escribir la historia de la defensa de Querétaro, para cumplir los últimos deseos del Emperador y del general Miramón, para rendir al mismo tiempo un homenaje á la verdad, nos propusimos guardar un silencio absoluto sobre los acontecimientos que derrocaron el trono de México, hasta el momento en que pudiéramos someter el conjunto á la opinión pública en un cuadro completo, ilustrado con pruebas auténticas y solemnes, cuya existencia todavía es ignorada de todos; pero que con una previsión laudable el Emperador Maximiliano legó á la posteridad. Esas pruebas atestiguan que ese príncipe, al caer del trono, supo elevarse más alto que antes de haber tenido que sufrir la venganza de sus enemigos.

Márquez, embarcado con toda seguridad en Veracruz por Porfirio Díaz, durante la permanencia de este último en ese puerto para organizar la expedición á Yucatán, ha fingido evadirse (a); además, ha asegurado falsamente que poseía car-

[a] Respecto á esto, accediendo á súplica que le hicimos, nos ha dicho lo que sigue el general D. Porfirio Díaz:

"Si bien yo me encontraba en Veracruz cuando se embarcó Márquez, esto no lo supe sino cuatro años después, que me lo refirió D. Jorge de la Serna, al decirme que él fué quien protegió su viaje."

El general D. Jesús Lalanne afirma lo que sigue acerca del mismo punto:

"Márquez se embarcó con toda seguridad en Veracruz, no por Porfirio Díaz, sino por D. Jorge de la Serna, banquero y comerciante, en cuya casa se había refugiado Márquez, por ser entonces el señor de la Serna el jefe del

tas de Maximiliano, que le ordenaban no volver á Querétaro y mantener la capital (1). Estas dos circunstancias nos obligan á romper inmediatamente el silencio para bosquejar rápidamente la historia de la traición de Márquez. Ese es el principal y verdadero objeto de este libro.

partido liberal en aquel puerto. Esto me lo dijo su misma familia."

Según datos que hemos recogido de fuente fidedigna, Márquez se escondió en la casa de un anciano, cuya firmeza de ideas conservadoras estaba á toda prueba. Márquez vivía á la calda de la plaza de México, en la calle de la Acequia, casa de Loperena. Allí llegó, el último día del Imperio, y le dijo á su madre, á quien adoraba como á Dios:

—Madre, acabó todo; aquí estoy; échame tu bendición.

El día que se publicó el decreto que rezaba que todo el que ocultase á alguno de los generales imperialistas, no siendo padre, hijo ó hermano, sufriría la pena de seis meses á dos años de prisión; entonces se aterrorizó la persona que ocultaba á Márquez y le dijo:

—Señor, ¿qué hago?

—No tenga usted cuidado; no lo comprometeré. Hágame usted favor de ir por Peralvillo á ver cómo se encuentra aquello.

Con esto, el anciano vió abiertas las puertas del cielo y observó por allí gran movimiento de transeuntes y supo que había soldados en la iglesia de los Angeles, porque la policía buscaba á Márquez. El anciano dió la noticia á éste, quien en la noche, no teniendo confianza más que en

(1) Cartas de la Habana nos han dado á conocer esta nueva torpeza de Márquez. Hemos sabido, además, que el abogado Lacunza iba á escribir un manifiesto por orden suya. Como López intentó justificarse ante la opinión pública, no sería extraño que Márquez le imitase.

II

La traición del general Márquez fué una venganza premeditada.—Influjo de este general durante la Intervención francesa.—Importancia de su triunfo en Morelia.

Para mejor apreciar el hecho horrible, cuyos detalles vamos á revelar, es necesario que recordemos algunas de las circunstancias preliminares que motivaron la venganza del general Márquez. Durante ocho meses obedeció al sentimiento que le impulsaba á traicionar, preparando un plan, puesto después en ejecución con una sangre fría y una firmeza que espantan.

su familia, dejó su escondrijo y en compañía de su madre y sus hermanas, con quienes iba del brazo, se dirigió á una casa de la calle de San Miguel, la cual había sido alquilada de antemano por una tercera persona para exclusivo escondrijo de Márquez.

En la calle toparon con tropa y Márquez impasible continuó su camino.

Después de seis meses, cierta tarde, á las cuatro, salió de la ciudad, disfrazado de arriero. Le acompañaba un individuo. En la calzada de la Villa de Guadalupe se encontraron con cuatro soldados, á quienes aparentaron no hacerles caso. Transcurridos algunos días de camino, una mañana, á punto de llegar á una gran barranca, vieron venir tropa del otro lado. El acompañante de Márquez, asustado, indicando una vereda, prorrumpió.

—Nos desviaremos por aquí.

Después de la ruptura de la convención de Londres, el gobierno francés resolvió intervenir solo en México. Sus fuerzas, que habían penetrado hasta Puebla, se vieron obligadas á retroceder hasta Orizaba á consecuencia del desastre que sufrieron el 5 de Mayo de 1862 en el ataque

Y Márquez dijo:

—No, de ninguna manera, porque ya nos vieron. Ahora no hay más que seguir adelante.

La tropa y Márquez se cruzaron en el fondo de la barranca. Adiós, amigos—pasaban diciendo uno que otro soldado á Márquez y su acompañante. Y los dos ellos iban contestando: adiós, amigo.

A su llegada á Veracruz, á la una de la tarde, después de dieciséis días de penalidades sin cuento, Márquez se le presentó á Don Jorge de la Serna, quien afortunadamente se encontraba solo en su tienda, porque los dependientes habían ido á comer. Márquez, todavía en traje de arriero, le saludó y puso en sus manos una cartita de cierta señorona de México.

Cuando el Sr. de la Serna leyó el nombre de Márquez, quedóse despavorido, mirando de pies á cabeza al arriero.

—Pero, ¿usted es el general Márquez?—le preguntó.

—Sí, señor—contestó Márquez.

—Oiga usted—le dijo el Sr. de la Serna, viendo por todos lados, para cerciorarse de que aun no llegaba nadie—yo no puedo tenerle aquí; pero, ¿conoce usted á la familia ***?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted confianza en ella?

—Sí, señor.

—Pues vive allí en frente. Vamos allá.

Márquez estuvo en una pieza en la que no entraba mas que de cuando en cuando uno de los miembros de la familia de la casa, para ver qué se le ofrecía.

del fuerte de Guadalupe. El general de Lorencez acababa de dirigir ese movimiento de retirada, cuando Márquez se declaró por la Intervención francesa, al frente de tres mil hombres de tropas conservadoras (a). Ese paso decisivo ejerció grande influjo sobre el destino futuro de México.

El general Porfirio Díaz, á su arribo á Veracruz, fué festejado y ovacionado en la casa de don Jorge de la Serna. Márquez, pues, fué testigo auditivo de la gran manifestación popular que se le hizo al caudillo del 2 de Abril.

Transcurridos algunos días, mandó comprar un traje azul y un sombrero corriente y se rasuró. Serían las cinco de la tarde, cuando salió de la casa, en compañía de una persona, en dirección al muelle. A poco andar, vieron venir á un grupo de gente.

—¿Qué hacemos?—le preguntó su acompañante.

[a] Dice el general José María Cobos en su *Manifiesto á la República Mexicana*, el año 1862:

“Márquez, sin examinar los propósitos de Almonte, sin apoyarse en seguridades que salvaran, cuando menos, su nombre ante la nación, y cuidándose bien poco del decoro de su patria, corre como fugitivo á ponerse al lado de los franceses rechazados en Puebla, trayendo con engaño dos brigadas de caballería, cuya formación nada le debía.

“Aun me quedaban fieles algunos cuerpos de esa arma que no pudo arrollar el Sr. Márquez, y toda la infantería, artillería y trenes acantonados en Chietla.”

Esto aconteció en Atlixco el 12 de Mayo de 1862.

Márquez en esta ocasión dijo á Cobos:—Solo deseo la salvación de mi patria.

Y Cobos le contestó:—Es muy singular ir á buscar la salvación de la patria al lado de sus invasores y á las órdenes de Almonte, súbdito de Maximiliano. [*Nota de A. P.*]

Hasta entonces el país se había abstenido de tomar parte en esa empresa regeneradora; pero desde el momento en que Márquez y sus tropas aceptaron la Intervención, ésta adquirió una gran fuerza moral y el porvenir fué preparado según los deseos de la mayoría de la Nación. Cuando el cuerpo expedicionario penetró nuevamente en el interior, la Intervención fué aceptada y el Imperio

—Seguir adelante. Creo que son unos muchachos—dijo Márquez.

Codeándose con el grupo de gente pasaron Márquez y su acompañante.

En el muelle, inminente fué el peligro y asombrosa la sangre fría de Márquez. Había paseantes y militares, sobresaliendo la figura del general Díaz. Márquez pasó como á quince pasos de éste, que, rodeado de jefes y oficiales, entre ellos el general Alatorre, conversaba con don Jorge de la Serna, con interés sumo, acerca de la contrata de una embarcación y de su capacidad, su seguridad y velocidad y de las reformas que podía hacerse para que se condujera el mayor número de soldados á Yucatán.

Márquez no se embarcó de pronto, para no infundir sospechas. Paseóse un momento; se le indicó sigilosamente cual era la lancha que debía llevarle hasta el buque en que tomaría pasaje; y después, transcurridos unos minutos que fueron siglos, se metió en la lancha, la cual hizo luego á la mar, sin que nadie, mas que su acompañante y don Jorge de la Serna, supiera que ese día el general Márquez se alejaba de México.

Tenía pensado partir á la Habana; pero la llegada de las tropas republicanas á Veracruz le cambiaron de propósito y tuvo que tomar pasaje para Nueva York.

Su salvación la debió únicamente á la impasibilidad pasmosa que le acompañó siempre durante su vida militar y de cuya bondad abusó. [*Nota de A. P.*]

proclamado, y, al mismo tiempo, hombres de todos los colores políticos se agruparon alrededor del nuevo orden de cosas. Así, pues, el general Márquez ejerció un influjo extraordinario á favor de la Intervención francesa y sobre su resultado inmediato, que fué el restablecimiento de la monarquía.

El cuerpo expedicionario, considerablemente aumentado, avanzó primero hasta la capital de México, adonde se proclamó el Imperio. Algunos días después, el general Bazaine emprendió sus operaciones militares en el interior del país.

El centro estaba compuesto de tropas francesas; los flancos, de tropas mexicanas á las órdenes de los generales Márquez y Mejía. El primero ocupó á Morelia, punto sobre el cual el general Uruga dirigió un cuerpo de tropas considerable, y adonde poco faltó al naciente Imperio mexicano para desaparecer ante el impulso de las armas republicanas vigorosamente lanzadas contra esa plaza el 18 de Diciembre de 1863. Márquez rechazó con valor el choque del enemigo; salió herido en el combate, pero conjuró el peligro que amenazaba derrocar el nuevo trono al día siguiente á aquel en que se había erigido (a).

[a] He aquí uno de los partes acerca de esa acción y en el cual hay alguna que otra inexactitud:

"Prefectura Política de Michoacán.—Morelia, 18 de Diciembre de 1863.—Desde el día 11 del actual comenzaron á recibirse noticias de que los enemigos del orden trataban de atacar esta plaza, sirviendo de apoyo á la veracidad de tales anuncios la marcha de diversas fuerzas y

III

Primer error político de Maximiliano.—El Ministerio se ocupa en satisfacer venganzas.—Se encarga al general Márquez una misión en el exterior.

Seis meses habían pasado apenas, después de la memorable defensa de Morelia, cuando Maximiliano hizo su entrada solemne en México, aclamado con entusiasmo por una sociedad desquiciada, como el regenerador que iba á libertarla de la anarquía. Entonces fué cuando se cometió un error, cuyos resultados fueron desastrosos, pe-

por diferentes puntos hacia esta Ciudad. Inmediatamente dicté por mi parte las providencias que creí oportunas, poniendo exploradores y mandando extraordinarios con los avisos respectivos al Exmo. Sr. General Bazaine. Las noticias continuaron recibiendo con alguna variedad y entre tanto se dió publicidad á la disposición del Exmo. Sr. General Bazaine, declarando vigentes las prevenciones del libro cuarto, título segundo, del Código Militar Francés, relativo á conspiradores y trastornadores del orden público. Por fin el 16 se pudo ya creer que la plaza sería atacada; y el Exmo. Sr. General D. Leonardo Márquez hizo la declaración de sitio propio del caso, aunque manifestándome que continuara en el ejercicio de la prefectura. El mismo día los enemigos lanzaron algunos tiros de cañón; pero esto duró un corto tiempo: ayer lo hicieron ya en mayor número, sin duda para reconocer el estado de la plaza, continuando así durante la noche y avistados por

ro cuya causa debe atribuirse al espíritu ilustrado del Soberano, á sus buenas intenciones y á la falsa idea que le hizo considerar á sus enemigos de aquel momento como los futuros partidarios del gobierno imperial. Este error fué el nombramiento de un ministerio liberal (a).

los cuatro vientos; de todo lo cual se mandó aviso por extraordinario al Exmo. Sr. General Bazaine; hoy á las seis de la mañana acometieron en número mayor de ocho mil hombres á las órdenes, según se sabe, de Uruga, Doblado, Negrete, Tapia, Iglesias, Berriozábal, Régules, Alvarez, Miranda, Caamaño y otros, de una manera tan violenta, denodada y tenaz por todo el ámbito de la ciudad,

[a] El Ministerio, considerado como liberal por el partido conservador, fué el siguiente: José Fernando Ramirez, Negocios Extranjeros y Marina; Pedro Escudero y Echanove, Justicia; Luis Robles Pezuela, Fomento; Juan de D. Peza, Guerra; José María Cortés Esparza, Gobernación; Manuel Siliceo, Instrucción Pública; M. de Castillo, Hacienda.

El Lic. Ignacio Alvarez, en su obra Estudios sobre la Historia General de México, t. VI, pág. 316, dice, refiriéndose al nombramiento de los cuatro primeros Ministros:

"Pues ya con estos nombramientos se vió que el Emperador hacía completa exclusión del partido conservador, entregándose en las manos del liberal moderado, que es el peor de cuantos círculos políticos puede haber. Formaba también parte del gabinete el Sr. Velázquez de León, cuya debilidad lo había hecho ya hacer traición á los sanos principios, prestándose á firmar el tratado secreto de Miramar."

El Lic. Alvarez asegura acerca del Sr. Siliceo, en particular, que se le habían sorprendido unas cartas, que demostraban su connivencia con D. Benito Juárez. [Nota de A. P.]

Los hombres que formaron ese gabinete, subieron al poder animados por pasiones políticas y aún por odios personales. Verdaderos enemigos del Imperio, si no del Emperador, conspiraron sobre las gradas del trono y prepararon la caída desde el primer día de su nombramiento.

que á las dos horas muchos pisaban ya la plaza; pero á la vez fué tan vigorosa, tan noble y tan entusiasta la resistencia de los defensores de ella y tan heroico el valor y denuedo de los jefes, siendo el primero el Exmo. Sr. General D. Leonardo Márquez, quien en persona hizo frente á la impetuosa multitud, y muy dignos de elogio los Sres. Generales Montenegro y Gutiérrez y otros, que no menciono por no tener tiempo, que en un instante fueron arrojados, dejando muchos muertos y heridos, prisioneros en número considerable, y algunos que voluntariamente se pasaron á nuestras filas, victoreando el orden. Igualmente corrieron los que atacaban por los demás puntos sin haber penetrado á la plaza, de manera que en dos horas se obtuvo un triunfo espléndido, en que además se quitaron al enemigo algunas piezas de montaña de 22 que tenía de esa clase, unidas á 3 baterías de grueso calibre situadas al Poniente, Sur y Norte, y con las que protegió su violento ataque en gruesas columnas. Desde esa hora hasta las dos de la tarde, se continuó un fuego sordo y lento, y á dicha hora se retiraron los enemigos.

"Ahora que son las siete de la noche aun no se acaba de levantar el campo, y por lo mismo no es posible decir con exactitud el número de muertos, heridos y prisioneros hechos al enemigo, ni de las armas recogidas; y solo sé que son muchos, estando de los prisioneros ciento y tantos en la cárcel de orden del Exmo. Sr. General Márquez. De parte de los defensores de la plaza tenemos que lamentar la pérdida de algunos oficiales y de poca tropa.

"Según noticia de los exploradores, los enemigos van en

Por eso vimos después que, cuando el ilustre descendiente de los Hapsburgos se lanzó sin titubear en medio de peligros inmensos, los que le habían perdido, abandonaron á México, junto con los bagajes del ejército francés.

El gobierno, encontrándose en manos de los enemigos del Emperador, comenzó á dictar medidas políticas, cuya consecuencia debía ser el derrocamiento del trono. Alejado Maximiliano de sus verdaderos amigos, todavía faltaba privarle del apoyo de las fuerzas regulares que, como la opinión pública, sirven para el sostenimiento de todos los gobiernos del mundo.

completa fuga tirando las armas por las haciendas del tránsito, y se dice que fué muerto el General Iglesias y herido Uruga, Tapia y Berriozábal.

“En medio de tan glorioso triunfo, tenemos el dolor de que el Exmo. Sr. General D. Leonardo Márquez, después de haber arrojado de la plaza á los invasores y estando en la azotea de su casa en observación, recibió una herida de bala de fusil en el carrillo derecho, calificada de grave y no mortal.

“Para la defensa hubo que erogar algunos gastos de importancia en pólvora, plomo, cápsulas, exploradores, vigías, etc., de lo cual daré cuenta al Ministerio respectivo para su aprobación, supuesta la necesidad que lo exija y el objeto de su destino.

“Ya mandé extraordinario de las ocurrencias habidas hoy, y también lo hizo el Exmo. Sr. General Bazaine; y ahora lo comunico á V. S. para su conocimiento y justa satisfacción de la República del Imperio.—El prefecto político, General JOSÉ DE UGARTE.—Señor Subsecretario del Estado y del Despacho de Gobernación.—México.”

—[Nota de A. P.]

El pequeño ejército imperial, compuesto de tropas conservadoras que habían combatido al gobierno de Juárez antes de la Intervención, necesitaba una reforma juiciosa. Fué destruido hasta donde las circunstancias lo permitieron. Un empleado civil, D. Juan Peza, sin más antecedentes que los de haber sido infiel á todos los gobiernos anteriores, vendiendo los secretos del gabinete que se le confiaban como empleado de una de las secretarías de Estado, sin talentos políticos, militares ó administrativos, sin méritos y sin conocimientos de ninguna clase, había sido nombrado Ministro de la Guerra. Parapetado con su categoría, se empeñó en satisfacer sus pasiones y sobre todo en ejercer venganzas personales y mezquinas (a). Una de las primeras medidas tomadas por este ministro improvisado fué enviar al exterior, con pretextos ridículos de misiones que debían desempeñar, á los generales Miramón y Márquez (b).

[a] Para valorar este desahogo del autor, hay que tener en cuenta que en 1865 fué acusado de faltas de respeto al Ministro de la Guerra D. Juan de Dios Peza y de haber presentado documentos falsos para sufrir la clasificación militar. El acusado fué absuelto por unanimidad del cargo de presentación de documentos falsos, á la vez que sentenciado á tres años de simple prisión en una fortaleza, la cual pena conmutó el general Peza en deportación á Yucatán y de la que á poco le indultó Maximiliano. [Nota de A. P.]

[b] Tan ridículas y fútiles eran juzgadas por el público las misiones que iban á desempeñar, Miramón en Berlín y Márquez en Turquía, que *La Orquesta* del 14 de Ene-

La lealtad y el valor con los cuales el primero de esos generales, ex-presidente de la República, terminó su carrera política, sacrificando su vida, proclaman bastante alto cuán injusta fué la desconfianza de que fué víctima en el momento en que resolvió reconocer el Imperio. Sin embargo, se podía con algún fundamento, no creer que fuese enteramente adicto al nuevo orden de cosas, puesto que no había servido á la Interven-

ro de 1865 publicó una caricatura á este respecto, muy celebrada. Los dos generales famosos aparecen de traje talar, cada uno con su vara de San José, en peregrinación. Miramón va adelante asiendo con la derecha una pautá en que se lee: A. B. C. D. F., etc., y atrás camina Márquez. Al pie de la caricatura hay este verso:

*Van en peregrinación
Dos ilustres Señores;
Uno en busca de instrucción
Y el otro con instrucciones.*

Según el general Márquez, la orden que se le dió para ir á Turquía, no podía dejar en él la menor impresión de desagrado; al contrario, consideró muy honrosa su misión cerca del Gran Sultán, para interpretar lo más exactamente posible el magnífico pensamiento de Maximiliano: que era cumplir con el deber, como nación católica que era México, de mandar un alto funcionario que la representara.

El agraciado desplegó *tan fino tacto diplomático* cerca de la Sublime Puerta que Maximiliano le llamó el diplomático mexicano más activo; el Gran Sultán le condecoró con el Gran Cordón de la Orden Imperial Turca del Medjidíé, y el Patriarca de Jerusalem con la Gran Cruz del Santo Sepulcro. [Nota de A. P.]

ción. Pero dudar de Márquez y añadir á la inconsecuencia, la ironía de confiarle una misión en Oriente, especialmente relativa á los *Santos Lugares*, era herir á la *hienda* de una manera tan imprudente como cruel y peligrosa; era privar al Imperio y á la Intervención del soldado más adicto al uno y á la otra por hechos conocidos; era aniquilar á un hombre á quien los compromisos, las antiguas opiniones y los servicios prestados designaban naturalmente como la primera espada del régimen imperial. Los funestos consejeros de Maximiliano le persuadieron de que esos destierros simulados eran indispensables para la salvación de México; por consiguiente, los hechos posteriores fueron acaciendo en conformidad con los deseos de una camarilla de conspiradores, enemigos de las instituciones monárquicas, que no eran otros sino los mismos ministros.

Miramón y Márquez salieron de su patria. No debían volver más á ella, el primero, sino para sellar con su sangre su fidelidad al Emperador; el segundo, para satisfacer la más baja y más cruel de las venganzas, traicionando á Maximiliano y regocijándose al verle sacrificar.

IV

Decadencia del Imperio.—Miramón y Márquez vuelven á su patria.—Situación é influjo de los dos generales.

Los buenos tiempos del Imperio pasaron rápidamente. El gabinete que había minado el trono fué despedido por el Soberano. Reconociendo, pero demasiado tarde, el error que había cometido, Maximiliano llamó al fin á su lado á sus verdaderos amigos y á sus sinceros partidarios con el objeto de salir con ellos de la situación más difícil y peligrosa.

En ese momento, el ejército francés se concentraba ya. Los republicanos ocupaban sucesivamente, sin ningún esfuerzo, los lugares más importantes del país, abandonados por el cuerpo expedicionario ó por las pequeñas guarniciones imperiales mexicanas, demasiado débiles para mantenerse en ellos. Entonces es cuando el valiente general Miramón, llevado por su fatal destino, dejó la Europa, llegó á México y ofreció su leal espada al Emperador. Márquez, llamado por el gobierno, volvió á México en compañía del que debía ser una de las víctimas de su futura venganza.

Al presentarse en Orizaba, los dos generales ocupaban ostensiblemente iguales posiciones; pero su influjo en el carácter de Maximiliano y

sobre la mente de sus ministros estaba lejos de ser el mismo. Al primero se le aceptaba, porque las circunstancias exigían el apoyo poderoso de su prestigio militar y de su valor heroico en los campos de batalla. Al segundo se le consideraba como el hombre de la situación y como el más leal defensor del vacilante Imperio. Esta última opinión estaba fundada sobre la constancia con la cual Márquez había sostenido durante toda la guerra civil los principios conservadores. Estos precedentes decidieron á Maximiliano á encargar á Miramón de la campaña del interior y á darle el mando de los departamentos que se extienden desde Jalisco hasta Sonora, mientras que Márquez recibió el mando de los de Guanajuato, Querétaro y México, así como de las provincias situadas al oriente de la capital. Márquez fué nombrado al mismo tiempo consejero privado para todos los asuntos relativos á la guerra, y el Emperador le retuvo á su lado durante varios días en Orizaba. El hombre vengativo había llegado al fin al lugar que ambicionaba para satisfacer su sed de venganza, y para traicionar impunemente á su Soberano, su patria, sus amigos y el ejército.

Retrato del general Márquez.—Sus sanguinarios antecedentes.—Asesinatos de Tacubaya.—Asesinato de Ocampo.—Fusilamiento de Valle.—Su deslealtad.

Para comprender bien la larga serie de hechos que constituyeron la venganza y la traición del general Márquez, es preciso conocer primero á este hombre funesto y recordar algunos de los rasgos más pronunciados de su carácter, excepcionalmente cruel y sanguinario.

Márquez, el hombre de dos caras, ha llegado á la edad en que comienza la vejez: de corta estatura, mal proporcionado, sin aire militar; posee, sin embargo, toda la vivacidad y toda la actividad que comunica al cuerpo una alma atormentada por fuertes pasiones. Su fisonomía es repugnante, su mirada inquieta y escrutadora. Su cráneo ofrece notables depresiones en los puntos que se consideran como sitio ordinario de la bondad, de la generosidad, y un gran desarrollo en los lugares adonde se localizan el odio y la audacia. Egoísta, avaro y vengativo, es al mismo tiempo energético, resuelto y valiente hasta la temeridad. Militar por vocación, con más práctica que ciencia, amante del peligro, que ve con desprecio, profesa un grande respeto por el espíritu de subordinación y

de resignación. Sin valor moral, siempre elude toda responsabilidad que pueda amenazarle, para hacerla recaer sobre sus inferiores. Alaba las ideas del que manda, trata á sus subordinados con dureza y exige de ellos un respeto á la disciplina tan severo como humillante. Irascible y chancero, grosero ó afable, según le inspiren su temperamento ó su carácter, se le teme ó se le aborrece; pero nunca se le ha amado.

Durante la guerra civil conquistó una triste celebridad sacrificando un gran número de sus enemigos políticos. El 11 de Abril de 1859 fué cuando hizo comprender á su patria, por la primera vez, de cuanto era capaz si se trataba de derramar sangre.

Después de haber obtenido ese día la victoria en Tacubaya sobre el ejército liberal de Degollado, obtuvo del presidente Miramón la orden para fusilar á los soldados del gobierno que se habían pasado al enemigo; pero abusó de esa orden, de tal modo que hizo asesinar en las tinieblas de la noche, sin forma alguna de proceso y aun sin verificar la identidad de las personas, á militares, á ciudadanos, de los cuales muchos eran médicos, y aun hasta niños. Desde entonces fué apellidado el *Leopardo*, por alusión á su nombre de Leonardo y á sus instintos feroces (a).

[a] D. Francisco Zarco en una hoja suelta que publicó en Abril de 1859 hace esta revelación:

“Los cincuenta y tres cadáveres quedaron amontonados unos sobre otros, insepultos y enteramente desnudos, porque los soldados los despojaron de cuanto tenían y de

Cuando Miramón se disponía á salir para recibir la muerte en el cerro de las Campanas, escribió á su defensor, el licenciado Jáuregui, una carta de adiós, en la cual se encuentra confirmada y condenada la infamia de las horribles ejecuciones de Tacubaya. Hé aquí textualmente los términos en los cuales esta ilustre víctima dirige su adiós al mundo, á la hora en que las pasiones se apagan ante la eternidad, que arroja sobre Márquez el anatema por la sangre con que había manchado sus manos y su frente:

"Quiero hablar á Vmd. de Tacubaya, escribía Miramón en su prisión de las Capuchinas. Verá Vmd. tal vez una orden de ejecución firmada por mí. Esta orden era sólo aplicable á mis oficiales; pero de ningún modo á los médicos y aún menos á los simples ciudadanos. En el momento en que me dispongo á comparecer ante Dios, le hago á usted esta declaración (1)."

El gobierno de Miramón cayó en diciembre paso saquearon algunas casas. Las madres, las esposas, los hermanos, los hijos de las víctimas, acudieron al lugar del trágico acontecimiento, reclamaron á sus deudos para enterrarlos, y se les negó este último y tristísimo consuelo.

"A los dos días, los cadáveres fueron echados en carretas que los condujeron á una barranca, donde se les arrojó y donde permanecen insepultos.

(1) Esta carta, fechada el 16 de Junio, día señalado para la ejecución de Maximiliano y de Miramón, fué impresa y publicada en Querétaro con la defensa que el licenciado Jáuregui presentó á favor de ese general ante el consejo de guerra.

de 1860. Márquez continuó combatiendo al gobierno de Juárez bajo las órdenes del general Zuloaga, á quien reconocía como presidente. El licenciado D. Melchor Ocampo había sido ministro de Juárez, cuando se publicaron las leyes de Reforma. Liberal de buena fé, de convicciones profundas, hombre honrado y de grandes talentos, se había separado del ministerio tan luego como había triunfado su partido, y vivía retirado de la política en su hacienda de Pomoca, adonde se ocupaba en hacer prosperar su modesta fortuna. Márquez envió en 1861 un piquete de tropas para aprehenderle en su propia casa, como se hizo en efecto. Tan luego como le tuvo en su poder, pidió al general Zuloaga la orden para fusilarle. La orden le fué rehusada. Entonces Márquez recurrió á una verdadera infamia, que hizo más odioso aún el asesinato del ilustre mexicano. Ocampo, en efecto, pudo haber sido fatal á su patria por la exageración de sus ideas políticas, pero sus cualidades elevadas le hacían digno de respeto.

Su aprehensión había tenido lugar casi al mismo tiempo que la del guerrillero Ugalde, famoso

"En el camino un cadáver cayó de la carreta, se rompió el cráneo contra las piedras y abrió la boca. . . . Entonces un oficial le disparó un pistoletazo.

"Márquez colocó entre sus sicarios á los heridos, para que sus ayes y sus clamores recordaran al pueblo que el triunfador era hombre sin entrañas, era la lieña, el tigre, el antropófago de Tacubaya!" [Nota de A. P.]

bandido que deshonró aún la misma bandera bajo la cual pretendía combatir.

Zuloaga consintió en que se fusilara á este faccioso, y dió á Márquez las órdenes necesarias. Cuando el hombre sanguinario estuvo ya autorizado para pasar por las armas al bandido Ugalde, previno á la guardia que vigilaba á Ocampo *que, cuando uno de sus oficiales de órdenes fuese á dar aviso para fusilar al prisionero, al ex-ministro de Juárez era á quien debían ejecutar* (a). Así fué asesinado un hombre tan notable por sus talentos como por la energía de su carácter. Satisfechos

[a] En una entrevista que tuve con el general Félix Zuloaga sobre esta tragedia acaecida cerca de Tepeji del Río, en la hacienda de Caltengo, me dijo lo que copio á continuación al pie de la letra:—“Márquez se separó de la casa en que estábamos, casa del comerciante Piedad Trejo, y ordenó al coronel Antonio Andrade, jefe de su estado mayor, que dijera á Taboada que por orden mía fusilara al prisionero. Leía yo todavía sentado á la mesa la correspondencia de Juárez, que se le había recogido á Ugalde, cuando llegó Andrade y avisó á Márquez que estaba cumplida la orden: que el preso estaba fusilado.

—Pero ¿qué preso?—preguntó con hipocresía Márquez.

—Pues . . . el señor Ocampo—respondió Andrade.

Me levanté indignado; mandé llamar á Taboada y ordené que Andrade y él fueran inmediatamente encausados; lo cual no se verificó, por el señor Márquez: y esto me confirmó en la idea de que la llamada equivocación era de acuerdo con él.”

Para más detalles véase el tomo II de las obras completas de Melchor Ocampo, páginas CXIV y CXV. [Nota de A. P.]

los instintos feroces de Márquez, éste se disculpó con Zuloaga, haciendo pasar la muerte de Ocampo, como un error fatal cometido por aquellos á quienes él había transmitido la orden relativa al guerrillero Ugalde (1).

Juárez envió nuevas tropas para perseguir al asesino de Ocampo, bajo el mando de Valle. Las fuerzas de Márquez, muy superiores en número, pusieron en fuga á las del joven general republicano, que combatió heroicamente antes de sucumbir. Dispersados los juaristas, Valle fué he-

(1) A la buena amistad del general Zuloaga debemos los detalles horribles de este crimen, del cual nos ha hablado aún en el mes de Febrero de este año, durante nuestra permanencia en la Habana.

El hecho siguiente que tuvo lugar en presencia nuestra, no carece de interés. En 1864, de tránsito varias veces por la hacienda de Ocampo en compañía de Márquez, el asesino saboreaba aún con placer la sangre de su víctima, después de haber transcurrido varios años. Cada vez que pasaba por la hacienda de Pomoca, se detenía para almorzar ó pasar la noche, y dormía en el cuarto de Ocampo!!! [a]

[a] En el año de 1901 estuve en la hacienda de Pateo, que fué de la propiedad de D. Melchor Ocampo, y su administrador, Manuel M. Aranzubia, capitán á las órdenes del general Márquez en tiempo del Imperio, me refirió que éste sentía cierto placer indefinible en hospedarse en la hacienda, donde llegó á dormir en la misma recámara de su víctima, la cual recámara hasta entonces se conservaba tal cual la había dejado el gran reformador. Y más aún, me contaba el Sr. Aranzubia, que acababa de ofrecerle el general Márquez que iría á la hacienda á pasar una larga temporada.

El general Márquez manifestó alguna vez, al tratarse de este punto:

—En las haciendas de D. Gerónimo Elizendo y D. Mateo Echaiz, cercanas á la del señor Ocampo, si solía yo per-

cho prisionero por la caballería que perseguía á sus soldados y traído en presencia de Márquez. Este dió orden de fusilarle inmediatamente sin consideración alguna á su valor, ni á los principios del derecho de gentes (1).

Tales son los asesinatos más notables cometidos por el traidor en el espacio de algunos meses, y en una de las épocas en que ha hecho un papel importante en la guerra civil.

A esos asesinatos es preciso añadir los que ha

noctar, porque estos señores, que eran buenos liberales, fueron muy amigos míos. Y lo eran tanto, que si ahora vivieran, allá estarían con ellos. Considérese que D. Gerónimo me llevó á matricular cuando iba yo á estudiar para abogado; porque yo iba á ser abogado; pero vino la guerra y ya fui militar. El señor Elizondo era la visita más constante en mi casa.

—Este señor Elizondo—preguntósele—¿fué el mismo que escribió á usted, de Maravatio, luego de haber sido aprehendido Ocampo, para que usted le salvara la vida?

Y el general Márquez contestó, como recuperando más vida y tomando más interés:

—Su carta no la recibí; pero si yo la hubiera recibido, créaseme, el señor Ocampo no hubiera sido fusilado: lo hubiera yo salvado de cualquiera manera y yo en persona hubiese ido con él y se lo hubiera entregado al señor Elizondo. [Nota de A. P.]

(1) No debemos pasar en silencio un rasgo notable de la sangre fría de Valle. Cuando se le avisó que iba á ser fusilado en el campo de batalla, dijo á un ayudante:

—¿Quién me ha mandado fusilar?

—El general Márquez—respondió el oficial.

—Hace bien, dijo Valle.—La misma suerte le hubiera cabido si hubiese caído en mi poder.

Algunos minutos después el joven general republicano moría con mucho valor á los veintiocho años no cumplidos.

cometido de gentes de menor importancia política ó militar, y los que ejecutó él mismo, cuando era aún subalterno.

A propósito de su fidelidad á los hombres del poder, citaremos un hecho aislado bastante elocuente por sí sólo. Miramón le recomendó al gobierno para que se le diesen las funciones de general de brigada efectivo, y más tarde le concedió el grado de general de división. A pesar de que esos actos debieron haber despertado en él sentimientos de gratitud hacia el joven presidente, á quien debía haber ascendido á la más elevada gerarquía militar, Márquez quiso rebelarse contra su bienhechor en el momento en que la administración de éste era combatida con mayor fuerza por las tropas liberales. Después contaremos estos últimos actos, apoyándolos con el testimonio mismo del general Miramón (1).

(1) Véase el Capítulo VII.

VI

Promesas hechas por Márquez á Miramón al abrirse la campaña del interior.—Derrota de San Jacinto.—Pedidos que hizo Miramón para reparar ese desastre.—Rasgo principal del carácter de Maximiliano.—Consecuencias de él.—Márquez aprovecha la derrota de San Jacinto para activar su venganza.—El Ministerio se opone á la partida de Maximiliano para Querétaro.—Márquez engaña al Emperador sobre los elementos necesarios para hacer la campaña.—Engaña también al ministerio sobre la situación militar de los republicanos.

La relación que contienen estas páginas lúgubres, así preparada, es tiempo de que sigamos la traición en todas sus maquinaciones las más secretas para confundirla con la publicación de pruebas auténticas y concluyentes.

Maximiliano había resuelto quedarse en Orizaba hasta el mes de febrero de 1867; Márquez se fué á México en diciembre del año anterior. Poco tiempo después de su llegada á la capital, Miramón salía de ella sin más fuerzas que 400 hombres y dos piezas de campaña, para tomar el mando de las diversas tropas que se concentraban en el interior del país, después de haber abandona-

do las importantes plazas del oeste y del norte. Márquez prometió á Miramón enviarle prontamente los auxilios de que pudiese necesitar, pero nunca cumplió su promesa.

El Imperio se venía abajo con una rapidez espantosa; las tropas eran presa de la miseria y de la desmoralización, consecuencias de varias retiradas inoportunas y de la desertión que sin cesar disminuía sus filas. En tan penosas circunstancias, Miramón se propuso suplir, con el prestigio de su nombre y con su audacia, los elementos que le faltaban. Con ese objeto emprendió la campaña perfectamente combinada de Zacatecas, y tomó á viva fuerza la plaza de este nombre. El general Castillo al frente de una división compuesta de infantería, de caballería y de artillería, debía ocupar simultáneamente á San Luis Potosí; pero no dió siquiera un solo paso, y las tropas republicanas se concentraron sobre Zacatecas, adonde Miramón tuvo que retirarse, en presencia de la inmensa superioridad numérica del enemigo. La derrota de San Jacinto, resultado de esta retirada forzada, tuvo lugar el 1º de febrero de 1867.

Mientras que estos acontecimientos desgraciados sucedían, Maximiliano se trasladaba de Orizaba á México, la cual abandonaba entonces el mariscal Bazaine con los últimos cuerpos franceses que debían evacuar el país.

Al volver á Querétaro, después de su derrota, Miramón pidió á México que se le enviase una brigada y que se diese orden á Méndez de unirse á él con las tropas de Michoacán. Contaba reunir

así 8,000 hombres, con los cuales habría tomado la iniciativa y salvado el Imperio en breve tiempo.

Uno de los rasgos característicos de Maximiliano era la desconfianza de sus propias opiniones y la docilidad, así como la buena fé con la cual adoptaba las inspiraciones de los otros, cuando las suponía hijas de la lealtad y del honor. Esta fué la causa de su ruina y lo que le precipitó de una situación favorable á las complicaciones de todo género en que se encontraron los negocios, cuando despidió á su primer ministerio, y lo que le condujo después al cerro de las Campanas. Durante este último período, la voluntad de Márquez fué omnipotente, y más de una vez, sus opiniones prevalecieron sobre las de Maximiliano y de sus generales, como se verá después (1).

La derrota de Miramón y los pedidos que hacía al gobierno para reparar el desastre, cuyo origen procedía de causas que su inteligencia militar no podía prever, presentaron al funesto consejero del Emperador la ocasión de dar un gran paso en el camino de su venganza, inspirándole la idea de ir personalmente á ponerse al frente de las tropas que Miramón deseaba concentrar en Querétaro (2).

(1) Véanse los Capítulos X y XI.

(2) Durante el sitio de Querétaro, el Emperador declaró varias veces al general Miramón y á nosotros, al hablar de la traición de Márquez, á la cual no dábamos crédito, que éste le había indicado, como único medio de salvación, el tomar el mando del ejército.

Márquez pensaba que Maximiliano, alejado de la capital, expuesto á las eventualidades de la campaña, perecería sin duda en la primera derrota que sufriesen sus tropas, aun cuando las cosas no llegasen á esa fatal extremidad, empleando contra el Soberano el inmenso poder que le había confiado, y manteniéndole siempre bajo el influjo de sus pérfidos consejos.

El ministerio combatió la resolución inspirada á Maximiliano, como la más temeraria y la menos conveniente de las que debía tomar; pero le fué imposible poner obstáculos. El consejo de Márquez fué inmediatamente seguido. El Emperador se puso en marcha para Querétaro, á la cabeza de una columna compuesta de 1,200 hombres y de una batería de artillería de campaña. Fué varias veces atacado durante su viaje por las numerosas partidas de guerrilleros que abundaban en todas partes del país. Para decidir á Maximiliano á abandonar la capital con elementos tan insuficientes, como los que llevaba, Márquez le hizo creer que había organizado, antes de salir de México, la próxima salida de un convoy compuesto de tropas, de artillería, de municiones, dinero; en fin, de todo lo que es necesario para entrar seriamente en campaña.

Cuando Márquez vió á Maximiliano en Querétaro, es decir, en la orilla de la tumba, se apresuró á engañar al gobierno tratando de persuadir al ministerio de que la situación era buena, que el enemigo no estaba organizado ni en brigadas ni en divisiones, como le habían dicho al

Emperador, y que sus fuerzas se reducian á partidas de guerrilleros que ni siquiera reconocían á Juárez por centro común, etc. Tal es, en efecto, el resumen de su carta confidencial al Presidente del Consejo de Ministros, Lares. En esa carta, fechada el 19 de febrero de 1867, exponía las pretendidas ventajas de este viaje temerario y funesto, diciendo á Lares: "No puede Vmd. figurarse, querido amigo, todas las ventajas que hemos obtenido con esta expedición del Emperador. Su Majestad ha podido ver personalmente *que no hay palabra de verdad sobre lo que se le ha dicho respecto de la situación del país.* Lo que presentaban al Emperador como otras tantas brigadas y divisiones del ejército juarista, obrando de concierto y obedeciendo á ese centro común, no se compone, su Majestad lo ha visto, sino de miserables partidas de malhechores que trabajan por su propia cuenta, que arruinan á las poblaciones sin reconocer centro alguno, y á quienes muy poco importa Benito Juárez. Lejos de estar unidas esas gentes, viven en completa anarquía, se hacen la guerra los unos á los otros, é incapaces de batirse, huyen al primer tiro de nuestras tropas, sea cual fuere el número."

En fin, combatiendo siempre las juiciosas observaciones del ministerio sobre la peligrosa empresa de Maximiliano, Márquez añadió:

"Hoy ha sido sin duda un gran día para el Emperador y para todos los que aman á nuestra patria, y esto, con tanta más razón, cuanto que se

había presentado á su Majestad que el porvenir sería de lo más sombrío." (1)

Las partidas de miserables malhechores pronto iban á salir á Querétaro y á México en número de 50.000 hombres. Ahora bien, Márquez lo sabía muy bien. He aquí por qué escribía esta carta que revela una traición calculada con antici-

(1) Márquez tuvo la audacia de publicar esta carta en el número 1^o del *Boletín de Noticias*, diario de Querétaro [a].

[a] El *Boletín de Noticias*, que se publicó en la ciudad de Querétaro durante el sitio, no fué diario; veía la luz tres veces cada semana, sin perjuicio de los extraordinarios, cuando lo exigía la importancia de las noticias. El número valía seis centavos en la librería del señor Castro, calle del Hospital.

El objeto de esta publicación fué levantar el espíritu de las tropas imperialistas publicando noticias falsas en que el Imperio aparecía fuerte y victorioso por toda la República. El principal redactor era D. Manuel Ramírez de Arellano, quien no tenía escrúpulos en insertarlas, como ésta:

"En los momentos mismos en que el Exmo. Sr. general D. Miguel Miramón atacaba hoy el cerro de San Gregorio, y cuando ya había tomado con sus tropas las primeras posiciones del enemigo, recibió S. M. el Emperador noticias oficiales é indudables de la próxima llegada á esta plaza del Exmo. Sr. general D. Leonardo Márquez con el ejército de su mando, transmitidas por el valiente y leal sargento de Cazadores Guadalupe Valencia, que aprovechó la ocasión de penetrar á nuestra línea con los pliegos de que era portador.

"El Soberano se trasladó en el acto de la Cruz á la plaza de San Francisco y mandó suspender inmediatamente su ataque el Exmo. Sr. general Miramón, por convenir así al plan de defensa de esta plaza.

"Lo que se comunica al ejército imperial para su conocimiento.—El Jefe de Estado Mayor general Severo del Castillo."—Vease el *Boletín de Noticias*, del sábado 4 de Mayo de 1867. [Nota de A. P.]

pación. Es, pues, lógico decir que se había dado un gran paso en la vía en que se deseaba encaminar al desgraciado Maximiliano para que sucumbiese. La víctima estaba ya en el lugar del sacrificio; no había ya sino escoger los medios de consumarlo.



El general Márquez trata de sembrar la discordia entre el Emperador y Miramón. — Pretende privar al Emperador de la cooperación de este general. — Miramón se muestra ofendido por esa manera de obrar. — Maximiliano declara que Márquez es el jefe del ejército. — Contestaciones desagradables ocasionadas por este incidente entre Maximiliano y Miramón. — Nuevos ataques contra este general.

Márquez, explotando la mala impresión que había causado á Maximiliano el desastre sufrido por Miramón, se aplicó sin tregua á inspirar al Emperador una desconfianza profunda hacia el general, cuya espada podía, mejor que la de cualquier otro, salvar al Imperio de los peligros que le amenazaban. El traidor quería aniquilar el único apoyo poderoso que quedaba al trono en ese momento supremo. Con ese objeto, obtuvo que el Emperador expidiese en San Juan del Río, á doce leguas de Querétaro, una orden del

dia, fechada el 17 de febrero, organizando el ejército que iba á concentrarse en esa plaza. Por esa nueva organización, Márquez se daba el doble carácter de jefe del Estado Mayor General y de comandante en jefe del segundo cuerpo, dejando al mismo tiempo á Miramón sin tropas, pues las que este general tenía, pasaban á las órdenes de Márquez y de Mejía.

Grande fué el descontento de Miramón cuando supo la situación que se le reservaba, aunque entonces ignoraba el verdadero y secreto objeto que se proponían obtener con un proceder tan extraño como contrario á la lógica, al buen sentido y á la justicia. Esta distribución deplorable de los mandos del ejército, aconsejada por Márquez, ofrecía tantos inconvenientes que, poco tiempo después, fué necesario modificarla de tal modo que no le quedó sino el nombramiento de jefe del Estado Mayor. Esta posición le era necesaria para alcanzar el resultado que buscaba.

Maximiliano, deseando que la voz del traidor tuviese aún más fuerza y prestigio que la que le daban ya sus importantes funciones cerca de él, que era el jefe del ejército, declaró en una conferencia que tuvo lugar el 22 de febrero y en cuyo seno se discutió el plan de campaña, que el general Márquez mandaba las tropas; que el Emperador no era soldado sino marino. Miramón sintió un vivo despecho al saber que se subordinaba á Márquez. Su dignidad y su amor propio quedaron cruelmente heridos. Dirigió inmediatamente al Emperador una carta, en la cual le decía que por

fidelidad á su persona y por patriotismo, tomaría parte en la primera batalla que se diera á las tropas republicanas; pero que después de esa batalla pedía ser relevado desde luego del mando del cuerpo de ejército de infantería, pues sus antecedentes y su dignidad no le permitían servir á las órdenes de Márquez.

Maximiliano contestó á la carta de Miramón, que el general Márquez merecía su confianza en calidad de jefe del Estado Mayor; como él, Miramón la merecía para el importante mando que le había confiado. El Emperador terminaba recomendando al valiente general diese en lo futuro más pruebas de subordinación, y adquirir así motivos para obtener nuevas distinciones.

Una segunda carta dirigida por Miramón al Emperador puso término á este incidente. Los párrafos siguientes harán comprender bastante lo que se ha dicho sobre este punto.

"Tal vez mi carta anterior no ha sido interpretada en el verdadero sentido que quise dar á mi pensamiento, y por esta razón me interesa explicarla nuevamente á vuestra Majestad.

"Decía que, desde el momento en que el general Márquez ha sido designado para ejercer el mando del ejército, no podía quedar bajo sus órdenes; y que únicamente por fidelidad á vuestra Majestad, conservaría el mando del cuerpo de infantería para tomar parte en la primera batalla.

"Las graves razones que tengo para obrar así, son tan públicas, que me parecía inútil indicarlas; pero deseoso de que no se me acuse de insubor-

dinado, cuando soy el primero en obedecer, me encuentro en la necesidad de exponerlas á vuestra Majestad (1).

"El general Márquez ha sido hecho general de brigada por recomendación mia. Después, siendo yo jefe del Estado, aproveché la primera ocasión que se me presentó para elevarle al rango supremo del ejército. Este general, en cambio de esa conducta, atentó proclamar presidente al general Santa-Anna, desconociendo el poder que yo tenía y obligándome á ir personalmente á la capital del Estado de Jalisco, para destituirle y para hacerle volver á México, adonde le hice someter á un juicio.

"El general Márquez, habiendo estado siempre á mis órdenes, nunca podré considerarle como mi superior. Preferiría retirarme á la vida privada, más bien que recibir un golpe tan duro, que heriría mortalmente mi dignidad, mi amor propio, y estaría en oposición con todos mis antecedentes.

"Vuestra Majestad me dice que ese general ha merecido su confianza en calidad de jefe del Estado Mayor, como yo la he merecido en el importante mando que me ha sido dado. Si es así, nada

(1) Esta carta y la primera que Miramón dirigió á Maximiliano, fueron de nuestra redacción; el borrador fué encontrado entre los papeles que perdimos en Querétaro; los redactores del periódico *La Orquesta*, de México, la publicaron como documento histórico en el número 3 de la tercera época.

tengo que añadir; el jefe del Estado Mayor no es superior mío, sino simplemente el intermediario por el cual recibo las órdenes de vuestra Majestad.

“Semejante prueba de confianza en nada me lastima; pero no ha sido lo mismo cuando he oído de la boca misma de vuestra Majestad, que el general Márquez era el general en jefe del ejército.”

Las relaciones del Soberano y del primero de sus generales, habiendo llegado á esa extremidad crítica, Márquez continuó excitando en el espíritu de Maximiliano la desconfianza á Miramón.

Entre mil pruebas de las bajas intrigas que fueron urdidas por el vengativo jefe del Estado Mayor, me bastará citar una sola.

Por orden del general Márquez, Arellano organizó el ejército conforme á la orden del día, del 1º de Marzo de 1867. Esta organización terminada, el fatal consejero del Emperador dió curso á una resolución de Maximiliano, que fué comunicada á los cuerpos y que no era otra sino la más solemne desaprobación de la conducta de Miramón, desde la apertura de la campaña. El ejército se admiró al ver tal medida; pero el general que así se hería, devoró en silencio la humillación impuesta á su amor propio y á esa fidelidad que iba á conducirle al suplicio.

Márquez se mostró infatigable en el cumplimiento de su ingrata tarea. La constancia, la actividad, con las cuales la llevó á cabo, demuestran á la par una vasta capacidad para el mal,

una profunda sagacidad y un corazón extraordinariamente pervertido.

Habiendo así logrado sembrar la zizania entre el Soberano y el más fiel de sus servidores, Márquez continuó la persecución del objeto oculto que deseaba alcanzar por todas las vías posibles. Después se verá que también capitaneaba otras intrigas, además de las que hemos revelado y que ellas eran aún más eficaces para el triunfo completo de sus pasiones, tan monstruosas como sanguinarias.

VIII

Solicitud presentada por el comandante general de la artillería para comenzar la campaña. — Fuerza del ejército imperial y falta de los elementos necesarios. — Fortificación de Querétaro. — Márquez deja al ejército indefenso y prepara la derrota.

Tan luego como Arellano supo, por los informes del comandante del parque, que el general Márquez no había traído de México, ni municiones, ni cápsulas de guerra, ni estopillas fulminantes, ni nada, en fin, de lo que se necesitaba absolutamente para entrar en campaña, se dirigió al jefe del Estado Mayor y le hizo notar la falta que se había cometido, abandonando antes de proveerse, á la capital, donde había todos los útiles de gue-

rra en abundancia (1). A las observaciones del jefe de la artillería, respondió Márquez, que el convoy prometido traería cuantas provisiones pudieran desearse. Arellano pidió entonces dos baterías de campaña, dos millones de cápsulas de guerra, veinte mil estopines fulminantes, moldes para balas y cinco mil cartuchos de cañón. Inútil es decir que nunca recibió nada de lo que había pedido.

Poco tiempo después de la llegada de Maximiliano á Querétaro, el general Méndez vino á unirse con su brigada al ejército imperial, que se elevó entonces al total de nueve mil hombres y cuarenta piezas de artillería. Merced á las disposiciones tomadas por el jefe del Estado Mayor, estas tropas no contaban con un solo peso para su manutención; y su parque apenas alcanzaba á la mitad de lo que el reglamento fija para entrar en campaña, aunque Arellano, aprovechando alguna pólvora y proyectiles de San Luis y de Morelia, había improvisado la mayor parte de esas municiones almacenadas.

Antes de que el general Márquez hubiera sido nombrado jefe de Estado Mayor, Arellano llena-

(1) Tenemos en nuestro poder los documentos oficiales que prueban cuanto decimos. Los límites de esta obra nos impiden publicarlos; pero los haremos conocer al publicar nuestra historia especial de la defensa de Querétaro [a].

[a] El autor tenía comenzada esta obra y estaba á punto de volver á México, cuando le sorprendió la muerte en Rimini, Italia. [Nota de A. P.]

ba esas funciones en Querétaro desde el desastre de San Jacinto, al mismo tiempo que las de comandante de artillería, que estaba ejerciendo desde que entró en campaña. Habiendo resuelto el general Miramón volver á tomar la ofensiva contra los republicanos, tan luego como hubiese reunido los elementos necesarios, era importante fortificar á Querétaro para poner á esta ciudad al abrigo de un golpe de mano del enemigo.

En consecuencia, Arellano había dado orden al general Reyes, comandante de ingenieros, para que trazase un proyecto de fortificación de la plaza, bajo el supuesto de que no podría ser defendida por una guarnición de más de mil hombres y una batería, y de que no tendría que oponer sino una resistencia de quince días, tiempo más que suficiente para recibir auxilios de México.

Obligado Arellano á abandonar sus funciones de jefe de Estado Mayor á Márquez, éste, que había concebido el plan de tener al ejército en Querétaro, hizo ejecutar el proyecto, que equivalía á dejar la plaza indefensa, puesto que no se había tratado sino de fortificaciones pasajeras, incapaces de proteger al ejército. La combinación del traidor fué coronada por el éxito. Las tropas republicanas estaban ya ante la plaza que iban á sitiar, cuando el general Miramón, convertido en simple subteniente de zapadores, se ocupaba aún en construir una fortificación pasajera en el cerro de las Campanas. Después, durante el sitio de Querétaro, se ejecutaron trabajos semejantes

sobre una línea de ocho kilómetros, línea de la cual muchos puntos fueron fortificados bajo el fuego de los sitiadores. Entonces fué cuando se hizo necesario resistir á pecho descubierto á una serie de ataques, que la falta de tiempo y de los elementos necesarios á la elevación de tan vasta línea hacían imposibles aún. El ejército colocado en una situación horrible, sin dinero y sin municiones para una batalla común, sin fortificar la plaza, porque tenían la intención de retenerle en Querétaro, para hacerle sucumbir ahí y derrocar así al Imperio, no faltaba sino privarle de víveres para hacerle toda resistencia imposible. Con este objeto, el pérfido jefe de Estado Mayor no almacenó provisión de boca alguna, aunque las ricas haciendas de los alrededores de Querétaro estuviesen llenas de grano, del cual se aprovecharon los republicanos para sitiar la plaza con mayor comodidad. Así es como el espíritu de venganza y de traición preparaba el golpe de muerte. Nos reservamos para más tarde dar las pruebas auténticas de todo cuanto hemos dicho. (1)

(1) Véase el Capítulo XVIII.

IX

Márquez asegura que el ejército imperial tomará la iniciativa contra los republicanos.—Bajo este pretexto evita preparar la defensa.—La opinión de los otros generales estaba de acuerdo con sus resoluciones.—Se decide tomar la ofensiva; pero el general Márquez se opone.—Ventajas obtenidas por la traición.—Miramón ataca á Márquez con motivo del estado en que había puesto al ejército imperial.—Márquez no puede defenderse.—Fundamentos de la opinión de Miramón.

Márquez había aconsejado á Maximiliano abandonar á México para tomar la ofensiva contra las tropas republicanas. En su carta al jefe del ministerio, que ya hemos citado, decía sobre este punto: "El general Méndez, con cerca de 5,000 hombres tan aguerridos como famosos, ha llegado hoy á Celaya, y estará mañana en el cuartel general. Con ese ejército y los otros cuerpos que deben reunirse ahí, compondremos una fuerza á la cual el enemigo no podrá resistir. Quiera Dios cegarle hasta el punto de que nos haga frente. Podremos entonces, como de costumbre, darle una buena lección; pero aún en el caso de que no quisiese esperarnos, combinaremos nuestros movimientos de una manera conveniente para alcanzar el resultado deseado: la pacificación del país y la destrucción de sus enemigos."

sobre una línea de ocho kilómetros, línea de la cual muchos puntos fueron fortificados bajo el fuego de los sitiadores. Entonces fué cuando se hizo necesario resistir á pecho descubierto á una serie de ataques, que la falta de tiempo y de los elementos necesarios á la elevación de tan vasta línea hacían imposibles aún. El ejército colocado en una situación horrible, sin dinero y sin municiones para una batalla común, sin fortificar la plaza, porque tenían la intención de retenerle en Querétaro, para hacerle sucumbir ahí y derrocar así al Imperio, no faltaba sino privarle de víveres para hacerle toda resistencia imposible. Con este objeto, el pérfido jefe de Estado Mayor no almacenó provisión de boca alguna, aunque las ricas haciendas de los alrededores de Querétaro estuviesen llenas de grano, del cual se aprovecharon los republicanos para sitiar la plaza con mayor comodidad. Así es como el espíritu de venganza y de traición preparaba el golpe de muerte. Nos reservamos para más tarde dar las pruebas auténticas de todo cuanto hemos dicho. (1)

(1) Véase el Capítulo XVIII.

IX

Márquez asegura que el ejército imperial tomará la iniciativa contra los republicanos.—Bajo este pretexto evita preparar la defensa.—La opinión de los otros generales estaba de acuerdo con sus resoluciones.—Se decide tomar la ofensiva; pero el general Márquez se opone.—Ventajas obtenidas por la traición.—Miramón ataca á Márquez con motivo del estado en que había puesto al ejército imperial.—Márquez no puede defenderse.—Fundamentos de la opinión de Miramón.

Márquez había aconsejado á Maximiliano abandonar á México para tomar la ofensiva contra las tropas republicanas. En su carta al jefe del ministerio, que ya hemos citado, decía sobre este punto: "El general Méndez, con cerca de 5,000 hombres tan aguerridos como famosos, ha llegado hoy á Celaya, y estará mañana en el cuartel general. Con ese ejército y los otros cuerpos que deben reunirse ahí, compondremos una fuerza á la cual el enemigo no podrá resistir. Quiera Dios cegarle hasta el punto de que nos haga frente. Podremos entonces, como de costumbre, darle una buena lección; pero aún en el caso de que no quisiere esperarnos, combinaremos nuestros movimientos de una manera conveniente para alcanzar el resultado deseado: la pacificación del país y la destrucción de sus enemigos."

Fundándose sobre la necesidad de emprender prontamente las operaciones contra los republicanos, el vengativo jefe del Estado Mayor no fortificaba á Querétaro, no acopiaba víveres, no hacía nada de lo que previenen las reglas del arte militar para preparar la defensa de una plaza, que va á sostener un sitio. Como Querétaro, á causa de su posición topográfica, no puede defenderse contra fuerzas respetables, dominada como está por cordilleras de montañas, excepto al oeste, por donde se eleva el pequeño cerro de las Campanas, frente al cual se extiende un pintoresco valle, y como Maximiliano y sus principales generales tenían la intención de salir de la plaza en busca del enemigo, no había observación alguna que hacer sobre esa falta de preparativos y sobre una defensa, que ni un simple cadete hubiera intentado hacer en una plaza tan desventajosamente situada como Querétaro. Ahí fué, sin embargo, adonde se encerró al Emperador y su pequeño ejército. Dado este nuevo paso en el camino de la venganza, fué resuelto, sin embargo, en una conferencia que tuvieron Maximiliano y sus generales, el día 22 de febrero de 1867, que el ejército imperial saldría de la plaza el 26 del mismo mes y tomaría la iniciativa contra los republicanos que se encontraban aún lejos de Querétaro, con el objeto de batirlos en detalle. Entonces fué cuando Márquez influyó secretamente en el Emperador para que esa salida no se efectuase, aunque había sido resuelta, y que no se pensara nunca en defender la plaza. Doce días

después del que había sido designado para que el ejército imperial tomase la iniciativa, es decir, el 6 de Marzo, las tropas republicanas se concentraban delante de Querétaro en número de 25,000 hombres. La venganza y la traición marchaban, pues, á pasos agigantados hacia su completo triunfo. El enemigo se había reunido, y el ejército imperial estaba al fin paralizado, sin preparativos de defensa, sin municiones para resistir un sitio, sin víveres, sin forrajes, sin dinero y sin fortificaciones.

Un consejo de guerra estuvo á punto de destruir las nuevas intrigas de Márquez, de que se hablará después. Miramón, que entonces, lo mismo que el Emperador y Arellano, sospechaba todo, menos la traición del jefe del Estado Mayor, censuró la conducta de este último, atribuyéndola á una ineptia incomprensible, y manifestando á Maximiliano que se había cometido una falta militar dejando á las tropas enemigas concentrarse alrededor de la ciudad. Márquez, reconociendo que se comprometía así el inmenso prestigio de que gozaba á los ojos del Emperador, y la alta idea que ese Soberano tenía de su experiencia de la guerra, perdió su sangre fría de costumbre, y, deseando combatir la opinión de Miramón, respondió en estos términos á Maximiliano:

“Señor, mi opinión está ya formada, pero creo conveniente hacer algunas explicaciones preliminares para rectificar la que acaba de emitirse. Ninguna falta se ha cometido aquí contra las reglas del arte, solamente cuando se ha querido ir á ata-

car al enemigo en detalle, no era ya posible hacerlo."

Habiendo Márquez acabado de hablar, Miramón tomó la palabra y dirigiéndose al Emperador, que presidía el consejo, refutó en estos términos el discurso del traidor: "Señor, dijo: haré á vuestra Majestad una declaración importante. El 22 del último mes, su Majestad nos hizo reunir, y entonces fué resuelto que saliésemos de Querétaro el 26 del mismo mes, con el objeto de combatir al enemigo parcialmente. Nada se hizo por razones que ignoro, pero el resultado inmediato de esta inercia ha sido que las tropas disidentes se han concentrado al frente de nosotros. Ha habido, pues, una falta cometida contra las reglas del arte militar." (1)

Miramón tenía razón. Del 26 de febrero, día fijado para la salida del ejército imperial, al 6 de marzo, momento en que este ejército se vió al frente del republicano, se habían pasado doce días en la inacción. Ese tiempo hubiera sido más que suficiente para tomar la iniciativa, pues entonces las líneas de operaciones del enemigo, que tenían á Querétaro por objetivo, ofrecían un desarrollo de cerca de cincuenta leguas. Ante la réplica de una de las futuras víctimas que atribuían su trai-

(1) Las palabras de Márquez y las de Miramón, que hemos reproducido, están tomadas textualmente del acta del consejo de guerra que tuvo efecto el 10 de marzo de 1867, y firmada por el Emperador Maximiliano, Miramón, Márquez, Mejía, Vidaurri, Escobar, Castillo, Méndez y Arellano.

ción á la inercia, Márquez no tuvo una sola palabra que contestar, pero le bastó comprender que nadie sospechaba aún el móvil de su conducta.

A pesar de la evidencia que comienzan á presentar los hechos, pronto nos será fácil ministrar pruebas más palpables aún de la oposición que el terrible jefe del Estado Mayor puso en obra para impedir el ataque de los republicanos por el pequeño ejército del Emperador.

Sin embargo, el velo con que se quería cubrir la infamia, está rasgado en gran parte; vamos á concluir nuestra obra, aunque la relación que nos queda por hacer, excite el horror del más indiferente de nuestros lectores.

X

Para consumir su traición, Márquez aconseja una retirada.—Imposibilidad de ese movimiento.—La derrota del ejército imperial en caso de retirada era completa.—Maximiliano rehusa seguir el consejo de Márquez y cita un consejo de guerra, que opina por la ofensiva y rechaza la idea de una retirada.—La opinión que el general Márquez sostenía en público era diferente á la que exponía secretamente al Emperador.

Maximiliano y sus tropas se encontraban sin medios de defensa, en presencia de un enemigo tres veces superior en número. El ejército republicano tenía además á su disposición todos

los recursos del país, que, con excepción de las ciudades de México, Puebla y Veracruz, ocupaba enteramente. El día, pues, había llegado para que la traición consumase su obra, haciendo sucumbir vergonzosamente á Maximiliano y su ejército, en una fuga sin combate, y privándoles aún de la gloria militar que debían obtener luchando heroicamente para salir de la situación en la que se les había sumido con todo designio y por venganza.

Nada convenia más para alcanzar ese resultado, sino aconsejar á Maximiliano que se retirase á la capital, es decir, abandonar á un ejército superior en número, y sin quemar un solo cartucho, la débil plaza, en la cual, gracias á esfuerzos extraordinarios de valor y de inteligencia, se podía aún intentar una defensa heroica.

Por otro lado, el mexicano, á quien se hace soldado por la fuerza, cuando es necesario reclutar ó aumentar el ejército, por su naturaleza, es capaz de todo, excepto á batirse en retirada, operación militar de las más difíciles, y que no puede emprenderse sino después de una larga práctica, con una instrucción completa y obedeciendo á una severa disciplina. El soldado mexicano vale por diez, cuando se trata de tomar la ofensiva ó de defender una plaza; pero no es lo mismo cuando se trata de quedarse á la defensiva ó de combatir á campo abierto. Miramón, el primer general del país, poseía el secreto de aumentar el valor de sus tropas, pero á condición de tomar atrevidamente la ofensiva, conforme á su carác-

ter. Así es que, siempre, con dos ó tres mil hombres batió á doce ó quince mil enemigos. Solamente que cuando este mismo general ha visto fallar sus combinaciones militares por la impericia de los que debían secundarlas, es raro el que no haya sido derrotado por sus adversarios que le han alcanzado durante su retirada. De los tres desastres que tuvo en su brillante carrera militar, dos, el de Silao y el de San Jacinto, tuvieron lugar durante una retirada; el brillante éxito que obtuvo en Zacatecas algunos días antes, no pudo ni aun atenuar los efectos de la última de esas derrotas. Márquez aconsejaba á Maximiliano abandonar á Querétaro el 10 de marzo, cuando ya los republicanos habían operado su circunvalación de la plaza, hacía cinco días. Sabía que el ejército de estos últimos era tres veces más numeroso que el de los imperiales, y que, entre otras ventajas, contaba con 8,000 caballos. Estaba persuadido, merced á su larga experiencia, que sus tropas serían derrotadas antes de que pudiesen formarse en columna fuera de la plaza, á causa del espacio de tiempo necesario para hacer salir 9,000 hombres y más de 100 carros de útiles y artillería. Márquez sabía todo eso y, sin embargo, invitaba á Maximiliano para que diese un paso más hacia el abismo.

El cálculo del traidor era tanto más justo, cuanto que la desventajosa posición de Querétaro y la situación del enemigo obligaban al ejército á retirarse ó por el planio que está al oeste de la ciudad, ó por las montañas que se elevan en las

otras direcciones. En el primer caso, la numerosa caballería republicana bastaba para acabar con el ejército imperial; en el segundo, la infantería enemiga ocupaba posiciones ventajosas para derrotarle completamente. De todos modos, suponiendo que las tropas de Maximiliano hubiesen podido salir de la plaza y aún perderla de vista, como tenían que recorrer una distancia de sesenta leguas, siguiendo el camino real que va serpenteando en medio de un terreno muy quebrado, la caballería republicana, dirigiéndose por las cuerdas de los arcos del camino de retirada, se hubiera encontrado siempre en posición de atacar, en un momento dado, en un punto señalado, combinando su acción con la de las tropas que hubieran perseguido á los imperiales por la retaguardia. La derrota era, pues, el único resultado que podían producir los consejos del hombre que había criado, con tanto esmero, una situación tan difícil. Por fortuna el Emperador, que siempre acogía favorablemente las opiniones de Márquez, titubeó ante la idea de sucumbir sin gloria, empañando el brillo de su nombre, y rehusó retirarse. Por primera vez reunió un consejo de guerra con el objeto de decidir lo que convenía hacer, en la situación en que se encontraba el ejército imperial frente al republicano. La mayoría de los generales decidió que debía esperarse dos días hasta que llegase el general Olvera, que debía venir de las sierras vecinas á Querétaro, al frente de algunas fuerzas. Después se tomaría la ofensiva contra el enemigo. Esto

consta en el acta de la discusión, la cual terminó con estas palabras de Maximiliano: "La mayoría de esta reunión está de acuerdo para atacar al enemigo, y es precisamente la opinión que he expresado al general Miramón un cuarto de hora antes de que nos encontrásemos aquí. Sólo no estamos acordes sobre los medios que deben emplearse para tomar la ofensiva. Voy á emitir una opinión contraria, hasta cierto punto, á la que han manifestado los generales Mejía y Méndez. Hay ciertos momentos, como los actuales, en que la suerte de los imperios debe dejarse al azar de una batalla. Triunfaremos seguramente, pero aún cuando sucumbiésemos, sería con honor. Por otra parte, un simple movimiento de nuestro lado, que indique nuestra iniciativa, bajará la moral del enemigo y le hará comprender que en torno mío están los mejores generales del país" (1).

Esta opinión de Maximiliano, franca y llena de buen sentido, era la única que pudo salvar al ejército de la ruina á que caminaba. Sin embargo, el influjo de Márquez era aún superior á todo; el traidor, jefe del Estado Mayor, tenía la astucia suficiente para no comprometerse delante de los demás generales, cuando se discutían hechos de esa naturaleza. En su presencia, opinaba con la mayoría, seguro como estaba de que todo cuanto ella resolviese, sería aniquilado por el influjo secreto que ejercía en la mente de Maximiliano. Por eso nunca se consiguió tomar la iniciativa, á pesar de

(1) Acta del consejo de guerra del 10 de marzo.

la convicción del Emperador y de las resoluciones de sus generales; por eso Maximiliano dió orden á los jefes de infantería, caballería, artillería y al del Estado Mayor, que reemplazó á Márquez, de consignar en el informe que le dirigieron el 14 de mayo sobre el estado de la plaza, que los consejos de ese traidor habian sido funestos desde su llegada á Querétaro, y que él fué el que en el momento en que los republicanos tomaron la ofensiva, se opuso con persistencia á que fueran atacados por el ejército imperial.

Más adelante se encontrarán las pruebas auténticas de todo esto (1). Por ahora baste saber que el plan de venganza concebido por Márquez quedó momentáneamente burlado. No pudo obtener que Maximiliano y su ejército sucumbiesen sin gloria en una retirada imposible, desastrosa y cobarde. Esta circunstancia le obligó á combinar nuevas infamias para lograr su objeto.

(1) Véase el Capítulo XVII.

XI

Astucia con la cual traicionaba Márquez.—Aconseja al Emperador establecerse en uno de los puntos más peligrosos de la línea de defensa.—Paralelo entre la traición de Márquez y la de López.—Facilidades que tenía el primero para traicionar.—Márquez se opone á que el convento de la Cruz se fortifique bien.—Terrible combinación formada por él para hacer que la plaza cayese en poder de los republicanos en el momento en que la atacaron.—Certidumbre que tenía del éxito de su plan.—Extraña escena que pasó entre el Emperador y Márquez.—Miramón destruye el horrible plan de Márquez y salva la plaza el 14 de Marzo.—Pruebas de la existencia de ese plan de venganza.

No habiendo podido arrancar á Maximiliano la resolución de huir con sus tropas y exponerle así á ser derrotado en un cuarto de hora, Márquez buscó entonces un modo de alcanzar su objeto por medio de un nuevo plan tan horrible en su concepción como seguro en cuanto á sus resultados.

El Emperador y sus fieles servidores creían que Márquez era perfectamente leal. Les traicionaba, pues, con una impunidad segura, y desarrollando una astucia maravillosa. Además, nun-

ca se sirvió de medios vulgares. Obedeciendo á sus fatales inspiraciones, tocaba con tacto y á propósito los resortes de las pasiones de sus víctimas futuras ó de los hombres cuya cooperación le parecía necesaria. De esta manera, perdía á las unas y obligaba á los otros á servirle sin que conocieran ellos mismos que no eran sino sus instrumentos.

Ya era una falta establecer un cuartel general sobre uno de los puntos de la línea de defensa, como el cerro de las Campanas.

Es contrario á las reglas del arte que un simple general en jefe de un ejército se sitúe en los lugares más peligrosos. Ahora bien, en este caso, se trataba del hombre que, al mando militar, reunía el carácter de jefe del Estado, y esto en uno de esos momentos supremos en que su existencia estaba identificada á la del Imperio. Esta falta tomaba tales proporciones, que parecía un acto de verdadera locura. Pero Maximiliano no soñaba sino con la gloria, y viéndose rodeado de las notabilidades militares del país, cuyo valor era proverbial, se lanzaba al peligro con esa serenidad de que dió tantas pruebas al ejército. El traidor no tenía, pues, necesidad de atizar tan noble pasión para conducir á su víctima al abismo.

El proyecto de retirada una vez burlado, Márquez, en su elevada posición y en medio de su influjo, tenía mil expedientes á su disposición para hacer que Querétaro sucumbiese, sin recurrir á los medios torpes de que López se sirvió después. Le bastaba impedir que se le sospechase

de traición. Salir en persona para introducir en seguida al enemigo en la línea fortificada, es un medio bueno para vulgares miserables, mas no para los grandes malvados.

Por otro lado, Márquez traicionaba para saborear el placer de ver regada la sangre de Maximiliano y de Miramón que odiaba, y al mismo tiempo para satisfacer su frenética sed de venganza. Pedía dos víctimas; López no quiso sino un poco de oro. La diferencia de las dos traiciones proviene esencialmente del origen y de los fines que les fueron propios. Para comprar á Márquez, todas las riquezas del mundo hubieran sido insuficientes; lejos de eso, sacrificaba su carrera, su reputación militar, su fama de valiente capitán y sus esperanzas; es decir, el pasado y el porvenir. La recompensa de López no podía pasar de la dádiva de unos cuantos sacos de pesos, lo que se ofrece á todo hombre de su clase, sacado de la hez de la sociedad y elevado por la casualidad á un puesto inmerecido, aunque secundario (a). Tales son las causas por las cuales una y otra traición difieren tanto entre sí.

[a] Miguel López sirvió al Imperio desde que Maximiliano y Carlota pisaron tierra mexicana; pues que el escuadrón de la Guardia Imperial escoltó el coche que los trajo, de Veracruz á México, cabalgando á la derecha de ellos el coronel del cuerpo, que lo era aquél.

Desde ese día el coronel López fué el de todas las confianzas de Maximiliano. Las mejores pruebas son los hechos, y nadie ignora lo que hizo éste por aquél y lo que aquél hizo por éste. [Nota de A. P.]

Si el ejército imperial se quedaba en Querétaro, el momento llegaría en que sería atacado; entonces la voz del jefe del Estado Mayor tendría tal fuerza, que le bastaría una sola palabra para hacer sucumbir la plaza. El éxito parecía infalible y estuvo á punto de realizarse. Para obtenerlo era necesario comenzar trabajos preparatorios. El primero y más importante era persuadir al Emperador á que abandonase el punto más fuerte de la línea de defensa improvisada, que era el cerro de las Campanas, para fijarse en un punto más peligroso, cuya elección pudiese asegurarle el éxito del nuevo plan. Se trataría después de entregarle á los republicanos. Con este objeto, el hombre que dirigía la guerra, inspiró á Maximiliano la idea de cambiar su cuartel general de ese cerro, último punto tomado más tarde por el enemigo, después de la traición de López, para transportarlo al convento de la Cruz, situado en la extremidad oriental de la plaza, en la dirección en que el enemigo aglomeraba ya grandes masas, hacia el 12 de marzo. Maximiliano se cambió, en efecto, del uno al otro de los puntos indicados, en la mañana del 13. El convento de la Cruz, una de las llaves de la ciudad, no estaba convenientemente fortificado y apenas presentaba algunos trabajos de defensa, pues Márquez se los había encomendado á un oficial que no era del cuerpo de ingenieros. El menor de los defectos de la fortificación del convento de la Cruz, en vísperas del ataque del enemigo, era el de no ofrecer ningún trabajo de defensa fren-

te al ejército de Escobedo, mientras que ya ofrecía algunos en el interior de la plaza. Establecido el cuartel general en la Cruz, fué preciso reconocer con cuidado la posición y ocuparse en abrir troneras en las paredes construídas del lado por donde debía tener efecto el ataque, ejecutando á la vez algunos otros trabajos pasajeros, pues estaba muy limitado el tiempo. Este reconocimiento fué hecho por Maximiliano, acompañado de Márquez, de Miramón y de Arellano. El extremo oriente de la plaza de la Cruz, que era la parte de la plaza más avanzada en dirección del campo de los republicanos, se termina por una especie de panteón que conduce á una capilla, que domina al gran jardín por el cual López debía introducir al enemigo en la madrugada del 15 de mayo. Este jardín está contiguo, por el lado más estrecho, al convento de que forma parte. No era necesario poseer grandes estudios militares, sino una ligera dosis de sentido común para comprender que el panteón debía ser ocupado y fortificado; pues sin eso, ocupándole el enemigo, los defensores del jardín debían ser dominados y batidos por la retaguardia.

Perdido el jardín, el enemigo entraría fácilmente en el convento y de ahí á la plaza. El panteón podía así volverse en manos de un asaltante de alguna resolución, no solamente la llave de la posición, sino de la plaza misma. El Emperador, Miramón y Arellano fueron de opinión unánime sobre la necesidad de ponerle en estado de defensa. ¿Pero qué valía la opinión de Maximiliano, la

de los comandantes de la infantería y artillería ante la omnipotencia del jefe del Estado Mayor? Este se opuso con toda la energía de su carácter tenaz á que se hiciese lo que estorbaba parte de su plan. Les opuso razones que no existían, y el fatal panteón quedó sin defensa alguna, esperando á que el sitiador se dignase ocuparlo asaltándolo.

A las diez de la mañana del día siguiente, es decir, el 14 de marzo, el ejército republicano rompió el fuego de su artillería sobre el convento de la Cruz y sobre las líneas del norte de la plaza, preparándose al asalto en esas direcciones. Las columnas republicanas no se hicieron esperar mucho, y media hora después comenzaban el ataque.

Desde que el cañón del enemigo se hizo oír, Miramón, ese genio militar que parecía dichoso en medio de las batallas, se presentó en el cuartel general para tomar las órdenes de Maximiliano, quien le dió carta blanca, fiándose en su inteligencia y su valor. El valiente general partió al punto, después de haber prevenido al Emperador que iba á establecerse al cerro de las Campanas, terreno magnífico de observación que le permitía trasportarse prontamente al punto donde su presencia se hiciese necesaria. El fuego pronto se hizo general sobre los dos frentes atacados del norte y del este. Maximiliano tranquilo y afable se paseaba en la plaza de la Cruz, en medio de una lluvia de balas y de proyectiles de artillería, conversando familiarmente con Márquez y Arellano. El general Miramón acababa de

partir para el cerro de las Campanas, cuando el ataque tomó proporciones considerables. Entonces pasó, entre Márquez y el Emperador, en la misma plaza de la Cruz, una escena que, en un momento semejante, pareció extraña, pero de naturaleza á hacer estremecer, cuando está uno convencido de la ferocidad del que fué héroe de ella.

De repente las lágrimas saltaron á los ojos de Márquez, la expresión de su cara demostraba una alegría falsa y repulsiva, más horrible aún por la contracción del carrillo izquierdo, adonde las señales de la herida recibida en Morelia estaban aún profundamente grabadas.

—¿Qué tiene Vmd., general?—le dijo el Emperador con voz suave y llena de afecto.

—Nada, señor—respondió Márquez;—sino que soy muy dichoso!

Maximiliano, ese soberano que desafiaba el peligro con tanta temeridad y que debía sonreírse al ver el suplicio, estaba dotado de una exquisita sensibilidad. Como toda alma grande y generosa, la emoción se apoderaba fácilmente de él. Atribuyendo á un sentimiento entusiasta de adhesión el secreto movimiento que acababa de traicionar el pensamiento del jefe del Estado Mayor, el Emperador dejó escapar lágrimas de gratitud, y, estrechando á Márquez entre sus brazos, le dijo, casi sin poder articular, estas palabras: "Tiene usted razón de estar contento, general; pues hoy es cuando salvaremos la independencia de nuestra hermosa patria." El desgraciado estrechaba sobre su corazón, en señal de paz, á su propio ase-

sino. En realidad, el traidor no había llorado sino de gozo, creyendo que su venganza iba á consumarse algunos instantes después. Sus sanguinarias pasiones comprimidas en el Oriente, durante dos años enteros, saboreaban como conquistado ya el triunfo de que tenían sed, y que más tarde debían, al fin, obtener. Hé aquí lo que pasaba:

El general Márquez estaba seguro de que los republicanos ocuparían el panteón de la Cruz tan pronto como se lanzasen al asalto; y que, como hemos demostrado, era posible, penetrarían fácilmente en la plaza. Esa no era aún sino una parte de su horrible combinación y aún la menos importante. Traicionar sólamente sobre uno de los frentes atacados, era subordinar el éxito del combate á varias eventualidades, mientras que el resultado era infalible, si se ofrecían dos ocasiones favorables á los asaltantes. Nada, pues, podía salvar la plaza, si la primera ocasión, preparada así, Márquez disponía la segunda para que se ofreciese por sí sola en uno de esos momentos críticos que preceden á un asalto. Con este fin, había dado orden para que las tropas de la segunda división se replegasen hacia la Cruz, cuando llegase la oportunidad. Haremos notar que se había convenido en que las tropas de esta segunda división defendieran la parte principal del frente por el norte. Fueron allí situadas por el general Miramón tan luego como notó en el campo republicano movimiento que indicaba un ataque próximo.

Así podrían haber tenido efecto desde enton-

ces las tristes escenas que pasaron el 15 de mayo, cuando el traidor López introdujo al enemigo en el centro de la plaza. Efectivamente, el panteón fué tomado al principio de la acción, como debía esperarse, y la infantería que ocupaba el jardín fué derrotada por los republicanos que se mantuvieron allí por largo tiempo. El valor de los soldados imperiales y la circunstancia providencial que impidió la entrada de los asaltantes por el frente del norte, que iba á abandonar la división de Castillo, salvaron únicamente la plaza. Sin embargo, el panteón, una vez tomado, y la línea del norte abandonada, como debía serlo, según la orden de Márquez, los asaltantes, sin esfuerzo alguno y marchando únicamente adelante hacia el centro de la plaza, la hubieran al punto ocupado con 12 ó 15,000 hombres.

En ese caso, las tropas imperiales que se encontraban en el convento y en la plaza de la Cruz, hubieran quedado aisladas y hubieran sido atacadas por todos lados á un tiempo. Miramón, que se encontraba al oeste, es decir, al lado opuesto sobre el cerro de las Campanas, con una batería y un puñado de hombres, habría sido atacado por la retaguardia, y la caballería situada al sur, fuera de la plaza, en el llano que se extiende al pie del Cimatario, no pudiendo cargar, se hubiera probablemente retirado hacia México, en el momento de la rendición de los dos únicos puntos que quedaban en poder de las tropas imperiales. Ahora bien, esa rendición no se hubiera hecho esperar sino algunos minutos.

¿Cómo pudo fallar ese plan infame tan bien combinado y ejecutado tan á tiempo? Porque el general Miramón, al presentarse en el convento de la Cruz, para recibir las órdenes de Maximiliano, supo que Márquez había dado la orden fatal; y sin hacer observaciones, corrió á la línea del norte que Castillo abandonaba ya. Al llegar á ella, mandó á este general se quedara en su primera posición, sin hacer caso de lo que Márquez le hubiese mandado hacer. El traidor, jefe del Estado Mayor, en el momento en que derramaba lágrimas de gozo, en el que saboreaba la venganza que creía completa, ignoraba que Miramón acababa de coartar los efectos y hacer fallar por aquella vez sus horribles designios.

Para que la execración universal persiga al infame; para que los hombres lancen sobre él el anatema y el desprecio, basta apoyar con documentos públicos y oficiales, la certeza de la existencia de la combinación que acabamos de exponer, y que estaba basada simplemente sobre estos dos hechos: abandonar sin defensa el panteón del convento de la Cruz y retirar la segunda división de la línea del norte, al principio del ataque. En lo concerniente al primero de estos hechos, los dos ejércitos, imperial y republicano, han sido testigos de él; en cuanto al segundo, está comprobado en el informe de Miramón al Emperador sobre la defensa de Querétaro, informe escrito el 14 de marzo de 1867. Hé aquí los párrafos de este notable documento que tienen relación con él:

"Apenas acababa el cuerpo bajo mis órdenes de hacer el cambio de frente que había indicado, cuando el fuego de la artillería enemiga, dirigido sobre la Cruz, anunció el principio del ataque. Sin pérdida de tiempo, me dirigí entonces hacia el cuartel general para tener la honra de recibir las órdenes de su Majestad. *Entonces supe que el general, jefe del Estado Mayor, había ordenado que la segunda división se replegase sobre el convento de la Cruz.*

"La actitud del enemigo, ya concentrado á las diez de la mañana, al norte y al oriente de la ciudad, me obligó á volver al cerro de las Campanas, lo que hice, pasando por la línea que ocupaba la segunda división. Al llegar á esa línea, comprendí *que si el movimiento de retirada sobre la Cruz se efectuaba conforme á la orden dada por el jefe del Estado Mayor, el enemigo entraría al punto en la plaza; y, en consecuencia, previne al general Castillo que permaneciese con su división en los puntos que ocupaba, hasta el momento en que le diera nuevas órdenes.*"

Después, contando los servicios hechos por la segunda división, y apoyándose en los hechos principales, contenidos en el informe de Castillo, Miramón añade esto:

"Como á las diez y media de la mañana el enemigo cargó con brío en varias columnas las brigadas de los generales don Silverio Ramírez y don Pedro Valdés; en ese momento la situación de las tropas era bastante difícil, según me dijo el general Castillo; la línea que cubrían había si-

do abandonada con motivo de la retirada sobre el fuerte de la Cruz, hecha por una orden emanada del Estado Mayor General. Sin la actividad que desplegaron los dos generales que acabo de nombrar, para ocupar nuevamente la línea, el enemigo hubiera penetrado en ella, pues una de las columnas llegó hasta haberse apoderado de uno de los parapetos, adonde fué hecha prisionera por el 7º de línea." (1)

Tales fueron las circunstancias extraordinarias que retardaron por dos meses más la venganza de Márquez.

La traición tomaba nueva energía con esas mismas contrariedades. Burlado el primer plan, su autor no desmayó, sino que, por el contrario, se ocupó con más empeño en lograr sus fines.

(1) Márquez se guardó bien de publicar ese informe en Querétaro; pero Maximiliano lo envió por casualidad á México, adonde se publicó en el núm. 37 del diario *La Unión*, el 30 de Marzo de 1867.

XII

Plan que se formó para atacar á los republicanos el 17 de Marzo.—Combinación de Márquez para frustrarlo.—Engañado el Emperador ordena á Miramón que suspenda el ataque.—Profundo despecho de Miramón.—Falsedad de la causa sobre la cual se fundaron para hacer suspender el ataque.—Méndez cooperaba, sin saberlo, al triunfo de la traición de Márquez.—Causas de esta conducta.

Habiendo sido rechazado el ejército republicano en su formidable ataque del 14 de marzo, y el consejo de guerra del día 10 habiendo decidido que el ejército imperial tomaría la iniciativa, después de esperar dos días la llegada del general Olvera, Miramón insistió mucho con Maximiliano para hacerle aceptar un plan de ataque decisivo. Logró vencer la enérgica oposición del jefe del Estado Mayor, así como el grande influjo que ejercía sobre el carácter del Emperador, y obtuvo la autorización necesaria para obrar.®

La situación en que se encontraban los defensores de la plaza y los sitiadores, no podía ser más favorable para resolver la cuestión. Las tropas imperiales, llenas de entusiasmo y triunfantes el 14 de marzo, esperaban con ardor el momento que pondría fin á los sufrimientos del ejército.

do abandonada con motivo de la retirada sobre el fuerte de la Cruz, hecha por una orden emanada del Estado Mayor General. Sin la actividad que desplegaron los dos generales que acabo de nombrar, para ocupar nuevamente la línea, el enemigo hubiera penetrado en ella, pues una de las columnas llegó hasta haberse apoderado de uno de los parapetos, adonde fué hecha prisionera por el 7º de línea." (1)

Tales fueron las circunstancias extraordinarias que retardaron por dos meses más la venganza de Márquez.

La traición tomaba nueva energía con esas mismas contrariedades. Burlado el primer plan, su autor no desmayó, sino que, por el contrario, se ocupó con más empeño en lograr sus fines.

(1) Márquez se guardó bien de publicar ese informe en Querétaro; pero Maximiliano lo envió por casualidad á México, adonde se publicó en el núm. 37 del diario *La Unión*, el 30 de Marzo de 1867.

XII

Plan que se formó para atacar á los republicanos el 17 de Marzo.—Combinación de Márquez para frustrarlo.—Engañado el Emperador ordena á Miramón que suspenda el ataque.—Profundo despecho de Miramón.—Falsedad de la causa sobre la cual se fundaron para hacer suspender el ataque.—Méndez cooperaba, sin saberlo, al triunfo de la traición de Márquez.—Causas de esta conducta.

Habiendo sido rechazado el ejército republicano en su formidable ataque del 14 de marzo, y el consejo de guerra del día 10 habiendo decidido que el ejército imperial tomaría la iniciativa, después de esperar dos días la llegada del general Olvera, Miramón insistió mucho con Maximiliano para hacerle aceptar un plan de ataque decisivo. Logró vencer la enérgica oposición del jefe del Estado Mayor, así como el grande influjo que ejercía sobre el carácter del Emperador, y obtuvo la autorización necesaria para obrar.®

La situación en que se encontraban los defensores de la plaza y los sitiadores, no podía ser más favorable para resolver la cuestión. Las tropas imperiales, llenas de entusiasmo y triunfantes el 14 de marzo, esperaban con ardor el momento que pondría fin á los sufrimientos del ejército.

Los republicanos, rechazados en su primer ataque, no habían aún cubierto la línea del sur, y contando apenas las dos terceras partes de la fuerza efectiva que tuvieron más tarde, hubieran sido fácilmente derrotadas en virtud de la vigorosa é inesperada salida que proponía Miramón.

En consecuencia, se dieron las órdenes necesarias para atacar al amanecer del día 17 el cerro de San Gregorio, que domina á Querétaro por el norte, y adonde se encontraba el grueso del ejército enemigo. Batidos los republicanos en ese punto, la victoria era completa.

El plan de ataque combinado entre Miramón y Arellano, respondía á todas las exigencias del arte, y ofrecía, además, todas las probabilidades que pueden obtenerse en la guerra, como garantía de triunfo.

Las tropas debían salir secretamente de la plaza antes del amanecer, para empezar, al romper el día, el ataque de la posición enemiga; la segunda división de infantería mandada por Castillo y establecida frente al cerro de San Gregorio, debía dejar la línea de defensa y las piezas de montaña, subir al cerro, haciendo una marcha ligeramente diagonal sobre su derecha, para amenazar á la vez el frente y la izquierda de los republicanos. Méndez, con la brigada que mandaba, dejando sus cañones en la plaza de la Cruz, habría ocupado la línea de defensa abandonada por Castillo, para servir de reserva á este último y para proteger, si era necesario, su retirada. Ese era el ataque simulado. El verdadero debía hacerlo

Miramón, que saldría de la plaza por los llanos que la separan de las alturas de San Gregorio, que defendían los republicanos y del cerro de las Campanas ocupado por las tropas imperiales. Miramón debía voltear la posición del enemigo por la derecha, y atacarlo por la retaguardia. Una batería de diez y ocho piezas de campaña, apoyada por la reserva de Miramón, protegía el ataque, rompiendo un fuego muy vivo contra el cerro de San Gregorio, al mismo tiempo que la batería de las Campanas. Si la caballería republicana se presentaba, la reserva y las diez y ocho piezas colocadas en el llano la rechazarían. Se había igualmente garantizado la seguridad de la plaza, que nada tenía que temer por el oeste ni por el norte, porque frente á esas líneas se concentrarían los cinco mil hombres que debían atacar al cerro de San Gregorio. Al este, el convento de la Cruz quedaba reforzado y bien defendido; al sur, no había enemigo. Maximiliano debía, en fin, establecer su cuartel general en el cerro de las Campanas, mientras que Miramón atacaría. Para comprender bien todo lo que este valiente general habría hecho el 17 de marzo, si la traición no se hubiese atravesado por medio con el objeto de que el éxito fuese imposible; para estar bien convencido de que, ese día, se arrancó la victoria, basta saber que cuarenta días después, el 27 de abril, el triunfo sobre el ejército republicano, no siendo ya posible por haber sido reforzado con diez ó doce mil hombres; las tropas imperiales estando ya desmoralizadas por un largo sitio y por

el retardo del general Márquez, que no volvía de México para socorrer la plaza, y reducidas ya á un número efectivo de cinco mil hombres; en medio de estas circunstancias tan desventajosas, Miramón, con dos mil soldados, en una hora de tiempo, salió á buscar y puso en fuga, en la posición del Cimatarío, á más de diez mil hombres y les quitó veintuna piezas de artillería. El destino implacable le esperaba en el cerro de las Campanas, lugar de su suplicio: ni el valor, ni la inteligencia, ni la lealtad bastan para separar sus golpes.

El plan de ataque que acabamos de describir, una vez adoptado por Maximiliano, y su ejecución fijada para la mañana del 17 de marzo, todavía le quedaban á Márquez medios de frustrarle, persuadido como estaba de que su venganza iba á escapársele.

Hé aquí lo que pasó durante ese día fatal. Miramón salió de la plaza con las tropas que debían expresamente atacar el cerro de San Gregorio; la batería de diez y ocho piezas y la reserva á que servían de apoyo, se situaron en el punto convenido; y Maximiliano, acompañado de Márquez y Arellano, se trasladó del convento de la Cruz al cerro de las Campanas. La división de Castillo no dejó su línea, porque Méndez no vino á relevarla. Este último, según sus palabras, no ejecutó á tiempo las órdenes que había recibido, porque el jefe del Estado Mayor no había relevado la brigada de reserva á su debido tiempo, y la cual estaba de servicio desde el día anterior.

Eran las cinco de la mañana. La luz crepus-

cular anunciaba la próxima llegada del día. El Emperador acababa de llegar al cerro de las Campanas. Miramón, alegre, acariciaba en su mente la esperanza de la victoria, ignorando aún que sus órdenes habían sido desobedecidas. Formó sus columnas al pie de San Gregorio y se disponía á lanzarlas sobre el enemigo, cuando Méndez, en lugar de estar en su puesto, se presentó en el cerro de las Campanas. Su caballo estaba extenuado de cansancio. En cuanto á él, lleno de emoción, no pudo decir, presentándose á Maximiliano, sino: "Señor, el enemigo entra en la plaza del lado de la Cruz, y mi brigada no ha podido ocupar su puesto. Ya es de día y es imposible que pueda colocarla útilmente sobre la línea del general Castillo para el ataque; además, señor, la plaza va á ser tomada."

—¿Qué debemos hacer?—preguntó con vivacidad Maximiliano á Márquez.

—Volved inmediatamente de donde venis, contestó éste, y dad orden al general Miramón de replegarse en seguida, pues ya no es posible que ataque.

Los hechos siguieron á las palabras, sin un segundo de interrupción. El Emperador abandonó el cerro de las Campanas en compañía de Arellano, entró en Querétaro y se detuvo en la plaza de San Francisco, situada en el centro de la ciudad. Méndez volvió hacia su brigada, que había dejado en una de las calles de la ciudad, y operó una contramarcha hacia la Cruz. Para asegurar el éxito de su nueva intriga, y sin quererse fiar de su

ayudante, Márquez partió á toda brida á buscar á Miramón para transmitirle personalmente la orden de suspender el ataque y retirarse á la plaza. Cuando el traidor llegó al lugar á donde el valiente jefe de la infantería organizaba sus columnas, el ataque iba á tener lugar cinco minutos después. Miramón, sorprendido ya de que Castillo no pudiese moverse frente al enemigo; porque Méndez no le relevaba, supo con mayor sorpresa aún la entrada de los republicanos en la Cruz; no dió crédito á esa noticia; pero estaba obligado por la orden de Maximiliano, comunicada por el jefe del Estado Mayor, á retirarse al punto. Envainando la espada, arrojó con cólera su sombrero, é hizo ejecutar á sus tropas la orden que se había arrancado al Soberano por la traición. La victoria acababa de sonreír á Miramón; Márquez la alejaba de su rival en el momento en que éste iba á apoderarse de ella.

Ahora bien, el enemigo no había tenido el pensamiento de introducirse en la plaza por ningún punto, y sobre todo por la Cruz, adonde fué accesorio, en la hora suprema, que López le guiasse, para que pudiese penetrar; tan sólido así era el edificio.

Las fuerzas republicanas, durante los primeros días que siguieron al ataque del 14 de marzo, á consecuencia del cual habían sido rechazadas, se encontraban en una situación de las más difíciles, faltándoles hasta las municiones. Lejos de poder tentar entonces un movimiento cualquiera, estaban profundamente desorganizadas;

y no habiendo sospechado los movimientos preparatorios del ataque, se quedaron confundidas cuando llegó el día, viendo esa concentración que ni sospechaban, ni comprendían, á causa de las espesas columnas de polvo que levantaban los cuerpos imperiales, en las diversas direcciones que esas tropas debían seguir para recuperar sus puestos respectivos sobre la línea de defensa. En fin, todas las fuerzas salidas de la plaza habían vuelto á entrar, cuando los sitiadores dispararon el primer tiro de cañón. La noticia dada al Emperador por Méndez, que el enemigo ocupaba la plaza, era, pues, enteramente falsa; pero no se pudo, desgraciadamente, rectificar hasta que Maximiliano entró de vuelta en Querétaro y cuando el ataque, que debió tener lugar en circunstancias favorables, estaba suspendido. Es por consiguiente incontestable que los republicanos habían sido hábilmente salvados por el jefe del Estado Mayor, que, habiéndose cuidado bien de relevar á tiempo la parte de la brigada de reserva, de servicio el día 16, había impedido á Méndez llegar á tiempo para permitir á Castillo que comenzase el falso ataque por el frente que se le había encargado.

Además de eso, Márquez estaba de acuerdo con Méndez, no para traicionar, pues Méndez fué siempre incapaz de tal infamia, sino para evitar el ataque. Méndez opinaba siempre ó por la defensiva ó por la retirada. Ya lo hemos dicho, Márquez explotaba las pasiones de los otros, les obligaba á servir de instrumento de su venganza sin

que éstos tuvieran la menor sospecha del papel que se les hacía desempeñar.

Méndez, después de abandonar á Michoacán, había llegado á Querétaro profundamente desmoralizado. Propuso al Emperador dirigirse inmediatamente á Veracruz, abdicar allí y abandonar el país. Esos consejos extraños fueron rechazados por Maximiliano. Méndez secundaba las ideas de Márquez desde el punto de vista defensivo, ó en lo tocante á una retirada, fuese sobre México ó á las montañas vecinas. El desgraciado ignoraba que obrando así era el instrumento de su propia muerte. Su desmoralización llegó á tal punto que le hizo bajar en el favor imperial, pues Maximiliano, con motivo de esa desmoralización, se veía obligado á tratarle con una dureza muy ajena á su carácter.

Aún esta vez la traición triunfó de los obstáculos que iban á paralizar sus esfuerzos; pudo continuar su marcha, y, aún más, se arregló de manera que la intriga, que venimos contando, fuera más fecunda en resultados desastrosos, como lo probaremos en el curso de esta triste, pero verídica narración.

XIII

Causas por las cuales se quitó á Méndez el mando de la brigada de reserva.—Vengancita de Márquez.—Miramón y Arellano se retiran.—Márquez propone otra vez la retirada.—Mejía y Méndez le apoyan.—El Emperador se decide á ella.—Miramón y Arellano trabajan para disuadirle.—Miramón se opone inútilmente.

Resuelto Maximiliano á combatir gloriosamente, resolvió separar á Méndez, cuyas ideas lúgubres y de desmoralización podían ser contagiosas. Esta resolución se afirmó con motivo del error en que le había hecho caer Méndez, dándole la noticia falsa que le obligó á volver á la plaza en la mañana del 17 de marzo, y á mandar á Miramón que suspendiese el ataque de las alturas de San Gregorio. Márquez necesitaba, por su lado, que el Emperador estuviese sólo bajo su influjo; y era de desearse, por las razones que daremos, que Méndez estuviese á la cabeza de un nuevo mando. El mismo día, Méndez dejó la brigada de reserva para pasar á las órdenes de Miramón con el mando de la primera división de infantería. López fué el que le reemplazó en la reserva, y así fueron preparados por la casualidad los acontecimientos del 15 de mayo. Para que Méndez pudiese tomar posesión de su nuevo mando, Márquez despojó al que le ejercía y

cambió igualmente á los dos generales de las brigadas que componían la primera división de la infantería. Así fué como los generales Casanova, Escobar, Herrera y Lozada, oficialmente recomendados por Miramón, fueron recompensados por su conducta durante la defensa del día 14: se les quitaba el mando que habían ejercido con tanta lealtad; se les dejaba en receso; se les hacía perder, en fin, sin razón alguna, todo su prestigio en el ejército, que no podía después juzgar favorablemente á hombres separados de sus tropas frente al enemigo.

La destitución de Casanova era una venganza de Márquez, que quería castigarle por haber sido comandante general de México, cuando Miramón puso preso al terrible jefe del Estado Mayor, por haber querido rebelarse contra su gobierno. Así era como Márquez, al cabo de siete años, hacía pagar bien caro á Casanova la casualidad que le había hecho juez suyo y había permitido que fuese entonces comandante militar de la capital. En cuanto á Escobar, Herrera y Lozada, Márquez les destituía simplemente porque eran amigos de Miramón, y porque con ellos era imposible fomentar la anarquía entre las tropas. Deseaba también que tan injustas disposiciones ofendieran á Miramón, sobre todo cuando puso á sus órdenes al general Méndez, que era ostensiblemente responsable de haber, como se ha dicho, frustrado el ataque de San Gregorio.

Después de los fatales acontecimientos del 17 de marzo y en vista del desfallecimiento que cau-

saron, Miramón y Arellano formaron la resolución de hacerse á un lado, de no tomar iniciativa alguna en la dirección de la guerra, de limitarse sólo á obedecer y á dejar que los acontecimientos se encendiesen. En esa mente quedaron hasta el 20 del mismo mes, día en que Maximiliano llamó á Arellano al consejo, en cuyo seno se trató al fin de tomar una gran resolución.

Así fué como ese general pudo entonces, sin pensarlo, retardar los efectos de la traición, que ya se regocijaba, creyendo que su triunfo definitivo sería inevitable en algunas horas.

El general Márquez, habiendo obtenido evitar el ataque del 17 de marzo, se aplicaba ahora á conseguir el resultado final que deseaba ardientemente: buscaba un nuevo modo de obrar sobre el carácter de Maximiliano, para instigarle á la retirada, que, según él, debía ser seguida de una derrota indefectible.

Fiel á su sistema de hacer servir las pasiones de sus víctimas al éxito de sus proyectos, y notando que Mejía estaba tan desmoralizado como Méndez, Márquez obtuvo que uno y otro, que gozaban aún de cierto prestigio con el Emperador, apoyasen su plan y aun á que el primero propusiese abandonar la plaza después de haber clavado los cañones é inutilizado el tren.

Maximiliano, luchando por un lado con sus ideas de gloria y de dignidad, que le aconsejaban combatir valientemente á favor de una causa grande, y por otro lado con la influencia que debían ejercer en su espíritu consejos que no podía con-

siderar hijos del temor, la venganza ó la traición, sino, al contrario, por el patriotismo, la experiencia y la lealtad, se dejó llevar una vez más hasta el borde del abismo en que Márquez quería precipitarle. Fué apartado de él nuevamente por su noble ambición, por la rectitud de su juicio y los consejos de Arellano. Esto va á resultar de documentos secretos, cuya existencia no puede hoy ponerse en duda por nadie.

Al día siguiente en que Miramón debía renunciar á su ataque contra San Gregorio, la venganza continuó haciendo progresos, que quedaron secretos hasta el 20 de marzo. Márquez pudo decidir á Maximiliano á retirarse á México, persuadiéndole que ese partido era natural; como si 25,000 republicanos no hubiesen entonces rodeado á Querétaro por todas partes, excepto el sur, donde las montañas se oponían á la salida del tren de las tropas imperiales. Notemos, además, que esos 25,000 hombres poseían ya 8,000 caballos y una numerosa artillería.

La fatal retirada fué resuelta, el Emperador mismo, para asegurar la ejecución, dió conocimiento de ella, entre otras medidas, el 18 de marzo, al ministro de la guerra en México. Le ordenó que dispusiese en los alrededores de la capital el campamento para el ejército, teniendo cuidado de que en el centro de él quedase la tienda imperial, pues S. M. no pensaba alojarse en palacio ni en ninguna otra parte de la ciudad (1).

(1) Ignorábamos la existencia de esa carta, que nos fué revelada más tarde en la Habana por el digno general

Dos días trascurrieron y fueron empleados en hacer secretos preparativos y en sufrir diversas vacilaciones. Por fin llegó el 20 de marzo, y con él parece que había llegado para el traidor el instante de consumir la más cruel de las venganzas, quien sin notarlo, levantó la punta del velo con que ocultaba sus tenebrosas maquinaciones. Arellano mandaba la artillería, y era preciso comunicarle las determinaciones tomadas para asegurar la marcha de todo el material de guerra que estaba á sus órdenes. El jefe del Estado Mayor general tuvo que doblegarse ante esta necesidad inevitable: previno, por consiguiente, al comandante general de la artillería, que tomase las medidas más oportunas para que el parque y las piezas saliesen de la plaza en la tarde del expresado día. Arellano recibió esta orden en las primeras horas de la mañana, y aunque con sentimiento, estaba en el deber suyo ejecutarla: á las tres de la tarde todo estaba listo para la marcha. Esta vez se iba á llegar á un extremo fatal, es decir, se iba á solicitar una derrota inevitable, procurada por una fuga que se intentaba disfrazar con el nombre de retirada. Arellano se dirigió al alojamiento del general Miramón para pronosticarle cual sería el triste desenlace de la campaña antes de que terminase el día. Impuesto Mi-
Portilla, ministro que fué de la guerra, durante la permanencia del Emperador en Querétaro.

Tuvimos después la confirmación de este hecho en Viena, de boca del Sr. D. Luis Blasio, ex-secretario del Emperador, que fué quien la escribió.—*N. del A.*

ramón de lo que pasaba, no quiso creer que una determinación semejante y que iba á tener tan funestos resultados, se hubiese tomado sin consultar la opinión de los jefes de la infantería y de la artillería. Repetidas veces, el joven y valiente general exclamó, interrogando á su amigo, respecto á la noticia que le había dado:

—¿Estás loco, ó te burlas de mí?

Convencido al fin de la verdad, y mirando que las horas se deslizaban con angustiosa rapidez, resolvieron ambos tocar el último recurso para conjurar el peligro que amenazaba al ejército sitiado. Juntos se dirigieron al alojamiento del Emperador, para hacerle ver que la retirada hacia México era absolutamente imposible, en la situación que guardaban los dos ejércitos.

Miramón fué el primero que en el convento de la Cruz habló al Emperador en el sentido que se había convenido. Pero todo fué inútil, todas las razones expuestas por el general en contra de la retirada, y todos los consejos dados para que el ejército saliese de la situación en que se le había colocado, contra la opinión de los más expertos generales, no pudieron convencer al Emperador, que se mostró inflexible y declaró terminantemente: «que la retirada era un negocio resuelto.» El general Miramón salió del convento de la Cruz dolorosamente conmovido, por la idea de que la ruina del ejército imperial era de todo punto inevitable. El haber el Emperador llamado á Arellano para tener con él una conferencia, la sinceridad de las palabras de éste y el resultado final

que tuvo aquélla, retardaron el triunfo de la traición, que debía haberse consumado el 20 de marzo de 1867, y se logró, por fin, romper la trama urdida por el jefe de Estado Mayor.

XIV

Conferencia del Emperador con Arellano.—**Sus resultados.**—Maximiliano convoca un consejo de guerra, para determinar el partido que se debe tomar.—Se resuelve la continuación de la defensa y el hacer venir de México, para Querétaro, un ejército auxiliar.

Luego que Arellano estuvo en presencia del Emperador, éste le pidió su opinión acerca de la retirada y sobre lo que sería más conveniente hacer con los trenes, si deshacerse de ellos ó llevarlos consigo. El Emperador conocía muy bien la franqueza y la energía con que ordinariamente se expresaba el hombre que tenía en su presencia, y por lo mismo le advirtió, que en esta vez, mejor que en ninguna otra, deseaba conocer la expresión sincera de sus ideas; y que esperaba que así lo hiciese en el seno de la verdadera amistad. Dispensado el comandante de la artillería de todas las precauciones oratorias que debilitarían la fuerza de la verdad y estimulado tanto por la bondad del Emperador, cuanto por la magnitud y las consecuencias probables del hecho que se intentaba consumir, respondió ver-

balmente en los términos de la comunicación que adelante se copia, que él dirigió en la noche del mismo día al Emperador, quien deseaba tener consignados por escrito las opiniones y los compromisos que con él se contraían, si por fin se decidía que el ejército imperial quedase entregado á sus propios recursos.

Hé aquí la comunicación:

"Señor:

"Tengo el honor de presentaros por escrito el juicio que he formado respecto de la retirada que hoy habíamos de haber verificado, y acerca de la cual Vuestra Majestad, siempre muy bondadoso, se dignó consultarme para determinar la mejor manera de ejecutarla. Si se tratase de retirarnos sin que el enemigo estuviese á la vista, mi humilde opinión se uniría á la de aquellos que proponen á Vuestra Majestad, en estas circunstancias, obrar en ese sentido. En este caso, aunque la moral del ejército se relajase, esta desventaja quedaría compensada con el aumento de tropas y de material de guerra que tendríamos, trasportando el teatro de la lucha á los alrededores de la capital, donde abundan los recursos de todo género. Mas la experiencia nos tiene demostrado que este movimiento difícil y peligroso no es posible efectuarlo con nuestras tropas recientemente organizadas, con la falta de moral que se nota en nuestros soldados, y, lo que es más, con el enemigo al frente, como lo tenemos. Bajo tales auspicios, la retirada es el primer paso que damos hacia la derrota.

"Actualmente, y por desgracia, se trata de una cuestión más grave que la simple retirada á la vista del enemigo, operación en verdad imposible por sí misma. Estamos en una plaza doblemente cercada, ya por la cadena de montañas que la dominan, ya por un ejército numéricamente muy superior al nuestro, aunque inferior á éste en inteligencia y en disciplina militar. Es cierto que al oeste de la ciudad no hay montañas, pero allí está el enemigo. También es verdad que el sur está libre de las tropas republicanas, pero de este lado tenemos el cerro del Cimatarío, que hace imposible el paso de los trenes y de la artillería. No se trata, pues, de una simple retirada, como impropriamente se ha querido llamar el temerario movimiento que tratamos de ejecutar, sino de la ruptura de un sitio, operación que no puede tener buen éxito, sino salvando la artillería y los trenes, y que es de todo punto imposible si se abandonan estos dos elementos de fuerza. En este caso causaríamos la desmoralización del ejército, y la retirada, desde el primer día, se convertiría en una fuga desastrosa, si, como es posible, los 7 ú 8,000 caballos, que tiene el enemigo, se mueven en persecución nuestra.

"Por todos estos motivos, tengo el honor de manifestar á vuestra Majestad, en tiempo todavía oportuno, que la retirada con todos nuestros trenes me parece mala, y peor aún si los abandonamos. Ignoro ciertamente, señor, cómo se ha propuesto á Vuestra Majestad que adopte una

resolución tan peligrosa, tanto para su gloria como para el triunfo de nuestra causa. En mi concepto, después del desastre de San Jacinto, no había más que adoptar uno entre dos planes de campaña, ó concentrar el ejército en esta plaza, como ya se hizo, y tomar inmediatamente la iniciativa para batir al enemigo en detal, ó transportar el teatro de la guerra á México, haciendo que el general Miramón y las tropas de Michoacán se muevan en dirección de la capital, procurando cubrir la línea que se extiende desde ésta hasta Veracruz. Puesto que por razones que no me es dado comprender, se nos obliga á defendernos en una plaza tan poco militar y sin elementos de ninguna especie, mi opinión será siempre que atacemos resueltamente al enemigo para evitar una de estas dos consecuencias: ó el abandono de Querétaro ó una defensa prolongada.

"Tengo la convicción íntima de que el ataque del día 17 nos hubiera valido el triunfo, sin el retardo del general Méndez, y sin la noticia que él dió á Vuestra Majestad, de que el enemigo había penetrado en la plaza. Como las circunstancias no han cambiado todavía, es tiempo de recurrir á este medio, que indudablemente dará la victoria al ejército imperial.

"Ignorando aún, si la junta de generales decidirá la continuación de la defensa de la plaza, y temiendo los desastrosos resultados si ésta es abandonada, tengo el honor de proponer á Vuestra Majestad que dé el mando del ejército al general Miramón, quien atacará al enemigo de una

manera decisiva. De esta medida podrá resultar la derrota del ejército imperial, pero también la sufrirá si por fin abandona esta plaza.

"Como no se había pensado en defender á Querétaro, sino que, al contrario, se había resuelto abandonarle para marchar en busca del enemigo, y después se opinó por tomar la iniciativa y batirse en fin en retirada, esta variación en nuestros planes nos ha hecho perder un tiempo precioso. No ha habido tiempo para remediar el mal causado por el general Márquez, quien no hizo venir de México las municiones necesarias para toda la campaña, y el resultado ha sido que nos ha dejado sin una cápsula, sin un bota-fuego y sin un grano de pólvora. Por desgracia, en el comercio local de esta plaza no hay plomo ni salitre. Sin embargo, yo podré suplir esta falta de metal utilizando las cañerías que conducen el agua á esta ciudad y que ahora están inútiles, las tinajas de los establecimientos de baños, el material de las imprentas y de las diferentes construcciones que de zinc y antimonio hay en Querétaro (1).

"Me comprometo, pues, solemnemente, ante

(1). Cuando dirigimos esta comunicación al Emperador, ignorábamos que el teatro estuviese cubierto de hojas de plomo. Después que Márquez marchó para México, tuvimos noticia de esta circunstancia verdaderamente providencial. Gracias á ella, la plaza no sucumbió por falta de municiones, y después de cuarenta y cuatro días, durante los cuales se fundieron diariamente 800 kilogramos de plomo, no se había arrancado, al terminar el sitio, sino la mitad de la cubierta del mencionado edificio.

Vuestra Majestad y ante el ejército entero, á hacer lo que vos llamaís milagros, es decir, á improvisar una fábrica de pólvora, una salitrería, una fundición de proyectiles de bronce y una fábrica de cápsulas de cartón, para suplir con ellos las cápsulas comunes. Estos nuevos establecimientos, agregados á los talleres de reparación de artillería y materias inflamables, que tengo ya formados, bastarán, lo aseguro, á Vuestra Majestad, para sostener la defensa durante veinte días, tiempo suficiente para que el ejército auxiliar venga de México (1)."

Después de haber escuchado estas razones que le fueron expuestas verbalmente por Arellano, el Emperador se rindió á la evidencia, y confesó á su comandante general de artillería que el general Márquez era el que insistía obstinadamente en la retirada, y aunque de esta misma opinión eran Méndez y Mejía, ambos diferían en cuanto al modo de realizar este proyecto; que el general Miramón le había indicado una resolución, la cual, aunque diferente de la de los demás, estaba de acuerdo con la opinión que él (el Emperador) se había formado.

(1) En lugar de veinte días, la plaza se sostuvo cincuenta y cuatro, después de la partida de Márquez; y el 14 de mayo, víspera de la traición de López, las municiones de la tropa y de la artillería, unidas á las existencias del parque general, según la relación del comandante [relación que conservamos original], constaban de lo siguiente: 514,140 cartuchos con bala para armas portátiles, y 5,474 para cañones y obuses.—*N. del A.*

Teniendo, pues, el Emperador conocimiento de cinco opiniones diversas, resolvió no adoptar ninguna sin el acuerdo de una junta de generales. Arellano consideraba este medio como peligroso, porque suponía que todas esas opiniones no eran francas, y temía que fundiéndose éstas, en la discusión, en una sola, la retirada fuese inevitable. Manifestó este pensamiento al Emperador, y éste le contestó:—"Estoy persuadido de que la junta de generales producirá un efecto contrario al que teméis." Eran las cuatro de la tarde cuando terminó la conferencia entre el Emperador y Arellano, y á esa hora Márquez y Méndez se ocupaban activamente en los preparativos de la marcha que había de emprenderse dos horas después. No había, por consiguiente, que perder tiempo. El Emperador dió las órdenes convenientes para que se le presentasen inmediatamente los generales que habían de formar la junta. Márquez ignoraba la conferencia del comandante de artillería con el Emperador, y tenía la certidumbre de que en las primeras horas de la noche realizaría su venganza. Grande fué por lo tanto su sorpresa cuando, al estar reunidos los generales, el Emperador les dijo:

—"Señores, cinco opiniones diferentes se me han expuesto hoy acerca del partido que tenemos que tomar en la situación presente. El Comandante general de artillería, secretario de este consejo de guerra, os las comunicará. No he querido aceptar ninguna de ellas, porque siguiendo la marcha que me he trazado, desde que en Ori-

zaba los consejos de Estado y de Ministros decidieron que permaneciese á la cabeza del Imperio, os he reunido para que sin preocuparos por mi persona y no teniendo presente, sino el bien general y la salvación de México, propongáis las medidas que sean más oportunas para llegar á este fin tan importante. La opinión que manifestéis sobre el estado actual del ejército y sobre los azares de la guerra, será aceptada por mí sin vacilar é inmediatamente utilizada. Desseando que la discusión de tan grave asunto sea enteramente libre, he resuelto que se verifique sin mi presencia. Por consiguiente os dejamos solos, encargándoos solamente que en tan delicada cuestión resolváis conforme á las inspiraciones de vuestra conciencia y teniendo presente el honor del ejército y el de México (1)."

El consejo de guerra fué presidido por el general Miramón. Arellano abrió la discusión, hablando en los términos siguientes:

"Señores, he aquí la exposición de las cinco opiniones que se le han manifestado á su Majestad el Emperador: la primera consiste en batirse en retirada, llevando consigo la artillería y los trenes; la segunda es, que se salve el ejército clavando las piezas y abandonando todo el material de guerra, lo mismo que los medios de traspor-

[1] Este discurso del Emperador y los extractos siguientes están tomados textualmente de los documentos respectivos firmados por S. M. y por los generales Miramón, Márquez, Mejía, Vidaurri, Méndez, Castillo y Arellano.—*N. del A.*

te; la tercera tiene por objeto la continuación de la defensa con todas las tropas; la cuarta se inclina á fraccionar el ejército en dos partes iguales, ocupando la una en la defensa de la plaza, mientras que la otra marcha á México en busca de refuerzos para obligar al enemigo á que levante el sitio; la quinta se limita á conservar una reserva encargada de salvar la importante persona del Emperador en caso de un desastre, y nombrar general en jefe del ejército á uno de sus generales, para que ataque al grueso del enemigo.

"De estas diferentes opiniones, una es la mía, y estoy en el deber de apoyarla, exponiendo al consejo las razones que he tenido para hacerla conocer al Emperador. Habiéndome S. M. preguntado ¿qué pensaba de una retirada con toda la artillería y los trenes, ó el abandono para verificarla de todo el material de guerra? tuve el honor de decir á S. M. que el primer partido me parecía malo y el segundo peor, porque ambos tendrían por resultado introducir la confusión entre nosotros, desmoralizar las tropas y perdernos irremediabilmente. En caso de que fuésemos impulsados á admitir la retirada como único medio de salvación, sobre todo clavando la artillería, me parecía, como ya lo había manifestado al Emperador, que era preferible dejar una reserva para salvar la importante persona de S. M. y dar el mando del ejército á uno de nuestros generales más autorizados, para que se encargase de atacar al enemigo de una manera de-

cisiva. De este modo, si la derrota tenía lugar, sería después que hubiésemos hecho todo lo posible por la salvación del país y del ejército, y no buscada por nosotros mismos como un acto voluntario."

¡Cosa extraña! ningún general opinó por la temeraria retirada, á la cual se había impulsado al desgraciado Emperador, sirviéndose para ello de infames y groseras intrigas. Ni aun se expresó siquiera la idea de recurrir á esta última medida. Los autores de tan cobarde opinión votaron porque se continuase la defensa de la plaza.

Méndez, que no tenía el cinismo de Márquez, y que era incapaz de opinar en público de una manera diferente de como había opinado delante del Emperador, dijo: que no teniendo opinión particular sobre la cuestión que se trataba, se adhería á la de la mayoría.

El general Mejía se expresó de esta manera:—"Opino porque se continúe la defensa. Si más tarde el enemigo proporciona una oportunidad para batirlo, debemos aprovecharla; y espere-mos, si es posible, los refuerzos que nos vengan de México."

Inmediatamente después de Mejía, el vengativo jefe de Estado Mayor tomó la palabra y dijo con sorprendente laconismo:—"Subscribo en todas sus partes la opinión que acaba de ser expresada."

Se resolvió, pues, unánimemente, que se continuase la defensa de Querétaro. Terminada la

discusión, el Emperador se presentó en el lugar donde estaba reunido el consejo, é impuesto del resultado de ella, habló en los términos siguientes:

"Señores: Con verdadero placer ratifico todo lo que habéis resuelto; mis deseos y mis esperanzas estaban de acuerdo con vuestra resolución, pero pensando en que tal vez adoptaríais el partido de la retirada, y en presencia de la promesa que os tenía hecha de adoptar resueltamente vuestra opinión, he pasado dos horas de verdadera agonía. Ahora, no sólo adopto la idea de continuar la defensa de la plaza, sino que me adhiero á los puntos secundarios que se han originado por algunas opiniones particulares."

Varios de estos puntos secundarios fueron aprobados desde luego por el Emperador. El más importante era que saliesen de México refuerzos para socorrer la plaza. Así fué como Arellano retardó por dos meses, y sin tener conocimiento de ello, el triunfo completo de una venganza, cuya existencia le era desconocida. Este día, el 20 de marzo, la traición se vió burlada sin esperarla; pero con todo, la grande influencia de la perfidia y las circunstancias que ella intencionalmente había hecho nacer, mantuvieron en las manos del traidor los medios infalibles de llegar al triunfo que deseaba obtener.

XV

Al Emperador le corresponde el derecho de nombrar al general que había de salir en busca de los recursos que la plaza necesitaba. — Márquez, mirando que sus proyectos de traición habían fracasado, forma otro para consumarla. — Aconseja al Emperador que le nombre para el desempeño de la misión. — Le aconseja la destitución de los ministros conservadores. — Nuevo ministerio. — Inútil previsión del Emperador. — Profundo secreto en cuanto á la partida de Márquez. — Poderes que le son conferidos. — Sale de la plaza de Querétaro. — Antes de su salida es condecorado con la medalla de bronce del mérito militar. — Sensación que causó en el ejército la partida del general Márquez.

Determinado por el consejo de generales que de México serían llevadas las tropas auxiliares, al Emperador tocaba tomar las medidas convenientes para aplicar este medio salvador. Desgraciadamente, Maximiliano nada hacía en su crítica situación sin los consejos de su jefe de Estado Mayor. En el estado en que se encontraban los asuntos de la guerra, no había un momento que perder: el retardo de algunas horas podía ser la causa de la salvación ó de la ruina del ejército y del Imperio. Habiendo la junta de generales desechado la funesta idea de abandonar la plaza, el

Emperador permaneció, como antes, sometido á la exclusiva influencia del general Márquez. Este, que había visto deshecha su trama, aprovechó hábilmente la nueva oportunidad que se le presentaba para llegar de una manera infalible á su objeto, si no inmediatamente, como estuvo á punto de hacerlo, sí con certidumbre. Con este fin, propuso al Emperador que él iría á buscar los recursos que se necesitaban para obligar á las fuerzas republicanas á levantar el sitio; cuando para esto hubiera bastado dar órdenes, por medio de un oficial subalterno, al leal y honrado ministro de la guerra, general Portilla (a).

Márquez levantó ante el Emperador todos los obstáculos que le fué posible imaginar en tan difíciles circunstancias, para asegurar su posición en caso de que, á pesar de su perfidia, las armas imperiales llegasen á triunfar en Querétaro. Aconsejó á S. M. que destituyese á los ministros conservadores que formaban el gabinete (b). Estos

[a] Cuando el Emperador resolvióse á que un jefe viniese á México para llevar auxilio, dijo:

—Yo no tengo confianza mas que en tres personas: en usted (dirigiéndose á Miramón), ó en usted (dirigiéndose á Márquez), ó en mí. Usted irá, agregó, indicando á Márquez. [Nota de A. P.]

(b) Tan decisiva era la influencia del general Márquez cerca del Emperador, que confiesa él mismo esto:

“Siempre me dió S. M. pruebas de la mayor distinción, confianza y aprecio, que aumentándose todos los días, hasta el grado de delegar en mí toda su autoridad, nombrándome una vez su Lugar Teniente, con facultades omnímodas, y dos ocasiones, por medio de decretos Soberanos,

hombres, llenos de lealtad y de abnegación habían hecho en bien de la patria y del Soberano, el inmenso sacrificio de ponerse al frente de los negocios, cuando la situación del Imperio estaba ya irremediabilmente comprometida, y esto lo hicieron después de haber sido despreciados y humillados durante dos largos años (a). En presencia de tal estado de cosas tan peligrosas, y del mal, no era posible salir sino por leales y heroicos esfuerzos; los hombres más eminentes del partido conservador habían jugado su cabeza con mil probabilidades de perderla, después de la política que se había seguido durante el Imperio, política que había llevado la cosa pública al estado en que la encontró el ministerio que entonces funcionaba; el destituir á éste, era tanto como

Regente del Imperio y General en Jefe de todo el ejército del país, excitaron la envidia de almas pequeñas que todavía hoy dominadas por la ira y por el despecho me hacen una guerra encarnizada, calumniándome y desprestigiándome, que es el único recurso que les queda." *Refutación hecha por el general de división Leonardo Márquez al libelo del general de brigada don Manuel Ramírez de Arellano, publicado en París el 30 de diciembre de 1868, bajo el epígrafe de Últimas Horas del Imperio, páginas 14 y 15. [Nota de A. P.]*

(a) Además del abate Domenech, muy allegado al Imperio, el Lic. Ignacio Alvarez, á quien el capellán de Maximiliano, el P. Aguirre, llamaba Cronista de S. M., dice que al partido conservador nadie lo irritaba más que el mismo Maximiliano, no sólo de palabra en muchos de sus actos, sino principalmente de hecho.

Maximiliano llegó á estar tan decepcionado del partido

arrancar al país su última esperanza de salvación. Bastaba tan sólo esta medida para que el trono se hundiese, impelido de una parte por el torbellino espantoso de la revolución, y de la otra, porque se le privaba de su único apoyo.

Fué puesto á la cabeza del nuevo ministerio D. Santiago Vidaurri, hombre leal que algún tiempo después había de ser otra de las víctimas sacrificadas á la traición y á la venganza (1). Sólo dos miembros del ministerio anterior conservaron sus carteras: el ministro de la guerra, general Portilla, y García Aguirre, que permaneció en Querétaro. Por un exceso de precaución fueron agregados á la misión que se le encomendó á Márquez, D. Santiago Vidaurri, que partió con él, y conservador, que cierta vez, recordando el recibimiento rumboso que le hizo al llegar á México, prorrumpió con dejo de amargura honda, ante los Lics. Sepúlveda y Escobar:—¡Todo fué farsa! [*Nota de A. P.*]

[1] Don Santiago Vidaurri fué hallado en la casa número 6 de la calle del Corazón de Jesús ó San Camilo, habitación del señor Don Santiago Wright.

En los últimos días del sitio de México, circulando temores públicos muy fundados de que hubiese un saqueo, tanto por la excitación que en los ánimos predominaba, como por los motines que el pueblo hambriento intentaba á cada paso, el señor F. Barrons, teniendo intereses que resguardar, invitó al señor Wright y á otros amigos para que le acompañasen á velar todas las noches.

Antes de las dos de la mañana del día 21 de junio, encontrándose el señor Wright en casa del señor Barrons, como las noches anteriores, presentóse á buscarle un norteamericano llamado Warens Taylor, suplicándole de parte de otro norteamericano, de nombre Jorge Bans, ambos

el general Portilla, cuyo nombramiento como ministro de la guerra fué especialmente confirmado. La lealtad con que estos dos personajes se manejaron, revela el tacto con que fueron elegidos; la facilidad con que Márquez los nulificó, prueba, por otra parte, la insuficiencia del medio empleado y que á juicio del Emperador había de servir para la salvación común.

conocidos del señor Wright, más por relaciones de negocios que de amistad, que fuese á ver á éste último un momento, para un asunto muy urgente. Dirigióse el señor Wright con Taylor al callejón de Santa Clara, donde vivía don Jorge Bans, y allí ambos le dijeron "que tenían un amigo, á quien estimaban mucho; que era empleado de las oficinas de Palacio; que su familia estaba ausente y que temiendo por su seguridad personal, había ido á refugiarse con ellos para que lo escondieran, cosa que no podían hacer porque Taylor vivía en un hotel, y Bans no podía alojarlo en la casa que habitaba, porque siendo propiedad de Almonte, podría ser que la atacasen los liberales, al ocupar la ciudad. Que por tal motivo suplicaban al señor Wright que le ocultara en su casa, dos ó tres días, mientras arreglaban la manera de sacarle de la capital."

El señor Wright, que abrigaba sentimientos generosos y se encontraba siempre dispuesto á favorecer á cualquier persona que lo necesitase, avinose de buena voluntad á prestar aquel servicio. Entonces don Jorge Bans llamó al individuo de quien se trataba, y que no era otro que don Santiago Vidaurri, y se lo presentó con el nombre de don Pedro Valdés. Este engaño efectuóse fácilmente, pues siendo el señor Wright agricultor, constantemente se hallaba fuera de México; sobre todo en aquella época había permanecido desde 1860, tres años en la hacienda del Cebadal, uno en Tulancingo y tres en los Llanos de Apam, de donde había llegado poco antes de comenzar el sitio, por lo

Para mejor aprovechar el terrible jefe de Estado Mayor la nueva vía que le abrían las circunstancias en la realización de su venganza, hizo creer al Emperador que era de absoluta necesidad que aún los mismos generales del ejército imperial ignorasen su marcha á México; de cual ni él, ni su familia (a) conocían personalmente á ninguno de los hombres públicos del imperio.

* *

Inmediatamente, como no había tiempo que perder, porque la plaza estaba entregada desde la víspera (20 de junio) y se esperaba la entrada de las fuerzas liberales de un momento á otro, entrada que comenzó á efectuarse luego que amaneció el día 21, el señor Wright, acompañado de Taylor, condujo al supuesto don Pedro Valdés á su casa, donde llegaron á las tres de la mañana.

Apenado el señor Wright porque no se creyera en casa del señor Barrons, que se había retirado en los momentos en que efectivamente podía haber peligro, introdujo á su huésped en la sala, avisó violentamente á su esposa y sus hijos, que si tardaba en volver, atendieran al señor, á quien había alojado, y salió con Taylor, separándose en el zaguán.

La señora de Wright dirigióse á la sala para ofrecer una cama á su huésped; pero al llegar, vió por una ranura de la puerta que éste se había acostado en un sofá y que en aquel momento apagaba la luz.

El señor Wright regresó á las siete y media de la mañana, después de haber presenciado la entrada de las primeras tropas liberales; fué á saludar al huésped, le presentó á su familia y le invitó á pasar al comedor para desayu-

(a) Las siguientes personas constituían la familia del señor Wright: señora Eulalia González, su esposa, y señoritas Laureana, Carolina, Virginia y Enriqueta, sus hijas,

esta manera, y so pretexto de una vigorosa reserva, evitaba el que se hiciesen al Emperador observaciones que pudiesen entorpecer el logro de sus planes. Ninguna combinación fijó Márquez antes de su partida respecto á su vuelta y al modo de obrar sobre los sitiadores, ni indicó tam-

nar, pero él rehusó, suplicando que se le sirviera allí el desayuno, y encargando encarecidamente que no supiesen los criados su presencia en la casa. Hizose así, y desde aquel día quedó establecido mandar á los criados á la calle mientras las señoras le servían la comida y arreglaban la pieza que ocupaba, y que él mismo eligió á su gusto, siendo ésta la última recámara, que sólo tenía una puerta de comunicación y un balcón para la calle. Aquella pieza quedó completamente incomunicada, se guardó la más absoluta reserva; y, no obstante, el alojado, que se mostraba en extremo atento y agradecido, encargaba á cada momento nuevas precauciones, que á veces llegaron á parecer exageradas á la familia, tratándose de un empleado insignificante en política, e no aparentaba serlo aquél.

Todos los días le visitaba Taylor, y dos veces fué acompañado de Bans. El señor Wright le veía muy rara vez; pues ocupado en la importación de unas segadoras norteamericanas y habiendo sufrido gran trastorno sus negocios durante el sitio, estaba fuera de la casa la mayor parte del tiempo.

Pasaron así ocho días, cuando una mañana, después de mandar á los criados á la calle, como se hacía todos los días, y de avisar al huésped para que pasase á las otras piezas, mientras se aseaba y ventilaba la suya, las señoras, al entrar en ésta, vieron en la escupidera cenizas de papeles quemados y cerca de ella, debajo de la sobrecama, un pequeño papel, que, según parecía, se había caído de la escupidera, librándose del fuego, y que decía: "Luz A. de Márquez, suplica al señor General Vidaurri tenga la bon-

poco los medios que deberían adoptarse para que simultáneamente obrasen la guarnición de la plaza y las tropas auxiliares.

Como era natural, exigió del Emperador poderes omnímodos para obrar en México, con el fin aparente de poder triunfar con más facilidad de

dad de pasar á esta su casa á la tarde á las cuatro.—Junio 5 de 1867."

La señora de Wright y sus hijos alarmáronse al leer este recado, pero nada dijeron al huésped. Luego que llegó el señor Wright, su esposa le avisó de lo ocurrido, rogándole encarecidamente que no se expusiera á una desgracia; que fuera á ver á Bans y Taylor para preguntarles qué significaba aquéllo, y ver qué disponían. El señor Wright encontró juntos á Taylor y Bans en la casa de este último, en el callejón de Santa Clara, y diciéndoles que su familia estaba temerosa de que aquel señor fuese Vidaurri, por el recado que habían encontrado, ambos contestaron que sí era él. Y disculpáronse de haberle ocultado su nombre, diciéndole: "que temieron que si sabía quién era, no querría admitirle en su casa; que, además, como él sabía, habían pensado tenerle allí sólo dos ó tres días y llevarse-lo á Nuevo León, cosa que se les había frustrado, porque no contaban con que los liberales no dejaran la línea de fortificaciones y ejercieran la estricta vigilancia que ejercían, para que nadie saliera de la ciudad, sin ser reconocido. Que ya que la casualidad le había descubierto el incógnito, se alegraban de ello, para que así guardara mayor precaución."

El señor Wright les contestó que habían hecho muy mal en engañarle, pues lo mismo lo habría ocultado con un nombre que con otro, y que ningún motivo lo obliga-

todos los obstáculos que se opusiesen á la realización de su encargo excepcional y urgente. Maximiliano le dió con este fin el nombramiento de lugarteniente del Imperio. Abusando hasta el último extremo de la buena fe del Príncipe y de la confianza ilimitada que en él había depositado,

—nunca á faltar al deber de humanidad de salvar la vida de un hombre, fuera quien fuese. Iguales palabras dijo á Vidaurri, al regresar á su casa y contarle lo ocurrido, añadiendo: "Mis opiniones son liberales, pues siendo americano de los Estados Unidos del Norte, mamé la leche de la libertad; pero en estos casos las opiniones no afectan en nada á los individuos; tengo un positivo gusto en prestar á usted mis servicios en cuanto me sea posible: en mi casa es usted para mí tan sagrado como mi padre, y mi familia y yo estamos completamente á sus órdenes."

Vidaurri le contestó con fervientes frases de agradecimiento; excusóse también por haber ocultado su nombre y le dijo: "que la Providencia lo había llevado en medio de su desgracia al seno de una familia tan fina y tan bondadosa como la de él."

A partir de aquel momento, mostróse más franco y expansivo con la familia, y tanto en las pocas conversaciones que con el señor Wright solía tener, como en las muy frecuentes que con su esposa é hijas tenía, trataba de disculparse, á los ojos de ellos, de sus cambios de política, alegando inconsecuencias de Juárez. Una vez añadió:—Sin embargo, si D. Benito me cogiera, me destrozaría con sus propias uñas, antes de perdonarme.

Cuando hablaba de Maximiliano, manifestaba por él un efecto decidido y las lágrimas asomaban á sus ojos, y exclamaba:

—¡Un hombre tan hermoso y tan bueno! ¡qué favor se le pidió nunca que no concediera!

A propósito del drama de Querétaro, decía:

Márquez arregló las cosas de manera que el decreto, que lo investía de tales funciones, debía de expresar que él tenía que normar su conducta á las órdenes verbales que había recibido. De esta manera preparaba su nueva trama, á fin de cubrir su traición con un velo misterioso, particu-

—Maximiliano fué mártir de la incertidumbre: todos los que lo rodeaban, con justicia ó sin ella, lo hacían desconfiar de unos y otros; pero, sobre todo, Márquez, lo hacía desconfiar de todos nosotros. A mí me había comisionado Maximiliano para venir de Querétaro como lugarteniente del Imperio, á llevar á los austriacos y otros refuerzos de la capital; pero, acabando de conferenciar conmigo, le habló Márquez. No sé lo que le diría; pero Maximiliano, muy mortificado, me dijo que había tenido que nombrar lugarteniente á Márquez, y que yo le acompañaría como auxiliar. Yo acaté su orden y partimos. Después de haber caminado cuatro leguas, Márquez, que venía taciturno y sombrío, se apeó del caballo; yo lo imité, y andando el uno al lado del otro, dijo de repente, como contestando á su pensamiento:

—"Creerá Maximiliano que me he olvidado de que me mandó á Constantinopla."—Yo lo miré asombrado; nada dije; pero desde ese momento vi muerto al Emperador. En efecto, llegamos aquí; reunimos los auxilios que teníamos orden de llevar á Querétaro; pero Márquez se apoderó de ellos y por más que le insté y por más que tuve con él serias discusiones, se fué á atacar á Puebla, porque su plan era dar tiempo á que fusilaran á Maximiliano en Querétaro. Cuando después de su derrota en aquella expedición y sitiado aquí, hizo repicar las campanas anunciando que había recibido noticias de que el Emperador había roto el sitio de Querétaro y venía en auxilio de México, al comunicarnos á O'Horán, á Iribarrén y á mí la noticia, yo le dije que eso podía contárselos á los otros,

larmente para cuando el Emperador dejase de existir.

Investido de este poder inmenso, sin formar combinación alguna para su vuelta, llevando consigo una escolta de 1,300 hombres, que cercenaba del ejército imperial, que apenas era de 8,000

pero no á mi, que habia dejado á Maximiliano y á sus fuerzas comiendo caballo. Trató de sostener su dicho todavía; mas, poco después, nos citó á junta y nos confesó que Maximiliano, Miramón y Mejía habian sido fusilados; que la situación de aquí era desesperada; consultó nuestras opiniones sobre lo que creyésemos conveniente hacer, y oídas, nos ofreció disponer lo necesario para intentar un ataque, buscando la salida, y concluyó diciéndonos:—"O juntos nos salvamos ó juntos perecemos." A las dos horas de esta promesa se habia escondido, y ninguno de nosotros volvió á saber de él. Los demás imitaron su ejemplo y yo tomé mi partido. Esperé á que llegara la noche; llamé á mi hijo Indalecio y á Quiroga, á quien quiero como á hijo, nos reunimos los tres en un salón de Palacio y les dije:—"A mí no me cogen aquí como á ratón en ratonera; lo que creo que debemos hacer es reunir la caballería de Quiroga, ponernos á su frente, y ó nos matan ó salimos."

Los dos siguieron mi parecer, y habiendo convenido en que la caballería se alistara en el patio de atrás de Palacio, quedé esperando que me avisaran, cuando estuviera lista. Eran las doce de la noche. Ocurrióseme entre tanto dividir en tres partes, para darles á mi hijo y Quiroga, unas onzas de oro que llevaba en la cintura, y con tal objeto me quité las pistolas y el cinturón, puse todo sobre la mesa, junto á mi sombrero, é iba á sacar el dinero, en el momento que llegó Taylor muy apurado, diciéndome que me habia buscado por todas partes y que si estaba yo loco para permanecer allí, cuando el enemigo estaba á las puertas. Le dije lo que esperaba, y él me contestó que ha-

soldados, y acompañado de Vidaurri y de Quiroga, uno de nuestros más valientes jefes, salió Márquez de Querétaro el 22 de marzo, á la media noche, dejando á sus víctimas decididas á perecer y en espera de los recursos que debía de llevarles.

bia entrado por el patio de atrás de Palacio y que no habia nadie. Yo le repliqué; y para convencerme, me hizo bajar, y efectivamente, estaba solo. No sé por qué, mi hijo y Quiroga hicieron esa felonía conmigo; pues si no aprobaban la salida, debían habérmelo dicho; y si se fueron, dejándome, no puedo creer en tanta ingratitud.

La familia le convenció sobre este último punto, mostrándole un periódico, en que estaba mencionado, entre las tropas prisioneras, la caballería de Quiroga.

—El pobre de Taylor, afligido por mi situación—continuó Vidaurri—me dijo:—Esto es una barbaridad; véngase usted conmigo, ó dentro de unos momentos está usted perdido.—Le dije que iba á traer mis cosas que habia dejado en la mesa; y entonces subió corriendo; pero sólo halló mis pistolas. Sin duda algún criado de Palacio se tomó el cinturón con el dinero y mi sombrero. De allí me llevó Taylor á casa de Barr, y él me prestó el sombrero con que vine acá y que no me sirve, porque está muy grande.

Estas conversaciones con la familia eran frecuentes, pues el señor Wright, teniendo que estar ausente constantemente, encargaba á la familia que fuera á platicar con Vidaurri, pues, aunque se le habian puesto en su pieza varios libros, decia que debía fastidiarse mucho; de manera que en sus expansiones hablaba con ternura de su familia, hacia continuos recuerdos de una hija Pudenciana, casada en Londres, de una nieta Sara, y siempre agregaba:

En recompensa de haber hecho salir al Emperador de México, de no haber permitido que el ejército imperial hubiese tomado la iniciativa y dejado que el enemigo se concentrase; en premio de no haber fortificado la plaza de Querétaro, ni almacenado en ella, víveres y forrajes, por

—Si Dios me salva, me voy con mi hija y jamás vuelvo a mezclarme en la política.

Al día siguiente de haberse descubierto quien era, fué Taylor acompañado de Bans, diciéndole este último "que iba á despedirse de él, pues tenía que emprender un viaje de pocos días, y que á su vuelta verían qué arreglaban." Las señoras de la casa, que se encontraban en la pieza de Vidaurri, cuando ellos llegaron, iban á retirarse, pero él no lo permitió. Por esto tuvieron ocasión de oír que preguntó Taylor con suma inquietud si no había logrado descubrir el paradero de Indalecio y Quiroga, y que éste le contestó que no. Taylor siguió visitando la casa diariamente, y la señora Wright, que vivía en constante sobresalto, no solo por Vidaurri, sino por su esposo, con motivo de haberse publicado un decreto en el que se decía que "los que ocultasen en sus casas á los servidores del Imperio, serían castigados con pena que no bajase de seis meses de prisión ó no pasase de dos años de presidio, quedando eximidos los que escondieren al padre, al hijo, al hermano ó al cónyuge."

* *

La señora Wright, decimos, á quien Vidaurri había contado que Taylor era su amigo íntimo desde hacía 14 años; que le tenía mucho cariño y gratitud, porque habiendo desertado en campaña, le había salvado la vida, al ir á fusilarse; que casi siempre había vivido á su lado, y que durante el sitio no se separaba de él, comenzó á temer seriamente por aquellas visitas, é hizo que su esposo le hiciera

la honra de haber entregado en poder de los republicanos los recursos que existían á inmediaciones de aquella ciudad, haber procurado que el Emperador y el general Miramón se desaviniesen, haber aconsejado la retirada que aseguraba la derrota, y, en fin, por haber intentado en-

ver que escribiera á su amigo con sobre al señor Wright, en vez de ir personalmente, porque era muy fácil que, siguiéndole, se descubriera á Vidaurri. Taylor contestó "que eso no era posible; que nadie podía fijarse en él y que cambiaría sombrero." Vidaurri opinó lo mismo y dijo, "que el único temor que había abrigado, era el de un cateo general en los primeros días, pero que no habiendo sucedido, ya no había peligro." Al día siguiente fué Taylor, como de costumbre, y cuando se fué y entró la señora Wright, Vidaurri le dijo:

—Tengo una aflicción muy grande: ya descubrió Taylor, porque lo mandaron llamar, dónde están Indalecio y Quiroga. Están en casa de unas mujeres de la peor clase; no tienen dinero, y ellas les amenazan con entregarlos, si no les dan dos mil pesos, que me mandan pedir, y que yo no puedo mandarles, porque, como usted sabe, me robaron lo que tenía [a].

La señora le dijo, "que sentía que su esposo tampoco pudiese disponer de aquella cantidad, pues como ya lo había platicado, tenía que recibir algunas cantidades de los Llanos y del interior, por segadoras, pero hasta que se vencieran los plazos."

Vidaurri añadió:—"Bans tiene dinero mío, pero quien

[a] Debemos advertir que todo cuanto decía Taylor, era una trama de mentiras urdidas para lograr su propósito de robar á Vidaurri, á su hijo Indalecio y Quiroga.

Cuando nos ocupemos en la salvación de estos dos, la cual es todo peripecias, aparecerá más repugnante la figura de Taylor.

tregar la plaza al ejército sitiador, al comenzar el ataque del día 14, Márquez recibía, antes de partir para México, donde iba á consumar su traición, la medalla de bronce del mérito militar, condecoración que el Emperador se enorgullecía de po-

sabe si llegará pronto. Tengo dinero en otras partes, pero mandarlo pedir, tal vez sería entregarme, y, mientras mi pobre hijo y Quiroga no sé qué harán!"

La señora, compadecida y apenada, le dijo, "que lo único que podía ofrecerle era la casa; que le dijera á Taylor que si podían salirse, se fueran á reunir con él."

Vidaurri, en extremo conmovido, dió las gracias á la señora y repitió su frase de siempre:—"Si Dios quiere que me salve, verán ustedes que no soy ingrato."

Cuando Vidaurri dijo lo anterior á Taylor, éste le contestó, "que era imposible que Quiroga é Indalecio se evadieran de la casa, porque los vigilaban, y que lo peor era que ya no querían dos mil, sino cinco mil pesos; que como ni él mismo sabía dónde se hallaría Bans, porque había ido á recorrer varias poblaciones del Estado de Veracruz, no había más remedio sino que le dieran una orden para otra persona, si no quería que se perdieran sus hijos."

Vidaurri se negó á ello, diciendo, "que dar aquella orden, era perderse, porque no le inspiraba confianza la persona á quien tendría que dirigirla."

Taylor le contradijo y pareció disgustarse.

Cuando la señora Wright contó á su esposo lo que pasaba, éste entró á ver á Vidaurri y le dijo, "que estaba pareciéndole extraña la conducta de Taylor, por la insistencia con que pedía la orden." Y aún agregó:—"¿No cree usted, señor, que puede hacernos una traición?"

Al oír aquello, Vidaurri contestó casi indignado:

ner en su pecho, y la que no concedía sino por acciones brillantes y excepcionales.

La noticia de la salida de Márquez para México produjo el efecto del rayo en el ejército y particularmente en el general Miramón. La opinión pública prevee frecuentemente lo que pue-

—"No, señor, eso no: me debe la vida; es mi amigo desde hace catorce años; daría su vida por mí. Lo único que yo sospecho es que tiene algún compromiso, porque es muy calavera, y que quiere ese dinero para él. Si fuera mi hijo el que lo necesitara, me escribiría."

A pesar del mal efecto que le había causado, que se dudase de su amigo íntimo, el señor Wright le hizo ver todavía:—"En fin, si usted tiene algún recelo, si no se cree usted seguro aquí, díganos qué debemos hacer; podemos llevar á usted disfrazado á donde indique, con una barba postiza y ropa, que lo haga parecer grueso."

Vidaurri le contestó decididamente que no; que se creía muy seguro en su casa, y que no tuviera temor ninguno por parte de Taylor. Sin embargo, el señor Wright fué á ver á su peluquero y compró una barba postiza, manifestándole que iban á hacer sus hijas una comedia, y cuando volvió por la noche se la llevó á Vidaurri y le explicó que la había comprado por si algo se ofrecía. Vidaurri le dió las gracias sonriendo, y la guardó en el tocador. Esta barba fué hallada por la policía, al prenderle.

Lo que acabamos de narrar pasaba el día 5 de julio. El día 6 por la tarde, después de la visita de Taylor, al llevarle la señora el chocolate, le vió muy triste, y le dijo:

—"Qué le parece, qué imprudente Taylor: sigue exigiéndome los cinco mil pesos."

La señora volvió á manifestar temores, y él volvió á re-

de suceder en el porvenir. A pesar de las fingidas esperanzas que todos estaban obligados á manifestar en alta voz, un presentimiento secreto á todos les decía que Márquez no había de volver. El tiempo ha demostrado cuán fundados fueron estos temores (1).

ferir, "que Taylor lo quería mucho, que era su amigo de catorce años y le debía la vida."

El día 7 fué Taylor, á las once de la mañana; las señoras le condujeron á la pieza de Vidaurri, y habiendo llegado inmediatamente después de él una familia que iba á visitarlas, pasaron á la sala. Al sonar las doce, como era la hora en que su huésped acostumbraba comer, una de ellas fué á la cocina, mandó á las criadas á la calle, y, al dirigirse á su pieza, para servirle la comida, se detuvo, porque recordó que allí estaba Taylor. Oyó que ambos disputaban y que Vidaurri, que, siempre precavido, hablaba quedo, en aquellos momentos levantaba irritado la voz. No pudo percibir nada de lo que se decía, porque casi al mismo tiempo abrióse la puerta y salió Taylor, prorrumpiendo antes de cerrar:

—No extrañe usted que no venga en algunos días, porque estoy muy malo.

Estaba agitado, y su preocupación era tal, que pasó junto á la señorita, quien, temerosa de que creyeran que estaba escuchando, se había sentado en una cama, y no la vió.

(1) Cuando el Emperador se convenció de la traición de Márquez y en la cual no creíamos entonces, se nos refirió que en la mañana del 23 de marzo y cuando la partida de aquel general fué conocida, López, el favorito, dirigió á S. M. las siguientes palabras: "Señor, el general Márquez va á traicionar á Vuestra Majestad." La verdad de aquel proverbio español: *Juzgamos á los demás por nosotros mismos*, estaba plenamente justificada. —N. del A.

XVI

Marcha del general Márquez para México.—

El Emperador le autoriza para conservar ó abandonar la capital.—Decreta á su llegada un préstamo forzoso, fracciona las tropas, y en lugar de socorrer á Querétaro, se dirige á Puebla, sabiendo muy bien que Querétaro no podía sostenerse.—Elige el camino más largo al dirigirse á Puebla con el fin de que Querétaro sucumba durante su marcha.—Se detiene en San Lorenzo, y espera que los republicanos, vencedores en Puebla, marchen sobre él, y se hace derrotar.—Márquez es el primero que huye del campo de batalla y contribuye con esto á la dispersión de sus tropas.—El ministro de la guerra manifiesta el deseo de someterlo á un consejo de guerra.—Vidaurri y Quiroga no consiguen de Márquez que envíe recursos á Querétaro.—Vidaurri envía al Emperador 150,000 pesos, pero Márquez se guarda la libranza.—La derrota de San Lorenzo asegura á Márquez el triunfo de su venganza.

Protegido por las sombras de la noche y por su escolta de caballería salió el traidor de Querétaro, y merced á las marchas forzadas que eje-

Al salir, se encontró con las demás señoras, que volvían de acompañar á las visitas que acababan de irse, y colérico todavía, en vez de despedirse dándoles la mano, como acostumbraba hacerlo, sólo dijo:

—Buenas tardes.

de suceder en el porvenir. A pesar de las fingidas esperanzas que todos estaban obligados á manifestar en alta voz, un presentimiento secreto á todos les decía que Márquez no había de volver. El tiempo ha demostrado cuán fundados fueron estos temores (1).

ferir, "que Taylor lo quería mucho, que era su amigo de catorce años y le debía la vida."

El día 7 fué Taylor, á las once de la mañana; las señoras le condujeron á la pieza de Vidaurri, y habiendo llegado inmediatamente después de él una familia que iba á visitarlas, pasaron á la sala. Al sonar las doce, como era la hora en que su huésped acostumbraba comer, una de ellas fué á la cocina, mandó á las criadas á la calle, y, al dirigirse á su pieza, para servirle la comida, se detuvo, porque recordó que allí estaba Taylor. Oyó que ambos disputaban y que Vidaurri, que, siempre precavido, hablaba quedo, en aquellos momentos levantaba irritado la voz. No pudo percibir nada de lo que se decía, porque casi al mismo tiempo abrióse la puerta y salió Taylor, prorrumpiendo antes de cerrar:

—No extrañe usted que no venga en algunos días, porque estoy muy malo.

Estaba agitado, y su preocupación era tal, que pasó junto á la señorita, quien, temerosa de que creyeran que estaba escuchando, se había sentado en una cama, y no la vió.

(1) Cuando el Emperador se convenció de la traición de Márquez y en la cual no creíamos entonces, se nos refirió que en la mañana del 23 de marzo y cuando la partida de aquel general fué conocida, López, el favorito, dirigió á S. M. las siguientes palabras: "Señor, el general Márquez va á traicionar á Vuestra Majestad." La verdad de aquel proverbio español: *Juzgamos á los demás por nosotros mismos*, estaba plenamente justificada. —N. del A.

XVI

Marcha del general Márquez para México.—

El Emperador le autoriza para conservar ó abandonar la capital.—Decreta á su llegada un préstamo forzoso, fracciona las tropas, y en lugar de socorrer á Querétaro, se dirige á Puebla, sabiendo muy bien que Querétaro no podía sostenerse.—Elige el camino más largo al dirigirse á Puebla con el fin de que Querétaro sucumba durante su marcha.—Se detiene en San Lorenzo, y espera que los republicanos, vencedores en Puebla, marchen sobre él, y se hace derrotar.—Márquez es el primero que huye del campo de batalla y contribuye con esto á la dispersión de sus tropas.—El ministro de la guerra manifiesta el deseo de someterlo á un consejo de guerra.—Vidaurri y Quiroga no consiguen de Márquez que envíe recursos á Querétaro.—Vidaurri envía al Emperador 150,000 pesos, pero Márquez se guarda la libranza.—La derrota de San Lorenzo asegura á Márquez el triunfo de su venganza.

Protegido por las sombras de la noche y por su escolta de caballería salió el traidor de Querétaro, y merced á las marchas forzadas que eje-

Al salir, se encontró con las demás señoras, que volvían de acompañar á las visitas que acababan de irse, y colérico todavía, en vez de despedirse dándoles la mano, como acostumbraba hacerlo, sólo dijo:

—Buenas tardes.

cutó atravesando la sierra, logró entrar en México el 29 de marzo.

En la situación difícil que el traidor había criado, lo que importaba sobre todo era salvar á Querétaro, donde se encontraba el Emperador identificado con el Imperio. A Márquez se le ha-

Y bajó precipitadamente la escalera. Las señoras atribuyeron aquélla á distracción. Vidaurri no dijo nada; comió poco y se acostó, lo mismo que todos los días, á dormir la siesta. Momentos después llegó el señor Wright, y al sentarse á la mesa dijo á su esposa, "que al venir había encontrado á Taylor y le había dicho que, como casi en todo el día no estaba en su casa, al día siguiente, á las siete de la mañana, iría á desayunar con él, antes de que saliera, para hablarle de un negocio." El señor Wright encargó que á esa hora estuviera listo el desayuno; y entonces la señorita, que había oído á Taylor despedirse de Vidaurri, contó lo que había pasado, pareciéndoles á todos rara la contradicción de haber dicho primero que no iría en algunos días, y luego que iría al día siguiente. Terminada la comida, el señor Wright quiso informarse de esto con Vidaurri; pero todavía no se levantaba. Como era domingo y no tenía que hacer, salió con su esposa y una de sus hijas á visitar á una hermana, que estaba enferma, aplazando para la noche la conferencia con Vidaurri; pero éste, á las siete, tomó chocolate y se acostó, diciendo que no quería nada más, porque se sentía algo mal del pecho, por lo que, al llegar el señor Wright á las nueve, no pudo hablarle.

**

Al día siguiente, 8 de julio, á las seis de la mañana, todos dormían en la casa, excepto la señora, que, por encontrarse amagado su esposo desde días antes de una neuralgia, se había levantado para ponerle una friega, y una

bía autorizado para que abandonase la capital ó dejase en ella guarnición, según que el número de tropas que contuviera, fuese ó no suficiente para fraccionarlas, sin reducir por esto los recursos que debía mandar á Querétaro. México contenía, cuando llegó Márquez, de diez á doce mil hombres de las tres armas.

de sus hijas, que acostumbraba levantarse muy temprano. A poco oyó ésta que llamaban á la puerta de la antesala, y, al abrir, se encontró con el general Francisco Vázquez Aldama, jefe de policía en aquel tiempo, y treinta hombres que subían tras él la escalera, todos con pistola en mano. El general Vázquez dijo á la señorita, que casi desfallecida de terror no podía hablar ni moverse:

—Vengo á que se me entregue la casa, porque voy á catear.

A la vez que otro jefe le decía:

—Entrégueme usted sus pistolas.

Al decir esto, habían penetrado ya en la sala y la primera recámara, donde dormían otras hijas del señor Wright; y al verlas despertarse espantadas, el general dijo á los suyos:

—Son señoritas; retírense.

Y preguntó á la joven que se había levantado, señalando la puerta siguiente:

—¿Qué pieza es esta?

—La recámara de mi mamá—contestó la joven.

—Tenga usted la bondad de prevenirla que voy á pasar.

La señorita abrió la puerta, y, á la vista de la policía, mientras el señor Wright se sentaba sobresaltado en la cama, la señora ocurrió á la puerta de la recámara de Vidaurri, llamó precipitadamente, diciendo fuera de sí:

—¡Escóndase usted, señor!

Vidaurri que estaba ya levantado y se encontraba le-

Inmediatamente que éste llegó á la capital, impuso un préstamo forzoso de 500,000 pesos y tuvo el tiempo suficiente para hacerlo efectivo. Aunque sabía muy bien que la situación del Emperador era sumamente angustiosa y que, aun haciendo esfuerzos heroicos, Querétaro apenas

yendo en las poestas de Heredia la oda "A la Religión," dejó el libro abierto, señalado con los anteojos, abrió, y al encontrarse con la policía, cerró violentamente, atrancando la puerta.

El general Vázquez, al ver esto, dijo:

—Señora, tenga usted la bondad de hacer abrir la puerta.

Pero en el mismo momento volvió á abrir Vidaurri y gritó:

—Señor Wright, mis pistolas!

El general Vázquez se interpuso como para impedir que se acercara el señor Wright, y un grupo de policías lo rodearon junto á su cama, de la cual acababa de bajarse. Las pistolas no estaban en poder de su dueño, porque mirando la señora que las tenía sobre la mesita en que se le servía la comida y que estorbaban, le manifestó días antes que iba á guardarlas, y las puso en un ropero de la recámara inmediata. Al ver Vidaurri que el señor Wright no podía atenderlo, se volvió altivamente al general Vázquez, entablando ambos el siguiente diálogo:

—¿Quién es usted?

—El General Vázquez es el que lo prende á usted.

—Y ¿por qué?

—Por traidor.

—Yo no soy asesino; no he asesinado á nadie.

En aquel momento el general Vázquez ordenó en voz alta:

—Una cuerda, y si no la hay en la casa, que la vayan á comprar.

podría sostenerse durante los quince ó veinte días que se habían calculado para la llegada de los refuerzos, Márquez fraccionó las tropas, y en lugar de dirigirse con ellas á Querétaro, salió de México el 30 de marzo, llevándose 5,000 hombres, y marchó sobre Puebla con el pretexto de socorrer

Un policía cortó una en que los criados colgaban su ropa en la azotehuela. Traída que fué, los policías se echaron sobre el preso, arrojándole sobre un sofá, y como tratase de resistir, el general Vázquez le dió un golpe en la cabeza con la culata de la pistola. Una vez sujeto, le ataron un extremo de la cuerda al pie derecho, y con el otro extremo le ataron los brazos para atrás, hasta unirselos los dos sobre la espalda. Las señoritas de la casa rodearon al señor Vázquez llorando é implorando su misericordia, y hubo un momento en que éste, conmovido, exclamó:

—Déjenlo.

Pero uno de los que le amarraban contestó:

—¿Qué déjenlo! Así sufrieron los de las cortes marciales.

Durante este suplicio Vidaurri sólo dijo:

—Estoy enfermo; me estoy muriendo; para qué este tormento, ¿no me van á asesinar? Señor Vázquez, ¿no tiene usted corazón? no es usted humano?

A lo que el general Vázquez contestó:

—Si no soy humano, ¿qué soy?

Cuando Vidaurri estuvo amarrado, dos policías quedaron con él, y los demás se dirigieron á la pieza siguiente, donde el señor Wright había permanecido vigilado por otros. Entonces su esposa y sus hijas, locas de dolor al ver que su padre iba á correr la misma suerte, se arrojaron á los pies del general, quien compadecido las calmó diciéndoles:

—No se aflijan, señoritas; no se aflijan: no me llevo á su padre.

á esta plaza, sitiada entonces por el general Porfirio Díaz (a).

El nuevo lugarteniente del Imperio sabía perfectamente que, por culpa suya, las tropas sitiadas en Querétaro carecían de pólvora, de plomo, de proyectiles y de cápsulas; no ignoraba

Y dirigiéndose á él, le preguntó cómo se llamaba y si no tenía bonos ó papeles del Imperio, rehusando las llaves que le entregaba la señora para que mandara registrar los roperos, y pidiendo sólo las pistolas, que le fueron entregadas. En seguida dijo al señor Wright:

—Usted, señor, no tiene nada que temer, no ha hecho mas que cumplir con su deber de caballero; yo, en su lugar, hubiera hecho lo mismo. Se queda usted en su casa; sólo que, como pueden ofrecerse algunas informaciones, ¿me da usted su palabra de presentarse si lo llaman?

(a) Una prueba de que Márquez obró conforme á instrucciones del Emperador, en este caso, es el fragmento que sigue de una carta del ministro de guerra Portilla al general Manuel Noriega, comandante de la 3.^a división del segundo cuerpo de ejército, en Puebla:

“A S. M. el Emperador, de quien tenemos prósperas noticias, he dado conocimiento de lo que pasa por ese rumbo, y una división de las tropas que consigo tiene, estará muy pronto en auxilio de Puebla para perseguir á los que la sitian.”

La carta está fechada el 16 de marzo, siete días antes de que Márquez saliera de Querétaro.

Una carta de Márquez, de fecha muy posterior, dirigida al mismo general Noriega, quien indudablemente se encontraba inquieto por su situación, dice:

“No tenga Vd. cuidado respecto de Puebla, porque yo estoy pendiente de esa ciudad y cualquiera que sea su fuerza, puede contar con toda la que aquí hay, que estará pronta para auxiliarle.” [Nota de A. P.]

que cada disparo de cañón era una pérdida irreparable en el parque de los imperialistas. El compromiso contraído por Ramírez Arellano para suplir esta falta de municiones, por medios improvisados, se había juzgado irrealizable en semejantes circunstancias, y en todos casos insu-

Prometido esto, dió orden de partir, despidiéndose de la familia, á quien dijo “que perdonaran el mal rato que les había dado; pero que así había tenido que obrar en cumplimiento de su deber.”

Trajeron entonces á Vidaurri, y al pasar por la recámara donde estaba la familia, la señora quiso echarle sobre los hombros un abrigo, pero uno de los que le conducían lo impidió, hablando:

—Que se moje; así sufrieron los de las cortes marciales. El día estaba nublado y llovía. Otra de las señoritas le dijo que cómo había de ir sin sombrero, á lo que él contestó refiriéndose al sombrero de Bans, que no había vuelto á usar,

—No lo tengo, ni me permitirían los señores buscarlo. Entonces el señor Wright tomó de un perchero que tenía cerca un sombrero y se lo puso. Vidaurri le dió las gracias y se despidió diciendo:

—Adiós, señor don Santiago; mil gracias por todos los favores que me ha hecho. Yo no podré recompensarlos, pero Dios se los pagará. Adiós, niñas, mil gracias por todo.

Quando todos hubieron partido, las personas de la familia quedaron atónitas y sin darse cuenta de nada. Algún tiempo después, el señor Wright fué el primero que habló preguntándose cómo se había descubierto aquello. Ocurrióse entonces que se habían realizado los temores de su esposa, con motivo de las frecuentes visitas de Taylor. Recordó que éste debía haber ido á tomar el desayuno con

ciente con los elementos que tenía á su disposición. Por consiguiente, era preciso que, á los pocos días de la salida de Márquez, la plaza sucumbiese.

Halagado con esperanza tan lisonjera y á fin de asegurar mejor el resultado que esperaba el lu-

é, y que siendo ya las ocho y no habiendo llegado, lo habrían seguido y aprehendido antes que á Vidaurri, y por eso no se había presentado. En el estado de excitación en que estaba, mandó traer un coche, y no sabiendo en qué hotel vivía Taylor, se dirigió á la casa de Bans, aunque sabía que estaba ausente, para informarse con el portero. Sorprendióse cuando éste le dijo "que no sabía; pero que si quería ver al señor, subiera, porque allí estaba." Mayor fué su sorpresa cuando vió entonces sentados á la mesa almorzando, no sólo á Taylor, sino á Bans también, y todas aquellas impresiones se convirtieron en furor cuando, sin fijarse siquiera en saludarlos, les dijo que acababan de llevarse preso á Vidaurri, y en vez de asustarse, los dos se quedaron impasibles y Taylor le contestó con la mayor calma:

—Déjelo usted; se ha perdido por miserable.

Al oír aquellas palabras, la indignación del señor Wright no tuvo límites: les dijo que ya comprendía la venta que habían hecho; les echó en cara su cobardía, su traición, su infamia; y siempre que recordaba este terrible episodio, decía que se alegraba de no haber tenido en ese momento una pistola, porque se habría convertido en asesino matándoles á los dos. A todo esto, Taylor no contestó nada, y Bans sólo expresó:

—Y á mí qué tiene usted que decirme: yo sólo fui á verlo á la casa de usted tres veces, y después he estado fuera.

—Usted, le dijo el señor Wright, es el jesuita que ha dirigido la escena tras de la cortina; pero nos veremos después.

garteniente del Imperio, no se limitó á dirigirse sobre Puebla, en lugar de marchar hacia Querétaro, sino que, habiendo dos caminos que conducen á la primera de estas ciudades, el uno directo por Río Frio, y el otro mucho más largo, que pasa por los Llanos de Apam, escogió éste último para hacer más dilatada su marcha. (a)

Y volviéndoles la espalda, salió de la casa. Acabado apenas de llegar á la suya, fué á buscarlo el coronel Macmuerte con el general Jimón y el doctor Sowton. El coronel Macmuerte le dijo:

—La colonia americana está alarmada porque circula por la ciudad el rumor de que usted ha entregado á Vidaurri, y por eso no lo han llevado á usted preso junto con

(a) El coronel Becker, que tomó parte en la expedición á Puebla, explica mejor que ninguno la "marcha larga y lenta" en que tanto hace hincapie Arellano, para quitar todo mérito á esa acción de armas. Así se expresa el coronel Becker, cuyas palabras son una respuesta categórica:

"Hay dos caminos para ir á Puebla: por Río Frio y por los Llanos de Apam. Este fué el elegido por dos razones: 1.^a porque el 29 en la mañana, Márquez recibió la noticia de que el enemigo había hecho saltar el puente de Texmelucan (esta noticia resultó falsa, pero la supimos más tarde) y 2.^a porque las únicas tropas capaces de que podía disponer Márquez era la caballería. En la infantería había apenas 500 soldados disciplinados. Nuestra superioridad en la caballería y la batería rayada que llevábamos, nos permitían obtener provecho en caso de combates en la llanura."

"La marcha fué difícil: las mulas de una de las baterías no estaban amaestradas y por esto al siguiente día se hizo necesario uncir bueyes á ella." Véase *Fin d'Empire* de Paul Gaulot, página 306.—[Nota de A. P.]

No bastándole esta elección para el cumplimiento de sus deseos, se puso en camino con increíble lentitud y, aunque no ignoraba que tres días antes de su partida de la capital, Puebla había sucumbido, empleó seis para correr en auxilio de los defensores. Cuando alejó bastante de

él. Nosotros que somos amigos de usted y lo conocemos perfectamente, antes de hablarle ni de saber cómo ha sido el caso, hemos contestado que cualquiera, que tal diga, miente; hemos respondido por usted, y hemos citado á su nombre á toda la colonia americana para esta tarde, á las cuatro, en la Gran Sociedad, para que usted mismo se vindique.

* * *

Como es de comprenderse, la desesperación del señor Wright y de su familia llegó al colmo, al verse víctimas, en recompensa á una buena acción, de tan infame calumnia. En ese momento maldijeron la gracia, (que como se verá después no fué más que momentánea) que les había concedido el general Vázquez, dejando en su casa al señor Wright. Este fuera de sí, estuvo á punto de atentar contra su vida; pero las lágrimas de su familia y las persuaciones de aquellos nobles amigos, á quienes toda su vida agradeció aquel favor, lo calmaron, y á las tres y media de la tarde se fué en coche con ellos á la Gran Sociedad. La colonia americana era en aquella época numerosa como nunca, por la gran afluencia de confederados que la conclusión de la guerra de los Estados Unidos había traído á México; por manera que cuando el señor Wright llegó, el local estaba pleno. Había también varios mexicanos, y entre ellos algunos policías de los que por la mañana habían aprehendido á Vidaurri.

El señor Wright hizo la narración exacta de los hechos

México á las tropas imperiales, en vez de verificar rápidamente una contramarcha sobre su base de operaciones, para evitar que el enemigo victorioso le cortase la retirada y le atacase con fuerzas numerosas, hizo alto durante dos días en la hacienda de san Lorenzo, con el fin de dar tiempo á

que llevamos referidos, y se suscitó tal indignación contra Bans y Taylor, que hubo individuos que los buscaron para matarlos; pero ya se habían escondido ó fugado, porque nadie pudo hallarlos.

El señor Wright recibió los abrazos y las felicitaciones de todos sus compatriotas; le ofrecieron ayudarle en cualquiera consecuencia que sobreviniera, y nombraron una comisión para que viese al Cónsul americano, pidiéndole que si el señor Wright era perseguido, le amparase como ciudadano americano. El Cónsul se negó á ello, diciendo que sentiría mucho que tuviese aquel señor algo que sentir; pero que nada podía hacer por él, porque no debía haberse mezclado en las cuestiones políticas del país. Se le hizo ver que aquéllo no era cuestión de política, sino de humanidad; pero fué inútil.

Entre tanto, el señor Wright, cuando concluyó su explicación, convino con los amigos antes citados en hacer todas las gestiones posibles para conseguir que se le permitiese ver á Vidaurri, á quien suponía que se iba á juzgar, y pedir su testimonio en todo lo que había pasado. Pero apenas salió de la Gran Sociedad, recibió la triste noticia de que el prisionero acababa de ser fusilado en la plaza de Santo Domingo [a]. De regreso á su casa, postrado por las fatigas y las emociones, y sin más alimento que una ta-

[a] Fué ajusticiado á las cuatro y media de la tarde. Manifestó vivo deseo de ver á su hijo; mas temiendo comprometerle, sintió grave pena y se le vió llorar. Sus últimas palabras fueron éstas.

—Deseo que mi sangre y la de los que están destinados

los vencedores para que lo rodeasen en la mala posición en que voluntariamente se había colocado. Tan luego como logró este resultado, ordenó que fuesen abandonados la artillería y los trenes, tiró el dinero que llevaba; y como si estas medidas no bastasen para desmoralizar á las

za de te que sus amigos le obligaron á tomar antes de salir, algo tranquilizado con su reivindicación, comenzaba á cenar, cuando llegó un jefe de la policía de los que habían asistido á la aprehensión de Vidaurri, intimándole á que se presentara con él en la Diputación, de orden del Gobernador, don Juan José Baz.

Desde aquel momento quedó preso, acusado por ocultación que había efectuado en su casa, y por sospechas de haber estado en connivencia con el Imperio. El señor Lerdo opinaba que se cumpliera el decreto publicado días antes, penando al señor Wright, y el señor Juárez, que se le condenase á dos años de prisión. La libertad del preso corrió gran peligro. Sólo pudo salvarle la valiosa influencia del señor don Francisco de P. Gochicoa, quien generosamente le defendió en varias conferencias que sobre este asunto tuvo con el señor Presidente y con los ministros; el respetable testimonio de los generales Aureliano Rivera y Paulino Noriega, que certificaron que el acusado había prestado servicios á la causa liberal, enviando ahora para ser fusilados, sea la última que se derrame en mi patria; pero me temo que no sea así."

Los periódicos de la época noticiaron que el día de la aprehensión y el fusilamiento de Vidaurri, "el generoso y valiente ciudadano General Díaz difirió una tertulia familiar que se verificaría en su casa, para otro día, por respeto á la desventura y la muerte."

tropas, huyó el primero del campo de batalla sacrificando á su venganza hasta la reputación que de hombre valiente había adquirido. Entró, pues, en México dando la noticia de que todo se había perdido. Pocas horas después de su regreso á la capital, las voces que había propalado fueron completamente desmentidas por la presencia de

mas y comunicaciones por encargo de la señora Baz al general Rivera, cuando se hallaba en Ajusco, manifestándose siempre adicto á la misma causa en cualquiera parte de la República donde se hallara, y la actividad é interés que desplegó en su defensa el señor Lic. José M. Calderón, personas todas de quienes la familia Wright recibió muy grandes y nunca olvidados favores, así como del señor coronel Santiago Smith y su señora, del señor Santiago Lohse y del señor obispo protestante Riley. La última circunstancia favorable que vino á determinar la libertad del señor Wright, fué la captura de O'Horan, en la que, habiendo acaecido cuando ya los ánimos se hallaban más calmados, se permitió al prisionero defenderse y no se impuso pena alguna á las personas que le habían ocultado, en la cual se fundó el Lic. Calderón para pedir la absolución de su defendido.

Mientras todo esto pasaba, la señora Wright, para desmentir las versiones erróneas que circulaban en el vulgo, publicó desde luego un remitido revelando los hechos, y al día siguiente de haber aparecido, se presentó en su casa la señora Julia Osollo con un recado del señor coronel Indalecio Vidaurri, en que mandaba decir á la señora Wright que había visto el remitido publicado por ella, relatando la desgraciada historia de su padre; que se hallaba preso en el ex-convento de Regina, y por lo mismo imposibilitado para ir á dar á la familia las gracias por la protección que había dispensado á aquel ser tan querido para él.

más de la mitad de las tropas que había sacado; y habiendo sido reorganizadas durante la derrota, fueron valientemente conducidas por el coronel de húsares austro-mexicanos Khevenhuller, quien se encargó del mando en jefe de la división, al saber que el lugarteniente del Imperio había huido del campo de batalla.

Después se supo muy detalladamente la infamia de Taylor, por el mismo hijo de Vidaurri, Indalecio, quien refirió que cuando se encontraba el general en Palacio, con las onzas de oro sobre la mesa, estaba aún abajo Quiroga y él en espera de su padre, para intentar con la caballería una salida desesperada, en la cual ó se salvaban ó perecían juntos; pero que Taylor dijoles que ya el general no estaba, que había ido á esconderse, y que lo mismo, según su orden, hicieran ellos; para lo cual les indicó determinado lugar, donde luego les daría alcance, con objeto, deciales, de ponerles más á salvo. Por fin les manifestó que estuvieran del todo tranquilos y que iba á avisar al general que no tuviera cuidado; siendo de seguro entonces cuando se llevó á Vidaurri y le robó el cinturón con el dinero, porque á ellos les constaba que el Palacio estaba enteramente solo. A los pocos días de tenerlos en su casa, comenzó á instarles para que le prestaran cinco mil pesos (la misma cantidad que pedía á Vidaurri), sólo que á ellos les decía que era para entrar en sociedad en una línea de carros.

Ellos le hicieron ver que en aquellos momentos no podían, porque ni tenían aquella cantidad, ni debían darse sin la que tenían, en circunstancias tan críticas; que contara con los cinco mil pesos luego que pudieran salir de la ciudad. Pareció conformarse; pero á los dos días notaron que él ó la mujer les habían robado, durante la noche, de sus vestidos, algunas onzas que tenían en el bolsillo.

Ante un desastre de esta naturaleza y acompañado de circunstancias tan vergonzosas, el general Portilla, ministro de la guerra, con su lealtad y dignidad conocidas, propuso á los ministros que Márquez fuese sometido á un consejo de guerra como general que había sufrido una derrota.

Entonces temieron que cuando les robase el resto los vendiera, y esperando la noche, antes de que él llegara, y cuando la mujer estaba sola, confiándose de la suerte, se embozaron en sus sarapes y salieron, diciendo á su guardiana que iban á dar una vuelta.

De allí fueron á pedir asilo á una pobre lavandera que estaba encargada de cuidarles su ropa, la cual los tuvo escondidos hasta que, habiendo sabido el fusilamiento de su padre, se presentaron acogiéndose al indulto.

En cuanto á Bans, Vidaurri le había entregado en calidad de depósito cincuenta mil pesos, del préstamo forzoso impuesto á los capitalistas en los días del sitio, y de los cuales tocaron otros cincuenta mil á Márquez é igual cantidad á otro jefe imperialista.

—Por manera, agregó el señor Vidaurri, que mi padre mismo se mató, poniéndose en manos de los que tenían interés en deshacerse de él. Bans, en combinación con Taylor, lo entregó para quedarse con los cincuenta mil pesos, simulando un viaje, para que el otro viera de qué modo le arrancaba mientras el dinero que pudiera tener en otra parte, y cuando vieron que no había más, lo entregaron para ganar también el precio de la denuncia. Antes que á mi padre, debían habernos vendido á Quiroga y á mí, si no nos hemos escapado tan á tiempo. ¡Que Dios los perdone!

Como epílogo de esta triste historia, cuando todos los prisioneros que se hallaban en Perote y otras prisiones, fueron puestos en libertad, el señor Indalecio Vidaurri logró

El ministerio no apoyó esta proposición, que era, por lo demás, casi irrealizable, puesto que el autor del desastre disponía entonces de la fuerza armada que estaba en la capital. Más tarde veremos lo que le valió al ministro de la guerra este acto de energía.

Vidaurri y Quiroga, que no podían estar engañados como el público, respecto á la misión que había traído á México el lugarteniente del Imperio, le exigían vivamente que volase sin retardo al auxilio de Querétaro con las pocas tropas que le quedaban; pero Márquez se obstinó en no obsequiar estas indicaciones. Hasta llegaron á proponerle que firian ellos mismos escoltados por alguna caballería, para llevar al ejército imperial, cápsulas y plomo de que tanto necesitaban; nada pudo conseguirse, ni la autorización para que Vidaurri y Quiroga obraran en el sentido que proponían, ni la remisión de recursos al ejército sitiado en Querétaro. (a)

obtener la licencia para exhumar el cadáver de su padre, que estaba enterrado en San Pablo, y fué á suplicar al señor Wright que le prestara el último favor, acompañándolo le á cumplir con este penoso deber.

El señor Indalecio Vidaurri se despidió de la familia, repitiéndole sus agradecimientos, y partió para su Estado, llevándose consigo los fúnebres despojos del desgraciado presidente del Consejo de Ministros de Maximiliano.

[Nota de A. P.]

(a) Vidaurri hizo ver á Márquez la necesidad de regresar á Querétaro en auxilio de Maximiliano y el lugarteniente puso á disposición de aquél, para satisfacer su de-

De todos los elementos que eran indispensables á los heroicos soldados que combatían bajo las órdenes del Emperador, uno solo, el dinero podia remitirse á Querétaro sin necesidad de escolta, puesto que era posible mandarlo en libranzas. Vidaurri con este fin entregó á Márquez 150,000 pesos, y si esta cantidad hubiera llegado oportunamente, tal vez el Emperador y su ejército se hubieran salvado.

La pérdida de Querétaro tuvo por causa principal la horrible miseria y todos los males que de ella se derivan en circunstancias tan críticas, como las que resultan siempre de una defensa prolongada.

Bien se guardó el lugarteniente del Imperio de remitir las libranzas á su destino, y las conservó para sí, como lo probaremos al ocuparnos más tarde en el sitio de México.

La expedición de Puebla aseguró á Márquez el triunfo de su venganza. Habiéndose perdido todos los elementos que sacó de la capital, con excepción de todas las tropas que reorganizadas se, lo mejor de armas y municiones que había en la Ciudadela. La caballería de Quiroga debía verificar la marcha, para lo cual ordenóse á su jefe que se proveyera á entera voluntad de los caballos de los ricos de México, los cuales caballos valían, el que menos, 500 pesos. Además, se le habilitó con 26,000 pesos. Sin embargo, arreglado ya todo, Quiroga, á la cabeza de su flamante é intrépida caballería, dijo que no había hallado punto alguno por donde romper el sitio.

¡La fuerte suma no reingresó en la Tesorería! [Nota de A. P.]

volvieron á México, y facilitado así el sitio de esta plaza, era seguro que el Emperador y sus soldados habían de sucumbir infaliblemente, aunque hiciesen heroicos sacrificios. Aunque ignorado hasta hoy ese heroismo, muy digno es de que la historia lo consigne en sus páginas con letras de oro.

La derrota de Márquez en San Lorenzo y la dispersión de sus tropas, después de tan extraña derrota, debían ser y fueron seguidas del sitio de la capital; pero, antes de ocuparnos en esto, es preciso dar cuenta de los gloriosos y terribles acontecimientos de que fué teatro Querétaro.

XVII

La separación del general Márquez hace posible la defensa de Querétaro.—Los republicanos reciben refuerzos.—Ataque del 24 de marzo.—Improvisación de establecimientos de artillería.—Necesidad de estar á la defensiva hasta la vuelta de Márquez.—Salidas en los días 22 de marzo, y 1º y 24 de abril.—Miramón y Arellano proponen al Emperador salir de la plaza.—No es aceptada su proposición.—Junta de guerra de generales, verificada el 19 de abril.—Resoluciones de la junta para continuar la defensa hasta el regreso de Márquez.—El pueblo y el ejército se alimentan con carne de caballo y mula.—Miseria.—Ataque del Cimatario.—Salidas en los días 1º y 3 de mayo.—Ataque del 5 de mayo.—Carta del Emperador dirigida á Márquez.—No siendo posible por más tiempo la defensa, se hace la proposición de no sostener el sitio.

La partida del antiguo jefe de Estado Mayor, no fué sentida por nadie, ni tuvo influencia digna de ser apreciada respecto á la heroica defensa intentada por el ejército imperial, en la ciudad que después fué el teatro de la gloria y del infortunio. Imposible hubiera sido que la plaza se sostuviese, si la dirección de la guerra hubiera quedado entre las manos de un hombre que meditaba constantemente una terrible venganza, y

volvieron á México, y facilitado así el sitio de esta plaza, era seguro que el Emperador y sus soldados habían de sucumbir infaliblemente, aunque hiciesen heroicos sacrificios. Aunque ignorado hasta hoy ese heroismo, muy digno es de que la historia lo consigne en sus páginas con letras de oro.

La derrota de Márquez en San Lorenzo y la dispersión de sus tropas, después de tan extraña derrota, debían ser y fueron seguidas del sitio de la capital; pero, antes de ocuparnos en esto, es preciso dar cuenta de los gloriosos y terribles acontecimientos de que fué teatro Querétaro.

XVII

La separación del general Márquez hace posible la defensa de Querétaro.—Los republicanos reciben refuerzos.—Ataque del 24 de marzo.—Improvisación de establecimientos de artillería.—Necesidad de estar á la defensiva hasta la vuelta de Márquez.—Salidas en los días 22 de marzo, y 1º y 24 de abril.—Miramón y Arellano proponen al Emperador salir de la plaza.—No es aceptada su proposición.—Junta de guerra de generales, verificada el 19 de abril.—Resoluciones de la junta para continuar la defensa hasta el regreso de Márquez.—El pueblo y el ejército se alimentan con carne de caballo y mula.—Miseria.—Ataque del Cimatario.—Salidas en los días 1º y 3 de mayo.—Ataque del 5 de mayo.—Carta del Emperador dirigida á Márquez.—No siendo posible por más tiempo la defensa, se hace la proposición de no sostener el sitio.

La partida del antiguo jefe de Estado Mayor, no fué sentida por nadie, ni tuvo influencia digna de ser apreciada respecto á la heroica defensa intentada por el ejército imperial, en la ciudad que después fué el teatro de la gloria y del infortunio. Imposible hubiera sido que la plaza se sostuviese, si la dirección de la guerra hubiera quedado entre las manos de un hombre que meditaba constantemente una terrible venganza, y

que para satisfacerla, traicionaba sin descansar al Emperador y á sus soldados.

Al otro día de la partida de este hombre funesto, el Emperador y el general Miramón comenzaron á tratarse con menos frialdad. El Emperador hizo además á Arellano el honor de llamarle dos veces á su consejo en unión de Miramón y del nuevo jefe de Estado Mayor. El que esto escribe había sido el primero en lamentar la falta de completa armonía entre los dos hombres de la situación, y se empeñó tanto en volverlos á reconciliar, cuanto Márquez se había empeñado en desunirlos. Muy fácilmente se cumplió con esta misión impuesta por el deber, las convicciones y la más sincera amistad. Era preciso, pues, que aquellas dos almas grandes, leales y generosas, se estrechasen íntimamente. Tres días después de la salida de Márquez, el Emperador y Miramón se profesaban una amistad sincera y que no dejó de unirlos ni en el momento en que cayeron juntos con el pecho despedazado por las balas republicanas.

Algunas horas después de la partida del traidor, los sitiadores recibieron un refuerzo de... 10,000 hombres á las órdenes de Riva Palacio y de Jiménez (a). En estas nuevas tropas, cuya

(a) "El General Riva Palacio llegaba con parte de las fuerzas del primer Distrito del Estado de México, compuestas de mil cuatrocientos hombres, una batería de montaña con poca dotación de municiones y alguna caballería irregular; los infantes, aunque nuevos, presentaban buena organización, y quedaron acampados en la Cuesta

llegada se supo en la plaza hasta el día siguiente, iba el tráfuga Velez, general imperialista, quien mirando seguro el triunfo de los republicanos, desertó de su bandera sin ruborizarse y se pasó al campo liberal. El conocimiento de este hecho es necesario para apreciar mejor la traición de López, y sobre todo, para explicar cómo han podido tomar á lo serio el papel de héroe, que, en la ocupación de Querétaro, se atribuyó á Vélez, quien fué víctima de la rechilla pública, cuando los acontecimientos fueron bien conocidos.

Reforzadas las tropas sitiadoras atacaron la plaza resueltamente por el lado sur, el 24 de marzo. El valor de Miramón y el del ejército imperial, conducido rápidamente al lugar del combate, permitieron repeler el ataque á pesar de la falta de obras de defensa, que hacía difícil la resistencia, como ya lo había previsto y preparado el general Márquez.

El arrojo de los republicanos, en esta vez, fué formidable, y hubo un momento en que la infantería y la caballería imperiales fueron primero rechazadas, y las columnas del enemigo avanzaron hasta la línea de defensa, pero Arellano, dirigiéndose al principal lugar del combate, las ame-

de China, donde se municionaron y alistaron para que estuviesen prontos á combatir." *Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo de ejército del Norte*, por Juan de Dios Arias, página 164.

Riva Palacio llegó á Querétaro al día siguiente de haber roto el sitio Márquez, es decir, el día 23 de Marzo.— [Nota de A. P.]

tralló y las obligó á detenerse, batiéndose después en retirada (1).

Este asalto que puso á la plaza en el peligro de caer en manos de los sitiadores, una vez repelidos victoriosamente, ocasionó que el sitio fuera más riguroso. De una parte y de otra se emprendieron trabajos en toda la línea, y una serie de combates, cuyo recuerdo será siempre glorioso para el Emperador, para Miramón y para toda la tropa, comenzó inmediatamente. Presas de miseria y de hambre las tropas imperiales, hicieron en aquel día prodigios de valor y dieron pruebas de admirable abnegación.

En muy pocos días quedaron establecidas las fábricas de pólvora y de salitre, las carboneras,

(1) Obligados por la verdad histórica á vencer la repugnancia que sentimos para referir hechos personales que no fueron á nuestros ojos, sino el estricto cumplimiento del deber, conocemos la necesidad de darles una autoridad indispensable citando testimonios irrecusables.

Terminado el combate, volvimos á colocarnos al lado del Emperador, quien nos saludó públicamente con el título de general, título que aun no teníamos. El mismo día 24 de marzo, el Soberano nos remitió el despacho de este empleo, en el tenor siguiente:

"Visto el valiente comportamiento y la grande actividad desplegada en el servicio de su arma por el coronel de artillería Manuel Ramírez de Arellano, le nombramos, etc., etc."

Los términos lisonjeros en que este despacho está concebido, se refieren también á la creación instantánea de los establecimientos de artillería, de que habíamos hablado al Soberano en la conferencia del día 20 de marzo.

las fundiciones de proyectiles, fraguas, hornos y capsulería; entraron en movimiento los talleres indispensables para la reparación de la artillería, se construyeron moldes para fundir proyectiles de diverso calibre; con este fin, se artillaron las campanas de las iglesias y la cubierta del techo del teatro, que, como hemos dicho ya, era de plomo, las cápsulas de metal que faltaban completamente, se suplieron con otras de cartón; se procuró también reparar las piezas de artillería, las tiznadas por un fuego continuo, se repararon; por último, los cañones que en las salidas se tomaron al enemigo, lo mismo que millares de fusiles que se encontraban inutilizados y en depósito, y que por el ejercicio continuo habían quedado inservibles. Todas estas operaciones fué preciso practicarlas sin los útiles y sin las maquinarias tan indispensables en esta clase de trabajos.

Algunos centenares de operarios se ocuparon día y noche en la ejecución de estas obras, y Arellano empleó todos los medios extraordinarios para llevarlas bien á cabo, á pesar de las circunstancias terribles en que se encontraba la plaza. De esta manera se logró que provisionalmente se salvara la situación, y se hubiera salvado de una manera completa si Márquez con tiempo hubiera mandado los recursos que salió á solicitar. Después de la partida de este general, la pequeña división que pomposamente era llamada ejército imperial, quedó reducida á poco menos de 7,000 hombres; mientras que el ejército ene-

migo, que aumentaba cada día, llegó á contar más de 30,000 combatientes. Adoptada resueltamente, y como una medida salvadora, la idea de permanecer en la plaza hasta la llegada de las tropas auxiliares, é ignorándose la conducta que iba á seguir el verdadero autor de la situación que guardaba el ejército imperial, éste tuvo que atenerse á la defensiva, ejecutando salidas sucesivas contra los sitiadores; pero que fueron de poca importancia. Sin embargo, en todas ellas desplegó un valor y una inteligencia extraordinarios, y que en otras condiciones hubiera bastado para derrotar á los republicanos y obligarlos á levantar el sitio.

Cuando el curso de los acontecimientos vino á probar que este medio, que se creía de salvación, lo había sido esencialmente de ruina, se llegó á comprender cuán grandes habían sido las pérdidas sufridas por el ejército imperial. Sea por el fuego del enemigo, sea por el tifo que se desarrolló entre las tropas, sea, en fin, por las malas condiciones higiénicas de la alimentación del soldado, la miseria, la imperfección del servicio sanitario, la hambre y la desertión, lo cierto es, que, en el último período del sitio, el efectivo de los defensores de Querétaro quedó reducido á 5,000 hombres. Por consiguiente, los sobrehumanos esfuerzos hechos después de una prolongada espera para la salvación común, fueron del todo impotentes, y lo fueron mucho más cuando la desgracia se cebó en las tropas imperiales hasta sus últimas salidas.

Habiendo el Emperador aprobado las operaciones militares de Miramón, este valiente general ejecutó é hizo ejecutar admirables movimientos, que, felices ó desgraciados, siempre excitaron la admiración de imperialistas y republicanos, y causaron á éstos varias veces tales pérdidas, que creíamos inminente su derrota, hasta obligarlos á levantar el sitio. La existencia militar de Miramón, sembrada de célebres acciones durante la guerra civil, se eclipsó completamente ante los brillantes hechos de armas de Querétaro: era un meteoro que por última vez desplegaba todo su brillo para apagarse en el sepulcro.

El ejército imperial, obligado á estarse á la defensiva hasta la vuelta tan deseada del traidor, tomó con frecuencia y á pesar suyo, una ofensiva parcial, muy ventajosa en tales circunstancias. Libre el Emperador de la funesta influencia de Márquez, y el jefe de la infantería (Miramón) no teniendo ya que temer las intrigas con que el jefe del Estado Mayor hacía sus operaciones inútiles, intentó, el día 22 de marzo, una salida al oeste sobre las haciendas de la *Congregación* y *San Juanico*, á la cabeza de mil quinientos hombres apoyados con cuatro piezas de campaña. El resultado de este hecho de armas fué que Miramón batió á la caballería enemiga, la obligó á que se retirara de las haciendas, y les quitó á los sitiadores, caballos, víveres y forrajes que introdujo en la plaza.

Como ya hemos dicho, el 24 del mismo mes, los republicanos atacaron resueltamente la plaza

de Querétaro con fuerzas numerosas; Miramón fué quien entonces dirigió la defensa, y los republicanos fueron rechazados con una pérdida de más de 500 hombres.

El 1º de abril, Miramón salió de nuevo de la plaza con 1,500 infantes. Su objeto era sorprender la posición avanzada de los republicanos, que ocupaban *San Sebastián*, posición que estaba defendida por la iglesia fortificada de la *Crus del Cerrito*. Este movimiento, ejecutado con toda precisión, fué llevado á feliz éxito: se tomaron entonces al enemigo dos obuses de montaña; pero la columna imperial, viéndose acometida por numerosas fuerzas republicanas, tuvo que volver á entrar en la plaza.

Con el fin de expeditar la salida de algunos pliegos secretos que se remitían á Márquez, se dispuso para la mañana del 11 de abril una salida al este, al mando del coronel príncipe de Salm Salm, á quien se le ordenó hiciese simplemente una demostración sobre la *garita de México*. El príncipe dirigió con valor este ataque, que no dió todos los resultados que se esperaban, pues la posición de los republicanos en aquel lugar era más fuerte de lo que se creía.

Los veinte días que se juzgaban necesarios para la vuelta del general Márquez, habían transcurrido, y no habiendo recibido el Emperador despacho alguno, sin embargo de que el jefe del Estado Mayor le había prometido escribirle tres veces al día, le hizo indispensable remediar aquel estado de cosas tan inesperado como alarmante.

Con este fin, los generales Miramón y Arellano, el 11 de abril, hicieron por escrito al Soberano la proposición de salir de la plaza á la cabeza de 1,000 caballos para obligar á Márquez á que socorriese prontamente á Querétaro. La exposición que se presentó decía así: "*Señor.—La difícil y penosa situación en que se encuentra V. M. y el ejército, teniendo por causa única y principal el retardo del general Márquez, impone á los generales que suscriben el deber de hablar á V. M. con la lealtad de caballeros y con la franqueza de soldados. Al estado en que hemos llegado por causa de errores pasados é irremediables, la plaza de Querétaro, y con ella el Imperio, la persona de V. M. y nuestro valiente ejército no podrán salvarse sin el auxilio de las tropas, que el general Márquez no quiere ó no puede mandar sobre el enemigo que nos asedia.*"

"Llegadas las cosas á tal extremidad, no es posible esperar más, para emprender después una retirada imposible, sobre todo cuando su realización no es sino un sueño ó el resultado de un delirio, si se lleva al terreno de la práctica."

El pensamiento que motivó esta carta dirigida al Emperador, se resumía en las dos siguientes proposiciones:

1ª Puesto que el triunfo de las tropas que defiende esta plaza, exige el violento concurso de una fuerza auxiliar, *V. M. se dignará salir con 1,000 caballos para obligar al general Márquez á que obre en el sentido ya expresado, batien-*

do al enemigo que se encuentra sobre el camino de México.

"2ª Si V. M. no cree conveniente su salida de esta plaza, el general Mejía lo verificará, con la fuerza ya dicha, y se irá á reunir con el general Márquez para obligarlo á *que ejecute las órdenes que por V. M. tiene ya recibidas.*

"En cualesquiera de los dos casos, los generales que tienen el honor de dirigirse á V. M. se comprometen á defender y conservar la plaza hasta la llegada del ejército auxiliar, y en caso de una desgracia, hasta que, sabiendo de una manera positiva la derrota que pudiera sufrir Márquez, se vean obligados á romper el sitio á viva fuerza" (1).

Estas proposiciones tenían por objeto un hecho importante y que no se consignó en ellas por escrito, porque se oponía, para hacerlo así, el heroísmo del Emperador. El pensamiento que ocultaban las proposiciones, era el de salvar la persona del Soberano, substrayéndola de los peligrosos acontecimientos que se preparaban por el retardo de Márquez. Obtenido este resultado, no por eso dejaría de llegar el refuerzo que se

(1) Habiendo encontrado los republicanos entre los papeles que se perdieron en Querétaro la minuta sin firma de esta comunicación, la publicaron después los diarios de México, entre otros *El Globo* de 28 de julio de 1867, con el carácter de documento histórico. Los redactores de este periódico supusieron que, además de Miramón y Arellano, habían firmado dicha comunicación los generales Mejía, Castillo, Casanova y Valdés.

esperaba, y en el caso contrario se recibiría por lo menos el aviso de que no se esperara y así cesaría el único motivo que se había tenido presente para defender la plaza con tanta obstinación. Cuando se llegase por último, á conocer la conducta del general Márquez, las tropas imperiales romperían el sitio sobre la marcha, evitando de este modo gran parte de los terribles resultados, que muy probablemente, más tarde, habían de aniquilarlas. Esta medida de salvación, única que pudiese tomarse en tales circunstancias, se propuso al Emperador, un mes antes de que López entregase la plaza á los sitiadores.

El 11 de abril, después del medio día y en el seno del Consejo, en el cual tomaban parte diariamente el Emperador, Miramón y Arellano, el primero contestó en los siguientes términos la comunicación que se le había dirigido pocas horas antes:

"Con verdadero placer me he impuesto de vuestras proposiciones, y estoy decidido á no separarme de Querétaro, porque si hay gloria en permanecer aquí, reclamo de ella la parte que me toca, y si por desgracia llegamos á sucumbir, quiero tener en el peligro común, también la parte que me corresponde. Sin embargo, como vuestro pensamiento es bueno, adopto la segunda proposición: el general Mejía, á quien he visto hoy, me ha ofrecido que dentro de tres días ya podrá montar á caballo y partirá para México, *investido de plenos poderes para destituir á Már-*

ques y traernos los auxilios que nos son indispensables."

Por desgracia, el general Mejía no llegó á salir de la plaza. Mezquinas pasiones é intrigas, que tenían por objeto una capitulación, aniquilaron el único medio que quedaba para conjurarlos peligros de toda especie, de que nos hallábamos cercados y que al estallar, desenlazaron por fin la penosa situación en que Márquez había puesto á las tropas imperiales.

Ocho días habían pasado y el general Mejía no anunciaba el restablecimiento de su salud. El Emperador pensó entonces en encargar el desempeño de esta nueva misión, ó al general Castillo, ó al general Moret y al coronel Príncipe de Salm Salm. Pero como el tiempo perdido en estas vacilaciones hacia que la situación fuese cada día más tirante, el Emperador resolvió someter este grave asunto, lo mismo que la decisión sobre el mayor tiempo que aun podría defenderse la plaza, y otras cuestiones que se referían á esta defensa, á una junta de generales que se reunió el 19 de abril, bajo la presidencia de Miramón, y que adoptó, entre otras resoluciones, las siguientes, que fueron aprobadas por el Emperador:

"1ª La defensa de la plaza se proseguirá hasta que se sepa definitivamente si el general Márquez la socorrerá ó no.

"4ª La plaza se defenderá hasta el completo agotamiento de toda clase de auxilios.

"6ª La caballería se conservará en la plaza, con excepción de una pequeña parte confiada al general Moret, al Príncipe de Salm Salm y al coronel Campos" (1).

De esta manera quedó desnaturalizado en su ejecución el pensamiento de salvar al Emperador y al ejército; porque las personas encargadas de realizarlo no tenían el carácter necesario ni el poder bastante para destituir á Márquez. Sin embargo, la salida de los jefes, de que habla la 6ª resolución, podía ser provechosa á los sitiados, por lo menos en el sentido de que ellos transmitirían las noticias que el traidor se cuidaba de mandar, con el fin de entretener á los defensores de Querétaro, con la esperanza de un pronto socorro. Pero el destino, siempre superior á los proyectos del hombre, echó por tierra el último que se había formulado. La salida del general Moret, intentada en la noche del 21 de Abril, tuvo un éxito desgraciado: los republicanos rechazaron la caballería que formaba su escolta. Sólomente el audaz guerrillero Zarazúa logró pasar por entre sus líneas, á la cabeza de 50 caballos.

Las desgraciadas tropas imperiales, víctimas de la más completa miseria, permanecían en la más terrible inquietud, pensando sólomente en la vuelta del general Márquez. Desde el Emperador hasta el último soldado, todos sin excepción,

(1) Acta de la junta de guerra del 19 de abril de 1867, firmada por Miramón, Mejía, el ministro García Aguirre, Gutiérrez, Valdés, Méndez y Arellano.

contaban los días, las horas y los segundos. Era preciso que con tan larga espera, la moral del soldado se resintiese extraordinariamente.

El pueblo y los soldados tenían hambre; pues ya el maíz y los efectos de primera necesidad se habían completamente consumido. Fué necesario buscar en la carne de caballo y después en la de mula uno de los alimentos más indispensables. Con este fin se mataron bastantes caballos de la tropa y mulas de tiro de la artillería. Esta medida tuvo el doble efecto de proveer á las principales necesidades del pueblo y del ejército, y evitar á los animales el tormento de morir de hambre, puesto que no había con qué alimentarlos por la falta completa de pasturas. Las mulas de artillería, que aun estaban vivas en la noche del 14 de mayo, llevaban varios días de no comer. La escasez de dinero también era extraordinaria, y con suma dificultad se conseguía diariamente una parte de la cantidad necesaria para pagar los cuerpos, y aún para esto, los oficiales encargados de conseguir recursos, empleaban para ello medidas severas y peligrosas contra las personas acomodadas.

En el ejército, que ni sospechaba la traición de que era víctima, el entusiasmo se extinguía gradualmente; y el Emperador para sostenerlo en sus soldados y revivir en ellos la moral perdida, tuvo que recurrir á todas las estratagemas que son permitidas en el derecho de gentes; con este fin, y confiando en la probabilidad de que el general Márquez ya estaría cerca de Querétaro, el

nuevo jefe de Estado Mayor daba autorizadas con su firma y con su carácter oficial noticias falsas anunciando la llegada de los auxilios tan largo tiempo esperados. El Emperador y los generales Miramón y Arellano propagaban estas noticias y garantizaban la exactitud de ellas para obtener el resultado propuesto, durante el último período del sitio. El Emperador se vió obligado á inventar el texto de comunicaciones que fingía haber recibido de Márquez y de Vidaurri, y en las cuales éstos le participaban que pronto estarían sobre las fuerzas sitiadoras, y le daban noticia de la organización que habían dado á sus tropas.

Estas comunicaciones fueron certificadas y publicadas por el jefe de Estado Mayor para dar á su contenido toda la fuerza de la verdad (1). Los felices acontecimientos que ellas anunciaban, fueron celebrados con repiques y salvas de artillería, la multitud acogía esta demostración con entusiasmo, lográndose solamente así retardar los inevitables efectos de la traición y alimentar en los corazones la esperanza de que un desenlace favorable pondría fin á la más terrible y angustiosa de las situaciones.

Durante este período, las salidas contra los sitiadores se verificaban siempre que se presentaba una oportunidad. El 24 de abril, los coroneles

(1) De orden del Emperador se imprimieron estas comunicaciones y noticias falsas, esparcidas entre el pueblo y el ejército en diversas ocasiones.

Gayón y González intentaron una de estas operaciones, el primero con 200 infantes y el segundo con 300 caballos. La infantería marchó con el fin de llamar la atención del enemigo que guarnecía una trinchera, mientras que la caballería marchaba de flanco para cargar rápidamente sobre estas fuerzas de los sitiadores. La guardia de la trinchera se puso en fuga, dejando en el lugar de la refriega una veintena de muertos y otros tantos heridos.

El 26 de abril, el Emperador comprendió claramente la traición de Márquez. Había recibido en aquellos momentos noticias pormenorizadas acerca de los torcidos consejos que aquél le daba, y de los proyectos por él formados y que eran ignorados de Miramón y Arellano. Persuadido, pues, el Emperador de la deslealtad del hombre que pretendía sacrificarlo, aprobó un plan presentado por Miramón para el ataque de la línea enemiga del sur, establecida en la formidable posición del *Cimatarío*. Este plan consistía en sorprender las obras avanzadas del enemigo, hechas con el fin de estrechar el sitio. Si se lograba esta ventaja, Miramón asaltaría la posición del *Cimatarío* por la extremidad derecha de las paralelas de este frente de ataque hasta la altura de la primera, y volviendo en seguida sobre la derecha, batiría al enemigo por la retaguardia. Los republicanos desorganizados por este punto, sufrirían otro ataque por distinto frente, de tal suerte, que el enemigo batido así en detal, la salida proyectada tendría por resultado que aquél le-

vantara el sitio. Miramón se encargaría de dirigir todas estas operaciones hasta su término, mientras que Castillo, estableciéndose con 1,200 hombres y una batería de campaña al este de la plaza, formaría una línea de batalla perpendicular á las obras de defensa de este frente, sobre las cuales apoyaría su izquierda, con el objeto de impedir á los sitiadores el que corriesen al *Cimatarío*.

Al rayar el alba del día 27 de abril, Miramón puso en ejecución su plan, tal como lo había concebido, y batió en una hora con 2,500 hombres á los 10,000 republicanos que ocupaban el *Cimatarío*. Poco tiempo le bastó para enseñorearse de aquella posición formidable y para apoderarse de 21 piezas de artillería, que mandó conducir á la plaza. A Castillo no le fué posible establecerse de la manera que se le había indicado; y los republicanos lanzaron un grueso de 5,000 hombres, que ocasionó graves pérdidas al ejército imperial, y recobró la posición de donde habían sido arrojadas las numerosas tropas de Michoacán y de Sinaloa. Los sitiadores tuvieron que volver á entrar en la plaza diezmados por el fuego del enemigo. Después de la salida del 27 de abril, se intentó otra al este, el 1.º de mayo, por el coronel Rodríguez, quien, á la cabeza de dos batallones, se encargó de atacar la *Garita de México*, después de que Arellano hubiese batido en brecha la hacienda de *Calleja*, para facilitar el paso de la columna. El valiente coronel Rodríguez recibió en este combate un balazo en

el corazón, y, al verlo caer muerto, sus soldados se desorganizaron; á los republicanos les fué entonces fácil rechazarlos y Miramón se vió obligado á ordenar la retirada de las fuerzas á la plaza.

El fatal resultado que tuvieron todas estas tentativas, era preciso neutralizarlo con un ataque decisivo. Animado con la esperanza del triunfo, Miramón atacó el 3 de mayo al grueso del ejército sitiador, situado al norte sobre el *Cerro de San Pablo*. El ataque en su principio fué feliz; ya los imperialistas habían tomado la primera posición del enemigo y una pieza de campaña, cuando se desorganizaron al ver caer heridos, casi á un mismo tiempo, al coronel Sosaya (1) y á los tenientes coroneles Franco y Ceballos. Desde este momento, los sitiadores lanzaron sus columnas de reserva sobre los imperialistas, á quienes rechazaron vigorosamente, causándoles pérdidas sensibles. El resultado de esta acción debilitó de tal manera la moral de los soldados que les quitó hasta la esperanza de tomar la ofensiva, y sólo hubieran recurrido á ella otra vez, para que terminase definitivamente su penosa situación.

No se pasaba un solo día sin que el Emperador escribiese dos ó tres cartas al célebre Lugarteniente del Imperio, excitándole para que remitiese á la plaza de Querétaro los recursos de que había tan urgente necesidad. Bastará copiar, entre esa multitud de cartas, la escrita en 7 de mayo,

(1) En el texto en francés se lee "colonel Sosa."

pues ella basta para dar una idea de la situación en que se encontraban las tropas imperiales.

He aquí la carta:

"Mi querido general Márquez:

"El estado físico y moral en que, después de sesenta y cuatro días de sitio riguroso, se encuentran nuestro ejército y el pueblo de Querétaro, hace que la defensa de la plaza sea imposible, por un período de tiempo más largo.

"Os remitimos juntos con la presente algunos ejemplares de los decretos que nos hemos visto obligados á expedir, y ellos os darán idea de la penosa situación que guardamos.

"El bien de la Nación y del ejército, la salvación de esta leal é importante ciudad exigen que diariamente nos mandeis tres correos escoltados por 25 ó 50 caballos, para que puedan penetrar en la plaza por sorpresa. Es de absoluta necesidad que por este medio nos deis noticias de vuestra aproximación, del día en que vuestras tropas ataquen á los sitiadores, por qué puntos y la dirección que seguís, lo mismo el avance que tengáis en vuestra marcha. Esta última parte de nuestras instrucciones es de la más alta importancia, porque nuestra permanencia en Querétaro ya es casi imposible.

"Nuestro ejército ha desplegado en su crítica situación, y en espera de los recursos que habíais de mandar, un heroísmo y un estoicismo sin igual; ante la patria y ante la historia sereis, pues, el único responsable de las consecuencias que re-

sulten de vuestra tardanza, que ya excede á todo limite prudente.—MAXIMILIANO" (1).

Por fin, al llegar el 10 de mayo, el hambre había hecho tales estragos en el ejército y la población, que ya se hizo imposible á costa de tan grandes sacrificios prolongar la defensa de la plaza, tan sólo para esperar que el traidor la socorriese con nuevos auxilios y poner término á los males que había causado con su conducta. En presencia de semejante situación, el Emperador, de acuerdo con Miramón y Arellano, resolvió intentar el último recurso, y en verdad supremo, cual era el de romper el sitio y abandonar Querétaro. Esta determinación se tomó, teniendo la certeza de que Márquez, después de cincuenta y cuatro días, ya no iría á socorrer á los sitiados.

(1) Esta carta fué redactada por Arellano y, conforme á la voluntad del Emperador, traducida á la clave convenida, por su secretario D. Luis Blasio.

XVIII.

El general Mejía promete armar al pueblo de Querétaro, y se trasfiere por esto el rompimiento del sitio para dentro de tres días.—El Emperador pide á los generales comandantes de las tres armas una relación acerca del estado de la plaza.—Hace constar la conducta del general Márquez y la responsabilidad que ha caído sobre él.—Se hacen preparativos para salir el 14 de mayo.—Petición de Méndez.—Traición de López.—Parte que en la traición tomó el tráfuga Velez.—El Emperador señala á Márquez como al principal traidor.

A las grandes dificultades con que luchaba el ejército imperial por la traición de Márquez, se agregaron otras después debidas á las circunstancias. Una de las principales fué el deseo secreto que tenían los generales Mejía, Méndez y otros de capitular con los republicanos.

Mejía permaneció la mayor parte del tiempo que duró el sitio, encerrado en una casa, por motivo de la enfermedad que le aquejaba; Méndez también hizo lo mismo, pero, sin embargo, tomó parte hasta el 27 de abril en las principales acciones que se dieron durante el asedio.

Tan luego como el general Mejía supo la resolución que se había tomado para terminar la defensa de la plaza, se presentó al Emperador,

sulten de vuestra tardanza, que ya excede á todo limite prudente.—MAXIMILIANO" (1).

Por fin, al llegar el 10 de mayo, el hambre había hecho tales estragos en el ejército y la población, que ya se hizo imposible á costa de tan grandes sacrificios prolongar la defensa de la plaza, tan sólo para esperar que el traidor la socorriese con nuevos auxilios y poner término á los males que había causado con su conducta. En presencia de semejante situación, el Emperador, de acuerdo con Miramón y Arellano, resolvió intentar el último recurso, y en verdad supremo, cual era el de romper el sitio y abandonar Querétaro. Esta determinación se tomó, teniendo la certeza de que Márquez, después de cincuenta y cuatro días, ya no iría á socorrer á los sitiados.

(1) Esta carta fué redactada por Arellano y, conforme á la voluntad del Emperador, traducida á la clave convenida, por su secretario D. Luis Blasio.

XVIII.

El general Mejía promete armar al pueblo de Querétaro, y se trasfiere por esto el rompimiento del sitio para dentro de tres días.—El Emperador pide á los generales comandantes de las tres armas una relación acerca del estado de la plaza.—Hace constar la conducta del general Márquez y la responsabilidad que ha caído sobre él.—Se hacen preparativos para salir el 14 de mayo.—Petición de Méndez.—Traición de López.—Parte que en la traición tomó el tráfuga Velez.—El Emperador señala á Márquez como al principal traidor.

A las grandes dificultades con que luchaba el ejército imperial por la traición de Márquez, se agregaron otras después debidas á las circunstancias. Una de las principales fué el deseo secreto que tenían los generales Mejía, Méndez y otros de capitular con los republicanos.

Mejía permaneció la mayor parte del tiempo que duró el sitio, encerrado en una casa, por motivo de la enfermedad que le aquejaba; Méndez también hizo lo mismo, pero, sin embargo, tomó parte hasta el 27 de abril en las principales acciones que se dieron durante el asedio.

Tan luego como el general Mejía supo la resolución que se había tomado para terminar la defensa de la plaza, se presentó al Emperador,

declarándole que ya estaba restablecido de sus males, y le ofreció levantar 8,000 hombres del pueblo en el espacio de veinticuatro horas, si se prescindía de la idea de abandonar Querétaro. Los ofrecimientos de este general fueron hasta asegurar que las tropas que él intentaba reclutar se presentarían armadas. Mejía, es cierto que tenía grande popularidad en la ciudad sitiada, y por esto no se dudó un solo instante que pudiese armar, si no en el número de combatientes que él prometía, si, por lo menos, dos ó tres mil, que bastarían para cubrir la línea de defensa, mientras que todas las tropas imperiales emprendían un ataque decisivo contra los sitiadores. No se creyó, por supuesto, que el pueblo se presentase armado; pero existían depositados en los almacenes 900 mosquetes de la caballería que hacía el servicio de infantería en las trincheras, y 1,500 fusiles repuestos, y cuya existencia de armamento provenía del inservible que poseía la plaza desde antes del sitio, de los numerosos soldados del ejército imperial puestos fuera de combate y de los tomados al enemigo. Se aceptó, por consiguiente, la propuesta de Mejía, y la salida que el Emperador había resuelto ejecutar el 12 de mayo, se aplazó para más tarde.

Pasadas las 24 horas que el general Mejía había pedido para presentar sus miles de hombres, declaró este general que aun no le había sido posible completar el número prometido, pero que eficazmente se ocupaba en ello. Después de esperar otras 48 horas, respondió lo mismo, y el

14 de mayo declaró por fin que sólo le había sido posible reunir 160 hombres. Su objeto había sido detener á las tropas imperiales, por cuatro días, para imposibilitar su salida y obligarlas á capitular. Pero el Emperador, Miramón y Arellano, estando resueltos á no confiar en el enemigo, decidieron intentar la salida proyectada en la noche del mismo día.

La horrible traición del general Márquez iba por fin á consumarse: el ejército imperial iba á desaparecer á pesar de los sacrificios y de los heroicos esfuerzos que había hecho para hacer triunfar la causa que defendía.

En estos momentos solemnes, el Emperador quiso que la historia hiciese conocer algún día los esfuerzos y los sacrificios que la traición había esterilizado, y que el mundo entero supiese á quién había de hacer responsable de la ruina del Imperio y de los grandes intereses que representaba. Ordenó con este fin que los tres generales que tenían el mando del ejército y el nuevo jefe de Estado Mayor le diesen por escrito una relación sobre el estado en que se hallaba la plaza, y emitiesen su juicio acerca del partido que sería conveniente adoptar. En este documento que el Emperador estimaba más que su vida, los cuatro generales trazaron á grandes rasgos la historia de la defensa de Querétaro. Se consignaron en él las causas de la responsabilidad que el general Márquez tenía en el triste desenlace que se preparaba. Al firmar dicho documento, aun ignoraban Miramón, Mejía, Castillo y Arella-

no la conducta del traidor, desde su salida de la plaza. Los generales mencionados solamente conocían un hecho: *el de no haber socorrido á Querétaro durante los cincuenta y cuatro días que habían pasado, desde que salió de la ciudad sitiada con el fin de regresar llevándole recursos.*

Es necesario reproducir aquí algunos de los párrafos más importantes de esa relación, verdadero monumento levantado á la gloria del Emperador y de su ejército: en ella se encuentran confirmadas todas las acusaciones que en esta obra se han formulado contra la traición.

Al hablar de las primeras tentativas hechas para salvar al ejército de la terrible situación que guardaba en Querétaro, los generales decían:

"Para juzgar con exactitud acerca del estado en que actualmente nos encontramos, y resolver con acierto lo que convenga hacer, es de toda necesidad dirigir una mirada retrospectiva hacia los hechos anteriores al plan de operaciones trazado al ejército para afrontar la situación política y militar desde fin de febrero y principio de marzo.

"Los malos consejos dados por el jefe de Estado Mayor (1), desde que V. M. llegó á esta ciudad, y en los momentos en que el enemigo se

(1) Por orden del Emperador é invitado por los generales que habían de firmar la relación, nos encargamos de redactarla. Discutiendo su forma, en proyecto, la frase anotada y la que dice: "La tenaz oposición del general Márquez á todo proyecto de atacar al enemigo," fueron dictadas por el Emperador y escritas por nosotros.

decidió á tomar la iniciativa sobre nuestras tropas, permitieron á los juaristas efectuar sin grandes dificultades la concentración de sus fuerzas, medida que debíamos haber evitado á toda costa, batiéndolos en detral, al aproximarse á Querétaro.

"La tenaz oposición del general Márquez á todo proyecto de atacar al enemigo, influyó en que se despreciase la ocasión favorable que se presentaba para batir al enemigo con entera seguridad de haber obtenido un éxito feliz; tal vez de este ataque hubiera resultado nuestra salvación; mas por la oposición sistemática de no atacar, se originó la peligrosa situación actual y el ejército imperial se vió obligado á defenderse en esta plaza.

"Una vez adoptado el partido de la defensiva, y del cual había de resultar, como consecuencia necesaria, el sitio de esta ciudad, el primero de los dos jefes de Estado Mayor, que V. M. ha tenido á su servicio, no se ocupó en los preparativos que en casos semejantes prescribe el arte de la guerra. No se almacenaron víveres ni pasturas ni, como lo exigía la defensa de la plaza, se construyó una sola fortificación. Tampoco se hizo aprecio de coleccionar de las haciendas, que están situadas á 500 metros de Querétaro, las semillas que hubieran servido al ejército en su prolongada defensa, y que, por el contrario, supo utilizar el enemigo para estar bien abastecido."

Respecto á las consecuencias originadas por la conducta del general Márquez, á las resolucio-

nes de la junta de guerra de 20 de marzo y al objeto de la misión que llevó á México el autor de todas las desgracias del ejército, los cuatro generales se expresaban de la siguiente manera:

"Las faltas cometidas por el jefe de Estado Mayor hicieron que se considerase, desde el 20 de marzo, como insostenible la situación en que nos encontramos; caracteres débiles y pusilánimes llegaron hasta proponer á V. M. una retirada, y, en caso de verificarla, clavar la artillería y abandonar los trenes; las indicaciones en este sentido fueron mucho más allá, pues se quería que V. M. capitulase con el enemigo.

"La energía y la dignidad de V. M. y su heroica resolución por combatir en bien de la Nación, y su fe en el triunfo de una causa, que es la del orden social y de la independencia de México, le aconsejaron sometiera la cuestión al examen de un consejo de guerra, que se verificaría el mismo día 20 de marzo, con la mayor independencia, y en la ausencia de Vuestra Majestad.

"El consejo de guerra resolvió que se continuase la defensa de Querétaro con más vigor que antes; que se fortificara la plaza convenientemente; que se creasen los establecimientos de construcción y de reparación del material de guerra que había ofrecido improvisar el suscrito comandante general de artillería, con el objeto de que el ejército tuviera las municiones necesarias por mucho tiempo.

"También opinó el consejo de guerra porque se hiciesen frecuentes salidas contra el enemigo,

y muy particularmente, porque viniese de México un ejército auxiliar, abandonando la capital en caso necesario.

"Vuestra Majestad se dignó aprobar la opinión del referido consejo, y nombró al general Márquez, jefe del Estado Mayor entonces, lugarteniente del Imperio, investido de amplios poderes para obrar en México, á donde se dirigió el 22 de marzo, después de haber abandonado esta plaza con el general D. Santiago Vidaurri, nombrado Ministro de Hacienda y Presidente del gabinete, escoltado por 1,300 caballos y *encargado especialmente para regresar en auxilio de Querétaro con el mayor número de tropas que pudiera reunir.*"

A propósito del estado que guardaba la plaza, y de los medios que se emplearon para defenderla, cuando salió el traidor, los generales se expresaron de la manera siguiente:

"Cuando salió el general Márquez de esta plaza para regresar lo más pronto posible en auxilio de Querétaro, es decir, el 22 de marzo, muchas personas juzgaban perdida la situación y entre ellas el mismo general.

"Desde entonces la firmeza y el heroico valor de Vuestra Majestad, los trabajos del nuevo jefe de Estado Mayor general, respecto de la organización, la paga de las tropas y su manutención; los ataques del general comandante de la infantería, contra el enemigo, ataques que destruían parcialmente las fuerzas de este último, quitándole sus víveres y sus forrajes, sosteniendo la

moral, la disciplina y el entusiasmo de los defensores de la plaza; los trabajos del director de artillería, que durante el sitio han proporcionado la pólvora, los proyectiles, las municiones y las cápsulas, que tanto necesitaban las tropas; todos estos esfuerzos reunidos han conservado la situación y neutralizado los fatales resultados debidos á la imprevisión del primer jefe del Estado Mayor de Vuestra Majestad.

"El 20 de marzo, al decidirse el consejo de guerra porque se continuase la defensa de Querétaro; y al confiar Vuestra Majestad, al general Márquez, la importante misión de que regresara en auxilio de Querétaro, se creyó que bastarían quince ó veinte días para dar feliz término á la grande cuestión que está por resolverse.

"Parecía que el destino reservaba al general Márquez la gloriosa satisfacción de poner un término favorable al difícil estado de cosas que habia creado él mismo; mas no ha sido así por una fatalidad altamente deplorable.

"El ejército imperial, á cuya cabeza se encuentra el más noble de los soberanos, ha sostenido setenta días de sitio; y desde hace cuarenta y cinco días esperamos con ansia el auxilio que deberá traernos el general Márquez

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Atacando audazmente al enemigo, trabajando sin cesar para proporcionar la paga á las tropas, extrayendo el salitre y carbonizando la madera

para hacer la pólvora, fundiendo las campanas para transformarlas en proyectiles de artillería, arrancando la cubierta del techo del teatro para convertirla en balas de fusil, fabricando las cápsulas con papel, reparando las piezas sin los instrumentos necesarios, faltando al soldado el pan, maiz, café, aguardiente y aun la leña para calentarse: he aquí cómo se ha sostenido la defensa de Querétaro más allá de los límites que las circunstancias habian marcado. Mas esta defensa heroica, la primera de este género, entre las que se han verificado en nuestro pais, tenía un objeto exclusivo que no se ha obtenido: se esperaba el auxilio del general Márquez, en cuyas manos estaba la suerte de Vuestra Majestad, la del pais, la del ejército, desde el momento en que recibió plenos poderes para salvar la situación que él mismo habia creado.

"Los subscritos generales no llegarán al terreno de las justas acusaciones que creen poder formular contra el antiguo jefe de Estado Mayor general de Vuestra Majestad; la historia se encargará de esta ingratitud; más conviene al heroísmo de Vuestra Majestad y del ejército, que se han sacrificado esterilmente en Querétaro, hacer conocer al mundo que, sin elementos de ninguna especie y después de haber perdido á sus mejores jefes, cinco mil soldados sostienen ahora esta plaza, después de un sitio de setenta días, establecido por treinta mil hombres que tienen á su disposición todos los elementos del pais; que en este largo tiempo han transcurrido

cincuenta y cuatro días esperando en vano al general Márquez, quien debía regresar de México en el término de veinte días; y, en fin, que durante la defensa de Querétaro, el enemigo ha sido atacado frecuentemente por nuestras tropas, batido en sus propias posiciones, privado de la mitad del número de sus piezas de artillería y arrojado de nuestra extensa línea de defensa, de la cual no ha podido forzar, ni ocupar algunos de sus puntos.

"La falta absoluta de noticias del general Márquez, *que ni una sola comunicación ha enviado en cincuenta y cuatro días*, mientras que Vuestra Majestad ha recibido algunas de Irribarren, ministro del Interior, ha sumergido á Vuestra Majestad y al ejército en una terrible duda, desde el día en que salió este general de la plaza. *Ante el hecho de que no ha socorrido este general la plaza*, y teniendo en cuenta las declaraciones de los prisioneros hechos al enemigo, quienes aseguran que el general Márquez permanece aún en la capital, (lo que es indudable), ha llegado el momento de dar fin á una defensa materialmente imposible de sostenerse por más tiempo, pues que el ejército y el pueblo son presa del hambre que dentro de pocos días se hará sentir con todos sus horrores, aniquilando con un solo golpe la constancia de la población y la moral del soldado, debilitadas por la miseria, por el rigor de la estación de las aguas, que se han adelantado este año, y por las fatigas de toda especie que hemos vencido desde el 6 de marzo último.

"Vuestra Majestad y todo el ejército tienen derecho á la noble satisfacción de haber colocado muy alto el honor de las armas nacionales, dando al mundo el ejemplo de un heroísmo poco común, de un heroísmo capaz de las empresas más atrevidas, dirigidas por una voluntad enérgica y un sentimiento de verdadero patriotismo. La inmensa responsabilidad de los funestos acontecimientos que van á precipitarse sobre México es completamente extraña á Vuestra Majestad y á su constante y valiente ejército."

Terminaron los generales proponiendo al Emperador que atacaran resueltamente á los republicanos y abandonaran la plaza, si esta operación no producía el efecto que se deseaba.

Se designó la noche del 14 de mayo, para hacer un esfuerzo supremo en favor de la salvación común y de la causa sostenida por tantos medios tan extraordinarios como estériles. Se dieron algunas órdenes para la ejecución de este pensamiento militar de Miramón, y se había retirado de la línea de defensa una parte de la artillería, para establecer con ella una fuerte batería encargada de proteger la salida de las tropas; eran las ocho de la noche, y á las doce se debía hacer el movimiento, que pondría fin á una situación tan difícil como inevitable.

Detenido lo más posible el ejército por Mejía, le había llegado su turno á Mendez. El coronel Redonet y el general Castillo fueron sus agentes para obtener de Maximiliano y Miramón que difiriesen hasta el día siguiente la salida del ejérci-

to. Esperando que se presentara el traidor López, quien entonces se hallaba en el campo republicano, ocupado en la venta de la plaza, y quien había sido llamado varias veces por orden del Emperador; desde las nueve hasta las once de la noche, momento en que volvió (a), transcurrieron las horas necesarias para disponer la salida, que por fin se diferió hasta el día siguiente, según los deseos de Mendez, á quien apoyaba Castillo.

Después de haber convenido, á las once de la noche, todo lo que debía hacerse en la madrugada del 15, se despidió del Emperador de las personas que se encontraban á su lado. Algunos instantes después, él y los generales que habían

(a) Durante la ausencia del coronel López, en su alojamiento quedó el teniente coronel Antonio Yablousky, con orden de que dijera, cuando de parte del Emperador llamaran á aquél: "que había ido á donde ya sabía."

Félix de Salm, en su libro *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, dice en la página 167, después de referir que hubo un consejo de guerra en la noche del 14, á las diez, para tratar sobre el punto de ataque, al hacer la salida:

"Después que se habían retirado los generales, mandó el Emperador por López y le condecoró con la medalla al valor. A causa de qué ó por qué hechos, ha sido para mí un enigma."

Que en ese momento el Emperador y López trataban de la entrega de la plaza, no cabe duda; pues el mismísimo Salm afirma en su citado libro, página 158:

"Cuando me hallaba sentado escribiendo en el cuarto del Emperador, con su perrito "King Charles el Baby" sobre las piernas, entró López y en un rincón dijo algo al oído al Emperador." [Nota de A. P.]

asistido á esta última conferencia, tomaban algún descanso para prepararse á las fatigas del día siguiente, en el cual, de cualquiera manera, debían verificarse los acontecimientos más notables.

La traición del general Márquez tuvo entonces por complemento la de López, quien salió de la plaza segunda vez, entrando después para hacer retirar de su línea las tropas que la cubrían, desarmando á unos soldados, haciendo que otros voltearan las piezas que defendían la entrada de la Cruz, dando órdenes á nombre del Emperador y conduciendo á los republicanos desde la línea de defensa hasta el convento de San Francisco, situado en medio de la ciudad: entregó la plaza á los sitiadores y coronó la obra del general Márquez.

A la hora de la aurora, puesto que entraba en el plan de esta traición el pensamiento estúpido de que permaneciera en secreto, se hizo saber al Emperador que el enemigo había penetrado en el cuartel general, y con esta intención se le dejó pasar en medio de los soldados republicanos y llegar al *Cerro de las Campanas*. Estando Miramón por casualidad en la calle, y viéndose repentinamente en medio de los enemigos, se defendió con arrojo y recibió una herida en la mejilla (a). Las noticias de la traición de López,

(a) Serían las seis de la mañana, cuando Miramón, en camino al Convento de la Cruz, donde creía hallar á Maximiliano, dió de frente con un piquete de tropa republicana, entre cuyo jefe y él se tirotearon á quemarropa con

de la herida del general comandante de infantería y de la ocupación del centro de la plaza por el enemigo, del cerco de las líneas de defensa sobre su frente y su retaguardia, se esparcieron rápidamente; todas estas noticias tan graves como inesperadas produjeron un desorden, una con-

sus pistolas. Miramón salió herido en la mejilla derecha, y á su ayudante Ordóñez se le creyó muerto.

Miramón, restañándose con su pañuelo la herida, entró en la casa del doctor Vicente Licea, quien despertó preguntándole:

—¿Qué ha pasado, señor? ¿En qué puedo ser útil á usted?

Miramón, sin poder articular palabra, ocupó la cama del doctor. A poco dijo:

—Estoy herido: hágame usted el favor de extraerme una bala que tengo en la mejilla.

El proyectil, pequeño, se había intrusado en la mandíbula: entró y salió, astillando ligeramente el hueso maxilar. Al practicarse un reconocimiento en la herida, la pinza y el esfuerzo hecho por el doctor, para desprender la esquirra, produjeron dolor intenso al general, que suplicó ya no se la extrajera.

Después un oficial de apellido Segura, al frente de una escolta, penetró en la casa á catearla. Se acercó á la cama del enfermo, le preguntó quién era y contestó impasible:

—El general Miguel Miramón.

Al doctor Licea se le acusa de ser el delator de Miramón.

Un mexicano imperial, emigrado en la Habana, refirió, el mes de diciembre de 1867, esto:

“Herido Miramón, dijo que le buscaran á un médico para que le extrajese la bala de la cara, que restañase la sangre y curase, para ponerse á la cabeza de algún regimiento fiel y salirse rompiendo las filas enemigas, llevando consigo á S. M. La herida no era grave, pero producía una hemo-

fusión y una desanimación indescriptibles. En medio del fuego de los soldados imperiales, que inhumanamente eran asesinados en las calles, de las demostraciones victoriosas del enemigo y de la dispersión de los sitiados, desapareció y fué anonadado el pequeño cuerpo de tropas que du-

rragia considerable; y para contenerla se solicitó médico. Fué Licea, pero en vez de contener la hemorragia y extraer violentamente la bala, dilató la operación y mandó llamar á Escobedo para entregar á Miramón. Entre tanto, del bolsillo de la levita de este héroe extrajo la cartera, en la que había seis onzas de oro; se las guardó, y entregó á Escobedo la cartera con los papeles. Este, á pesar de ser quien es, se indignó por hecho tan indigno y tan feo, y devolvió á Miramón su cartera, diciéndole:

—General, aquí tiene usted su cartera; le aseguro bajo palabra de honor que no he leído sus papeles.

—Puede usted leerlos—contestó Miramón:—son papeles de familia y apuntes míos que no contienen secretos; pero por el peso conozco que faltan seis onzas, que dentro había.

—Debe haberlas cogido Licea—dijo Escobedo—porque tenía oro en la mano cuando me entregó la cartera: voy á hacer que las devuelva.

—No—replicó Miramón—si él las tiene, que las guarde en pago de lo que ha hecho conmigo.

Vino á México Licea; supo que el Almirante austriaco estaba recogiendo las prendas que habían pertenecido á nuestro Soberano, y le pidió quince mil pesos por las que él tenía. El Almirante contestó:

—Que me forme una lista de los objetos que sean y del precio en que los venda, y me la mande firmada.

La formó y remitió Licea, y con ella el Almirante se presentó al Gobierno, quien mandó entregar las prendas y poner preso y procesar, como ladrón, á Licea.” [Nota de A. P.]

rante setenta días había defendido con heroísmo una plaza, que no pudo tomarse, sino por la traición: algunos instantes después, estaban prisioneros el Emperador y la mayor parte de su ejército. Los generales, jefes y oficiales que no estaban en las líneas, dormían en sus alojamientos, en donde fueron despertados por el enemigo. Todo había terminado el 15 de mayo, á las ocho de la mañana. Sin embargo, en esta ocasión no hubo ejército victorioso: el triunfo deja de merecer este nombre, cuando no se conquista por medio de las armas, sino que se compra á precio de oro. En cambio, existía destronado un noble Soberano, y millares de prisioneros se hallaban bajo el poder de sus enemigos.

Para que fuese más odioso este desenlace trágico, intervinieron en él la traición, la defección y la negra ingratitud; la laboriosa intriga del general Márquez fué concluida, no sólo por el traidor López, sino también por el tráfuga Velez, á quien entregó aquél la plaza en las primeras horas de la madrugada del día 15. Había pertenecido Velez al ejército imperial; fué uno de los generales nombrados para recibir á Maximiliano cuando entró en México. El Emperador le invitó á comer una vez en su compañía, y el tráfuga, en una época en que la más leve irregularidad en la carrera militar hacía perder la más brillante posición, recibió del Imperio el favor de que se le reconociera como general, siendo público y notorio que habiendo ingresado en el ejército con el grado de capitán, no tenía el despacho de

comandante, y mucho menos el de teniente coronel. A estas distinciones que realmente no merecía, correspondió pasándose al campo republicano, al ver claramente que el Imperio se desquiciaba, procurando desempeñar el principal papel en la venta de Querétaro.

Mas no es esto todo. La plaza que la traición hizo sucumbir, debió ser sagrada para Vélez, sólo porque allí estaba Miramón, su mejor amigo, su bienhechor, el que le había dado una carrera, el que le había elevado á una altura que nunca ocupará de nuevo. La protección que el Emperador dispensó al traidor López, y que tanto agrava su infame conducta, es muy insignificante si se compara con la que Miramón acordó á Vélez; y, sin embargo, este hombre debía arrastrar al suplicio al ilustre general, cuya única falta consistió en haber favorecido á un ser indigno de su bondad. ¡Tal fué la obra, tales los medios que se emplearon para realizarla! (1)

(1) En marzo de 1847, cuando los norteamericanos atacaron la plaza de Veracruz, la bandera del baluarte de Santa Bárbara cayó repetidas veces por los proyectiles, y otras tantas fué izada gracias á dos héroes: el capitán de marina Sebastián Holzinger y un niño, de doce años de edad, subteniente de la Guardia Nacional de Orizaba. Llegó vez en que éste último, derribada la bandera, la levantase y sostuviera con el brazo tendido, frente á las baterías enemigas, mientras se traía una asta en que volver á izarla. La facción del subteniente Sebastián Hernández, su antecesor en el punto, duró veinticuatro horas y dejó muerta una tercera parte de su fuerza. La facción del niño duró cuarenta y ocho horas y no quedaron vivos mas que el ca-

Poco tiempo después de haber caído prisionero Maximiliano, supo lo que antes ignoraba, es decir, los principales hechos de la conducta del general Márquez. Entonces declaró solemnemente al Embajador de Austria en México y á otros ministros extranjeros, que este general era

pitán, dos sargentos, un soldado y él. En este lugar una recia y continua lluvia de balas sembraba la muerte. No había heridos.

Así que todo pareció perdido, el niño se apoderó de la bandera y la guardó en su seno. Después los prisioneros desfilaron ante el general Winfield Scott, para recuperar su libertad. Cuando el niño pasó, se le detuvo y pidió que entregase la bandera.

—La entregaré solamente con mi vida,—dijo tocándose el pecho.

El general Scott, después de esta respuesta, peroró á su Estado Mayor, y se le ordenó al niño que continuara su marcha. Habíase alejado como cincuenta metros, cuando se le mandó llamar para preguntarle si tenía recursos. Manifestó que ninguno; entonces el general Scott quiso darle un puñado de onzas de oro, las cuales rehusó diciendo:

—Yo no puedo recibir nada de los que vienen á desgarrar á mi patria.

El general Scott, conmovido profundamente, hizo un cariño al prisionero y con su media lengua dióle á entender que siguiera su camino.

Después este mismo niño fué cogido prisionero en el desastre de Cerro Gordo. Tres días y tres noches permaneció encerrado y olvidado en un cuartucho de un caserón que ocupaban fuerzas norteamericanas. Por más que llamó á la puerta durante este tiempo, nadie de los enemigos se acordó de él, quien, casi sin alientos, pegaba la lengua en el piso húmedo, para apagar su sed, sin encontrar consuelo. Por fin, un día le abrió la prisión un soldado enemigo

el principal traidor, lo que el Barón de Lago comunicó oficialmente á su gobierno en su nota de 25 de junio de 1867, que á la letra dice: "*Por otra parte, Su Majestad el Emperador había señalado á mi y á mis colegas, al general Márquez como el mayor traidor*, quien, después de su sali-

y haciéndole señas, por no hablar jota de castellano, dióle á entender que iba á ser pasado por las armas, y le condujo, indicándole que guardase silencio, á una caballeriza. Allí metió al niño en un costal, entre desperdicios de pasturas y estiércol, para ocultarle de la vista de la guardia, y luego se echó el bulto en hombros y salió hacia un muladar, donde vaciado el costal, surgió el prisionero y quedó salvo y libre.

Este valiente de tan cortos años se llama Francisco A. Vélez, nacido en Jalapa el 24 de julio de 1835, quien no había aprendido mas que este consejo, de los propios labios de su tierna madre: Pancho, hijo mío, no olvides nunca esto que te digo: el que de ti se fie, no lo engañes.

Transcurrido tiempo y andando en la carrera de las armas, vertió su sangre en Ahualulco, por dar la victoria, ese día, como cuelga, al general Miguel Miramón.

Esa victoria debióse á la ciencia militar y el valor del general Leonardo Márquez, quien hizo ver á Miramón, que hasta rehusaba el ataque, que podía invertirse la posición al enemigo.

La bala que en esa batalla hirió al general Vélez, permanece todavía alojada en su cuerpo.

Cierta vez, caminando entre los dos grandes volcanes de Puebla, en compañía de Miramón y de Joaquín Casarín, les aprehendió Juan Ruiz, guerrillero de Chalco y defensor del gobierno. Vélez salvó á sus compañeros gracias á su sangre fría. Esa vez se le puso el apellido de Muñoz á Miramón y pasó por subteniente.

En la mañana que amaneció Puebla pronunciada por el

da de Querétaro, había obrado en un sentido enteramente opuesto á las instrucciones que había recibido del Emperador, quien me manifestó que el general Márquez no tenía autorización para dirigirse sobre Puebla, y que, al contrario, había recibido órdenes terminantes para regresar á

movimiento reaccionario que acudilló el general Orihuela, salieron del cuartel de San José, con el objeto de sofocar dicho pronunciamiento, dos regimientos compuestos cada uno de cuatrocientos hombres, siendo el 2 que mandaba el general coronel Cayetano Montero, en cuyo regimiento servía el general Ignacio M. Escudero, como teniente, y el regimiento Lanceros de México, que mandaba el coronel Domingo Sotomayor, y en el que servía como segundo ayudante el coronel Isidro Reyes.

Esos regimientos, que, en el desempeño de su comisión, llegaron hasta la esquina de la calle de Mercaderes, fueron dispersados por un metrallazo que á quema ropa disparó con una sola pieza que tenía en la esquina de Mercaderes el general Francisco A. Vélez, que era entonces jefe de la división de artillería.

En verdad esta victoria la debió Miramón á Vélez.

El 11 de Abril de 1859, su acometida dió la victoria á Márquez. En un momento de indecisión, en lo más recio de la lucha, Márquez le dijo, indicando un callejón por donde se ganaba la posición culminante del enemigo:

—Ahora, Panchito.

Después de la victoria, Vélez se acercó á Márquez, y le suplicó que concediera la vida á los prisioneros.

—Y usted quién es—le replicó despoticamente Márquez—para venir á pedirme la vida de ellos?

—Señor, soy el Panchito de esta mañana.

Refiere el general Vélez que en seguida los vió ya muertos. Estaban en fila los cadáveres. El primero era el de Lazcano,

Querétaro con la guarnición de México y el dinero que estaba depositado en esa capital, con el objeto de presentar al principal ejército de los liberales una batalla decisiva, cuyo éxito no podía ser dudoso.

“Después de haber esperado, aunque en vano, la vuelta del general Márquez, y después de ha-

—Me parece que lo estoy viendo—cuenta el general Vélez—tenía un pantalón ajustado con una cenefa. ¡Aquello me causó horror!

El 26 de enero de 1867, abandonando á su esposa con tres chiquitines, en una casita de por San Cosme, salió de México, acompañado de su sirviente Ignacio, y pernoctó en Tlalpam. El general O'Horan le recibió con los brazos abiertos é hizo que remudase caballo el sirviente.

El 2 de febrero recibió en Huixquilucan una carta de Riva Palacio. El 10, otra, en que le llamaba á Toluca.

El 7 batió á Tabera en las Cruces y obtuvo el triunfo con indios que él había hecho soldados.

El 12 llegó á Toluca y se encargó del mando de la división de la infantería: Cazadores, 1º, 2º y 3º Ligeros y Cazadores de la Montaña. El resto de ese mes estuvo enfermo.

El 16 de marzo salió rumbo al sitio de Querétaro y llegó con su fuerza el 22.

El 24 atacó á Casa Blanca por orden del general Corona, y fué rechazado, perdiendo 800 hombres.

En mayo 15 tomó la Cruz, y el 25 vino á México con 300 caballos y ocho piezas de batalla.

El 30 llegó al cuartel general, en Tacubaya.

Entró en México el 21.

Sus notas salientes de soldado han sido siempre: valor y humanidad.

Sus valimientos notorios han hecho que ocupe altos puestos públicos, en que nunca se le ha dejado de querer.

Alguna vez, compelido por nuestros ruegos, nos ha dicho

ber combatido felizmente con un ejército seis veces más numeroso, tomaron la resolución de abandonar la ciudad de Querétaro, y dirigirse sobre México. Debían partir en la madrugada del 15; mas á las tres de la mañana, el traidor López, protegido hasta entonces del Emperador, y comandante del convento fortificado de la Cruz, introdujo al enemigo por este punto, que completamente domina á Querétaro."

El Emperador dijo al abogado Riva Palacio, uno de sus defensores, y notabilidad respetable entre los liberales, y á todas las personas que lo visitaban en su prisión: "*No soy vengativo; debo los males que me agobian á Márquez y á López: Dios los juzgará*" (1). Otras veces exclamaba: "*Yo perdonaré á López antes que á Márquez.*"

Y sin embargo, el desgraciado Maximiliano ignoró los actos más infames de la traición.

—Yo no he matado, ni he sido cruel, ni me he vengado de nadie, ni me he cogido nada.

En efecto, tiene por testimonio los hechos.

Este es el hombre en quien se ocupa Arellano. [Nota de A. P.]

(1) Debemos hacer constar, en reivindicación del coronel Miguel López, que los Lics. Eulafio María Ortega, Jesús María Vázquez, Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre, defensores de Maximiliano, no hacen la menor mención, en sus defensas, de aquel militar y su traición. Y téngase presente que estos jurisconsultos notables por su saber acudieron á todos los medios posibles para salvar á su defensor. ¡Es muy extraño este silencio absoluto acerca de un hecho de tanta trascendencia para la salvación del Emperador! [Nota de A. P.]

XIX.

Arellano se escapa de los republicanos.—Ejecución de Méndez.—Arellano ofrece sus servicios á Maximiliano.—Se dirige á México.—Entra en Tacubaya.—Evade el rigor del sitio de la capital y entra en ella.—Confirma las falsas noticias dadas por Márquez respecto de la próxima llegada del Emperador á la Capital.—Márquez no ignoraba los acontecimientos de Querétaro.—Conducta de este general durante el sitio de la Capital.—Se desembara de los Ministros Vidaurri y Portilla.—Dispone de 150,000 pesos que Vidaurri enviaba al Emperador.—Increíble extremo de su venganza contra Miramón.—Prodiga grados y condecoraciones.—Conferencia de Márquez y Arellano la noche del 14 de junio.—Estrategema empleada para dar valor al ejército y al pueblo.—Sensación pública.—Últimos deseos de Márquez.—Fusilamientos en Querétaro.—La venganza satisfecha de Márquez pone fin á la penosa situación de la Capital.

Después de haber permanecido al lado del Emperador hasta las once de la noche del día 14 de mayo, tratando de la suspensión del movimiento dispuesto para hacer un esfuerzo decisivo que pondría término á la crítica situación de las tropas imperiales, Arellano se ocupó en varios negocios de Maximiliano y Miramón, negocios que debió haber tratado por escrito hasta las cuatro

ber combatido felizmente con un ejército seis veces más numeroso, tomaron la resolución de abandonar la ciudad de Querétaro, y dirigirse sobre México. Debían partir en la madrugada del 15; mas á las tres de la mañana, el traidor López, protegido hasta entonces del Emperador, y comandante del convento fortificado de la Cruz, introdujo al enemigo por este punto, que completamente domina á Querétaro."

El Emperador dijo al abogado Riva Palacio, uno de sus defensores, y notabilidad respetable entre los liberales, y á todas las personas que lo visitaban en su prisión: "*No soy vengativo; debo los males que me agobian á Márquez y á López: Dios los juzgará*" (1). Otras veces exclamaba: "*Yo perdonaré á López antes que á Márquez.*"

Y sin embargo, el desgraciado Maximiliano ignoró los actos más infames de la traición.

—Yo no he matado, ni he sido cruel, ni me he vengado de nadie, ni me he cogido nada.

En efecto, tiene por testimonio los hechos.

Este es el hombre en quien se ocupa Arellano. [Nota de A. P.]

(1) Debemos hacer constar, en reivindicación del coronel Miguel López, que los Lics. Eulafio María Ortega, Jesús María Vázquez, Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre, defensores de Maximiliano, no hacen la menor mención, en sus defensas, de aquel militar y su traición. Y téngase presente que estos jurisconsultos notables por su saber acudieron á todos los medios posibles para salvar á su defensor. ¡Es muy extraño este silencio absoluto acerca de un hecho de tanta trascendencia para la salvación del Emperador! [Nota de A. P.]

XIX.

Arellano se escapa de los republicanos.—Ejecución de Méndez.—Arellano ofrece sus servicios á Maximiliano.—Se dirige á México.—Entra en Tacubaya.—Evade el rigor del sitio de la capital y entra en ella.—Confirma las falsas noticias dadas por Márquez respecto de la próxima llegada del Emperador á la Capital.—Márquez no ignoraba los acontecimientos de Querétaro.—Conducta de este general durante el sitio de la Capital.—Se desembara de los Ministros Vidaurri y Portilla.—Dispone de 150,000 pesos que Vidaurri enviaba al Emperador.—Increíble extremo de su venganza contra Miramón.—Prodiga grados y condecoraciones.—Conferencia de Márquez y Arellano la noche del 14 de junio.—Estrategema empleada para dar valor al ejército y al pueblo.—Sensación pública.—Últimos deseos de Márquez.—Fusilamientos en Querétaro.—La venganza satisfecha de Márquez pone fin á la penosa situación de la Capital.

Después de haber permanecido al lado del Emperador hasta las once de la noche del día 14 de mayo, tratando de la suspensión del movimiento dispuesto para hacer un esfuerzo decisivo que pondría término á la crítica situación de las tropas imperiales, Arellano se ocupó en varios negocios de Maximiliano y Miramón, negocios que debió haber tratado por escrito hasta las cuatro

de la mañana del día siguiente, 15. ¡Cosa extraordinaria, que da la medida completamente de la sorpresa causada á los sitiadores por la traición de López: á las tres de la mañana comenzaron las operaciones para entregar la plaza á los republicanos, y nada percibieron los que velaban aquella noche en la ciudad!

Terminado el trabajo urgente que ocupaba á Arellano, se había entregado al sueño durante las tres horas que le quedaban; transcurridas éstas, despertó en poder del enemigo. Informado de la traición de López, y sin poder explicarse la realidad de lo que pasaba, quedó hecho prisionero por una guerrilla de Sinaloa. Convencido de que pagaría sin duda con su vida, su fidelidad á una causa política y su adhesión al Emperador, resolvió procurar su libertad personal. No siendo conocido por el jefe de la guerrilla que le capturó, y pasando como un oficial de poca importancia, le ofreció en cambio de su libertad, lo que estaba á su alcance (1).

(1) Las guerras civiles traen consigo la escoria de la sociedad, y forman estas gavillas de vándalos que encuentran la impunidad á la sombra de una bandera política. Felizmente la guerrilla que me hizo prisionero, se componía de bandidos de Sinaloa. El aspecto de su jefe me inspiró la idea de ofrecerle mi reloj y diez onzas de oro, si me dejaba en libertad, prometiéndole también que le daría 1,000 pesos si la noche siguiente me conducía fuera de la plaza. El jefe aceptó mi proposición sin vacilar, y encontrándome dueño de mi libertad, me guardé muy bien de cometer la imprudencia de esperar su regreso.

El destino, que no había decretado todavía su muerte, permitió que el guerrillero aceptara sus proposiciones y se contentara con recibir á título de rescate el valor mezquino que tenía á su disposición, bajo cualquiera forma (1).

Sabiendo que Méndez y Arellano no estaban entre los prisioneros, los jefes republicanos expedieron un decreto en que imponían la pena de muerte, sin formación de causa, á todos los imperialistas que no se presentasen en veinticuatro horas y que fueran aprehendidos. Una larga experiencia había enseñado á Arellano que el partido vencedor fusilaba sin compasión á los prisioneros de guerra y que jamás tenía piedad para los vencidos; esta experiencia le hizo despreciar las medidas sanguinarias que se dictaban para disfrazar el asesinato, y prefirió, como siempre, abandonarse al capricho de la fortuna. Mucho había avanzado la noche del 18, cuando los republicanos capturaron al general Méndez, á quien fusilaron á las once de la mañana del día siguiente, después de haber identificado su persona. La ejecución de Méndez se verificó enfrente de la fachada principal de la casa misma donde estaba oculto Arellano.

Para asistir más cómodamente á la sangrienta escena de la ejecución, muchos jefes republicanos, entre ellos Ugalde y muchos guerrilleros de renombre, penetraron en esta casa, y se instala-

(1) Como se ha leído en el prólogo, la salvación de Arellano debióse á haber traicionado á su partido.

ron en ella, á dos ó tres pasos del hombre á quien querían sacrificar por venganza política (1).

Luego que le fué posible, Arellano escribió á Maximiliano, pidiéndole sus órdenes, y manifestándole que estaba dispuesto á marchar á México, á Veracruz ó á Europa; ó en fin, á cualquier otro lugar en donde tuviera necesidad de sus servicios. El ilustre prisionero le contestó verbalmente que tratara de asegurar su libertad, y que después, en el extranjero, haría uso de su buena disposición (2).

Cumplidos estos deberes, cerca de Maximiliano, Arellano se puso á combatir tenazmente con-

(1) El general Ramón Méndez, después de la toma de la plaza de Querétaro por las fuerzas republicanas, el 15 de mayo, se ocultó en la casa letra E del callejón de Don Bartolo, donde fué capturado en las primeras horas del día 17 y conducido al ex-convento de Teresas, del cual fué sacado dos horas después para llevarlo á la prolongación de la calle del Cebadal, en la que fué ejecutado inmediatamente.

El general Méndez aplicó desapiadadamente la terrible ley de 3 de octubre de 1865 á los generales José María Arteaga y Carlos Salazar, sin que tuviesen conocimiento de ella; la cual ley, según decía en circular reservada á los jefes imperiales el ministro de guerra, general Juan de Dios Peza, "se había dado, no para que quedara escrita, sino para que tuviera una aplicación inflexible é inmediata."

Méndez fué implacable en la comisión de todo género de crímenes. (*Nota de A. P.*)

(2) Las personas que gozaban de la intimidad de Maximiliano, entre otras su secretario Blasio y su oficial de órdenes Pradillo, tuvieron conocimiento de mi carta.

tra la facción enemiga que se creía segura de que tarde ó temprano le conduciría al último suplicio. México y Veracruz eran los únicos puntos hacia donde podía dirigirse; á pesar de que las dos ciudades ya estaban sitiadas por los republicanos. Eligió la primera, por ser la más próxima á Querétaro, y porque abrigaba la esperanza de que se resolvería el general Márquez á hacer un supremo y último esfuerzo para salvar la vida de Maximiliano y la de Miramón.

Disfrazado cuidadosamente, salió de Querétaro Arellano, caminó cincuenta leguas y atravesó las filas de los republicanos, que, escalonados en el camino, se dirigían hacia la capital para engrosar las tropas sitiadoras; recorrió después un cuarto de círculo de la línea de circunvalación y penetró en el cuartel general de Tacubaya, en pleno día. Le pareció que este punto, en razón de los riesgos que ofrecía, era el más seguro. Triunfó de las dificultades casi invencibles que se le presentaban, puesto que se trataba de engañar á los sitiadores entrando en la capital, donde nadie penetraba sin autorización expresa del general en jefe de los republicanos. Quince días empleó en preparar un expediente que le ofreciese algunas probabilidades de buen éxito. ®

Supo el 14 de junio que ya se había reunido en Querétaro el consejo de guerra para juzgar al Emperador y á los generales Mejía y Miramón. No había tiempo que perder; la noche de aquel mismo día fué tan solemne y memorable para los acusados, puesto que entonces se les pronunció

su sentencia de muerte, como para él, que corría los mayores peligros.

Disfrazado de vivandero, salió de Tacubaya á la puesta del sol, atravesó la línea de los sitiadores y se dirigió hacia el punto que le pareció más conveniente. La fortuna le favoreció, y pudo penetrar en la plaza, por el lado del oeste.

Ignorando lo que pasaba en México, se dispuso para obrar convenientemente en todos los casos posibles. Apenas podía concebir que, después de un mes, casi se ignorasen en la capital los acontecimientos que habían tenido lugar en Querétaro; por lo mismo, fué grande su sorpresa cuando el general Tabera, comandante en jefe de las tropas de la capital, en la ansiedad en que se encontraba, tuvo la imprudencia de preguntarle ante una numerosa reunión si era cierto que se aproximaba el Emperador. Ante la idea de dar el golpe de gracia á la moral de los imperialistas, y por el temor de que se pudiese considerar como el verdadero autor de la pérdida de México, contestó afirmativamente; entonces fué conducido ante el general Márquez, con quien tuvo una importante conferencia, que se prolongó desde media noche hasta las cuatro de la mañana.

No ignoraba Márquez los acontecimientos de Querétaro, y respecto de algunos tenía mejores datos que el mismo Arellano, quien había sido testigo y actor. Sin embargo, después de hacer que fueran derrotadas las tropas que conducía hacia Puebla, y condenados á perecer irremisiblemente Maximiliano y sus soldados, se propuso

Márquez, como siempre, alejar cualquiera suposición respecto de su infame conducta, haciendo aparecer que todos sucumbían por faltas de los defensores de Querétaro, siendo evidente que éstos y el país entero le debían su propia ruina.

Pocos días después de la derrota de San Lorenzo, se presentaron frente á México las tropas republicanas. Márquez proseguía su plan de venganza, y llevó su crueldad hasta el punto de exponer la populosa capital á los horrores de un prolongado sitio, sin más objeto que el de satisfacer sus bárbaras pasiones.

Desde su llegada á México, de donde debía sacar todas las tropas para auxiliar á los defensores de Querétaro, había anunciado que debía gobernar como delegado del Emperador, hasta que éste volviera á la capital; además, hizo comprender á la población y al ejército que tenía órdenes terminantes para defender la capital á todo trance.

Siguiendo, como siempre, el camino que debía conducirlo á su objeto oculto, procedió en México como en Querétaro, dejando en poder de los republicanos todos los elementos que pudieran facilitar sus operaciones, y particularmente los trenes del ferrocarril de Apizaco, que les fueron de grande utilidad para el trasporte de tropas y víveres.

Atendiendo sólo á la pérdida de Querétaro, y con el fin de quitar todo prestigio al gobierno imperial, se abandonó á toda especie de violencias contra los capitalistas, para que le dieran el

dinero de que tenía tanta necesidad. Entre las medidas que tomó y que revelan una increíble depravación de sentimientos, la principal consistía en enviar á los puntos más peligrosos de las líneas á los ricos que se hallaban en la imposibilidad de entregarle en numerario las fuertes cantidades que les había asignado, al mismo tiempo que sitiaba á las familias, ocupando sus casas la fuerza armada é impidiendo que tomaran alimento alguno, hasta que entregasen la suma pedida. Para hacer estos medios más eficaces, hacía separar á los niños de sus nodrizas, impidiendo que estos seres débiles pudiesen mamar, si no se entregaba el dinero que á sus padres se les había exigido (1).

La presencia de los ministros Vidaurri y Portilla, hombres leales, unidos por Maximiliano á un traidor, era un obstáculo que se oponía á sus proyectos, y por esto se desembarazó de ellos con la mayor facilidad. Nulificó de tal manera al primero, quien ocupaba el elevado puesto de Presidente del Consejo y Ministro de Hacienda, que le obligó á retirarse á su casa, de donde no debía salir, sino para marchar al cadalso. Destituyó al segundo, alegando que sus funciones eran incompatibles con el estado de sitio en que se hallaba la ciudad. El día en que Márquez alejó del ministerio de la guerra al honrado y leal general (2),

(1) La familia de Rincón Gallardo fué víctima de uno de estos actos de barbarie.

(2) Traicionó al Imperio y á Márquez, ofreciendo al

puesto que ocupaba por voluntad expresa y reiterada del Emperador, Portilla presentó su dimisión, herido por las medidas arbitrarias del lugarteniente del Imperio. No podía éste perdonar que Portilla hubiera tenido la intención de sujetarlo á un consejo de guerra, por la conducta que había observado en la expedición á Puebla. La dimisión de Portilla terminaba con estas enérgicas palabras:

“No me es posible desempeñar el Ministerio de la Guerra, decía Portilla, puesto que se me ha quitado el libre ejercicio de mis atribuciones. En consecuencia, pido á V. E. el permiso de renunciar este empleo, suplicándole, si encuentra comprometida mi responsabilidad, me haga comparecer ante el tribunal respectivo; mas si no pareciese conveniente á V. E. esta última determinación, le suplico me confíe el puesto militar en que me crea útil. *Declaro al mismo tiempo á V. E. que en primera ocasión haré valer todos mis derechos de Ministro de la Guerra, ahora ultrajados*” (1).

Hemos dicho que la libranza de 150,000 pesos, enviada á Querétaro por el Ministro de Hacienda, había sido guardada por el traidor, que privó

general Díaz la entrega de la plaza de México. *Entrevista con el general Porfirio Díaz. (Nota de A. P.)*

(1) Durante nuestra residencia en la Habana, debimos á la bondad del general Portilla, detalles importantes respecto de la conducta del general Márquez, una copia de la renuncia del primero y otros documentos interesantes.

de esta manera á los defensores de esta plaza de un recurso importante, que por sí sólo habria servido para salvar la situación. Efectivamente, esta libranza no llegó á su destino.

Cuando el general Márquez pudo obrar sin tener que responder de su infame conducta, se presentó al consejo de ministros, con la libranza y otros pliegos, que según él habían quedado olvidados en la Administración de Correos. Como estos pliegos correspondían á los diversos secretarios de Estado, envió á cada ministro los que provenían de su departamento respectivo; y en presencia de los miembros del Consejo abrió el suyo, que contenía *por casualidad* la libranza referida de 150,000 pesos, cantidad que se hizo pagar por la casa de Barrón (1).

Triunfante la traición, después de la pérdida de Querétaro, quedaron en fin Maximiliano y Miramón á discreción de los hombres que debían sacrificarlos; la venganza de Márquez traspasó entonces los límites de lo que es posible imaginarse: quiso privar á sus víctimas del consuelo de una defensa eficaz y vigorosa. Incapaz de sufrir las consecuencias morales de su conducta, no permi-

(1) Esta casa es millonaria y una de las más conocidas en México. El hecho que acabo de relatar fué público. El mismo general Márquez me lo refirió la noche de mi entrada en México. Inútil es decir que este último atribuía á una desgraciada casualidad el olvido de la administración de correos. Para probar mejor su buena fe, Márquez era capaz de mandar fusilar desde el director hasta el último empleado de dicha oficina.

tió la salida de los defensores, á quienes se les instruyó de la misión que debían desempeñar por el abogado Riva Palacio, padre del jefe republicano de este apellido, quien había tenido una conferencia, el 28 de mayo, con el general en jefe de las fuerzas sitiadoras (1).

Márquez había recibido anteriormente un telegrama en que le ordenaba Maximiliano que enviase á los defensores elegidos por él; mas guardó secretamente este despacho, fingiendo no haberlo recibido, de manera que el público no supo esto, sino después de la entrada de las fuerzas republicanas en México, y por los diarios que publicaron el telegrama. Retardó Márquez tanto como le fué posible la salida de los defensores y de los representantes extranjeros que habían sido llamados por el Emperador. El Barón de Lago, embajador de Austria, lo prueba en su nota fecha 23 de junio de 1867, dirigida al gobierno de Viena, nota motivada por las dificultades que tuvo necesidad de vencer para obsequiar la voluntad del Emperador. «No obstante los obstáculos que el lugarteniente del Imperio opuso á mi partida, dice este diplomático, pude salir de México el 31 del mes último.»

Mas Miramón no tuvo la triste satisfacción concedida á Maximiliano. En este momento su voz no tenía prestigio, y su enemigo pudo cometer

(1) El *Memorandum* publicado en México por los defensores de Maximiliano, da fe de esto. (Véanse las páginas 12 y 13 de esta publicación).

impunemente la mayor y la más cruel de las infamias. Al crimen de traicionar á Miramón, agregó Márquez el de privarle de la defensa que deseaba, último consuelo y única esperanza que puede concebir el hombre frente al cadalso. Felizmente, los defensores tuvieron la previsión de formular una protesta ante el cónsul de los Estados Unidos, M. Marcus Ottemburgo, y en presencia de tres testigos. De esta manera proporcionaron á la historia la prueba de la infamia de Márquez (1), relegando al asesino al lugar degradante que merece, y manifestando que nadie puede tenderle la mano, sin mancharse con la sangre cobardemente derramada.

Mientras que procedía de esta manera el lugarteniente del Imperio, prolongaba también la penosa situación de la población de México, por medio de un tejido de mentiras que podrían disculparse si se hubiera tratado de alcanzar algún resultado favorable; pero que eran criminales é indignas, tratándose sólo de salvar las apariencias y de cubrir la más horrible de las traiciones.

Trasformado en verdadero soberano, aunque sólo había recibido plenos poderes para marchar en socorro de Querétaro, el traidor creó generales de brigada y división, y prodigó grados y cruces de todas categorías y de todas clases.

(1) La protesta de los defensores nombrados por Miramón fué formulada en 25 de junio de 1867, y publicada con la certificación y el sello del consulado de los Estados Unidos, en el número 28 del diario *El Globo* de México, correspondiente al 28 de junio del mismo año.

Maximiliano, durante el sitio de Querétaro, sólo nombró un general, á Arellano, y sólo concedió tres cruces del águila mexicana; Márquez en México distribuía profusamente condecoraciones y distintivos, haciendo creer que eran legales estas concesiones (1).

Inmediatamente que supo Márquez la llegada de Arellano á la capital, por medio del telégrafo dió parte de este acontecimiento á los diversos cuerpos que formaban la línea de defensa, asegurándoles que el Emperador se dirigía á México.

En la prolongada conferencia de Márquez y Arellano, éste le refirió los detalles de la defensa de Querétaro, desde su salida de la plaza hasta el desastre del 15 de mayo; le dió al lugarteniente del Imperio todos los datos exactos respecto del número de tropas que sitiaban á México, y de los lugares que ocupaban en la línea extensa que cubrían; le demostró la facilidad con que podría batirse al enemigo en detal; para este caso le ofreció su espada, y le indujo á que hi-

(1) La prueba de que Márquez no tenía los poderes necesarios para conferir grados y condecoraciones, está principalmente en que Maximiliano concedió el 10 de abril, tercer aniversario de su aceptación del trono de México, el grado de general de brigada al coronel Quiroga, que entonces estaba en México á las órdenes del general Márquez, y á quien le había concedido este grado el lugarteniente del Imperio, desde fin de marzo. El mismo día el Emperador decretó las condecoraciones destinadas para recompensar á ciertos personajes militares ó civiles de la capital.

ciera el esfuerzo último para salvar al Emperador. El lugarteniente manifestó á Arellano que no ignoraba los acontecimientos de Querétaro; que diariamente recibía noticias relativas á ellos, ciertas y precisas, por conducto de una señora de alta posición social que se había trasladado á Tacubaya con ese objeto; que los republicanos de México hacían circular, por medio de impresos, todas las noticias fatales para el Imperio; que los prisioneros hechos á los sitiadores contaban también lo de Querétaro; que el capitán Guerra Manzanares, del Regimiento de la Emperatriz, había entrado en la capital pocos días después, el 15 de mayo, contando á todos la traición de López y sus consecuencias, por lo cual había sido reducido á prisión dicho capitán; que la salida de la esposa de Miramón y la de los defensores de Maximiliano eran bastante conocidas, y que uno de éstos había tenido una conferencia con Lacunza, Presidente del Consejo de Estado, pretendiendo hacer publicar la abdicación que Maximiliano había enviado á dicho señor Lacunza, en el caso en que fuera hecho prisionero ó que fuera fusilado; que los ministros y Tabera, el general en jefe, complicaban horriblemente la situación de la plaza por su desmoralización, y que no contaba con personas aptas para ayudarle en esa empresa. Terminó Márquez declarando á Arellano que consentía en atacar á los sitiadores; que en tal supuesto aceptaba sus servicios; pero que le recomendaba no confirmase los rumores que corrían acerca de la exacta verdad de los hechos

verificados, so pena de ver que la plaza sucumbiera inmediatamente.

Terminó esta conferencia á las cuatro de la mañana del día 15. Márquez suplicó á Arellano que le comunicase oficialmente y por escrito la noticia de la llegada próxima de Maximiliano y sus tropas á la capital, á fin de que pudiera solemnizarla con regocijos públicos, y reanimar así la moral del ejército y del pueblo, lo cual permitiría efectuar una salida decisiva contra los republicanos. Arellano respondió que, aunque era cierto que durante el sitio de Querétaro, el Emperador había hecho esparcir noticias falsas, bajo la firma de su jefe de Estado Mayor; sin embargo, esta estratagema estaba permitida en tiempo de guerra por el derecho de gentes; que en Europa los generales habían hecho más, falsificando firmas; que nada de esto ignoraba; pero que, sin embargo, nunca daría en términos precisos la noticia de que se trataba, que su presencia en la plaza sitiada era suficiente, así como la confirmación que daría de la noticia que debería publicar Márquez. Al momento de separarse, expresó Márquez el deseo de que hablase Arellano á los miembros del gabinete, reunidos, recordándole que los ministros eran de las personas más desmoralizadas. Arellano se rehusó á dar estas noticias falsas á los ministros; Márquez se encargó de inventar una novela respecto del pretendido socorro que el Emperador traía á la capital, con la condición de que lo apoyase Arellano.

Se dispuso que la entrevista se verificara á las

diez de la mañana en la sacristía de la iglesia de los Angeles, punto inmediato á Santiago, que era la residencia ordinaria del terrible lugarteniente del Imperio.

Las convicciones políticas de toda su vida; su adhesión á Maximiliano, quien en el último período de su efímero reinado le había colmado de consideraciones; la amistad que profesaba á Miramón, el más querido de sus discípulos y el más íntimo de sus amigos, todo esto, en una palabra, le imponía á Arellano la obligación de hacer mil sacrificios que serían inútiles á causa de la venganza y de la traición de Márquez.

El lugarteniente del Imperio no tenía necesidad de hacer grandes esfuerzos para que Arellano sostuviera en la conferencia la falsa noticia que había circulado en la plaza sitiada, sobre el próximo regreso de Maximiliano. Estaba prisionero el Emperador, mas el partido que le había elevado al trono podía aún salvarse de la inmensa ruina á la que debía ser arrastrado para satisfacer el despecho de un hombre, cuyas malas pasiones jamás pudieron definirse exactamente. La salvación de este partido dependía sólo de una pronta derrota de los sitiadores, cuatro veces más numerosos, pero diseminados en una línea de circunvalación de más de doce leguas de longitud. Era racional procurarse una victoria atacándoles por partes, renovando las salidas útiles, que se hacían durante el sitio de Querétaro en circunstancias menos favorables.

Si se obtenía la victoria, se detendría la ven-

ganza política de Juárez y de su ministerio, suspendida sobre la cabeza de Maximiliano y las de sus generales; mas si esto no era suficiente, quedaba el recurso de tomar en rehenes á ciertas notabilidades liberales que se encontraban en la ciudad, y de quienes se habría podido servir Márquez, no sólo para salvar la vida á los prisioneros, sino también para obtener su libertad, en razón de la fama de hombre terrible y sanguinario, que bien merecía y que tenía en realidad el lugarteniente del Imperio.

Tal vez la caprichosa fortuna no habría sido favorable á las armas imperiales, mas entonces sucumbirían con gloria, luchando hasta el último momento, sin ponerse á discreción del enemigo, resolución extrema, que en estos días de odios y de pasiones revolucionarias, salva del cadalso á algunos vencidos, sin perdonar á nadie las humillaciones de partido y los sufrimientos más horribles.

La generosa esperanza de hacer un servicio á los desgraciados prisioneros y al partido que iba á desaparecer en el torbellino de las venganzas, preocupó algunos momentos la imaginación de Arellano. Entonces no creía éste en la traición de Márquez, mas aun suponiendo lo contrario, jamás habría podido imaginarse que el lugarteniente del Imperio contribuiría á derramar la sangre de dos víctimas, Maximiliano y Miramón. Por otra parte, renunciando á esta sanguinaria y horrible satisfacción, el propio interés de Márquez debía arrojarle á una lucha que le permitiría al

menos salvarse del terrible naufragio que se presentaba. Arellano podía entonces estar seguro de que se arrancaría de las manos de los verdugos á sus víctimas; que se libertaría de inmensas desgracias al país; y que tendría entonces la satisfacción de haber dado á los acontecimientos de aquella época un impulso capaz de dirigirlos á un desenlace más favorable.

De cualquiera manera, siguiendo la conducta que se trazó, si el vulgo, la envidia y el espíritu de partido podían inculparle de haber sumergido durante algunos días en un estado penoso y de miseria á la capital, nunca podrían acusarlo de haber dado el golpe de gracia á los imperialistas. Decidióse, pues, á representar el papel que le imponían á la vez sus deberes y sus aspiraciones.

Muy pronto se disiparon sus ilusiones, no dejando en su lugar sino la más amarga de las realidades; Márquez tenía sed de la sangre de sus víctimas; y sólo permanecía en México para desvanecer cualquiera suposición respecto de su conducta. Por lo tanto, luego que la sangre enrojeció el *Cerro de las Campanas*, era preciso que pusiera fin á la horrible comedia que había desempeñado con increíble constancia. Hé aquí cuáles fueron los últimos actos de su traición:

Habiendo comunicado Márquez la llegada de Arellano á las tropas que cubrían las líneas de defensa, la noche del 14 de junio de 1867, se divulgó rápidamente esta noticia con la celeridad del rayo entre los habitantes de la ciudad, produciendo diversas y profundas sensaciones en todos

los partidos. Republicanos é imperiales conocían los detalles del desastre de Querétaro; los primeros lo aplaudían y lo consideraban como el triunfo infalible de su causa; éstos lo negaban, porque hería de muerte sus deseos más vivos. Los primeros daban gritos de rabia sabiendo que el general, que acababa de llegar, negaba abiertamente los acontecimientos originados por la traición de López; los segundos confundían sus ilusiones con la triste realidad de las cosas, acogiendo entusiasmados la noticia que destruía los temores generalmente esparcidos, después de 30 días de sufrimientos é inquietudes. Los unos y los otros, cuando el tiempo vino á confirmar la triste realidad de las cosas, confundían la responsabilidad de Márquez con la de Arellano, olvidando que éste no podía obrar, sino con arreglo á las circunstancias, y no considerando la inmensa responsabilidad que habrían hecho pesar sobre Arellano, aún los mismos que criticaban su conducta, si por un paso imprudente hubiera ocasionado la pérdida de la plaza sitiada; los unos y los otros le criticaron amargamente por no haber dicho la verdad á todos.

El espíritu público, excitado por grandes acontecimientos, tiene algunas veces rasgos particulares de candor: en este caso la opinión desconoce el derecho, olvida la historia y concibe deseos pueriles que no es posible satisfacer siempre. La efervescencia de los caracteres, en estos largos días de sufrimiento para unos, y de engañosas esperanzas para otros, condujo á pretender que,

habiendo entrado en una plaza sitiada un general, debía publicar los desgraciados acontecimientos que se habían verificado afuera. Ninguno se toma la pena de considerar, que sin duda habría sido muy oportuna la estratagema de que se ha hablado, y que habría merecido los elogios de muchos, si el general Márquez se hubiera resuelto á luchar con los sitiadores; y si en este ataque la fortuna caprichosa hubiese favorecido á las armas del Imperio.

Desde la aurora del 15 de junio, Arellano fué verdaderamente asaltado por una multitud de personas de todas categorías, de todos sexos y de todas edades, quienes en razón de su alta posición social, de sus antecedentes políticos ó de sus amistades, se creían con derecho para saber la realidad de las cosas. Arellano confirmaba en pocas palabras la noticia que circulaba en México y que causó un indescriptible entusiasmo entre los imperialistas.

Arellano se presentó á la hora fijada en la iglesia de los *Angeles*, según lo que se había convenido con Márquez. Este abusó de la complacencia de que Arellano había dado muchas pruebas únicamente por sostener la plaza y hacer triunfar á sus defensores; en vez de una simple reunión de las personas que formaban el gabinete, el lugarteniente del Imperio instaló el consejo de ministros, bajo su presidencia, ante el presidente del Consejo de Estado; después tomando la palabra, habló largamente refiriendo á su modo los acontecimientos de Querétaro, y la próxima lle-

gada de Maximiliano; al terminar, preguntó á Arellano si su narración estaba conforme con la que él mismo le había hecho. Arellano pensó primero desmentir al traidor, que á tal grado llevaba la impostura, deseando no engañar al Consejo de ministros reunido solemnemente; pero se contuvo, y creyó que más bien debía secundar los deseos de Márquez, no por temor á las medidas que contra él podía tomar el lugarteniente del Imperio, sino porque se hubiera perdido la situación en aquellos criticos momentos. Bajo esta presión moral, Arellano respondió afirmativamente, y la sesión terminó.

Márquez quería hacer pesar sobre Arellano la responsabilidad de la prolongación del penoso estado de México, cuando se presentara más tarde él mismo como una víctima del error en que había hecho caer á los ministros; mas el traidor fué inhábil en esta mezquina intriga, imaginándose que al fin el tiempo jamás publicaría las mil pruebas de traición, ni pondría de manifiesto los hechos consumados durante este fatal mes. Luego que se creyó al abrigo para el porvenir, publicó oficialmente la noticia, dando por autor á Arellano, la hizo comentar por los diarios de la capital y mandó solemnizarla.

Grande fué el entusiasmo del ejército imperial y de los partidarios del trono; un ligero esfuerzo habría bastado para obtener la victoria sobre los sitiadores, sobre todo en el momento en que un funesto error de los republicanos ofreció la ocasión más favorable y más segura para atacarlos.

Los sitiadores al oír desde sus puestos las salvas y las otras demostraciones de regocijo público de la capital, creyeron que ésta les abría sus puertas y que sus partidarios se habían sublevado, como ya lo esperaban; creyeron entonces los jefes sitiadores que de un solo golpe podrían tomar la ciudad, y la atacaron vigorosamente para apoyar el movimiento que creían efectuado en su favor. Mas entonces los sitiados, que en este momento estaban llenos de entusiasmo, ametrallaron las columnas republicanas, y las obligaron á retroceder, haciéndoles experimentar grandes pérdidas. Si en aquellos momentos se hubiera efectuado la salida solicitada por Arellano y aconsejada por el sentido común, el triunfo habría sido infalible.

Antes de que se verificara el error de los sitiadores, Arellano había aconsejado al general Márquez que no despreciara la oportunidad de tomar la ofensiva, porque al efímero entusiasmo del momento sucedería después un desaliento mayor que el pasado. El traidor manifestó la misma opinión, hasta el instante en que pudo engañar al ministerio y hacer circular oficialmente la falsa noticia; mas después alegó de nuevo contra los deseos de Arellano, el pretexto de una imposibilidad absoluta, y entró en su acostumbrada inacción, á pesar de las instancias del jefe de artillería.

Del 15 al 19 de junio, el lugarteniente del Imperio se ocupó activamente en una sola cosa: despojar con encarnizamiento á los ricos, á quie-

nes ya les había exigido rescate, y obligarlos á que dieran fuertes sumas, so pretexto de la próxima llegada de Maximiliano á la capital. Obtener este resultado, dejar toda suposición respecto de su traición, y aparecer ante el mundo entero como el principal sostén del Imperio hasta la muerte del Emperador: tal fué su única preocupación, mientras que engañaba por la centésima vez á un pueblo en desgracia y desesperado. Con este solo objeto prolongó por seis días los horribles sufrimientos de una población que ya era presa de los horrores de la miseria y del hambre; y en fin, para experimentar cómodamente la satisfacción de su venganza, añadió á las matanzas de Querétaro, de Puebla, de San Lorenzo y de México, de las cuales había sido la causa, la muerte de algunos centenares de mexicanos que perdieron la vida, ya en el ataque del 15 de junio, ya por las balas de ambos campamentos, durante los últimos seis días de una lucha tan sangrienta como estéril, puesto que no produjo resultado alguno satisfactorio.

Mas el día 18, la vuelta del Barón de Lago á Tacubaya, las gestiones que había hecho este diplomático cerca del general republicano para salvar á los austriacos, que formaban parte de los defensores de la capital, y finalmente, las cartas enviadas por él al coronel Khevenhüller, disiparon todas las dudas respecto de la posición de Maximiliano y su ejército. El consejo de ministros interpeló aquel día al lugarteniente del Imperio, sobre la realidad de las cosas, extrañando mucho

que Arellano hubiese dado la falsa noticia publicada y solemnizada oficialmente. Márquez se burló de los ministros, fingió sorprenderse de lo que acontecía, aseguró que procuraría verificar la verdad, y prometió mandar fusilar á Arellano si era cierta la noticia que le habían comunicado los ministros (1).

El 19 de junio, día nefando en la historia de México, un gran crimen ensangrentó el *cerro de las Campanas* de Querétaro. A las siete de la mañana Maximiliano, Miramón y Mejía cayeron heridos de muerte por las balas de la República. Las últimas palabras de los dos primeros fueron de paz y de concordia; su último pensamiento fué para la patria (2). Tranquila la conciencia de es-

(1) El mismo general Márquez me refirió esta escena, y lejos de dar sus disposiciones para mandarme fusilar, el día siguiente, 19 de junio, hizo que se me extendiera un duplicado del despacho de general, que el Emperador me había concedido, así como una orden para que el gran canciller me diera también un duplicado de la cruz de gran oficial de la Aguila Mexicana, última recompensa con que el Emperador me agració la noche del 14 de mayo. Me dió el general Márquez estos documentos, temiendo que los originales se hubieran extraviado entre los papeles que perdí en Querétaro.

(2) Don Juan de Dios Arias, que respiraba por la boca del general Mariano Escobedo, en tratándose de los sucesos del sitio y la ocupación de la plaza de Querétaro, refiere así ese gran trance:

“A las seis de la mañana del 19 de Junio, una división de 4,000 hombres, mandada por el general Díaz de León, formaba en cuadro al pie del cerro de las Campanas, por el frente que mira al nordeste. Multitud de gente del pue-

tas víctimas, condenaron á su verdugo al desprecio público, y elevaron sus magnánimas almas al trono de Dios

Márquez, el verdadero verdugo de estas ilustres víctimas, estaba en México. El telégrafo tras-

blo acudía silenciosa á colocarse en el vasto recinto de la colina. Los reos que habían dictado ya sus últimas disposiciones, y consagrado sus postreras horas á recibir los consuelos de la religión, subían cada cual acompañado de dos sacerdotes, á tres carruajes que debían conducirlos. Serían las siete y cuarto cuando llegaron al cuadro de tropa, frente al cual Maximiliano salió el primero, y dirigiéndose á Miramón y á Mejía, que sucesivamente habían dejado los coches, les dirigió la palabra, diciéndoles muy cortesmente: “vamos, señores.” Los sentenciados se dirigieron con paso firme al lugar del suplicio; allí se dieron un mutuo abrazo de despedida. Maximiliano sacó de su bolsa unas monedas de oro de á 20 pesos, que distribuyó entre los soldados que iban á fusilarlo. Mejía también dió á los que debían disparar sobre él, una onza de oro para que se la repartiessen; y en este intervalo, Maximiliano levantó la voz y dijo: “Voy á morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!” Miramón á su vez leyó en voz alta un papel en que decía: “Mexicanos: en el consejo mis defensores quisieron salvar mi vida; aquí, pronto á perderla, y cuando voy á comparecer delante de Dios, protesto contra la mancha de traidor que se ha querido arrojarne para cubrir mi sacrificio. Muero inocente de este crimen, y perdono á sus autores, esperando que Dios me perdone, y que mis compatriotas aparten tan fea mancha de mis hijos, haciéndome justicia. ¡Viva México!” Después, colocándose en el sitio designado, Maximiliano, que había suplicado no se le lastimase la ca-

mitia la fatal noticia de esta horrible ejecución al campamento de los sitiadores de esta plaza, de donde llegaría á conocimiento del lugarteniente del Imperio.

¡Estaba satisfecha la más horrible de las venganzas! ¡Había triunfado la más infame de las traiciones! ¡Estaba terminada la obra que se había proseguido laboriosamente en medio de mil crímenes sin nombre! ¡Estaban cumplidos los jura-

ra, separó su rubia barba con ambas manos, echándola hacia los hombros, y mostró el pecho: lo mismo hizo Miramón, diciendo á los soldados: "¡aquí!", señalándose el corazón y levantando la cabeza. Mejía no habló nada; tenía el crucifijo en la mano, que separó al ver que los soldados le apuntaban. Se dió la señal de fuego, y una descarga echó por tierra á los tres colosos del Imperio.

"Maximiliano no sucumbió en el acto, y se advirtió, porque ya caído pronunció estas palabras: "hombre, hombre." Entonces se adelantó un soldado para dispararle el golpe de gracia, con el cual exhaló el último aliento."

Maximiliano, la víspera, regaló su retrato al general Escobedo, con esta dedicatoria: *Al Señor General Mariano Escobedo. 18 de junio de 1867. Maximiliano.*

El general Escobedo guardaba como inapreciable reliquia histórica este retrato, así como uno de los fusiles con que fué ajusticiado Maximiliano, otro que sirvió para dar igual fin á Miramón, el par de pistolas de Mejía, quien, al ser conducido prisionero del cerro de las Campanas al convento de la Cruz, dijo á Escobedo: "Como un recuerdo, tenga usted la bondad de aceptar mis pistolas." El vencedor de Querétaro tenía también guardada en precioso estuche una de las onzas de oro de á veinte pesos, que Maximiliano repartió el día 19 entre los soldados que le fusilaron. (*Nota de A. P.*)

mentos hechos en los desiertos de oriente, á la vista de las pirámides de Egipto, y tomando el vino de los festines de Constantinopla. Nada faltaba que hacer, sino huir y buscar la soledad y el retiro para gozar del sangriento y horrible triunfo!

Márquez dió fin á su obra, procurando entregar la plaza á los sitiadores; el 19 de junio, día de su triunfo, dirigió al general en jefe de las tropas sitiadas, á los ministros y al consejo de Estado, la siguiente comunicación que era también la última de sus infames mentiras: "Supuesto que se ha probado que el Emperador está prisionero, el infrascrito cesa de ser el lugarteniente del Imperio. — (Firmado, Márquez.)"

En seguida se ocultó, abandonando á su propia suerte á los hombres é intereses comprometidos por su lealtad á la causa que había hecho perecer (1). Los defensores de México se rindieron á discreción; las fuerzas de la República entraron triunfantes en la capital; nuevas víctimas fueron inmoladas; y su sangre recayó entonces, en medio de las tinieblas, sobre Márquez, el verdugo de Maximiliano y de Miramón.

(1) Márquez se ocultó sin darme algún aviso para procurar mi salvación en medio de una plaza que se rendía á discreción, donde ningún mando tenía, y cuando yo debía ser el blanco del rencor de los vencedores. La inconsecuencia de que fui víctima en el momento en que daba al lugarteniente del Imperio una nueva prueba de mi lealtad fué tanto más grave, cuanto que la víspera me ofreció el mismo Márquez que, en caso de ocultarse, me haría saber inmediatamente esta resolución.

¡Que la humanidad entera se levante para lanzar el anatema de desprecio y execración sobre el infame asesino! ¡Que su última maldición sea para el cobarde traidor!

XX.

¿Tomó Márquez su venganza y consumó su crimen de acuerdo con los republicanos?—Los hechos responden afirmativamente.—Defensa de López.

Quedaría incompleta la descripción de una de las más horribles traiciones que puede ofrecernos la historia, si no se tratase de resolver esta cuestión que ha permanecido en la obscuridad. ¿Preparó Márquez su venganza y consumó su crimen de acuerdo con los republicanos?

Tal vez nunca llegue á penetrar la luz de la verdad hasta el fondo de este enigma; la traición seguramente no ha dejado huellas ni pruebas materiales sobre este punto; pero felizmente no hay necesidad de condenar al asesino. Probado el crimen, como lo está, nada pierde de su carácter, suponiendo que la ejecución haya sido ó no arreglada de antemano, de acuerdo con los hombres de partido republicano.

Mas si no pueden presentarse las pruebas escritas de esta combinación, cuando se considera la conducta infame del traidor Márquez, la con-

ciencia está obligada, sin embargo, á responder de una manera afirmativa á la cuestión propuesta (1) y los hechos mismos manifiestan patentemente la manera con que se ejecutó la venganza.

La cadena de funestos acontecimientos que acabamos de referir, tiene por primer eslabón el

(1) Ya desde 1867, estando en México el general Díaz, se tuvo empeño en deslucir algunos de sus hechos de armas: como la toma de Puebla, la derrota de Márquez en San Lorenzo y el sitio de México. Se dijo entonces, por pura mira política y para contrarrestar su creciente popularidad, que ya le impelia al poder: que la victoria de Puebla debíase en parte al general Alatorre, que había tomado Jalapa; que la derrota de Márquez en San Lorenzo, á la oportuna ayuda de la caballería del general Guadarrama; que sin combatir había tomado México.

El general Manuel González contestó así estos cargos: Alatorre tomó Jalapa cinco meses antes del asalto de Puebla, pero Alatorre era uno de los capitanes del general Díaz, en virtud de cuyas órdenes obró sobre Jalapa; la derrota de Márquez en San Lorenzo, la proporcionó el general Jesús Lalanne, disputándole el paso al jefe reaccionario, lo cual entorpeció su retirada y dió lugar á que se le alcanzase, sufriendo un descalabro; México se tomó al mes y siete días, después de la ocupación de Querétaro, y combatiendo, como lo prueban las víctimas innumerables de ambos ejércitos, inmoladas todavía la víspera de la rendición.

Y si esto no bastara para probar que no hubo inteligencias entre Márquez y el general Díaz, haría prueba plena, la afirmación que el autor mismo hace en la página 189, de que hubo matanzas en Puebla, San Lorenzo y México; y en esta última ciudad, hasta "durante los últimos seis días de lucha sangrienta."

El general González agregaba en esa brillante defensa de

¡Que la humanidad entera se levante para lanzar el anatema de desprecio y execración sobre el infame asesino! ¡Que su última maldición sea para el cobarde traidor!

XX.

¿Tomó Márquez su venganza y consumó su crimen de acuerdo con los republicanos?—Los hechos responden afirmativamente.—Defensa de López.

Quedaría incompleta la descripción de una de las más horribles traiciones que puede ofrecernos la historia, si no se tratase de resolver esta cuestión que ha permanecido en la obscuridad. ¿Preparó Márquez su venganza y consumó su crimen de acuerdo con los republicanos?

Tal vez nunca llegue á penetrar la luz de la verdad hasta el fondo de este enigma; la traición seguramente no ha dejado huellas ni pruebas materiales sobre este punto; pero felizmente no hay necesidad de condenar al asesino. Probado el crimen, como lo está, nada pierde de su carácter, suponiendo que la ejecución haya sido ó no arreglada de antemano, de acuerdo con los hombres de partido republicano.

Mas si no pueden presentarse las pruebas escritas de esta combinación, cuando se considera la conducta infame del traidor Márquez, la con-

ciencia está obligada, sin embargo, á responder de una manera afirmativa á la cuestión propuesta (1) y los hechos mismos manifiestan patentemente la manera con que se ejecutó la venganza.

La cadena de funestos acontecimientos que acabamos de referir, tiene por primer eslabón el

(1) Ya desde 1867, estando en México el general Díaz, se tuvo empeño en deslucir algunos de sus hechos de armas: como la toma de Puebla, la derrota de Márquez en San Lorenzo y el sitio de México. Se dijo entonces, por pura mira política y para contrarrestar su creciente popularidad, que ya le impelia al poder: que la victoria de Puebla debíase en parte al general Alatorre, que había tomado Jalapa; que la derrota de Márquez en San Lorenzo, á la oportuna ayuda de la caballería del general Guadarrama; que sin combatir había tomado México.

El general Manuel González contestó así estos cargos: Alatorre tomó Jalapa cinco meses antes del asalto de Puebla, pero Alatorre era uno de los capitanes del general Díaz, en virtud de cuyas órdenes obró sobre Jalapa; la derrota de Márquez en San Lorenzo, la proporcionó el general Jesús Lalanne, disputándole el paso al jefe reaccionario, lo cual entorpeció su retirada y dió lugar á que se le alcanzase, sufriendo un descalabro; México se tomó al mes y siete días, después de la ocupación de Querétaro, y combatiendo, como lo prueban las víctimas innumerables de ambos ejércitos, inmoladas todavía la víspera de la rendición.

Y si esto no bastara para probar que no hubo inteligencias entre Márquez y el general Díaz, haría prueba plena, la afirmación que el autor mismo hace en la página 189, de que hubo matanzas en Puebla, San Lorenzo y México; y en esta última ciudad, hasta "durante los últimos seis días de lucha sangrienta."

El general González agregaba en esa brillante defensa de

regresó del general Márquez al territorio mexicano, según los deseos del Emperador; el último consiste en su salida clandestina del país para refugiarse en el extranjero; el todo indica claramente, que al regresar á su patria, impulsado por la venganza, estableció Márquez relaciones secretas

su jefe y amigo: "el general Díaz, asaltando á Puebla y tomándola el memorable 2 de abril, cambió la faz de la guerra, hizo triunfar la República y le facilitó al distinguido general Escobedo la gloria de llevar á feliz término sus operaciones militares sobre Querétaro."

Y terminaba: "no me creo con el mismo mérito que el hombre prodigioso, que empezó la lucha con un par de pistolas y un criado, y que, al terminarla, contaba con más de treinta mil hombres, trescientos cañones y un tren inmenso de guerra."

El general González tuvo en el sitio de Puebla el mando de una manzana y rechazó un asalto de los franceses, en que fué herido de una pierna, y, sin embargo de que la ambulancia quiso llevarle al hospital, rehusó y permaneció más de quince días sin moverse en la brecha, que practicó el enemigo para asaltarle.

Ya también desde aquel año, algunos periódicos ministeriales emitían este juicio acerca del general Díaz como gobernante:

"Díaz, en la presidencia, establecería el *cesarismo*, por que al fin es militar; mientras que Juárez, por ser paisano, de ninguna manera inspira esos temores."

Y el *Correo de México* le defendía de esta manera: "Entendámonos. Cesarismo viene de César; es el gobierno que inició Julio César y que estableció y perfeccionó su sobrino Augusto, fundándolo en una *apelación al pueblo*, que ayudada de la sorpresa y de la fuerza dió este feliz resultado; el cuerpo legislativo quedó nulificado bajo el *veto*; las magistraturas, que antes nombraba el pueblo y el senado,

con los hombres de la República, ofreciéndoles derribar el Imperio, con la sola condición de la garantía de su vida y de su libertad. Esta proposición debió ser aceptada sin vacilar, y entonces comenzó Márquez á desarrollar su tenebroso plan de venganza; si no hubiera existido una perfecta inteligencia entre los republicanos y el traidor, los acontecimientos no habrían ofrecido esta inexplicable serie de coincidencias, de conjeturas casuales y de circunstancias raras, tan singulares como inexplicables.

A consecuencia de este común acuerdo, Márquez conducía á Maximiliano á Querétaro, con el fin de que en este tiempo, Porfirio Díaz pudiese atacar á Puebla, que sin contar con grandes elementos de defensa, debía sucumbir naturalmente, lo que en efecto sucedió; hacía que Maximiliano trasportase su cuartel general, del *cerro de las Campanas* al convento de la *Cruz*, la víspera del ataque dado á Querétaro por los republicanos, el día 14 de Marzo; y los asaltantes eligieron para este ataque los dos frentes, el del este y el del norte. En el primero, el traidor había dejado libre el Panteón, que era la llave de la posición de la Cruz, así como ésta era la llave de la plaza.

fueron después dadas por el César, que humilló á los magistrados hasta el papel de empleados; el imperio romano quedó bajo las facultades extraordinarias. Díaz aspira á ser presidente de una República constitucional. El presidente Juárez gobierna dictatorialmente y procura la continuación de ese sistema: no sabemos si Díaz pensará alguna vez en el cesarismo; pero sí existe el juarismo." [Nota de A. P.]

Sobre el frente del norte, facilitaría al enemigo la entrada, ordenando á la 2.^a división de infantería que lo defendía, que se retirara hasta la Cruz.

Después, el jefe republicano desprendió del sitio de Querétaro cuatro ó cinco mil caballos que envió á una distancia de ochenta leguas, á fin de que tomaran parte en la falsa derrota de San Lorenzo (1); en efecto, el jefe republicano no pudo ordenar esta operación, si no hubiera sabido de antemano que los sitiados permanecerían á la defensiva, en espera de los auxilios que deberían llegarles de México.

Por medio de una marcha larga y lenta, y perdiendo dos días en San Lorenzo, dió el tiempo necesario á Porfirio Díaz para que tomara la plaza de Puebla; mas á su vez, el general en jefe de los republicanos le dejó huir, mientras sufrían una derrota completa las tropas imperiales, que, sin jefe, se encontraban á una grande distancia de México (2).

[1] Relación del comandante en jefe republicano de esta caballería, dada á su regreso á Querétaro, el día 26 de abril.

(2) En una entrevista, el general Díaz se ha servido decirnos lo que sigue acerca de este punto: "Ignoro el móvil que obligó á Márquez á hacer su marcha tan lenta, aunque creo que haya sido en virtud de la noticia que tuviera de que Guadarrama venía á su retaguardia con cinco mil caballos y de que Leyva estaba con dos mil hombres de las tres armas en Tlalpam y Lalanne con unos mil, poco más ó menos, en los Llanos de Apam; pero no es exacto que su tardanza me hubiera facilitado el asalto, pues, aun marchando aprisa, de todos modos habría anticipado el asal-

Establecido el sitio de México, nunca intentó Porfirio Díaz el asalto de la plaza, á pesar de que disponía de más elementos de los que necesitaba, para tener buen éxito, y á pesar de que esto le hubiese costado menos sangre de la que era necesario derramar, evitando así á la capital los

to; y si Márquez pudo escaparse en el ataque que dió en San Lorenzo por la vía de San Cristóbal hasta Texcoco, fué porque abandonó temprano el campo de combate, puesto que llegó á México en la tarde del mismo día y antes de la caída del sol, cuando después de las seis todavía nos batíamos en la Hacienda Blanca con Kevenhuller, que quedó sosteniendo la retirada hasta el siguiente día, que entró á México con lo poco que le quedó de caballería húngara y polaca."

El general Jesús Lalanne nos refiere así este suceso: "Márquez no podía efectuar su marcha en auxilio de Puebla por el camino de las diligencias, que es el más corto, por estar inutilizado; puesto que se habían roto dos puentes y obstruidos los pasos más difíciles, haciendo cortaduras, derrumbando grandes peñascos y formando abatidas con los mayores árboles. Por consiguiente, tenía que tomar el camino de los Llanos de Apam; siendo su marcha de triple tiempo que el que hubiera ocupado en el camino directo.

"En cuanto á la acusación de que el general Porfirio Díaz dejara huir á Márquez, cuando la derrota de San Lorenzo hasta Cuatlinchan, es simplemente absurda, puesto que Márquez no estaba en su poder.

"Márquez, al separarse de las fuerzas vencidas, hizo lo que Napoleón en la famosa retirada de Rusia: abandonar los restos de su ejército cuya moral se había perdido, para regresar violentamente á París á preparar la defensa del imperio francés contra la invasión europea. Márquez, regresando violentamente á México en una canoa rápida,

horribles sufrimientos que supo llevar en paciencia. Por su parte, el lugarteniente del Imperio no atacó en detal á los sitiadores, aunque por su posición defectuosa fueran susceptibles de verse de esta manera (1).

que tomó en Texcoco, hizo en cuatro ó cinco horas lo que los restos de su fuerza hicieron en cuarenta, pudiendo reparar sus bajas, aumentar sus fuerzas y defender á México desde el 11 de abril hasta el 29 de junio."

Pero hay también otro argumento contra esta decantada protección impartida á Márquez por el general Díaz; nos lo da el conocido historiador don Antonio García Cubas, que fue testigo ocular de los sucesos acaecidos durante el sitio de México:

—Antes y después de la caída de la plaza, la opinión pública era que si Márquez caía prisionero ó era aprehendido, irremisiblemente sería pasado por las armas. Mas se me preguntará, ¿por qué no lo fué? Porque se ocultó muy bien y no hubo quien le denunciara: cosa que pasó con O'Horan y Vidaurri, de quien hasta se creyó que fuera perdonado, porque sus faltas, comparadas con las de Márquez, eran muy leves. Y, sin embargo, á Vidaurri se le fusiló!

Debemos hacer constar, como hecho irrecusable, que O'Horan se denunció él mismo, recurriendo á un juriseconsulto que fué magistrado, en la seguridad de que no se le ajusticiaría. (*Nota de A. P.*)

(1) El general Díaz no tomó la plaza por asalto, porque quiso evitar derramamiento de sangre y daños irreparables, y porque tenía la seguridad plena de que se rendiría temprano ó tarde. Tal era esta seguridad en su ánimo, que al general Tabera, contra todos los preceptos de la guerra, le enseñó personalmente algunos puntos de las fortificaciones donde hasta había mercado, formado espon-

No aceptó Porfirio Díaz los ofrecimientos que le hizo el tráfuga O'Horán, quien hubiera deseado venderle la ciudad de México, como el traidor López había vendido á Querétaro (1). Mas Porfirio Díaz no pudo rehusar estos ofrecimientos, sino porque otros compromisos secretos le garantizaban por otro camino el mismo resultado de la oferta de O'Horán (2).

táneamente por gente de las cercanías, que vendía en abundancia toda clase de comestibles.—Vea usted—dijo el general Díaz á Tabera—aquí tienen que comer mis soldados sin moverse de sus puestos. Estoy recién casado y puedo esperar la salida de ustedes hasta para cuando yo tenga hijos.—(*Nota de A. P.*)

(1) O'Horán, con la esperanza de salvar su vida, alegó este hecho en su defensa ante el consejo de guerra que lo juzgó. Siglo XIX de México, núm. 26, correspondiente al 19 de Agosto de 1867.

(2) Respecto á estos ofrecimientos, dice el general Díaz: "Los ofrecimientos de O'Horán, que me hizo en la víspera de la rendición de la plaza, no los acepté, entre otros motivos, porque tenía la seguridad de que ya no contaban con municiones, ni de guerra, ni de boca, y también por igual seguridad práctica de que no podrían salirse del sitio, puesto que repetidas veces lo habían intentado, y siempre inútilmente."

Ahora he aquí cómo O'Horán logró tener la entrevista con el general Díaz:

Cierta día se le presentó al general Díaz el ingeniero Francisco P. Vera, que había salido del sitio, con la comisión de manifestarle que el general O'Horán quería hablarle, para lo cual remitíale una linterna de cristales rojos, la que movería á determinada hora de la noche á corta distancia de las fortificaciones en la calzada de la Villa de

Márquez supo las ejecuciones de Querétaro, algunos momentos después de que se hubieron verificado; y el mismo día, dió fin á la sangrienta farsa del sitio, dispuesta como todo lo demás, para encubrir su horrible traición.

Establecidos los preliminares de la rendición de

Guadalupe. El general Díaz aceptó la entrevista, y á la hora convenida, en compañía del general Francisco Z. Medina, se acercó al punto determinado é hizo señas con la linterna. En ese momento el enemigo hizo una descarga; el general Díaz desvió la luz de la linterna, ganó una acequia y se retiró en seguida. El ingeniero Vera volvió á salir y manifestó al general Díaz, de parte de O'Horán, que por una casualidad, á la hora de la cita, el general Márquez se encontraba inspeccionando el punto, que se había apercebido de las señas con la linterna y había ordenado que se hiciera fuego; pero que esa noche saldría el general O'Horán. En efecto, cumplió éste su promesa y confirió con el general Díaz. O'Horán ofreció la entrega de la plaza y de sus principales jefes, con la condición de la garantía de la vida y de que á él, además, le diera un pasaporte para salir fuera de la República, bajo la promesa de no inmiscuirse más en la política del país. El general Díaz rehusó todo ofrecimiento, haciendo ver á O'Horán que la toma de la plaza era indefectible. O'Horán insistió en que el general Díaz le garantizase su vida, tornando á ofrecerle, que comenzando por Márquez, le entregaría á todos los jefes. El general Díaz, sereno y discreto, dióle la misma contestación que antes: que no necesitaba de que nadie le entregara la plaza de México, porque la situación en que la había colocado el ejército republicano era tal, que no podía resistir mucho tiempo, y que no tenía facultad alguna para tratar con los infidentes. Entonces O'Horán, como desesperado, le preguntó:

—¿Qué, tanto empeño tiene usted en matarme?

México con el general Tabera, y después de la desaparición de Márquez, no hubo ni una sola palabra, ni una sola exigencia de parte del gabinete de Juárez, ó de parte de Porfirio Díaz, respecto á la persona de Márquez, á pesar de que era odiado por ambos partidos, y principalmente, después de haber cometido las últimas extorsiones y las últimas violencias. Se trataba nada menos del hombre, á cuya cabeza se había puesto un precio en otra época, por los mismos hombres que en esta ocasión ni siquiera se acordaban de que

El general Díaz le contestó:

—No es empeño: es que no puedo hacer ofrecimientos de ninguna clase.

Esta entrevista la ratificó O'Horán el 18 de agosto ante el consejo que le juzgó por los delitos contra la independencia, la patria y la paz pública, haciendo recalcar, como circunstancia atenuante: "que también quiso entregar la plaza y á Márquez."

Su conducta contrasta con la del padre Fischer, quien, al presentarse al general Díaz en Tacubaya, le habló así:

—Señor general, vengo á pedirle la garantía de la vida de S. M. el Emperador.

El general Díaz le dijo:

—¿Cómo viene usted á pedirme garantías para Maximiliano, si usted, como extranjero, está en el mismo caso que él?

El padre Fischer contestó:

—Ahora no le vengo á hablar de eso, sino de S. M. el Emperador. De mí, puede usted disponer como guste, que es cosa muy secundaria.

El general Díaz nos ha manifestado que este rasgo del padre Fischer le causó impresión de simpatía. [Nota de A. P.]

existía en el mundo semejante hombre. Y todo esto, cuando aun humeaba la sangre de Maximiliano, de Miramón, de Mejía y de Méndez, y en los momentos en que esos mismos hombres se disponían para derramar la sangre de Vidaurri.

Ocupada la capital, rendidos á discreción sus defensores, fueron tratados como prisioneros de guerra; lo que formó contraste con la conducta observada con los hombres entregados en Querétaro por la traición y para los cuales sólo se encontró la muerte ó las galeras; aunque sólo tuviesen que reprochárseles haber tomado parte en una defensa heroica y única por sus detalles en la historia de las revoluciones de México.

Caído el Imperio, la policía republicana se ocupó especialmente en proporcionar víctimas á la venganza política: buscaba con furor á Arellano, y después á Vidaurri, Lacunza, Lares, Quiroga y otros imperialistas, cuyas responsabilidades reunidas no podían compararse á las que pesaban sobre todos los días de la vida de Márquez. Sólo de él no se ocupaban los esbirros del poder, bajo el pretexto de que había perdido su prestigio, y de que se había perdido él mismo en la opinión de todos los partidos; lo que por lo demás era cierto (1). En fin, algún tiempo después,

[1] Luego que fué ocupada la plaza de México, la policía buscó con inusitado ahínco á Márquez: hizo pesquisas en la iglesia de los Angeles, en el panteón de Santa Paula y el Carmen, donde se dijo que se hallaba escondido dentro de un sepulcro. Se rumoró entonces que la policía había dado con un sepulcro vacío, en el que había

cuando necesitó Porfirio Díaz pasar á Veracruz para arreglar la expedición destinada á Yucatán, se encontró embarcado el traidor en este puerto, como por milagro; lo que puso á descubierto la última, pero no menos significativa, de las coincidencias y extrañezas que resultaron, para no poder dudar del acuerdo secreto que debía haber llevado á cabo Márquez, para satisfacer su monstruosa pasión de venganza.

Si existía este acuerdo, como lo prueban los hechos, hizo bien el partido republicano en aceptarle.

El derecho de gentes autoriza, no solamente para usar de la traición en la guerra, cuando aquélla se ofrece, sino también para obtenerla por restos de comestibles y huellas de que algún viviente había estado en él. Se repartieron con profusión retratos de Márquez entre las tropas apostadas en todas las salidas y en todos los caminos. La prensa periódica se ocupaba de continuo en propalar especies acerca de los pasos de Márquez, las cuales eran seguidas á menudo por la acción del gobierno para caer sobre el prófugo. Si se salvó, ya lo hemos dicho, debiólo en parte á su pasmosa sangre fría ante todos los peligros que le acosaron á cada paso.

Pero el lector pensará, después de leer este relato: con mayor razón es inexplicable la fuga de Márquez. Así es, en efecto; pero debe tenerse en cuenta que don Juan José Baz, el celeberrimo liberal rojo, y su señora esposa, dama de corazón muy noble, pusieron empeño decidido en salvarle á todo trance. Márquez estuvo escondido en la casa del señor Baz, y éste despistaba á la misma policía para que no le hallase. La carta que el gran traidor presentó á don Jorge de la Serna en Veracruz, fué de dicha distinguida señora.—[Nota de A. P.]

cuantos medios sean posibles. Si no hubo acuerdo, no dejarán por esto de conservar su odioso aspecto los crímenes de Márquez. La más cubierta de las traiciones llega á ser notoria en presencia de los documentos, cuya existencia se ignoraba, ó por la publicidad de las vergonzosas acciones de que fueron testigos millares de mexicanos y extranjeros. A la historia pertenece juzgarla en el fondo y no en la forma.

La conciencia universal, que no hacía mas que sospechar el crimen de Márquez, le condena desde hoy como obra de iniquidad y como una triste prueba de todo lo que es capaz el corazón humano, cuando está devorado por las pasiones.

Palidece la traición de López, desde el momento en que se la compara con la de Márquez. López es un hombre desgraciado, que en virtud de la ley providencial, acabará sus días, ya bajo el puñal del asesino, ya en el cadalso de la deshonra ó ya devorado por los vicios. Este criminal vulgar maldice á Dios y á la humanidad, cuya expiación cuenta en el número de sus más penosos sufrimientos, el inevitable martirio de la deshonra en la vida y en el sepulcro; que deja por herencia á su inocente hijo, al ser que más debe amar su corazón, un nombre cubierto de infamia y de vergüenza; este desgraciado, decíamos, tiene el derecho de apelar del juicio que le infama y pedir justicia, exigir que consideren las circunstancias atenuantes de su falta, y esperar, si no su perdón, al menos una prueba de equidad.

"He traicionado á mi Soberano, dirá este mi-

serable, he traicionado á mi bienhechor y mis amigos, porque la obscuridad de mi origen, la miseria de mis padres; y más aún, mis malos instintos no me han permitido cultivar mi inteligencia, conocer mis deberes y moderar mis vergonzosas pasiones. Obligado por el destino á tomar el fusil, la deplorable falta de educación de que fui víctima y no causa, me arrojó á la carrera del crimen, en la que ya, como simple sargento, comenzaba á traicionar á mi patria, sublevando en una guerra nacional, la escolta del jefe del Estado, que era al mismo tiempo el campeón de la Nación. Destituido de mi empleo, en único castigo de mi crimen, que el tiempo habia hecho casi olvidar, (1) la revolución, alrededor de la cual se agrupan, tanto los hombres honrados como los criminales famosos, me abrió de nuevo la carrera, á la que

[1] López traicionó á su patria durante la invasión americana [1847.] Nombrado Presidente de la República el general Santa-Anna, infamó este crimen en la siguiente circular del Estado Mayor del ejército, publicada oficialmente el 8 de Julio de 1854:

"Su Alteza Serenísima, el general Presidente, ha mandado que se expida un decreto excluyendo del servicio al subteniente del regimiento activo de Monterey, Miguel López, en adelante excluido para siempre de las filas, y que ha merecido esta medida por su infame conducta en Tehuacán, donde sublevó la escolta de S. E. el Presidente, que mandaba las fuerzas que operaban contra los Estados Unidos.

"Se hace saber esta medida á todos los militares que forman el ejército, para que se persuadan de que si el Supremo Gobierno recompensa á los buenos servidores que se

sólo faltaba mi presencia para deshonrarla. Serví de guía á las tropas extranjeras y respondí al *¡quién vive!* de mis conciudadanos, facilitando su derrota y la caída de Puebla. Conseguí que brillase en mi pecho la estrella del honor, de donde fué arrancada más tarde, tan ignominiosamente como lo merecía por haberla manchado indignamente. El ilustre Soberano que conocía mi pasada infamia (1), quiso sacarme para siempre de la miseria, de la abyección y de la infamia, elevándome á una posición, que jamás me había atrevido á ambicionar: cometió para esto la grave falta de concederme un grado, que no merecía; de otorgarme unas condecoraciones, de darme dinero (2), de concederme una amistad llena de atenciones y de la que era indigno, á la vez por mi nombre, mis modales, mi educación y mi pasado.

"Cuando el destino marcó la hora solemne de distinguir por su patriotismo y su lealtad, castiga también á los que son indignos de pertenecer á la gloriosa carrera de las armas, etc., etc." [a]

[1] En el libro secreto de Maximiliano, publicado en el *Siglo XIX* de México, número del día 3 de Enero de 1868, se encuentra esta justa calificación: "López [Miguel], coronel del regimiento de la Emperatriz que sirvió en las contraguerrillas organizadas por los americanos [1847]."

(2) Maximiliano llevó su benevolencia hacia el traidor López hasta el grado de servir de padrino á su hijo. Le regaló en esta ocasión una casa en México.

[a] Por más que hemos buscado en el periódico oficial de esa época la circular á que el autor se refiere, no la hemos podido hallar. [Nota de A. P.]

la prueba, el miedo, la sed de oro, por el que vendí á mi protector y con él á todos sus defensores, me aconsejaron que hiciese el papel que he desempeñado, el único de que fui capaz y que era preciso esperar del antiguo traidor López. Sólo por estas razones entregué Querétaro á los republicanos, aprovechando el sueño y el cansancio de los valientes, con los que me habían confundido pasageramente el favor y los caprichos de la fortuna; sólo por estas razones robé á mi protector (1) y le calumnié en la tumba (2), cuando, manchado con su sangre, llegué á ser objeto del desprecio universal.

(1) Después de haber entregado la plaza al enemigo, el miserable López se ocupó en robar el equipaje del Emperador, de los generales y de los oficiales del ejército. Este pillaje, que tuvo lugar en presencia de varios millares de testigos y del cual tenemos pruebas que reservamos para otra ocasión, fué revelado por el digno príncipe de Salm Salm, en la refutación que lanzó contra el traidor López y que contiene este elocuente apóstrofe: "*Finalmente; ¿cómo os apropiasteis los papeles del Emperador y otros objetos, como por ejemplo el estuche de tocador de plata, que entre paréntesis jamás ha parecido?*"

El único objeto de valor que poseía Maximiliano en Querétaro, era este estuche que robó López.

(2) El traidor López hizo escribir á un abogado de México dos manifiestos redactados sin talento y que cubrieron de ridículo al hombre marcado ya con el sello de la infamia. Estos malos escritos, pagados con oro de la traición, se proponían alcanzar cuatro fines:

1.º Hacer creer que Querétaro había sucumbido por la fuerza de las armas republicanas.

2.º Presentar como un héroe triunfante al tráfuga Vélez.

"Pero este crimen sin nombre, que cometí ayudado por las circunstancias que preparó un ser más vil que yo, fué la escena final de un drama horrible, de una traición sin nombre, preparada, proseguida y consumada sin mi participación.

"No privé á Miramón de los elementos que necesitaba para llevar á buen fin la campaña del in-

3º. Disfrazar el robo.

4º. Procurar la rehabilitación del traidor.

Para obtener este último resultado, creyó muy sencillo calumniar á Maximiliano, declarando que el traidor había salido de la plaza por orden del Emperador, para solicitar del general en jefe de los republicanos que se le dejase pasar con su séquito.

No era el Emperador, que se dejó sacrificar por la gloria de su nombre, un miserable de la especie del que le vendió, para dejar así comprometidas las tropas que le habían sostenido con tanto valor, lealtad y abnegación.

En cuanto á la huida, ya lo habíamos propuesto á Maximiliano, desde el 11 de abril, con el general Miramón, pero se rehusó. Si hubiera tenido esta intención, se habría guardado muy bien de servirse del traidor López, de tan mal prestigio entre los republicanos; habría recurrido á alguno de los generales que querían capitular, entre otros á Mejía, que había concedido la vida otras veces al general en jefe de los republicanos, cuando éste fué su prisionero. Mejía tenía, además, las ventajas de su prestigio, de su carácter y de la estimación de los sitiadores. El Emperador, que no ignoraba ninguna de estas circunstancias, le habría encargado evidentemente el desempeño de la misión de ir al campo enemigo, en caso de que hubiera tenido resuelto entrar en arreglos.

Es falso, completamente falso, que Maximiliano hubiese confiado semejante misión al traidor López, y jamás, ni este último, ni otro cualquiera, presentarían la credencial que

terior, con el objeto de que se le derrotase; no aconsejé á Maximiliano que partiese para Querétaro; no le engañé con el plan proyectado, pero no efectuado, de tomar la ofensiva; no me valí de este pretexto para no arreglar los preparativos de defensa en Querétaro; no detuve al ejército sin municiones, sin dinero, sin fortificaciones, sin víveres y sin forrajes; no procuré subsistencia fácil á los liberales, dejando llenas de granos las haciendas y posesiones de los alrededores de la plaza que iban á sitiarse; no aconsejé la retirada que podía terminar en una derrota; no hice trasportar á la *Crus* el cuartel general del Emperador y aún al mismo Emperador; no me disponía á entregarla entonces al enemigo, oponiéndome á que habría debido llevar al campo de los republicanos y sin la cual no hubiera sido recibido y escuchado como enviado del Emperador.

Lo cierto es, que á las seis de la tarde del 14 de mayo, recibió orden López, para que estubiese listo á las once y media de la noche, para el movimiento que se iba á efectuar. Desde las seis hasta las once, estuvo ocupado Maximiliano, con Miramón, Castillo, conmigo y el coronel Redonnet, y á las ocho comenzó el Emperador á hacer buscar al traidor, que pareció hasta las once, porque estaba en el campo republicano arreglando la venta de la plaza. Maximiliano solicitaba á López, porque quería saber si estaban los caballos de la caballería en estado de resistir aún el día siguiente sin tomar forraje. La desaparición del traidor privó al Emperador de este dato é impidió el movimiento proyectado para la noche. Contra la voluntad de Miramón y la nuestra, y también contra la de Maximiliano, se difirió para el día siguiente, según el deseo que había expresado Méndez por intermedio de Redonnet y apoyado por Castillo,

se defendiese convenientemente este punto, mandando que se retiraran las tropas que contenían á los republicanos en la línea del norte, para que éstos pudieran entrar libremente en la plaza; no me aproveché de las graves circunstancias de esta época para herir cobardemente y á la sombra de Maximiliano, la dignidad y el amor propio del valiente Miramón; no evité que se batiese á los republicanos el 17 de marzo; no abusé de la comisión que se dió para salvar á Querétaro; no engañé á mis compatriotas, proclamándome lugarteniente del Imperio, para gobernar y no llevar á Querétaro los recursos que podía conducir en quince ó veinte días; no fraccioné las tropas de la capital para dar tiempo á los republicanos de Querétaro, que estaban ayudados por el hambre, para que sucumbiesen los hombres á quienes había jurado perder; no simulé una derrota necesaria para consumir mi venganza; no imaginé el sangriento simulacro de un sitio á la capital, á cuya sombra, para salvar las apariencias y sin tener intención de semejante crimen, se destruyeron las fortunas, se hizo morir de miseria y de hambre á tanta gente, y, en suma, se derramó tanta y tan generosa sangre; no privé á ninguna de mis víctimas del consuelo de la defensa; no engañé á tantos hombres leales ni les obligué á comprometerse á secundarme con la esperanza de salvar á sus amigos y al Imperio; no robé á los ricos, ni martiricé á las familias inocentes; no hice derramar torrentes de sangre en Puebla, en San Lorenzo, en Querétaro y en México, con el único objeto de

satisfacer mi sed de venganza; no derroqué al Imperio, causando la ruina de cien mil familias y cubriendo de duelo á mi país. El asesino Márquez, el odioso Márquez, el gran traidor Márquez, fué quien preparó y consumó esta serie de crímenes desconocidos, cuyas pruebas pueden estar ya registradas por los anales del mundo. Cuando estuvo terminado todo esto, cuando la situación hubo llegado á su más deplorable extremidad, y anunciado para su desenlace una catástrofe horrible, efectuada de un modo ó de otro, mis malas pasiones me impulsaron á servir de instrumento á la secreta traición de Márquez, y sólo conduje á las víctimas al suplicio que se les había preparado con mano pródiga.

“El traidor, cuyo crimen no puede compararse al mío, había recibido educación, proseguía una carrera, cuyas manchas sangrientas podían excusarse por el fanatismo político; tenía un nombre ya célebre; se le presentaba un gran porvenir; era el árbitro de la suerte de Maximiliano, de la del ejército y de la patria; y en fin, teniendo en sus manos el poder y los medios que se le confiaron, para salvar ó perder para siempre á su Príncipe y al ejército, se decidió libremente por el segundo parádo. Y ¡sólo mi nombre será despreciado del mundo! ¡se verá aún en el cuello de este hombre la insignia, que dejaría de ser la del honor si permaneciese en su poder por más tiempo!

“Si la conciencia universal es justa, si el juicio de los hombres es imparcial y severo, como el de

Dios, todo el género humano proclamará de hoy en adelante, que el traidor Márquez es más culpable que el traidor López. De cualquiera manera, su expiación será terrible y espantosa.... vivirá en el futuro, pero siempre acompañado de estas palabras del Señor, que atravesarán la historia en su seguimiento:

“¡¡¡Cain, qué has hecho de tu hermano!!!”

ÚLTIMAS PALABRAS

El retardo involuntario que sufrieron la traducción e impresión de esta obra, escrita desde el mes de marzo último, dió tiempo al general Márquez para publicar un manifiesto, dirigido á la Nación Mexicana, con el objeto de justificarse de los cargos que le imputa la opinión universal, y que son los mismos que los que se le dirigen en esta obra.

El autor de esta memoria lleva la hipocresía, la falsedad y el cinismo á un grado tal, que en honor de la verdad histórica, nuestro deber es refutarlo, tarea muy sencilla de la que nos ocupamos en este momento, y que sirve de tema para un volumen especial, que publicaremos antes de mucho. Por ahora, nos ha parecido indispensable dar las siguientes explicaciones:

Márquez niega que él sea el autor de los ase-

sinatos de Tacubaya. En apoyo de esta negativa publica la orden que había recibido de Miramón, para fusilar á los oficiales y jefes prisioneros (1). En lugar de servir de defensa al asesino la orden en cuestión, es la prueba que le condena, porque pasó por las armas á los generales, á los médicos,

[1] El 11 de abril de 1859, poco después de la batalla de Tacubaya, el teniente coronel Flores, ayudante de campo de Miramón, entonces presidente de la República, entregó á Márquez, que iba entrando en aquella Villa, de regreso de haber acompañado un corto trecho del camino de México á Miramón, un pliego con el carácter de muy urgente, que decía:

“General en Jefe del Ejército Nacional.—Excmo. Señor.—En la misma tarde de hoy, y bajo la más estrecha responsabilidad de V. E., mandará sean pasados por las armas todos los prisioneros de las clases de jefes y oficiales, dándome parte del número de los que les haya cabido esta suerte. Dios y Ley. México, Abril 11 de 1859.—Miramón.—Una rúbrica.—Excmo. Sr. General de División en jefe del Ejército de Operaciones, D. Leonardo Márquez.—Tacubaya.”

El general Manuel Ramírez de Arellano dice en sus *Apuntes de la Campaña de Oriente*: “A las diez y media de la mañana del día 11 de abril, las salvas de artillería, el repique de las campanas, y el entusiasmo del pueblo que victoreaba al Supremo Magistrado de la nación, anunciaron á los habitantes de la Capital su inesperado regreso.

“En estos momentos era derrotado en Tacubaya D. Santos Degollado por el primer cuerpo de ejército que mandaba el general D. Leonardo Márquez. El Presidente marchó á las lomas y presenciò la dispersión de aquellas chusmas, regresando después á la Capital en medio de las aclamaciones del pueblo.”

La orden de Miramón mandó recogerla don Benito Juárez.

Dios, todo el género humano proclamará de hoy en adelante, que el traidor Márquez es más culpable que el traidor López. De cualquiera manera, su expiación será terrible y espantosa.... vivirá en el futuro, pero siempre acompañado de estas palabras del Señor, que atravesarán la historia en su seguimiento:

"¡¡¡Cain, qué has hecho de tu hermano!!!"

ÚLTIMAS PALABRAS

El retardo involuntario que sufrieron la traducción e impresión de esta obra, escrita desde el mes de marzo último, dió tiempo al general Márquez para publicar un manifiesto, dirigido á la Nación Mexicana, con el objeto de justificarse de los cargos que le imputa la opinión universal, y que son los mismos que los que se le dirigen en esta obra.

El autor de esta memoria lleva la hipocresía, la falsedad y el cinismo á un grado tal, que en honor de la verdad histórica, nuestro deber es refutarlo, tarea muy sencilla de la que nos ocupamos en este momento, y que sirve de tema para un volumen especial, que publicaremos antes de mucho. Por ahora, nos ha parecido indispensable dar las siguientes explicaciones:

Márquez niega que él sea el autor de los ase-

sinatos de Tacubaya. En apoyo de esta negativa publica la orden que había recibido de Miramón, para fusilar á los oficiales y jefes prisioneros (1). En lugar de servir de defensa al asesino la orden en cuestión, es la prueba que le condena, porque pasó por las armas á los generales, á los médicos,

[1] El 11 de abril de 1859, poco después de la batalla de Tacubaya, el teniente coronel Flores, ayudante de campo de Miramón, entonces presidente de la República, entregó á Márquez, que iba entrando en aquella Villa, de regreso de haber acompañado un corto trecho del camino de México á Miramón, un pliego con el carácter de muy urgente, que decía:

"General en Jefe del Ejército Nacional.—Excmo. Señor.—En la misma tarde de hoy, y bajo la más estrecha responsabilidad de V. E., mandará sean pasados por las armas todos los prisioneros de las clases de jefes y oficiales, dándome parte del número de los que les haya cabido esta suerte. Dios y Ley. México, Abril 11 de 1859.—Miramón.—Una rúbrica.—Excmo. Sr. General de División en jefe del Ejército de Operaciones, D. Leonardo Márquez.—Tacubaya."

El general Manuel Ramírez de Arellano dice en sus *Apuntes de la Campaña de Oriente*: "A las diez y media de la mañana del día 11 de abril, las salvas de artillería, el repique de las campanas, y el entusiasmo del pueblo que victoreaba al Supremo Magistrado de la nación, anunciaron á los habitantes de la Capital su inesperado regreso."

"En estos momentos era derrotado en Tacubaya D. Santos Degollado por el primer cuerpo de ejército que mandaba el general D. Leonardo Márquez. El Presidente marchó á las lomas y presenció la dispersión de aquellas chusmas, regresando después á la Capital en medio de las aclamaciones del pueblo."

La orden de Miramón mandó recogerla don Benito Juárez.

á los ciudadanos y aún á los obreros del Estado; atentados que dieron á estas ejecuciones el terrible aspecto que tanto indignó al sentimiento público; y la protesta de Miramón, que consignamos en la página 22 de esta obra, adquiere más fuerza y verdad que la que había recibido, por la única circunstancia de que la escribió el ilustre general después de su sentencia de muerte.

Pretende Márquez que él ganó las batallas de Ahualulco y San Joaquín, aunque Miramón era el general en jefe, y asistió á ellas; dice que este último debió la banda azul á la primera de estas batallas, y á la segunda su elevación á la presidencia. En esto, como en las setenta y tres páginas de la edición económica de que se compone el manifiesto, no hay una palabra de verdad. Desde el fondo de su sepulcro, responde Miramón con una sonrisa desdeñosa, al pensamiento de que se pueda acusarle de haber despojado de una parte de su gloria militar al mismo hombre por el que fué entregado en manos del enemigo que derramó su sangre. En cuanto á nosotros, que transferimos para una ocasión más oportuna tratar de todas estas falsedades, nos contentaremos por hoy con decir dos palabras sobre este objeto. Para ser elevado al grado de general á los veintidós años, en 1861, del poder de la señora Luz Araujo de Márquez, madre del general Márquez. El licenciado Mariano Arrieta, juez séptimo del ramo criminal, que cumplió el mandato del gobierno, extendió testimonio autorizado del documento á dicha señora. Después el mismo gobierno le dió publicidad. [Nota de A. P.]

tiseis años, para ocupar el primer puesto en una República de ocho millones de habitantes, en cuyo seno desempeñan un gran papel el valor y la ambición personal; para escribir, en fin, con la punta de la espada un nombre que ha llegado á ser universal, se necesita algo más que usurpar los servicios de la rutina y de la mediocridad. Es preciso tener genio, y sobre todo, que se presenten grandes ocasiones para darlo á conocer.

En otra ocasión recordaremos á Márquez, cuántas veces le sacó Miramón de las situaciones difíciles, y terminó en una semana las campañas que no había osado emprender Márquez, entre otras las de *Guadalajara* y de *Colima*. Finalmente, no estaba el autor del manifiesto al lado de Miramón, cuando la *segunda defensa de Puebla*, en la primera sorpresa de *Toluca*, en el puerto de *Carretas*, en la *Estancia*, en *Zacatecas*, en el *Cimatario* y en las otras cincuenta batallas que fueron el pedestal de la gloria del joven presidente fusilado en el *Cerro de las Campanas*.

No es verdad que Miramón fué elevado al grado de general de división, gracias á la batalla de Ahualulco, y á la presidencia de la República, por su triunfo de San Joaquín. Todos los mexicanos, excepto Márquez, saben que por la primera de estas victorias, sólo le concedió el gobierno una cruz conmemorativa y una espada de honor, y que llegó al primer puesto de la patria, como sustituto de Zuloaga, á quien había restablecido en el poder, después de haber renunciado á la presidencia de la República, que se le ofreció

por el voto de una junta de notables. Cuando á propósito de acontecimientos públicos y contemporáneos, se osa mentir de esta manera, dejamos al buen sentido del lector el cuidado de apreciar la suma de verdades, que se pueden haber consagrado al relato de hechos secretos, que sólo han podido ser completamente conocidos del Emperador Maximiliano, de Miramón y de mí, cuyas pruebas auténticas se ignoraban por la mayor parte, y que se suponían perdidas para siempre.

Niega el general Márquez que hubiera ido á unirse á las tropas francesas en Orizaba, cuando acababan de retirarse de Puebla bajo las órdenes del general de Lorencez. Asegura que iba á embarcarse para el extranjero, que pretendiendo los republicanos detenerle en su camino, le obligaron á dar la acción de *Barranca Seca*, en la que triunfó él, y que sólo le decidieron á permanecer en México las explicaciones que le dieron en Orizaba, el general Almonte, el doctor Miranda y otros muchos mexicanos, con la convicción de que el país elegiría un gobierno enteramente mexicano. *"Ninguno, afirma, me habló entonces de monarquía, y mucho menos aún de un príncipe extranjero. Al contrario, se me aseguró que cuando llegasen á México, se convocaría á la nación para que declarase su voluntad y que se constituyese, según esta voluntad, pero siempre como gobierno mexicano. De manera que sólo estuve en la creencia de que se trataba de cambiar el que existía, con el que ninguno podía arreglarse; y cambiar la Constitución de 1857, que es la causa porque se ha de-*

rramado tanta sangre. (Páginas 24 y 25 del Manifiesto.

Sin quitar aquí la calificación de *invasión*, que da Márquez á la intervención francesa, y á la pretensión que tiene de que habría podido ser víctima de un engaño, el lector debe saber que combatió por el *invasor* en San Lorenzo y en Puebla, y que después fué uno de los notables que proclamaron la monarquía y que eligieron Emperador á Maximiliano.

Esta es la verdad: el general Márquez hacía la guerra al gobierno de Juárez, como comandante en jefe de las fuerzas conservadoras y reconociendo como presidente de la República al general Zuloaga. Márquez dió al presidente una noticia falsa, asegurándole que había tomado por fuerza la plaza de Teloloapam, precisamente cuando acababa de ser arrojado de ella y obligado á levantar el sitio. Zuloaga le destituyó de su mando, y nombró al general Cobos para reemplazarlo, y éste tomó posesión de su empleo. En este estado estaban las cosas, cuando se retiró de Puebla el general de Lorencez y volvió á Orizaba. Márquez estuvo en comunicaciones con Almonte, y éste contaba con que asistirían las tropas conservadoras al ataque del 5 de Mayo, lo que no tuvo lugar, y Almonte y el padre Miranda, cuando volvieron los franceses á Orizaba, dieron á Márquez, desde Amozoc y con fecha 9 de mayo, las instrucciones para que se uniesen las fuerzas en cuestión á las del general Lorencez. Entonces sublevó Márquez las tropas de

Zuloaga, que estaban en Izúcar, y se valió de un ayudante de Cobos para engañar al general Herrán, que estaba en Atlixco con la caballería, y le hizo moverse en dirección á Orizaba.

Las fuerzas de Juárez hicieron durante esta marcha lo que debían, es decir, intentaron estorbar el paso á la caballería que iba al campo de los franceses, y habrían alcanzado su objeto, sin la llegada del 99 de línea, que á las órdenes del comandante Léfèvre, llegó á *Barranca Seca* y decidió la victoria en favor de Márquez, que dió parte oficialmente al general Almonte, del triunfo alcanzado, gracias á los auxilios que pidió á los *invasores*.

Para rendir homenaje á la verdad, diremos que la acción de *Barranca Seca* estuvo dirigida en realidad por el general Herrán, recomendado en esta ocasión por su valor en el parte respectivo que dió Márquez el 23 de mayo de 1862.

Los generales Zuloaga, Cobos y Benavides, abandonados por sus tropas, prosiguieron su marcha con la infantería hasta Orizaba, y pasaron de esta ciudad á Veracruz, donde se embarcaron para la Habana. Cada uno de los dos primeros publicó un manifiesto en la isla de Cuba, refiriendo los principales hechos que hemos relatado á propósito del modo con que se unió Márquez á la intervención francesa, y calificando de traidor al hombre que arrastra así á su patria por el camino fatal que debía terminar en Querétaro.

En la época de estos acontecimientos, el *Boletín* del ejército mexicano que se publicaba en

Orizaba y que naturalmente recibía sus inspiraciones del gobierno del general Almonte, explicó el 28 de junio por qué causa no concurrieron las tropas conservadoras al ataque del 5 de mayo, y el modo con que se unieron por fin á la intervención. Entonces no se atrevió Márquez á contestar una sola palabra á los generales Zuloaga y Cobos, ni al *Boletín* del ejército; pero después de seis años ha creído poder negar la veracidad de hechos universalmente conocidos.

Cuando publiquemos la refutación del manifiesto del general Márquez, publicaremos igualmente los documentos oficiales á que hemos hecho alusión. Por ahora nos basta apelar al honor de los generales de Lorencez, Almonte, Zuloaga y Herrán, invitándoles á que nos desmientan públicamente, en el caso en que hayamos alterado en algo la verdad. En lo que concierne á la audaz negativa de Márquez, con objeto de la conducta que observó con la intervención francesa y de la calificación que la da hoy, tratándola de *invasión*, cuando fué el primero en unirse á ella, arrastrando consigo al ejército y á la mayoría de los mexicanos, se debe encontrar la prueba palpable de que con esta conducta traicionó á su patria del mismo modo que traicionó al Imperio, cuando su caída. Este hombre merece, pues, la calificación de traidor, con la que los juaristas designan injustamente á sus enemigos políticos. Los mexicanos que trabajaron en Europa para que se restaurara la monarquía en la patria de Iturbide; los que, como nosotros, aceptaron la

intervención francesa, cuando fué un hecho consumado y sostuvieron lealmente el Imperio, no tienen en efecto por qué avergonzarse de su conducta, aunque el resultado que se obtuvo haya fallido todas las promesas y engañado todas las esperanzas.

La intervención de un país, en los negocios de otro país, considerada desde el punto de vista teórico, es un atentado contra el derecho de gentes; pero es lógica, es conveniente, cuando se trata de un pueblo devorado por la anarquía y amenazado de muerte por un vecino poderoso, que le ha despojado ya de más de la mitad de su antiguo territorio; por un enemigo que cuenta con la alianza de una facción llamada impropriamente *liberal*; era patriótico que los buenos mexicanos aceptasen el único y último remedio de todos los que se han empleado para conquistar la salvación nacional. En cuanto á nosotros que salvamos providencialmente de la ruina del Imperio de Maximiliano, causada por la traición del general Márquez, diremos siempre en alta voz, que aceptamos la intervención francesa, porque era imposible prever sus fatales resultados, y que cuando cambió el Emperador la funesta política de su gobierno, lo sostuvimos, combatiendo con toda la energía de nuestro carácter y con todas nuestras facultades, contra el enemigo, que sólo le venció ayudado por dos traidores. Al hablar de este modo, estoy en el destierro sin más fortuna que una conciencia tranquila, proscripto de mi familia, so pena de muerte en mi patria por la

facción que la domina y aún sin conservar la dulce esperanza de que pueda escapar México á los horribles males que le devoran. El general Márquez, ignorando que el Emperador Maximiliano tuvo cuidado de hacer constar, por la voz autorizada de los generales comandante en jefe de las tres armas del ejército y del jefe de su estado mayor, que este personaje creó la situación por la que sucumbieron los defensores de Querétaro y que les perdió por no desempeñar la comisión que se le encargó de ir á México, para llevar un ejército auxiliar, dice que no dejó por esta comisión la plaza sitiada; sino, muy al contrario, por la de conservar la capital. Suponiendo, como los diarios de México, que la copia de la carta sin firma que dirigimos el 11 de abril al Emperador, en compañía de Miramón, fué firmada también por otras personas, dice que los generales que propusieron á Maximiliano su salida de la plaza, con el objeto de obligarle á auxiliar á Querétaro, ignoraban ó habían olvidado las verdaderas instrucciones que recibiera.

Los comandantes de infantería y artillería, los dos generales que dirigían la defensa de la plaza, es decir, Miramón y nosotros que eramos miembro y secretario del consejo de guerra, y representamos, el 20 de marzo, al Emperador en el seno de ese consejo, para informar á sus otros miembros de las opiniones emitidas á Maximiliano, y que conservamos las actas originales, redactadas por nosotros y firmadas por el consejo, no ignoramos, ni hemos olvidado las instrucciones

y la comisión dadas al general traidor, que derribó el Imperio para ejercer la más cruel de las venganzas; y precisamente por esta razón propusimos al Emperador el remedio oportuno para todos los males que auguraba el retardo del hombre en cuyas manos estaba la salvación común.

Con el fin de sostener sus mentiras, reproduce Márquez párrafos truncados de las cartas de Maximiliano, sistema muy cómodo para hacer decir ordinariamente á todo el mundo lo contrario de lo que se ha escrito; mutila igualmente diversos documentos oficiales, y funda en fin su principal argumento, en el cambio de fecha del decreto que le nombraba Regente del Imperio, ejecutado con intención y en la forma que vamos á explicar:

Cuando el 10 de marzo resolvió el consejo de los generales, que después de esperar dos días la llegada á Querétaro del general Olvera, el ejército imperial tomaría la ofensiva contra los republicanos, Maximiliano quiso evitar las consecuencias de la falta de gobierno, en el caso de que muriese en la campaña, y el día 11 del mismo mes nombró una regencia, compuesta del presidente del consejo de ministros Lares, del presidente del consejo de estado Lacunza, y del general Márquez (1). Maximiliano firmó este de-

[1] No sabemos si cuando publicaron los republicanos este decreto, se cometió la falta de impresión de reemplazar la fecha del 11 de marzo por la del 11 de mayo; pero el general Márquez conoce tan bien como nosotros la fecha de ese documento, inspirado á Maximiliano, como todos los demás, por el mismo que le engañaba sin cesar.

creto en el Cerro de las Campanas y lo refrendó el Ministro García Aguirre, que reside actualmente en Madrid.

El día siguiente, es decir, el 12 de marzo, Maximiliano firmó igualmente su abdicación en el Cerro de las Campanas, para el caso de que se le hiciese prisionero.

Destituídos los ministros Lares y Marín, á consecuencia de las intrigas de Márquez, el 20 de marzo se nombró presidente del gabinete á Vidaurri, y fué necesario modificar igualmente la Regencia. Entonces firmó Maximiliano un nuevo decreto, nombrando miembro de la Regencia á Vidaurri, en lugar de Lares, y dejando á Márquez y Lacunza. El Emperador firmó este nuevo nombramiento el mismo día 20, en el cuartel general de la Cruz, de Querétaro, y lo refrendó igualmente el ministro García Aguirre.

Cuando se vendió la plaza, los papeles de Maximiliano cayeron en poder de los republicanos, y estos publicaron los decretos acompañados del certificado del fiscal del proceso Aspiroz, hoy subsecretario de negocios extranjeros; y estos documentos sirvieron para acusar al Emperador, de que tenía deseo de prolongar la guerra civil aún en el caso de prisión ó muerte. Los defensores Ortega y Vázquez declararon, en nombre del ilus-

Ante los tribunales y ante la opinión pública, tanto merece el título de falsario el que se sirve de documentos falsos, como el que los ha falsificado. Al recordar esta acción vergonzosa, no podemos menos que dar este nombre al general Márquez.

tre acusado, que se había firmado la abdicación, previendo los dos casos, que se había entregado á Márquez para que la hiciese llegar á manos del presidente del consejo de estado, y que debía haberse publicado; lo que no se verificó y comprometió más y más la situación de Maximiliano.

Cree el general Márquez que después de la muerte del Emperador, puede decir y hacer todo lo que juzgue conveniente para su justificación; cambia la fecha 11 de marzo por la de 11 de mayo, que fué por casualidad el día en que Maximiliano, Miramón, Castillo y nosotros discutimos la relación que habíamos redactado el día anterior sobre la situación de la defensa de Querétaro; refutando al barón de Lago, invoca el siguiente argumento: *"Si el 11 de mayo, es decir, cuatro días antes de la pérdida de la plaza, me nombraba Regente el Emperador, por la segunda vez, ¿cómo pudo designarme á los ministros extranjeros como el mayor traidor?"* Tanto cinismo y mala fé excitan verdaderamente la mayor indignación. Sin embargo, semejante causa y el nombre, cuyo honor se trataba de defender, son dignos de estos medios de defensa.

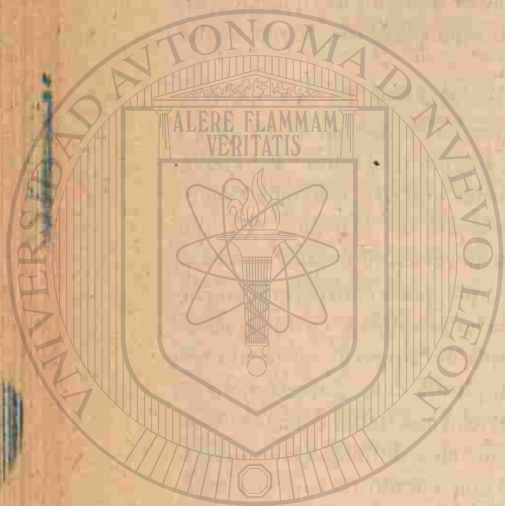
Afortunadamente la previsión del Emperador legó la prueba solemne de la traición, que ha adquirido nuevo valor por el audaz mentís del hombre sobre quien debe recaer la responsabilidad de la caída del Imperio Mexicano. La opinión y la historia sabrán muy bien en qué parte han de buscar la verdad: entre el testimonio de los cuatro primeros generales del ejército, que refieren los

hechos por orden de Maximiliano, y el de un traidor á su Soberano y á su patria.

Terminaremos por ahora llamando la atención sobre esta circunstancia: que, no satisfecho el general Márquez con su traición, ha querido presentarse al mundo como falsario, según acabamos de demostrar.

Después de la publicación de este libro, se pondrán á ruda prueba la justicia de Francia y el renombre de la Legión de Honor. En efecto, tendrán que sentenciar entre la rehabilitación de López y la degradación de Márquez. Yo, que tengo el orgullo de llevar en el pecho la gloriosa insignia del honor y que, para conservarla con toda su pureza, he hecho grandes y costosos sacrificios, cuando la caída del Imperio, sirviendo con toda la abnegación posible á un gobierno que en sus días de prosperidad nos había colmado de ingratitudes y persecuciones, debidas á la venganza, estoy intimamente convencido de que el Emperador Napoleón, sus ministros, el senado, el cuerpo legislativo, el consejo imperial de la orden, la prensa y el sentimiento nacional de Francia, se indignarán por nuestras revelaciones y harán que la orden de la Legión de Honor, la primera de las órdenes del mundo, no abrigue por más tiempo en su seno á un traidor y falsario.

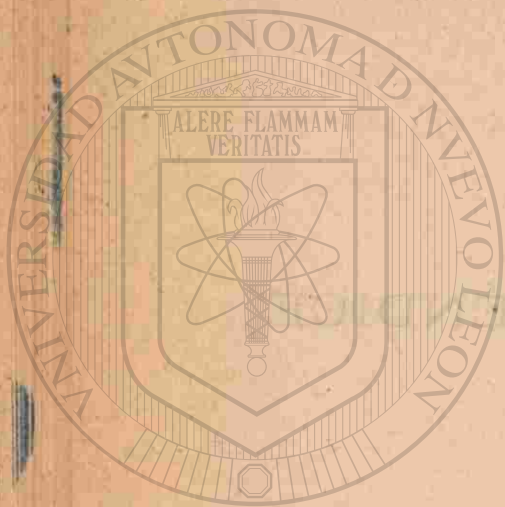
DICIEMBRE 30 DE 1868.



U A N L

APÉNDICE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOS IMPERIALES HECHOS PRISIONEROS

EN QUERÉTARO

LISTA nominal de los prisioneros hechos por las fuerzas de la República en la ocupación de la plaza de Querétaro, y verificada el 15 del presente mes, con expresión de sus clases, destino y nacionalidad [1].

ARCHIDUQUE.—Fernando Maximiliano, Jefe del Ejército sitiado, austriaco.

GENERALES DE DIVISIÓN.—Tomás Mejía, Jefe del Cuerpo de Ejército de Caballería.—Miguel Miramón, Jefe del Cuerpo de Ejército de Infantería.

GENERALES DE BRIGADA.—Severo del Castillo, Jefe del Estado Mayor General del Ejército.—Francisco Casanova, sin mando.—José María Herrera y Lozada, Comandante del recinto interior.—Silverio Ramírez, preso e incomunicado.—Pantaleón Moret, Ayudante del General Miramón.—Manuel María Calvo, retirado después de servir en la Corte Marcial.—Pedro Valdés, Jefe de la 2ª División de Infantería.—Manuel Escobar,

(1) Esta noticia pormenorizada se sirvió ofrecérmola en testimonio de afecto el general Mariano Escobedo, quien personalmente la puso en nuestras manos. [Nota de A. P.]

enfermo y sin mando.—Feliciano Licéaga, Jefe de la 3.^a línea exterior.—José María Magaña, retirado sin mando.

CORONELES.—Mariano Monterde, mandó primero una brigada y después la 2.^a División.—Mariano Reyes, Ingeniero en Jefe.—Manuel Guzmán, en el Estado Mayor General.—Príncipe de Salm, mandó una brigada de Infantería, alemán y ciudadano americano.—Juan Rodríguez, Jefe del 1.^o de línea.—Manuel Alegre, Jefe del Estado Mayor de la Infantería.—Juan Adolfo Carranza, Jefe del Estado Mayor del Depósito de Oficiales.—José María Zapata, Jefe del 15.^o Batallón de línea.—Pedro A. González, Jefe del Regimiento de la Emperatriz.—Pedro Ormaechea, Ayudante del Emperador.—Ignacio de la Peza, Jefe del Batallón de Artillería.—Francisco Redonét, Jefe del 3.^o de línea.—Antonio Díaz, Jefe del Regimiento Guardia Municipal de México.—Ignacio García, sin mando particular.—Zeferino Rodríguez, mando de una batería.—Mariano Veraza, Presidente del Consejo de Guerra del Estado Mayor del Ejército.—Marcos Barragán, suelto.—Tomás Prieto, proveedor.

TENIENTES CORONELES.—Trinidad María García, en Artillería.—Antonio M. de Horta, Mayor de órdenes de la 1.^a brigada de la 2.^a División.—José Almanza, Jefe del Escuadrón de Celaya.—Emeterio Maldonado, Jefe del Escuadrón de la Barca.—Miguel Gutiérrez, 2.^o Jefe de la 3.^a línea.—Faustino Valderrey, Jefe del Batallón permanente de Querétaro.—Juan N. Ayer, Jefe del Bata-

llón voluntario de Querétaro.—Juan García Rebollo, encargado de hospitales.—Ernesto Pittner, Comandante de cazadores, austriaco.—Ramón R. Robles, Mayor de la 1.^a brigada de la 1.^a División de Infantería.—Manuel Alarcón, ayudante del General Valdés.—Felipe Vázquez, ranchero del Batallón de Celaya.—Pedro Navarrete, mando de una batería.—Francisco Campos, Mayor de órdenes de la 2.^a Brigada, de la 2.^a División de Infantería.—Ramón Vivanco, agregado al cuadro de oficiales.—Juan Verna, suelto.—Manuel Irastolsa, proveedor de Caballería.—Diego Terreros, presidente de la Corte Marcial de San Luis (1).

COMANDANTES.—José Nava, Ayudante del Ge-

(1) En esta lista no figuran los tenientes coroneles Manuel V. Escalante é Ignacio de Arreta y los comandantes Casimiro Frontana é Ignacio Sepúlveda, ni el entonces teniente coronel Agustín Pradillo, hoy general de brigada, Intendente de los Palacios Nacional y de Chapultepec y diputado al Congreso de la Unión, quien decía en diciembre de 1869, que tuvo la fortuna de estar al lado de Maximiliano desde los primeros días de su llegada á México y de ser el único de los primeros antiguos servidores del Emperador que le acompañase en los días de prosperidad y en los últimos y aciagos de Querétaro. "Todos los habitantes de esta ciudad—afirmaba—son testigos de la paternal deferencia con que me veía S. M."

El general Pradillo fué quien se presentó en el cerro de San Gregorio, en Querétaro, cerca de las ocho de la mañana del memorable día 15 de Mayo de 1867, con bandera de parlamento, al general Mariano Escobedo, significándole: "que su Soberano se rendía sin condición." (*Nota de A. P.*)

neral Valdés.—Hermenegildo Rojas, Mayor del Batallón de Querétaro.—Juan Oscuras, Mayor del Regimiento de la Emperatriz.—Ernesto Malburg, Mayor de húsares, austriaco.—Victoria-no Montero, Vocal del Consejo de Guerra.—José María Vilchis, Jefe de la sección topográfica del Cuartel General.—Macedonio Victoria, suelto.—Ramón Romero, suelto.—Laureano Torreblanca, Comandante del punto de la Parroquia.—Luis Echeagaray, Mayor del 3.º de línea.—Antonio Salgado, Comandante de Batería.—José Lerma, Jefe del Escuadrón de Ixmiquilpan.—Manuel Montero, Mayor de cazadores del Emperador.—Máximo de Gorvitz, Ayudante del General Miramón.—Germán Medina, Mayor del Batallón de Querétaro.—Carlos Adame, suelto.—Carlos Gutiérrez, Comandante del 2.º Regimiento de Caballería.—José Morkoviche, Ayudante del General Castillo, polaco.—Pedro López, Mayor del 12.º de Infantería.—Francisco Díaz Martínez, Mayor del 1.º Batallón de línea.—Miguel de Gáver, Ayudante del Cuerpo de Ejército de Infantería.—Ramón Vivanco, Mayor del Batallón de Querétaro.—Ladislao Paulin, médico requerido.—José Meza, Contador de Hospitales Militares.—José María Herrera, Mayor del Escuadrón de la Barca.—Modesto Villafuerte, Jefe del Escuadrón Valle de México.—Ignacio Cabello, Jefe del Escuadrón de Querétaro.—Antonio Pérez, Jefe de una Compañía voluntaria de Querétaro.—Casto Veraza, Ayudante del general Licéaga.—Godardo, conde de Pachta, Comandante del Escuadrón del

4.º Regimiento de Caballería, austriaco.—Juan Ramírez, Mayor de Guardia Municipal de México.—Encarnación Ruiz Pastrana, Mayor del 15.—José Carlos Arocena, agregado á Artillería.—Marcos Herrera, Instructor del Batallón tiradores de Miramón.—Luis Espinosa, Presidente de la Corte Marcial en Querétaro.—Félix Becerra, Comandante del Parque General.—Pioquinto Clavería, suelto.

CAPITANES.—Eduardo Quisies, Ayudante del General Arellano, francés.—Librado Gómez, suelto.—Ignacio Reguener, en el 4.º Escuadrón del 1.º Regimiento de Caballería.—Antonio Maya, de la 1.ª Compañía, Batallón Cazadores del Emperador.—José M. Castro, Ayudante de la Mayoría General de Artillería.—Ernesto de Rone Ville, de gendarmes, francés.—Francisco de P. Escalante, en depósito.—Antonio Ramírez Aguilar, del 1.º Escuadrón Regimiento de la Emperatriz.—Manuel Cárdenas, suelto.—Pedro R. Rangel, de la 3.ª Compañía del 2.º Batallón de línea.—Florencio Armendaris, Comandante de la Compañía presidial de Durango.—Benigno López, 2.º Comandante de la Compañía presidial de Durango.—Ponciano Sánchez, Ayudante Mayor del Regimiento de la Emperatriz.—Mariano Murillo, Comandante de la Batería de la Campana.—Lorenzo del Valle, de la 2.ª Compañía del Batallón de línea.—José Uribe, de la 4.ª Compañía del 14 de línea.—Carlos Vallarta, del 3.º Batallón, Regimiento de la Emperatriz.—Mariano Díaz Martínez, de la 1.ª Compañía, 1.º Batallón de línea.—

Hilario López, Ayudante Mayor del Batallón Querétaro.—Rodrigo Adalid, Mayor de órdenes, brigada reserva.—José María Hurtado, 1.^a Compañía del Escuadrón Querétaro.—Pedro Castañeda, de la 6.^a Compañía del 3.^{er} Batallón de línea.—Domingo Ojeda, Comandante del 2.^o Escuadrón del 4.^o Regimiento.—Melchor Cárdenas 2.^o, del 4.^o Escuadrón del 4.^o Regimiento.—Luis Núñez, de la 8.^a Batería.—Javier Castro, de la 1.^a Compañía, Batallón Guardia Municipal de México, francés.—Enrique Morel, Pagador de cazadores, francés.—Pedro Vergara, de la 4.^a Compañía, Batallón de Querétaro.—José María Roldán, del 3.^{er} Escuadrón del 4.^o Regimiento de Caballería.—José María Ruiz, del Regimiento de la Emperatriz.—Vicente Ramírez, en depósito.—Guadalupe Magar, de la Compañía guardia civil de Huichapam.—Lucas Ramírez 2.^o, de la Compañía guardia civil de Huichapam, Subteniente.—Santiago Greler, de la 2.^a compañía del Batallón cazadores.—Teófilo Villa, del Regimiento de la Emperatriz.—Ignacio Salcedo, Corporación de Oficiales de la escolta del Emperador.—Justo Zárate, Ayudante del General Moret.—José Jiménez, del 2.^o Regimiento de Caballería.—Juan Barrón, Oficial topográfico del E. M. General.—Agustín Terán, en depósito.—Luis Mejía, de la escolta del General Mejía.—Carlo Spundte, Tesorero del 1.^{er} Batallón de línea, austriaco.—Vicente Navarrete, de la escolta del General Mejía.—Justo Pérez, en depósito.—Eufemio Martínez, de la 2.^a Compañía de cazadores.—Miguel Angel González, de la 1.^a

Compañía del 14 Batallón de línea.—Manuel Aguilera, de la 3.^a Compañía del Batallón de Querétaro.—José M. Farías, Ayudante del General Méndez.—Tomás Saenz, en el 4.^o Regimiento permanente.—Hipólito Murillo, en depósito.—Simón Amador, Ayudante Mayor del 4.^o Regimiento.—Antonio González, Comandante del Regimiento de México.—Antonio Arce, de la batería de la Capilla.—Luis G. Andrade, de la 4.^a Compañía del 15.^o—José Estrada, de la 3.^a del 14.^o—José Ramón, del 2.^o Regimiento permanente.—Miguel Espinosa, Segundo de Artillería.—José Navarro, de la 3.^a Compañía Guardia Municipal de México.—Paulino Olvera, en depósito.—Timoteo Andrade, de la 1.^a Compañía, escuadrón de la Barca.—Jesús Garibay, Proveedor de la 1.^a Compañía, escuadrón de la Barca.—Antonio Vigan, Pagador del Cuadro de Oficiales de México.—Mateo Delgadillo, en depósito.—Apolonio A. Velarde, Ayudante Mayor del 3.^o de línea.—Juan Rojo, suelto.—José María Espinola, de la 3.^a Compañía del 12 de línea.—Mariano P. Maldonado, suelto.—Francisco Moya, en depósito.—Trinidad Franco, Encargado del Detall del Regimiento Celaya.—Francisco Ledesma, Comandante del 2.^o escuadrón del 4.^o Regimiento.—Joaquín Magos, suelto.—Benito Zapata, Pagador del E. M. General del Ejército.—Eduardo Paloski, Comandante del piquete de husares, austriaco.—Antonio Garza, de la 8.^a Compañía del 7.^o de línea.—Felipe Betancourt, 7.^a de Ingenieros.—Juan Aréchaga, del 4.^o Escuadrón del 3.^{er} Cuerpo de Caba-

llería.—Tiburcio Macías, 2.º del 2.º Escuadrón del 4.º Regimiento.—Nicasio Sagiedo, de la 4.ª Compañía del Regimiento Guardia Municipal de México.—Francisco Escalante, Pagador del Depósito de Oficiales.—José María Leñeros, de la 5.ª Compañía del 1.º Batallón de línea.—José Gallardos, 2.ª de Ingenieros.—Jesús Ramirez, en depósito.—Tomás Castillo, Ayudante del General Valdés.—Guadalupe Mora, de la 4.ª Compañía del Batallón Morelos.—José María Olivares, Ayudante de la Proveduría de la Caballería.—Zacarias Pérez, de la 4.ª Compañía, 7.º de línea.—Juan Casillas, de la 2.ª Compañía, 7.º de línea.—Ignacio Ballesteros, Ayudante Mayor de órdenes del 2.º de línea.—Pedro del Castillo, Ayudante Mayor del 4.º Regimiento.—Marcial Carrasco, del depósito.—Francisco Alvaradejo, Ayudante del General Mejía.—Vicente Rico, Ayudante del General Mejía.—Miguel Alatríste, 8.ª Compañía del 3.º de línea.—Emilio Wurmte, 2.º del Escuadrón del 4.º Regimiento, austriaco.—Agustín Moret, Ayudante del General Valdés.—Vicente Prieto, Ayudante del General Mejía.—Rómulo Amarillas, de la 5.ª Compañía del 7.º Batallón.—Félix Gutiérrez, de la 6.ª Compañía del 7.º Batallón.—José Troncoso, Agregado al 5.º Batallón de línea.—Victor Palomino, Comandante de exploradores de San Luis.—Gumesindo Ochoa, de la 1.ª Compañía del 5.º de línea.—Reyes Martínez, de la 5.ª Compañía del 5.º de línea.—Juan N. García, de la 1.ª Compañía tiradores de Miramón.—Antonio Sorica, de la 2.ª Compañía tiradores de Mi-

ramón.—Carlos Castel, de la 4.ª Compañía tiradores de Miramón.—Felipe Vilano, de la 3.ª Compañía tiradores de Miramón.—Rafael Macín, de la 6.ª Compañía del 7.º de línea.—Juan Cristman, Ayudante de la Brigada Quiroga.—Santiago Rico, de la 5.ª Compañía Guardia Municipal de Caballería.—Augusto Andrade, de la 2.ª Compañía Guardia Municipal de Caballería.—Francisco Herreros, de la 4.ª Compañía del 14.º de línea.—José de la Luz Arpido, de la 2.ª Compañía del Batallón de Celaya.—Ramón Zapata, de la 7.ª Compañía del 2.º Batallón de línea.—Trinidad Chagollano, Comandante de seguridad pública de Guanajuato.—Ramón Montes, Ayudante Mayor, Batallón Querétaro.—Manuel de S. Jiménez, suelto.—Jesús Hernández 2.º, 2.ª Compañía del 15 de línea.—José Merino y Alba, de la 5ª Compañía fija de Celaya.—Enrique Krauvenetto, de la 6.ª del 2.º Batallón de línea, austriaco.—Cello N. Campos, agregado a Plana Mayor.—Amado Jicoltecal, de la 9.ª Compañía, depósito de reemplazos del 1.º Batallón de línea.—Felipe Bocas, en depósito.—Felipe Vargas, de la 4.ª Compañía, Batallón de Celaya.—Luis Gonzaga Miranda, 2.ª de Ingenieros.—Manuel Castanares, Ayudante del General Méndez.—Vicente Arenal, ilimitado.—Ignacio Murfel, en depósito.—Eduardo López Ruiz, suelto.—Juan Rincón, de la 2.ª Compañía del 14.º de línea.—Antonio Arce 2.º, de la 3.ª Compañía del 5.º de línea.

TENIENTES.—Tranquilino Tello, de Ingenieros.—José M. Estrada, de la 2ª Compañía, ba-

tallón de Querétaro.—Julían Mantecón, de la 1ª Compañía de Cazadores.—Mateo Villet, Ayudante del Príncipe Salm, francés.—Ramón de Porto Carrero, Regimiento de la Emperatriz.—Carlos Guzmán, médico veterinario, húsares.—Teodoro Quintana, Comandante Compañía de Zapadores.—Praxedis Gándara, del cuadro oficiales, escolta del Emperador.—Blas Silva, de la 6ª Compañía, 7º Batallón de línea.—José Mª López, de la 2ª Compañía, tiradores de Miramón.—Antonio Almanza, de la 1ª Compañía, seguridad pública de Querétaro.—Cosme Rivera, de la 8ª Compañía del 14º Batallón de línea.—Teodoro P. Santa Cruz y Valdés, del 3er. Escuadrón del Regimiento de la Emperatriz.—Francisco Espinosa, de la 4ª Batería.—José Yañez, del 4º Regimiento de Caballería.—Marcos Jiménez, del 2º Escuadrón del 2º Regimiento.—José M. Vargas, en depósito.—Lorenzo Díaz, de la 4ª Batería.—Juan Hidalgo y Costilla, 2º Ayudante de la escolta del Emperador.—Clemente Ramos, dado de baja.—José M. Guevara, del Batallón voluntario de Querétaro.—Antonio Francisco Razo, del Escuadrón de Celaya.—Refugio Medel, suelto.—Inés Ramos, agregado al Escuadrón de la Barca.—Anastasio Escamilla, en depósito del 12º de línea.—Francisco Gómez Lima, en el Estado Mayor General.—Gerónimo Révita, de la 3ª Compañía del 2º Batallón de línea.—Juan Montíán, de la 1ª Compañía del 14º de línea, austriaco.—Luis Macías.—Lorenzo Iturbide de León, de la 7ª Compañía del 2º Batallón de línea.—Gregorio Lara,

del 2º Escuadrón del 4º Regimiento.—Jesús Rocha, de la 3ª Compañía del 3º de línea.—Pedro Herrand, tesorero del 3º de línea, francés.—Manuel Estrada, del 4º Regimiento.—José E. Ekman, de la 4ª Compañía, Batallón Cazadores del Emperador, francés.—Angel Barberena, del 1er. escuadrón del 4º Regimiento.—Pedro Ordáz, Ayudante de la mayoría de caballería.—Ignacio Rosas, de la 4ª Compañía Guardia Municipal de México.—Pedro Padilla, Ayudante del General Monterde.—Félix Vallarta, del Regimiento de la Emperatriz.—Félix Francon, 2º Ayudante de la Guardia Municipal de México, francés.—Manuel Perrusquia, de la Compañía de San Juan del Río, francés.—Mariano Prot, del 4º Regimiento de Caballería, francés.—Juan Romero, del 4º Regimiento de Caballería.—Julio Ortiz, del Batallón de Querétaro.—J. López Serrano, del 9º Regimiento.—Adrián Ortega, del Regimiento de la Emperatriz.—Mariano Rodríguez, Ayudante del Batallón de Querétaro.—Felipe Carasa, de la 4ª batería.—Juan T. Campel, del 4º Regimiento de caballería, austriaco.—Ricot, tesorero de gendarmes, francés.—Francisco Rodríguez, de la 4ª Compañía Batallón Cazadores.—Emilio Froim, tesorero del 2º de caballería, francés.—Félix Nicolás, Kieffer de Gendarmes, francés.—Adolfo Salvatierra Garibay, del Estado Mayor General.—Jesús Moya, de la 4ª Compañía del 12º de línea.—Juan Romo, de la 7ª del 7º Batallón de línea.—Romualdo Guerra, de la 8ª Batería.—Vicente Espinola, del 4º de Caballería.—Bruno García,

del escuadrón de Ixmiquilpan.—Paz Barrios, de la 4ª Bateria.—Antonio Torres, en depósito.—Filomeno Valdés, Ayudante del guarda parque.—Teodeo Weber, de la 5ª Bateria, alemán.—Vicente Sitobosa, Ayudante de la Sección de Topografía, austriaco.—Tudencio Kehlyg, del Regimiento de husares, austriaco.—Teodoro Kehlyg, del Regimiento de husares, austriaco.—Pedro Bárcenas, agregado a la escolta del Emperador.—Carlos Dupret, 3ª Compañía de Zapadores, francés.—José M. Campos, de la escolta del Emperador.—Doroteo Bruton, de la 2ª Compañía del 1er. Batallón.—Francisco Morin, del Escuadrón de Durango.—Jesús Soto, de la escolta del Emperador.—Mariano Nació, de la 8ª Compañía del 1º de línea.—Manuel Butrón, de la 7ª Compañía del 1º de línea.—Mariano Cordero, del Escuadrón de Durango.—José M. Martínez, Ayudante guarda parque.—Nicanor Jiménez, Ayudante del General Monterde.—Leandro Acéves, 2º Ayudante del Escuadrón de la Barca.—Félix Martínez, del Regimiento de Celaya.—Pedro Cisneros, suelto.—Mariano Vicario, en depósito.—Juan Armendaris, agregado al Escuadrón de Durango.—José M. Navarrete, agregado al Regimiento de Celaya.—Pioquinto Aguado, agregado al Regimiento de Celaya.—Ramón Basave, pagador del Escuadrón de Taretan.—Rómulo Rivas, supernumerario en el 1er. Regimiento.—Luis T. Norva, Teniente de la escolta del Emperador.—Salustiano Maldonado, de la 1ª Compañía del escuadrón de la Barca.—Matías Abrego, de la 3ª

del 12º de línea.—Luis Arechega, en depósito.—Manuel Villar, de la 5ª bateria.—Santiago Odiaga, en depósito.—Luz Medel, de la 1ª Compañía del 12º de línea.—Eugenio Ruiz, de la 1ª Compañía del 1º de línea.—Pedro González, de la 1ª Compañía del 2º de línea.—Francisco Ramírez, de la Compañía tiradores de Miramón.—Pedro Cárdenas, de la 3ª Compañía tiradores de Miramón.—Joaquín D. Guerrero, 2º Ayudante, tiradores de Miramón.—Salvador Senil, de la 4ª Compañía tiradores de Miramón.—Francisco Frecutz, Ayudante, General Miramón.—Timoteo de las Cabañas, agregado al Batallón tiradores de Miramón.—José M. Beltran, 2º Ayudante del 15º de línea.—Carlos Caro, de la 4ª Compañía del 5º de línea.—Gustavo Banhachte, de la 2ª Compañía del 5º de línea, belga.—Vicente Lara, suelto.—Teófilo Velázquez, Ayudante de la Proveduría.—Anastasio Hurtado, agregado al 2º Regimiento.—Florentino Urbina, de la escolta del Emperador.—Vertie Mariolt, Ayudante del General Miramón, francés.—F. M. Villaseñor, Ayudante Secretario del Comandante General de Artillería.—Antonio Povedilla, de artillería.—Cruz de León, 9ª Compañía del 7º de línea.—Pedro Brazo, de la 5ª Compañía del 1º de línea, español.—Francisco de la Vega, 2ª Compañía del 7º de línea.—Manuel M. Molina, del fijo de Celaya.—Juan Barbosa, de la 8ª Compañía del 14º de línea.—Nicanor Mondragón, de la 1ª Compañía del 14º de línea.—Evaristo del Moral, de la 4ª Compañía del Batallón de Querétaro.—Manuel Muñoz, de

la 3ª Compañía del Batallón de Celaya.—Rafael González, del 3er. escuadrón del 8º Regimiento.—Atanasio Sánchez, de la 3ª Compañía del Batallón de Querétaro.—José Figueroa, de la 1ª Compañía del 7º de línea.—Margarito Mendoza, de la 2ª Compañía del 5º de línea.—Jesús Domínguez, Ayudante del General Castillo.—Doro-teo Blanco, 3ª Compañía del Batallón de Querétaro.—Juan Palanzarez, del 2º de Caballería.—Juan Palafox, Instructor de reemplazos.—Pedro González, suelto.—Manuel Estrella, del cuadro de oficiales del General Vidaurri.—Rafael Ordaz, de la 4ª Batería.—Eug. Charden, Plana Mayor del 3º de línea, francés.—Gabriel Cabrera, en depósito.

SUBTENIENTES.—Carlos Loever, del Batallón Cazadores, francés.—Eugenio Valet, Instructor del 2º de Caballería, francés.—Juan Goveix, Instructor del 2º Batallón de línea, francés.—José Sevenalle, del 4º Regimiento, francés.—Carlos Somet, de la 2ª Compañía Guardia Municipal de México, francés.—Pablo Primor, de la 3ª del Batallón Zapadores.—Alfonso Marié, de la 1ª Compañía del Batallón Cazadores, francés.—Pablo Guillon, Depositario del 1º de línea, francés.—Antonio Camorí, de la 1ª Compañía del Batallón Cazadores, francés.—Carlos Eloy, de la 9ª Compañía del 2º de línea, francés.—Maximiliano Susan, de la 3ª Batería, francés.—Leandro María García, de la 2ª Batería.—Jesús Martínez, de la 4ª Compañía del 12º de línea.—Pedro Villarreal, del Estado Mayor General del Ejército.—Casimiro Deponter,

de la 7ª Compañía del 7º de línea, francés.—Rafael Guerrero, de la 1ª Compañía del 12º de línea.—Manuel R. Ploves, de la 2ª Compañía del Batallón tiradores de Miramón.—Amador Sandoval, en depósito.—Alejandro Ortiz, del Regimiento de la Emperatriz.—Luis Depain, de la 2ª Compañía del 14º de línea, francés.—Antonio Sánchez, de la escolta del Emperador.—Miguel Campos, agregado al 14º de línea.—Simón Rivera, del Batallón Guardia Municipal de México.—Rafael Torres, de la 8ª Compañía del 14º de línea.—José L. Herrera, del 2º Regimiento de Caballería.—Simón Caváres, de la 5ª Compañía del 1er. Batallón de línea.—Vicente Valdés, de la 5ª Compañía del Batallón Guardia Municipal de México.—Francisco Furiel, de la 1ª Compañía del 14º de línea, francés.—Manuel Gallardo, agregado al Regimiento de Celaya.—Pedro Dehuere, de la 4ª Compañía, Batallón de Cazadores, francés.—Bernabé H. de Castillón, de la 6ª Compañía del 7º de línea.—Félix Raguac, de la 3ª Batería, francés.—Mauriur Armidie Roubaut, de la 2ª Compañía, Batallón de Cazadores, francés.—Pablo Caballero, de exploradores de México.—Antonio Arredondo, de la 4ª Compañía del 3º de línea.—José M. Aguirre, de la 2ª Compañía del 3º de línea.—Adelaido Cabrera, de la 3ª Compañía del 3º de línea.—Achille Schigoro, depositario de Cazadores, francés.—Alberto Hans Jeturia, de la 8ª Batería mixta, austriaco.—J. M. Romero, de la 6ª Compañía del 1º de línea.—Marcos Lairs, de la 3ª Batería, francés.—Victoriano Cortés, del Regimiento de

la Emperatriz.—Manuel Laya, de la 8ª Compañía del 3º de línea.—Eleuterio Ramírez, de la 5ª Compañía del 3º de línea.—Margarito de la Rosa, de la 1ª Compañía del 3º de línea.—Julián Armentaris, de la Compañía presidial de Durango.—Sabás Orozco, agregado al Batallón de Celaya.—Jesús Osornio, supernumerario del Batallón Querétaro.—Eugenio Espinosa, de la Guardia Civil de San Juan del Río.—Saturnino Hernández, suelto.—Agustín Velasco, 5ª Compañía del 14º de línea.—Rodolfo Artois, de la escolta del Emperador, francés.—Mariano del Castillo, del 7º de Caballería.—Juan Campuzano, suelto.—Manuel Trujillo, del 7º Regimiento.—Andrés Arenzana, de la 3ª Compañía del 1º de línea.—Antonio Reyes, del escuadrón de Toluca.—Lorenzo Mowrplie, de la 3ª Compañía del 15º de línea, francés.—José G. de Lima, de la 4ª Compañía del 1º de línea.—Jesús Padilla, Depositario del 2º Regimiento de caballería.—Luciano Moreno, de la Compañía presidial de Durango.—Teodoro Damian, del 4º Regimiento de Caballería.—Telesforo Macías, del escuadrón de la Barca.—José de la Luz Miota, de la 6ª Compañía del 6º de línea.—Francisco Rangel, Depositario.—Francisco Enríquez, del 8º Regimiento.—Eduardo Trujillo, del Regimiento de la Emperatriz.—Silverio Tovar, de la 3ª Compañía del 7º de línea.—Mariano González, en depósito.—Julio Sandoval, en depósito.—Praxedis Deloan, en depósito.—Gustavo de la Fora, en depósito, francés.—Cayetano Gorgón, agregado al Regimiento de la

Emperatriz.—Juan Confón, supernumerario del 12º de línea, francés.—Gabriel R. Xisoy, del Regimiento de la Emperatriz, francés.—Emilio Pepin, Tesorero del 5º Regimiento, francés.—Victor Nomel, Instructor del 5º Regimiento, francés.—Manuel Osaita, de la Compañía presidial de Durango.—Rafael Rios, de la Compañía presidial de Durango.—Guadalupe Tenorio, suboficial del Regimiento de la Emperatriz.—Victor Esparza, Ayudante de la Gendarmería.—Rafael Arriaga, en depósito.—Fermin Boignier, de la 3ª Compañía de Cazadores.—Modesto González, de la 4ª Compañía del 15º de línea.—Pilar Pérez, de la 2ª Compañía del 7º de línea.—Desiderio S. Saldaña, de la 1ª Compañía del 7º de línea.—Leopoldo Dreyster, Ayudante del General Mejía, austriaco.—Manuel Palacios, Mayor de Maestranza.—Adolfo Chartón, de la 3ª Compañía, Batallón de Celaya, francés.—Francisco Jimenez, suelto.—Sixto Heredia, de la Compañía de Guanajuato.—Angel Maldonado, del 6º Regimiento de caballería.—Desiderio Flores, de la 2ª Compañía, Batallón de Querétaro.—José M. Arellano, en depósito.—Nestor Manzano, Subayudante del Batallón tiradores.—Blas Rodríguez, de la 2ª Compañía del Batallón tiradores.—Gaspar Unri, de la 2ª Compañía del Batallón tiradores.—Ricardo R. Guerrero, suelto.—José M. Iniestra, barbero del 1º Batallón de línea.—Manuel Higuera, de la 2ª Compañía del 5º Batallón de línea.—Juan Palafox, de la 4ª Compañía del 5º Batallón de línea.—José M. Segura, de la 2ª Compañía del

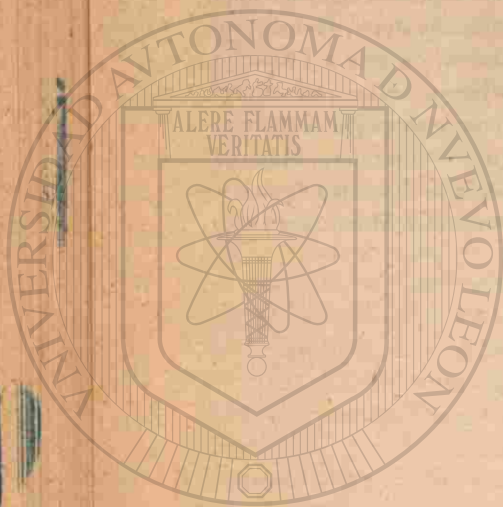
5º Batallón de línea.—Guadalupe Salcedo, de la 1ª Compañía del 5º Batallón de línea.—Tomás León, de la 1ª Compañía del 15º Batallón de línea.—Diego Carrasco, de la 1ª Compañía del 5º Batallón de línea.—Laureano Aguilar, de la 5ª Compañía del 5º Batallón de línea.—Juan Sánchez, de la 3ª Compañía de tiradores de Miramón.—Dionisio Huerta, Supernumerario de tiradores de Miramón.—Zacarias Deplace, en la Plana Mayor del Batallón de Cazadores, francés.—Federico Filialú, en la Plana Mayor del Batallón de Celaya, francés.—Antonio Vignan, de la 5ª Compañía del Batallón de Celaya, español.—Juan Lugevau, de la 1ª Compañía del Batallón de Celaya, francés.—Juan Bousesand, de la 2ª Compañía del Batallón de Celaya, francés.—Adolfo Egrefeuill, Instructor del 1º de línea, francés.—Gustavo de Lafond, de la 3ª Compañía Guardia Municipal, francés.—Luis Canto, de la 2ª Compañía del 14º de línea.—Francisco Gómez, del Regimiento de la Emperatriz.—Lorenzo Chavez, 4ª Compañía, tiradores de Miramón.—Dolores Aguilar, del escuadrón de Zamora.—Eugenio Chardin, Instructor del 3º de línea, francés.—Francisco Martínez, de la 5ª Compañía del 7º de línea.

EMPLEADOS CIVILES.—Manuel G. Aguirre, Ministro de instrucción pública y cultos, y encargado de los Ministerios de Gobernación, Fomento y Justicia.—Luis P. Blasio, escribiente del Emperador.—Samuel Bach, doctor del Emperador.—Joaquin Martinez, Jefe del Cuerpo Médico.—Manuel Castillo y Cos, empleado de Hacienda.

—Domingo Pasos, Comisario del Ejército.—Demetrio Ortiz, empleado.

CORONEL.—Juan Oton.—Manuel Domínguez, Prefecto.

De la clase de tropa se tomaron ocho mil hombres, los que por disposición del C. General de División Mariano Escobedo en Jefe del Ejército de operaciones, se refundieron en los varios Cuerpos que lo componen, con excepción de los franceses, austriacos y belgas.—Querétaro, Mayo 24 de 1867.—J. Díaz de León.—Es copia de su original que certifico.—Querétaro, Mayo 24 de 1867. J. C. Doria, secretario.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	Págs.
ENTRE LOS RÉPROBOS.— <i>El autor.</i> —Traidor a su patria y traidor a su partido	v
<i>El Libro.</i> —Los traidores de los traidores.	XXI
<i>Maximiliano.</i> —Cómo entregó la plaza de Querétaro	XXXVII
Entrevista con el general Julio M. Cervantes	XXXVIII
Entrevista con el general Francisco A. Vélaz.	LXII
CONSIDERACIONES DEL TRADUCTOR.	LXXII
INTRODUCCIÓN	CXV
ULTIMAS HORAS DEL IMPERIO.—I. La verdadera causa de la caída del Imperio Mexicano es desconocida.—La traición de López fué una de las consecuencias de la del general Márquez.—Origen de este libro	I
II. La traición del general Márquez fué una venganza premeditada.—Influjo de este general durante la Intervención francesa.—Importancia de su triunfo en Morelia.	6
III. Primer error político de Maximiliano.—El Ministerio se ocupa en satisfacer venganzas.—Se encarga al general Márquez una misión en el exterior.	11
IV. Decadencia del Imperio.—Miramón y Márquez vuelven a su patria.—Situación e influjo de los dos generales.	18
V. Retrato del general Márquez.—Sus sanguinarios antecedentes.—Asesinatos de Tacubaya.—Asesi-	

nato de Ocampo.—Fusilamiento de Valle.—Su deslealtad	Págs. 20
VI. Promesas hechas por Márquez á Miramón al abrirse la campaña del interior.—Derrota de San Jacinto.—Pedidos que hizo Miramón para reparar ese desastre.—Rasgo principal del carácter de Maximiliano.—Consecuencias de él.—Márquez aprovecha la derrota de San Jacinto para activar su venganza.—El Ministerio se opone á la partida de Maximiliano para Querétaro.—Márquez engaña al Emperador sobre los elementos necesarios para hacer la campaña.—Engaña también al Ministerio sobre la situación militar de los republicanos	28
VII. El general Márquez trata de sembrar la discordia entre el Emperador y Miramón.—Pretende privar al Emperador de la cooperación de este general.—Miramón se muestra ofendido por esta manera de obrar.—Maximiliano declara que Márquez es el jefe del ejército.—Contestaciones desagradables ocasionadas por este incidente entre Maximiliano y Miramón.—Nuevos ataques contra este general	34
VIII. Solicitud presentada por el comandante general de la artillería para comenzar la campaña.—Fuerza del ejército imperial y falta de los elementos necesarios.—Fortificación de Querétaro.—Márquez deja al ejército indefenso y prepara la derrota	39
IX. Márquez asegura que el ejército imperial tomará la iniciativa contra los republicanos.—Bajo este pretexto evita preparar la defensa.—La opinión de los otros generales estaba de acuerdo con sus resoluciones.—Se decide tomar la ofensiva; pero el general Márquez se opone.—Ventajas obtenidas por la traición.—Miramón ataca á Márquez con motivo del estado en que había puesto al ejér-	

cito imperial.—Márquez no puede defenderse.—Fundamentos de la opinión de Miramón.	Págs. 43
X. Para consumir su traición, Márquez aconseja una retirada.—Imposibilidad de ese movimiento.—La derrota del ejército imperial en caso de retirada era completa.—Maximiliano rehusa seguir el consejo de Márquez y cita un consejo de guerra, que opina por la ofensiva y rechaza la idea de una retirada.—La opinión que el general Márquez sostenía en público era diferente á la que exponía secretamente al Emperador	47
XI. Astucia con la cual traicionaba Márquez.—Aconseja al Emperador establecerse en uno de los puntos más peligrosos de la línea de defensa.—Paralelo entre la traición de Márquez y la de López.—Facilidades que tenía el primero para traicionar.—Márquez se opone á que el convento de la Cruz se fortifique bien.—Terrible combinación formada por él para hacer que la plaza cayese en poder de los republicanos en el momento en que la atacaron.—Certidumbre que tenía del éxito de su plan.—Extraña escena que pasó entre el Emperador y Márquez.—Miramón destruye el horrible plan de Márquez y salva la plaza el 14 de marzo.—Pruebas de la existencia de ese plan de venganza	53
XII. Plan que se formó para atacar á los republicanos el 17 de marzo.—Combinación de Márquez para frustrarlo.—Engañado el Emperador ordena á Miramón que suspenda el ataque.—Profundo despecho de Miramón.—Falsedad de la causa sobre la cual se fundaron para hacer suspender el ataque.—Méndez cooperaba, sin saberlo, al triunfo de la traición de Márquez.—Causas de esta conducta	65
XIII. Causas por las cuales se quitó á Méndez el mando de la brigada de reserva.—Vengancita de	

Márquez.—Miramón y Arellano se retiran.—Márquez propone otra vez la retirada.—Mejía y Méndez le apoyan.—El Emperador se decide a ella.—Miramón y Arellano trabajan para disuadirle.—Miramón se opone inútilmente

73

XIV. Conferencia del Emperador con Arellano.—Sus resultados.—Maximiliano convoca un consejo de guerra, para determinar el partido que se debe tomar.—Se resuelve la continuación de la defensa y el hacer venir de México, para Querétaro, un ejército auxiliar

79

XV. Al Emperador le corresponde el derecho de nombrar al general que había de salir en busca de los recursos que la plaza necesitaba.—Márquez, mirando que sus proyectos de traición habían fracasado, forma otro para consumarla.—Aconseja al Emperador que le nombre para el desempeño de la misión.—Le aconseja la destitución de los ministros conservadores.—Nuevo Ministerio. Inútil previsión del Emperador.—Profundo secreto en cuanto a la partida de Márquez.—Poderes que le son conferidos.—Sale de la plaza de Querétaro.—Antes de su salida es condecorado con la medalla de bronce del mérito militar.—Sensación que causó en el ejército la partida del general Márquez

90

XVI. Marcha del general Márquez para México.—El Emperador le autoriza para conservar ó abandonar la capital.—Decreta a su llegada un préstamo forzoso, fracciona las tropas, y en lugar de socorrer a Querétaro, se dirige a Puebla, sabiendo muy bien que Querétaro no podía sostenerse.—Elige el camino más largo al dirigirse a Puebla con el fin de que Querétaro sucumba durante su marcha.—Se detiene en San Lorenzo, y espera que los republicanos, vencedores en Puebla, marchen sobre él, y se hace derrotar.—Márquez es el primero que

huye del campo de batalla y contribuye con esto a la dispersión de sus tropas.—El ministro de la guerra manifiesta el deseo de someterlo a un consejo de guerra.—Vidaurre y Quiroga no consiguen de Márquez que envíe recursos a Querétaro.—Vidaurre envía al Emperador 150,000 pesos, pero Márquez se guarda la libranza.—La derrota de San Lorenzo asegura a Márquez el triunfo de su venganza

107

XVII. La separación del general Márquez hace posible la defensa de Querétaro.—Los republicanos reciben refuerzos.—Ataque del 24 de marzo.—Improvisación de establecimientos de artillería.—Necesidad de estar a la defensiva hasta la vuelta de Márquez.—Salidas en los días 22 de marzo, y 1º y 14 de abril.—Miramón y Arellano proponen al Emperador salir de la plaza.—No es aceptada su proposición.—Junta de guerra de generales, verificada el 19 de abril.—Resoluciones de la junta para continuar la defensa hasta el regreso de Márquez.—El pueblo y el ejército se alimentan con carne de caballo y mula.—Miseria.—Ataque del Cimatario.—Salidas en los días 1º y 3 de mayo.—Ataque del 5 de mayo.—Carta del Emperador dirigida a Márquez.—No siendo posible por más tiempo la defensa, se hace la proposición de no sostener el sitio

125

XVIII. El general Mejía promete armar al pueblo de Querétaro, y se trasfiere por esto el rompimiento del sitio para dentro de tres días.—El Emperador pide a los generales comandantes de las tres armas una relación acerca del estado de la plaza.—Hace constar la conducta del general Márquez y la responsabilidad que ha caído sobre él.—Se hacen preparativos para salir el 14 de mayo.—Petición de Méndez.—Traición de López.—Parte que en la traición tomó el tráfuga Vélez.—El

Emperador señala á Márquez como al principal traidor	Págs. 145
XIX. Arellano se escapa de los republicanos.—Ejecución de Méndez.—Arellano ofrece sus servicios á Maximiliano.—Se dirige á México.—Entra en Tacubaya.—Evade el rigor del sitio de la capital y entra en ella.—Confirma las falsas noticias dadas por Márquez respecto de la próxima llegada del Emperador á la capital.—Márquez no ignoraba los acontecimientos de Querétaro.—Conducta de este general durante el sitio de la capital.—Se desembaraza de los Ministros Vidauri y Portilla. Dispone de 150,000 pesos que Vidauri enviaba al Emperador.—Increíble extremo de su venganza contra Miramón.—Prodiga grados y condecoraciones.—Conferencia de Márquez y Arellano la noche del 14 de junio.—Estratagema empleada para dar valor al ejército y al pueblo.—Sensación pública.—Últimos deseos de Márquez.—Fusilamientos en Querétaro.—La venganza satisfecha de Márquez pone fin á la penosa situación de la capital	167
XX. ¿Tomó Márquez su venganza y consumó su crimen de acuerdo con los republicanos?—Los hechos responden afirmativamente.—Defensa de López	194
ULTIMAS PALABRAS	214
APÉNDICE	229
Los imperiales hechos prisioneros en Querétaro.—Lista nominal de los prisioneros hechos por las fuerzas de la República en la ocupación de la plaza de Querétaro, y verificada el 15 del presente mes, con expresión de sus clases, destino y nacionalidad	231

AGENCIA

DE

INFORMACIONES Y ENCARGOS

DIRECCIÓN: ANGEL POLA, CIUDAD DE MÉXICO, CALLE DE TACUBA, NÚMERO 25.

Muy acreditada por su honradez, eficacia y equidad, se ocupa en todo género de informaciones y encargos, siendo ilimitada su esfera de acción. Utilísima á los abogados para sus negocios judiciales, á los ingenieros para las materias de su profesión, á los médicos para medicinas de patente é instrumentos de las mejores fábricas; á todos los profesionales, en fin, para los objetos que les atañen; á los comerciantes, para recibo y remisión, compra y venta de mercancías é información de precios; á los agricultores y ganaderos, para maquinaria, semillas y libros referentes á su ramo; á los artesanos, para indicación del precio de sus materiales y la venta de sus artefactos; á los militares; á los enfermos, para que les recete el médico de su agrado; á todos los residentes de fuera de esta Capital, para indagaciones de toda clase, solicitudes de propiedad literaria y artística, peticiones de privilegio, denuncia de minas y terrenos, &c., &c.

*

Emperador señala á Márquez como al principal traidor	Págs. 145
XIX. Arellano se escapa de los republicanos.—Ejecución de Méndez.—Arellano ofrece sus servicios á Maximiliano.—Se dirige á México.—Entra en Tacubaya.—Evade el rigor del sitio de la capital y entra en ella.—Confirma las falsas noticias dadas por Márquez respecto de la próxima llegada del Emperador á la capital.—Márquez no ignoraba los acontecimientos de Querétaro.—Conducta de este general durante el sitio de la capital.—Se desembaraza de los Ministros Vidauri y Portilla. Dispone de 150,000 pesos que Vidauri enviaba al Emperador.—Increíble extremo de su venganza contra Miramón.—Prodiga grados y condecoraciones.—Conferencia de Márquez y Arellano la noche del 14 de junio.—Estratagema empleada para dar valor al ejército y al pueblo.—Sensación pública.—Últimos deseos de Márquez.—Fusilamientos en Querétaro.—La venganza satisfecha de Márquez pone fin á la penosa situación de la capital	167
XX. ¿Tomó Márquez su venganza y consumó su crimen de acuerdo con los republicanos?—Los hechos responden afirmativamente.—Defensa de López	194
ULTIMAS PALABRAS	214
APÉNDICE	229
Los imperiales hechos prisioneros en Querétaro.—Lista nominal de los prisioneros hechos por las fuerzas de la República en la ocupación de la plaza de Querétaro, y verificada el 15 del presente mes, con expresión de sus clases, destino y nacionalidad	231

AGENCIA

DE

INFORMACIONES Y ENCARGOS

DIRECCIÓN: ANGEL POLA, CIUDAD DE MÉXICO, CALLE DE TACUBA, NÚMERO 25.

Muy acreditada por su honradez, eficacia y equidad, se ocupa en todo género de informaciones y encargos, siendo ilimitada su esfera de acción. Utilísima á los abogados para sus negocios judiciales, á los ingenieros para las materias de su profesión, á los médicos para medicinas de patente é instrumentos de las mejores fábricas; á todos los profesionales, en fin, para los objetos que les atañen; á los comerciantes, para recibo y remisión, compra y venta de mercancías é información de precios; á los agricultores y ganaderos, para maquinaria, semillas y libros referentes á su ramo; á los artesanos, para indicación del precio de sus materiales y la venta de sus artefactos; á los militares; á los enfermos, para que les recete el médico de su agrado; á todos los residentes de fuera de esta Capital, para indagaciones de toda clase, solicitudes de propiedad literaria y artística, peticiones de privilegio, denuncia de minas y terrenos, &c., &c.

*

Para cada ramo hay una persona especialista muy competente.

El precio de nuestra comisión, queda á entera equidad del solicitante.

Para informes sobre nuestra integridad, dirigirse á la Casa Bouret, calle del 5 de Mayo, número 14, uno de los establecimientos comerciales más fuertes de esta Capital.

¡LIBROS! ¡LIBROS!

Me encargo de servir con toda eficacia y á precio de catálogo, toda clase de libros, nuevos ó de medio uso, antiguos ó modernos, raros, sobre toda clase de materias y en cualquier idioma: agricultura, ganadería, veterinaria, letras, artes, ciencias y religión.

 NINGÚN PEDIDO SERÁ SERVIDO SIN LA REMISIÓN ANTICIPADA DE SU IMPORTE, YA EN GIRO POSTAL, YA POR EXPRESS, YA EN TIMBRES POSTALES DE Á CINCO CENTAVOS; PERO, EN ESTE ÚLTIMO CASO, AUMENTANDO DIEZ CENTAVOS EN CADA PESO, QUE ES EL IMPORTE DEL CAMBIO EN MONEDA.

TODA REMISIÓN SE HACE CERTIFICADA Y CON TODA EFICACIA. 

OBRAS DE VENTA

OBRAS COMPLETAS

DE MELCHOR OCAMPO

Consejero de D. Benito Juárez, jefe del partido puro (liberal republicano), alma de la Constitución de 1857 y autor y mártir de las leyes de Reforma: informan sus obras las ideas más elevadas y sanas en moral, religión, política, letras y ciencias.

TOMO I.—POLEMICAS RELIGIOSAS, en que aparece su contrario el Dr. D. Agustín R. Dueñas, Cura de Maravatio, tras el cual se escudó el Lic. D. Clemente de Jesús Munguía, sabio Prelado de Michoacán. Prólogo—*El Apóstol y su credo*—del Lic. D. Félix Romero, que fué diputado al Congreso Constituyente..... \$ 1.50.

TOMO II.—ESCRITOS POLÍTICOS: La República, la Constitución de 1857 y la Reforma. Retrato del autor en fotograbado, con auténticas, y biografía escrita por D. Angel Pola..... \$ 1.50.

TOMO III.—LETRAS Y CIENCIAS. Prólogo del Dr. D. Porfirio Parra, sabio filósofo y jefe de la escuela positivista, y un capítulo titulado: *En peregrinación, de Pomoca á Tepeji del Río*, lugar el primero en donde fué aprehendido el Reformador, y el segundo, en el que lo sacrificó el Clero. Con dos láminas..... \$ 1.50

OBRAS COMPLETAS

DE BENITO JUAREZ

TOMO I.—EXPOSICIONES. CÓMO SE GOBIERNA. *Libro de sensación escrito por D. Benito Juárez, Benemérito de las Américas, que fué gobernador de Oaxaca y presidente de la República.*

El autor historia de modo maravilloso y con sinceridad incomparable cómo gobernó aquel Estado y qué hizo, dando idea perfecta de la función independiente de los tres Poderes: Ejecutivo, Legislativo y Judicial; y de cómo se imparte justicia, cumple la ley y labra la felicidad del pueblo. Según el Apóstol de la República y de la Constitución, las leyes deben expedirse cuando las necesite el organismo social; la justicia debe ser impartida por igual, sin distinción absoluta de personas; la ley debe ser cumplida, aún a pesar del gobernante; las autoridades, para que llenen íntegramente sus obligaciones y hagan el mayor bien posible, deben ser aptas, probas, estar radicadas y tener intereses en el lugar que gobiernan; el militarismo es opuesto a la democracia; el gobernante debe dar cuenta de sus actos.

Biografía escrita por D. ANASTASIO ZERECERO, amigo íntimo del autor, revisada por D. MATÍAS ROMERO, que fué Embajador de México en Washington y su discípulo de derecho en el Instituto de Oaxaca, y rectificada dos veces por el Sr. Juárez. Mag-

nífico retrato del autor, en fotograbado, con auténticas de su familia, y profusión de datos curiosísimos inéditos sobre su vida y entrevistas tenidas con personajes coetáneos, por ANGEL POLA.

Precio del ejemplar, rústica. \$ 1.50.

EPISODIOS HISTORICOS MILITARES

POR DOMINGO IBARRA

Hermoso libro que debe leer todo mexicano, pues es la historia de México casi durante el siglo diecinueve, referida muy amenamente por un patriota, testigo ocular de los sucesos, en los que tomó parte como buen soldado. Contiene: Toma de la fortaleza de Ulúa. Revolución de la regeneración política. Con los indios bárbaros Comanches. Destitución del general Santa-Anna. Asonada en el Palacio Nacional. Pronunciamiento del general Paredes. El invasor norteamericano. Presidencia de Arista. Expedición del conde Gastón Raousset Baulbon con emigrados franceses. Expedición filibustera de Walker. Revolución de Ayutla. Sublevación de Uraga. Sublevación de Miramón. Captura de Orihuela, &c., &c.

PRECIO DEL EJEMPLAR, RÚSTICA. \$ 1.00

EL CULTIVO DEL MAIZ

NUEVA EDICIÓN REFUNDIDA

Libro escrito por D. Luis de la Rosa, sabio agrónomo eminentemente práctico. Contienelo que sigue: Belleza del maíz. His-

toria del Maíz. Origen de esta planta. Su translación al antiguo continente. Su propagación. Descripción del maíz. Su organización. Su clasificación. Especies y variedades del maíz. Vegetación del maíz. Circunstancias meteorológicas que la aceleran ó retardan. Enfermedades del maíz. Insectos que lo atacan. Clima, terreno y abonos que convienen al cultivo del maíz. Principios generales sobre el cultivo del maíz. Métodos con que esta planta se cultiva en la República. Utilidad del maíz. Sus usos económicos. El maíz considerado como objeto del más vasto consumo y del comercio más importante que se hace en México. Medios por los que se puede fomentar el cultivo del maíz. Conclusión. Notas amplificativas. Nota A: observaciones de Mr. Humboldt sobre el clima de México y particularmente sobre las lluvias. Nota B: cultivo del maíz en algunos puntos de la tierra caliente. Nota C: sobre la condición de los cultivadores proletarios. Nota D: cultivo del trigo en México. Nota E: caminos carreteros. Nota F: datos estadísticos sobre productos y consumos. Nota G: años de escasez de maíz en México. Nota H: consumos que hace la minería. Catálogo de obras sobre el maíz y su cultivo. Apéndice: de las señales para conocer la malicia y bondad de la tierra. Adición: El maíz, su cultivo y su valor. Del rastrojo y de la pastura. Estudios y observaciones sobre el maíz. Método muy fácil para conservar los granos libres del gorgojo. Cómo se conservan los cereales. Cons-

trucción de silos y modo de preparar el grano para su depósito. Cómo se destruye el gorgojo.

El lenguaje es claro y ameno y al alcance de todas las inteligencias. La obra, cuyas enseñanzas, deducidas de la práctica y la ciencia, son provechosísimas, consta de más de 300 páginas.

Precio del ejemplar, rústica..... \$ 1.00

LA JOYA DEL AGRICULTOR

LIBRO DE ORO DEL HOMBRE DE CAMPO

Este hermoso libro, escrito por agricultores de rostro tostado por el sol, de manos encallecidas por el manejo de las herramientas de labranza y encorvados de tanto tratar íntimamente con la tierra, contiene lo que sigue, en resúmenes admirables:

Índice:—El libro. A los lectores.—Del conocimiento de las tierras y su análisis.—De la situación del terreno.—De la exposición de los terrenos.—De la calidad de los terrenos.—Tierra arenisca ó sílice.—Tierra arcillosa ó alumina.—Tierra de cal ó caliza.—Tierra vegetal ó humus.—Diversidad de terrenos.—Composición de los terrenos.—Análisis ó separación de las tierras.—Separación del humus.—Separación de la sílice.—Separación de la caliza.—Separación de la alumina.—Aplicación del análisis.—Especies de terrenos.—Variedades de terrenos.—Tabla geonómica.—Calidades de los terrenos.—Terrenos silíceos.—Terrenos

aluminosos.—Terrenos calizos.—Terrenos de humus ó mantillo.—De las labores y el modo de hacerlas.—Labor de las tierras eriales y de las especies de arados propios para romperlas.—METEOROLOGÍA DEL AGRICULTOR: Pronósticos deducidos de la atmósfera.—Pronósticos deducidos de los cuerpos terrestres.—Pronósticos de los animales.—TRATADO SOBRE EL FRIJOL: I. Descripción de la planta. II. Especies y variedades. III. Cultivo. *Apéndice:* Clima y suelo. Cultivo. Siembra.—TRATADO SOBRE EL ARROZ: I. Descripción de la planta. II. Clima, variedades, terreno y cultivo. III. Secano. *Apéndice:* Sobre el arroz y su cultivo. Clase de tierra y su abono. Modo de blanquear y limpiar el arroz. Calidades del arroz. Usos del arroz. TRATADO SOBRE EL GARBANZO: I. Descripción de la planta. II. Clima, terreno y cultivo. III. Enfermedades. El garbanzo en España. El garbanzo como medicina.—TRATADO SOBRE EL HABA: I. Descripción de la planta. II. Especies y variedades. III. Clima, terreno y contratiempos. *Adición:* TRATADO SOBRE EL CHILE: I. Descripción de la planta. II. Variedades. III. Cultivo. IV. Plantío. V. Recolección. TRATADO SOBRE LA LENTEJA: I. Descripción del género. II. Cultivo. *Adición:* La lenteja en Europa. La lenteja como medicamento. TRATADO SOBRE EL AJONJONI: I. Cultivo de la planta. II. Método para extraer el aceite. III. Conclusión. TRATADO SOBRE EL AZAFRÁN: De la cosecha del azafrán. De las propiedades del azafrán.—TRATADO SOBRE EL TRIGO: I. Descripción

del género. II. Especies ó variedades. III. Elección y preparación de la simiente. IV. Preparación de las tierras y modo de sembrar. V. Accidentes y enfermedades. VI. Época y modo de hacer la cosecha. VII. Modo de hacer las harinas. *Adición:* Modo y tiempo de escardar lo sembrado. Siega, trilla y era. El chahuistle. De las trojes. De las propiedades del trigo. Propiedades del grano entero, solo y preparado. Propiedades del grano enfermo y de sus preparaciones.—EL CHAYOTE. *Adición:* Estudio sobre el chayote.—TRATADO SOBRE EL CAFÉ: I. Descripción del género. II. Cultivo. Historia del café. Su papel en la alimentación. Explanaciones.—TRATADO SOBRE EL CACAO: I. Descripción del género. II. Cultivo. III. Recolección. *Adición:* Cultivo y beneficio del Cacao.—TRATADO SOBRE LA CEBADA: I. Descripción de la planta. II. Cultivo. *Adición:* La paja.—TRATADO SOBRE EL TABACO: I. Descripción de la planta. II. Tierras convenientes: Preparación y abonos. III. Trasplantación. IV. Época en que debe descollarse la planta. V. De las plantas madres. VI. Madurez. VII. Cosecha. VIII. Beneficios que se da al tabaco en el secadero. *Apéndice:* CULTIVO DEL FRIJOL. Los granos en la alimentación: los guisantes, las habas y las lentejas. El té, el café y el chocolate. *Enseñanzas de un agricultor:* Cómo se cultiva el mejor tabaco.

Son tales las enseñanzas que contiene cada uno de estos Tratados, que bastan para que el agricultor pueda hacer con per-

fección el cultivo, obteniendo el mejor y más abundante fruto. Esta obra ha sido publicada bajo la dirección de los Sres. Santos Rodríguez y José M. Rivero, agricultores de más de 30 años de práctica.

Precio del ejemplar, rústica... \$ 1.00

EL SEÑOR GOBERNADOR

NOVELA POLITICA SATIRICA

Es una pintura real de los gobernadores y las autoridades políticas, municipales y militares de provincia, quienes desfilan, hechos de carne y hueso, con sus defectos y debilidades, con sus vanidades é hipocresías, moviéndose al natural en su propia esfera de acción pública y privada. Esta novela es la gran caricatura de la política que se hace en la República: ¡verdadera historia de la vida cómica de los *personajes* de los Estados! Y tan es así, que muchos altos empleados han querido verse aludidos.

En cada página, por serio que sea el lector, se desternilla de risa.

Su autor, D. Manuel H. San Juan, ha sido diputado y secretario particular de algunos gobernantes, y es uno de los primeros literatos mexicanos.

Precio del ejemplar, rústica... \$ 0.75

LA TRAJICION DE MAXIMILIANO

CÓMO ENTREGÓ LA PLAZA DE QUERÉTARO

Importantísimo libro que hace luz completa en la debatida cuestión histórica de la

entrega de la plaza de Querétaro por Maximiliano. He aquí parte del Índice: *Cuestión renovada*: Los impenitentes intervencionistas.—*El autógrafo de Maximiliano*: Mala fe de la prensa imperialista. El presunto falsificador.—El informe del General Escobedo.—La aseveración del General Escobedo.—*Las causales de la traición*:—La cuestión militar.—El proyecto de los Generales.—El proyecto de Maximiliano.—*La culpabilidad de Maximiliano*:—Veracidad de Escobedo y mendacidad de Maximiliano.—*El cómplice de la traición*:—La elección del cómplice.—Extraña fidelidad.—*La victoria del 15 de Mayo*:—La sorpresa de la Cruz.—La toma de Querétaro.—El Imperio vencido.—*El llamado proceso del General Escobedo*.—La capilla propiciatoria.

Obra escrita por D. Fernando Iglesias Calderón, fidei-comisario político del General Escobedo é hijo del immaculado político y prestigioso liberal D. José María Iglesias, que fué ministro de Justicia de Juárez.

Precio del ejemplar, rústica... \$ 3.00

COMO DEBEN SER AMADAS LAS MUJERES

Obrita de mucho provecho por las sanas enseñanzas que contiene. El asunto que trata es de suma utilidad para hombres y mujeres, que deseen la felicidad en el hogar en cualesquiera de los estados de la vida. Su doctrina ha sido tomada de la fuente pura de los libros sagrados, de los Santos Pa-

dres y los autores clásicos. Sus pruebas son vivas y convincentes; la elocuencia que las informa, deleita y persuade; penetran en el corazón y se hacen sentir, excitando al arreglo de costumbres. He aquí su índice: *Del amor por su naturaleza de pasión fuerte. Del amor torpe. Del amor honesto y espiritual de las mujeres. Del peligro de pasar del amor espiritual al sensible y sensual. Del remedio del amor con el amor de la Bendita entre las mujeres.*

Su autor es D. Juan Francisco Domínguez, sapientísimo teólogo de Puebla y notable literato.

Precio del ejemplar, rústica \$ 0.60

DE LOS DAÑOS DEL JUEGO

Primoroso libro, moral y filosófico, escrito en galana forma literaria por el Dr. D. José Miguel Curidi y Alcocer. Su lectura es indispensable á toda clase de personas, ya contaminadas con ese vicio, ya sanas; pues en él está pintada de bulto su monstruosidad. He aquí lo que contiene, entre otros muchos capítulos: Origen y división de los juegos para discernir los dañosos de los que no lo son. De los perjuicios que trae el juego á la República y primeramente de la oposición á la sociedad y trato civil. El juego destruye el fin porque se unieron los hombres en cuerpo político. Corrompe y quita á la República sus miembros. Daña á los particulares en todos sus bienes y primeramente en el dinero. Daña en las alha-

jas y muebles. Embaraza los ascensos y proporciones de buscar y pasar la vida. Daña en las amistades. Varía la bella índole ó el genio. Perturba el reposo. Estraga la salud. Quita el honor. Pierde el tiempo. Se opone á la salvación. Es el vicio más dañoso.

APÉNDICE.—Descripción geográfica histórica del país del juego, á semejanza de la del reino de la poesía. Situación y extensión. Descubrimiento, nombres y clima. División. Del país ultramontano. Del país citramontano. Montes y ríos. Islas. Calidades del país. Carácter de los habitantes. Costumbres. Modo de mantener la población. Religión. Ciencias. Armas. Gobierno. Enemigos. Idioma. De la Capital.

Precio del ejemplar, rústica . . . \$ 0.50

CULTIVO DEL CHILE

Libro indispensable al agricultor y cuyas enseñanzas están fundadas en prolongada práctica y la ciencia. *Índice:* Introducción: El chile como alimento.—La ciencia de la agricultura.—Historia del chile.—Descripción botánica y clasificación.—Clima que le conviene.—Terreno que le es favorable.—Composición química.—Lugar que debe ocupar en la rotación.—Mejoradores y abonos.—Elección y preparación del terreno para la formación de las almácigas.—Formación de las almácigas y elección de las semillas.—Siembra.—Conservación y cuidado de las almácigas.—Preparación del terreno para el trasplante.—Trasplante.—

Conservación de la sementera.—Cosecha y preparación de los frutos.—Empaque y rendimiento.—*Accidentes y enfermedades*.—Granizo.—Lluvias.—Mielecilla.—Plantas parásitas.—Aves.—Ratas.—Insectos.—*Apéndice*: El pimientero en España.

El autor, D. Manuel Cordero, fué alumno aprovechadísimo de la Escuela Nacional de Agricultura y Veterinaria, y revela discreción suma en todas las páginas de esta obra, la única, hasta ahora, escrita especialmente acerca de la materia.

Precio del ejemplar, rústica . . . \$ 0.50

ARTE DE DOMAR CABALLOS

ANDADURAS Y ENFERMEDADES

Obra de J. S. Rarey, celebrísimo domador de Ohio, traducida directamente del inglés por Andrés Z. Madueño.—Prefacio de F. de Guaita.—Índice.—Introducción.—Principios fundamentales de mi teoría basados en el estudio de las particularidades de la naturaleza del caballo.—Qué es preciso hacer para coger á un caballo cuando pasta.—Cómo se hace para que entre sin dificultad en la caballeriza.—Un momento de reflexión.—Del cabestro.—Observaciones acerca del caballo.—Experiencia.—Del hábito de olfatear que tiene el caballo.—Opinión de la mayoría de los hipíatros.—Del sistema de Powell para aproximarse á un potro.—Notas sobre el sistema de Powell.—Medio de gobernar caballos de toda especie.—Conducta que debe observarse con un

caballo reacio.—Colocación del cabestro.—Manera de guiar á mano á un caballo hacia otro manso.—Cómo se hace entrar un caballo en la cuadra y se le sujeta.—Del freno y del secreto de acostumar á su uso al caballo.—Manera de ensillar al potro.—Cómo se debe montar.—Del secreto para guiar al potro.—Manera de enseñar á un caballo á que tenga bien la cabeza.—Secreto para que guie un carruaje el caballo vicioso é indócil.—Secreto para convertir en caballos de tiro á los indómitos.—Cómo se acostumbra el caballo á las guarniciones.—Cómo se engancha el caballo al tilbury.—Secreto para enseñar al caballo á que se acueste.—Secreto para enseñar que el caballo siga á uno.—Cómo se le enseña á que permanezca quieto.—Instrucciones para practicar el método de Rarey.—El cercado.—Acercarse al caballo.—Para tirar el caballo.—Mañas y malas costumbres: reparar, patear, colgarse del ronzal, pajarear, castigo, armarse.—*Apéndice*: Enfermedades agudas del pie y accidentes producidos por la herradura.—Clavo de calle.—Furúnculo de la ranilla.—Compresión del pie por los clavos.—Picadura.—Enclavadura.—Suelo calentado ó quemado.—Cerezas.—Edad.—Edad del caballo.—Anatomía de los dientes.—Dientes incisivos.—Caninos ó colmillos.—Molares.—Señales suministradas por los dientes para el conocimiento de la edad.—Caballos mal dentados.—Desgaste demasiado lento ó demasiado rápido de los dientes.—Caballos dentivanos.—Caballos falso-den-

tivanos.—Caballos atacados de tiro.—Sobredientes.—Anomalías de los dientes y de las mandíbulas.—Medios empleados para engañar sobre la edad del caballo.—Medios empleados para hacer que un caballo aparezca viejo.—Defectos en el andar.—Caballos que se mecen.—Caballos que se retacan.—Caballos que se cortan.—Caballos que se alcanzan.—Espaldas frías y enclavijadas.—Esparaván seco.—Coryeones vacilantes.—Esfuerzo de los riñones.—Cojera ó claudicaciones.—Elección de los caballos según el servicio á que se les destina.—Caballo de silla.—Caballo de carrera.—Caballo de manejo de lujo.—Caballo de viaje.—Caballo de carga.—Caballos de tiro.—Caballo de carroza.—Caballo de posta ó de diligencia.—Caballo de gran tiro.—Examen del animal en venta.—Examen del caballo en reposo.—Examen del caballo en acción.—Examen de dos caballos apareados.

El autor, renombrado arrendador de caballos, ha causado asombro en Europa, donde en una hora ha domado al caballo más cerril y espantadizo. Como en sus experiencias no ha sufrido un solo fracaso, se le considera como poseedor de arte diabólico.

Precio del ejemplar, rústica..... \$ 0.90

CRÍA DE GALLINAS

POR ALEJO ESPANET

Elección de los ejemplares: Del gallo.—De la gallina.—Razas económicas.—Elección de local y organización del gallinero,

del dormitorio, del patio y del corral.—De la incubación.—De las crias: Castración.—De la comida: Comida de las ponederas.—Gusanos de tierra.—Gusanero facticio.—Cereales y hierbas.—Comida de las incubadoras y de los pollitos.—Comida de los pollos.—Comida de los capones y de las pollas de leche.—Engorda.—El suelo de las gallinas.—Gallos de pelea: Razas.—Cualidades.—Sementales.—Casteo.—De las galleras.—Contrato de peleas.—Cómo se preparan para la pelea y para que triunfen.—Causas de las enfermedades: De la higiene.—Observaciones diversas: Sobre los productos.—Sobre los huevos.—Sobre las incubadoras.—Sobre la manera de sangrar á las aves.—Incubación artificial.—Conservación de los huevos.—Enfermedades de las gallinas: Apoplegia.—Vértigo.—Parálisis.—Estrechamiento del buche.—Inflamación de estómago.—Diarrea.—Catarro.—Bronquitis.—Cancer.—Agrietamiento.—Bostezo.—Pepita.—Consunción.—Inflamación del conducto del huevo.—Putrefacción del conducto del huevo.—Debilidad de los miembros.—Reumatismo y calambres.—Gota.—Enfermedades de las patas.—Calvicie y descoloramiento de la piel.—Agusanamiento.—Diarrea gredosa.—Diarrea biliosa.—Septicemia.—Coriza.—Difteria, etc., etc.

PRECIO DEL EJEMPLAR, RÚSTICA..... \$ 0.75
EN LOS ESTADOS..... 0.90

EL HOGAR DEL AGRICULTOR

Hermoso libro necesario á todo hombre de campo. Contiene entre otros muchos puntos: Cómo debe ser la casa del Agricultor. La cuadra.—El gallinero.—El establo.—La zahurda.—La troje.—Cómo se hace el mejor carbón.—Cómo se hace la mejor cal.—Los abonos.—El jardín.—La gallina: huevos, incubación, crias y enfermedades.—Cría de palomas.—Alimentación y reproducción del guajolote.—La oveja y la cabra: alimentación y reproducción.—El cerdo: engorda y enfermedades.—La vaca, el buey y el toro: cómo deben cuidarse para que más produzcan.—La leche: cómo se hacen mantequilla y queso.—Condiciones de las vacas lecheras.—El caballo: alimentación, reproducción y educación.—Conservación de legumbres, frutas y carnes, etc., etc.

PRECIO DEL EJEMPLAR, RÚSTICA. . . . \$ 1.00

EN PRENSA

GUÍA PRÁCTICA PARA LA ELECCIÓN DE LAS VACAS LECHERAS

por ERNESTO DUBOS

CAPÍTULO PRIMERO.—De la influencia de la edad y del carácter de los animales.—Del clima.—De las condiciones del establo y alimentación en la producción de la leche.—Rendimiento medio de la vaca lechera.

CAPÍTULO SEGUNDO.—De la leche.—Generalidades.—Propiedades físicas y químicas de la leche.—De las modificaciones que puede experimentar la leche en sus propiedades.—Alteraciones de la leche: leche roja, leche azul, leche amarilla.

CAPÍTULO TERCERO.—Cómo se reconocen las cualidades de la leche.—Del lacto-densímetro.—Su descripción.—Precauciones que deben tomarse para obtener indicaciones exactas.—Del cremómetro.—Su descripción.—Su uso.—¿Son estos instrumentos de alguna utilidad para el criador?

CAPÍTULO CUARTO.—Falsificaciones de la leche.—Cómo se conoce que ha sido falsificada.

CAPÍTULO QUINTO.—De la ordeña.—Anatomía de las mamas.—Cómo se forma la leche en las ubres.—Cualidades que deben exigirse del ordeñador ó del ayudante de hacienda.—De la manera de ordeñar las vacas.

CAPÍTULO SEXTO.—Elección de la raza bovina lechera.—Caracteres de nuestras prin-

cipales razas bovinas lecheras.—Caracteres de la raza holandesa.—La raza bretona y la pequeña cultura.

CAPÍTULO SÉPTIMO.—Elección de la raza lechera.—Signos generales.—Signos locales.—Sistema Guenon.—Observaciones de Lemaire.—Método de Magne.

CAPÍTULO OCTAVO.—De la castración de la vaca lechera.—Procedimiento operatorio antiguo.—Método de Charlier.—Ventajas que se sacan de la operación.

APÉNDICE.—Elección de la vaca lechera, por F. Lecoq, director de la Escuela Veterinaria de Lyon.—De las razas lecheras, por P. Aujollet.—Elección de las vacas lecheras buenas.—Notas y observaciones sobre las sustancias alimenticias propias para la nutrición de las vacas lecheras.—Comparación entre las vacas lecheras buenas, medianas y malas, por F. Guenon, práctico. Precio del ejemplar, rústica..... \$ 1.00

LAS ENFERMEDADES

DEL

GANADO Y DE LAS AVES DE CORRAL

POR AUGUSTO ELOIRE

Tratado de todas las enfermedades que padecen, sus síntomas infalibles y su curación fácil y pronta, con diversidad de fórmulas caseras y de botica: tienen un tratamiento muy eficaz y curación a la mayor brevedad posible, el caballo, el buey, la vaca, el toro, el becerro, el cerdo, el carnero,

la oveja, el conejo, el perro, la gallina y todas las aves de corral.

PRECIO DEL EJEMPLAR, RÚSTICA..... \$ 0.75
EN LOS ESTADOS..... \$ 0.90

MANUAL PRACTICO

DE LA

ALIMENTACION DEL GANADO

POR M. DUMONT

Principios generales que reglamentan la alimentación de los animales domésticos.—El ganado.—Importancia del ganado.—Necesidad de una alimentación razonada del ganado.—Lo que se entiende por alimentación.—Definición, carácter y papel de los alimentos.—La nutrición animal.—Fisiología de la nutrición animal.—Pérdidas diarias del cuerpo de los animales domésticos.—Aumento de los gastos con las diversas producciones animales.—Los alimentos y su digestibilidad.—Lo que deben proporcionar los alimentos del animal.—Composición del cuerpo de los animales domésticos.—Composición general de los alimentos del ganado.—Papel de las materias alimenticias en la economía animal.—Digestibilidad de los alimentos.—Relación nutritiva.—Raciones de conservación y de producción.—Preparación y mezcla de los alimentos.—Condimentos.—Bebidas.—Clasificación, valor alimenticio y utilización de los forrajes.—Forrajes verdes.—Raíces y tubérculos.—Productos de ensilaje.—Alimentos secos y

húmedos.—Hojas y ramujos.—Pajas.—Granos y frutos.—Práctica de la alimentación del ganado.—Alimentación de los animales de la especie caballar.—Alimentación de los animales de la especie bovina.—Alimentación de los animales de engorda.—Alimentación de los animales de la especie ovina.—Alimentación de los animales de la especie porcina.—Tablas de alimentación del ganado: equivalencia, composición y proporción.—Racionamiento de los animales domésticos, etc., etc.

PRECIO DEL EJEMPLAR, RÚSTICA. . . . \$ 1.50

EL GANADO

por Troncet y Tainturier

Primera parte, LOS ANIMALES DOMÉSTICOS: *El caballo*: funciones económicas, andaduras, edad, colores, vicios é higiene.—*El asno, la mula y el macho*: colores é higiene.—*El toro, la vaca y el buey*: funciones económicas, aptitudes y razas, edad, colores, higiene, la leche y sus productos.—*El carnero*: razas, edad, higiene y utilización de la leche.—*La cabra*: razas, higiene y utilización de la leche.—*El cerdo*: razas é higiene.—*El perro*: razas, edad é higiene.—*El gato*: funciones económicas.—Segunda parte, *Accidentes y enfermedades*: apoplejía, asfixia, alcance, aborto, quemaduras, clavo de calle, cólicos, contusiones, cuerpos extraños, insolaciones, despeadura, coronado, verrugas, envenenamiento, encabestradura, entorsis, clavadura, epilepsia, hernia,

fiebre, aguada, hemorragia, luxación, inflamación de las mamas, meteorismo, mordeduras, obstrucción del esófago, parálisis, parto, picaduras de insectos, llagas, enfriamiento, inversión, tétanos y vértigos.—Apéndice: *Enfermedades contagiosas*: generalidades, carbón, muermo, neumoenteritis infecciosa, mal rojo y tuberculosis.—*Alimentación*: composición de las raciones, alimentación del ganado, raciones normales al día, cálculo de las raciones, etc., etc.

PRECIO DEL EJEMPLAR, RÚSTICA. . . . \$ 1.50

EL IMPERIO Y LOS IMPERIALES

POR EL GENERAL LEONARDO MÁRQUEZ

Manifiesto que dirige á la nación mexicana.—Las ejecuciones de Tacubaya el 11 de abril de 1859.—La ocupación de fondos mexicanos por el gobierno reinante en 1860.—La Intervención y el partido imperial.—Por qué no regresé á Querétaro en auxilio del Emperador.—Los defensores del general Miramón.—REFUTACIÓN AL LIBELO DEL GENERAL DE BRIGADA DON MANUEL RAMÍREZ DE ARELLANO, PUBLICADO EN PARÍS EL 30 DE DICIEMBRE DE 1868, BAJO EL EPIGRAFE DE ÚLTIMAS HORAS DEL IMPERIO.—El autor.—Mi misión en Turquía.—Mis consejos al Emperador.—Lo de San Lorenzo.—Sitio y ocupación de México.—Cómo me escapé de caer en manos de los republicanos, etc., etc.—Prólogo y notas de Angel Pola.

PRECIO DEL EJEMPLAR, RÚSTICA. . . . \$ 1.50

CONSULTORIO

DE

GANADERIA Y AGRICULTURA

Los hacendados y agricultores encuentran á menudo dificultades serias en sus trabajos, las cuales no pueden resolver, ó porque no tienen la práctica necesaria, ó porque carecen de la ciencia debida; para servirles, hemos establecido un consultorio en que ya verbalmente, ya por escrito, podemos dar toda clase de consultas acerca de estos dos ramos: enfermedades de los animales domésticos y de las plantas cultivables; elección de las tierras para cultivo, manera de sembrar, elección del grano, mejoramiento de las cosechas, forrajes provechosos, el contagio en las epidemias, condiciones del ganado de propagación, perfeccionamiento de las razas, compra de maquinaria á propósito para las labores de campo, reconocimientos para la compra y venta de los animales útiles, etc., etc.

Encargados de las consultas:

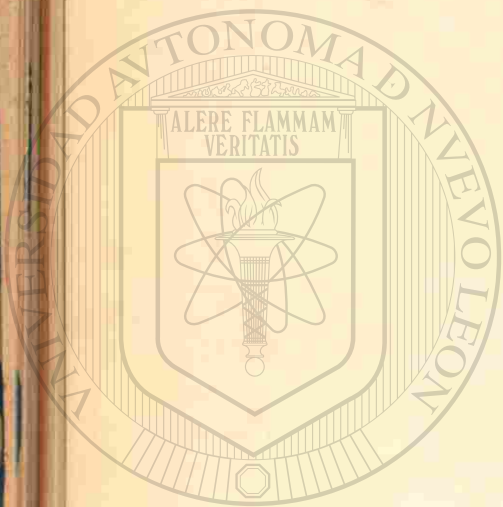
Everardo Zanabria, médico veterinario de la Escuela N. de Agricultura y Veterinaria, con veinte años de práctica profesional.

J. M. Rivero, agricultor, con cuarenta años de práctica en el campo.

Los precios de consulta quedan á la entera equidad del cliente.

DIRIGIR LA CORRESPONDENCIA Á

ANGEL POLA, MEXICO, CALLE DE TACUBA, N 25.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUEV

BIOTEC